PODRÍA HABER SIDO ELLA



LISA JEWELL

CROSS BOOKS

Este libro está dedicado a la memoria de Madeleine Wickham; una escritora brillante; una amiga amable e inolvidable.

prólogo

4 DE JUNIO DE 2005

La chica me cayó bien. Tenía una sonrisa encantadora. Era simpática. Se notaba que le caíamos bien. Nos hacía un montón de preguntas sobre la casa, sobre cuánto tiempo llevábamos viviendo allí, qué antigüedad tenía, quería saber si sabíamos algo de su historia. Papá fue muy amable con ella. Siempre era así con la gente nueva. Mamá, por supuesto, fue grosera, como siempre con todo el mundo. Mi hermana mayor se quedó mirándola fijamente como si nunca hubiera visto a nadie igual. Yo hice lo contrario, miré a mi alrededor menos a ella, porque me sentía rara cuando la miraba y no quería que pensara que yo era rara.

"¿Qué es esto...?" Señaló mi camiseta. Era mi favorita; mamá y papá me la compraron para mi cumpleaños. Tenía una nariz roja estampada en la parte delantera y una enorme boca azul, y prendida al bolsillo delantero había una flor de plástico con un bulbo en la base que se llenaba de agua. Le pedías a la gente que la oliera y luego apretabas el bulbo, que normalmente estaba escondido en el bolsillo, y la flor les rociaba agua en la cara. Solo que no tenía agua porque no esperaba visitas. La habría llenado si lo hubiera sabido. Pero en realidad, creo que no la habría usado de todos modos porque la niña era demasiado guapa y no quería disgustarla si no le parecía gracioso.

—Oh —dije, intentando sonar relajada—. Es mi camiseta de payaso. Colecciono todo lo relacionado con payasos. Le conté sobre el circo que venía a Heath cada verano, y cómo era mi época favorita del año. Luego le mostré cómo funcionaba el truco del apretón y ella sonrió y dijo: «¡Genial!».

Nos contó que se había graduado, que acababa de terminar su carrera en tecnología musical y que quería ser ingeniera de sonido. Papá comentó lo inusual

que era eso, que era un mundo de hombres, pero la chica dijo que eso no la iba a desanimar. Papá se rió y mamá suspiró como si todo fuera muy aburrido.

La chica dijo que sabía tocar la guitarra y mi hermana dijo que estaba aprendiendo. Luego, la chica y mi hermana conversaron sobre eso un rato, y yo pasé ese tiempo observándola y sintiendo cosas. Tenía mucha sangre en la zona del regazo; sentía calor ahí abajo, calor y hormigueo, como si necesitara que me tocaran.

Entonces la chica miró su reloj. Dijo que tenía que irse. Había quedado con unos amigos en un pub cercano para tomar algo y ya llegaba muy tarde.

Vi a papá lanzar una mirada a mamá. Aunque solo era un niño, sabía lo que significaba esa mirada.

—¿Seguro que no podemos convencerte de que te quedes un ratito más? —le dijo papá a la niña—. Annie tiene un pastel de queso en la nevera.

—¿Qué tipo? —preguntó la niña con un brillo travieso en los ojos.

Papá volvió a mirar a mamá. Mamá dijo: "Fresa".

La chica sonrió. Dijo: «Para ser sincera, mis amigos probablemente ni siquiera esperan que aparezca. Me llaman "Claire la que no aparece"».

La chica se quedó.

capítulo uno

El 8 de mayo de 2026, Jane Trevally hace algo aterrador.

Ella invita a un agente inmobiliario a su casa.

La casa de Jane es una destartalada mansión georgiana llamada Rosebery Hall, que heredó de sus padres, quienes fallecieron con solo ocho meses de diferencia a causa de enfermedades relacionadas con el alcohol cuando Jane tenía apenas diecinueve años. Su hermano menor murió diez años después de un derrame cerebral provocado por las drogas, y ahora Jane Trevally es la única propietaria de esta enorme y extravagante mansión rural que necesita un millón de libras esterlinas para evitar que se derrumbe.

La casa principal tiene diez dormitorios en la planta superior y, en la planta baja, ocho habitaciones enormes conectadas entre sí, de modo que, en teoría, se podría patinar de un extremo a otro de la planta baja si no fuera por las numerosas alfombras persas desgastadas esparcidas por el viejo suelo de madera. En la parte trasera de la propiedad hay una hilera de tres pequeñas cabañas que Jane lleva años planeando convertir en alojamientos de Airbnb, pero que actualmente se están pudriendo y a punto de derrumbarse. También hay terreno, cinco acres de césped y bosque, y un prado silvestre que, cuando Jane era niña, había sido el hogar de cinco burros y tres llamas. Nunca llegó a reemplazarlos después de que murieran, y ahora el prado está cubierto de maleza y enmarañado con zarzas y espinos.

Debe venderlo todo, sacar provecho y dejar que alguien con tiempo, cariño y dinero lo devuelva a su antiguo esplendor. Sus padres iniciaron el declive de la propiedad al no gastar ni un céntimo en ella, tapando goteras, rellenando huecos y cubriendo todo con papel pintado y alfombras baratas, pero Jane ha hecho poco por revertir la situación.

En las últimas tres décadas, Jane se ha casado dos veces con dos hombres adinerados que ya tenían sus familias, y ambos la obligaron a firmar acuerdos

prenupciales. Ha gastado la mayor parte de las indemnizaciones de esos dos matrimonios desafortunados en refugios para perros, constructores, andamieros y techadores. Ahora, este montón de ladrillos, cemento, recuerdos, colchones húmedos y manchados de orina, y alfombras persas baratas, este pequeño rincón de Dorset, es todo lo que le pertenece de verdad. Esto, y sus perros.

El corazón de Jane late con fuerza bajo sus costillas mientras una joven glamorosa llamada Chloe Flint camina por la casa que Jane odia y ama a partes iguales y habla de diferentes tipos de compradores, habla de otros lugares similares que ha vendido, habla de ventanas Crittall y alquileres vacacionales y del lugar perfecto en el césped para una piscina, y Jane asiente y sonríe, es absolutamente encantadora, deja que la buena chica crea que realmente, realmente tiene la intención de vender este lugar, que realmente es bastante, bastante normal, muchas gracias, tan normal y tan encantadora como parece, una mujer normal que vende una casa descuidada que ya no es lo que quiere o necesita, cuando todo el tiempo está gritando en silencio, Vete, ahora, por favor, por favor, vete, y su corazón se acelera y le duele la respiración y en el momento en que Chloe sale de la casa con más charlas alegres sobre tasaciones y correos electrónicos y me pondré en contacto, Jane cierra la puerta tras ella y llora.

Una hora después, ya recuperada, Jane saca a pasear a los perros entre las últimas campanillas azules de la primavera. El sol brilla con intensidad a través de la verde bóveda de hojas, y sus perros corren por el sendero delante de ella. Jane tiene cuatro perros, todos machos, y al no tener hijos propios, son el centro de su universo, aunque sospecha que lo seguirían siendo incluso si los hubiera tenido. Tiene suficientes hijastros —cinco, más un nieto— como para ser consciente del abismo que existe entre el amor puro e incondicional de un perro y el amor complejo, cambiante y a menudo cruel entre un padre y un hijo.

Saca el móvil del bolsillo y lo enciende, deseando capturar la belleza del contraste entre las oscuras campanillas moribundas, la tierra negra, las hojas verdes y el intenso color óxido del pelaje de Brian, su labrador rojizo. «¡Brian!», le grita a su perro. «¡Mírame!». Brian se gira una sola vez para mirar a la cámara, Jane toma la foto y Brian desaparece de nuevo, reuniéndose con los demás.

Jane se pone los AirPods y encuentra el podcast que estaba escuchando antes —de crímenes reales, siempre crímenes reales— y sigue el suave crujido y golpeteo de las patas de sus perros en el camino que tiene delante. Pero un

momento después, pulsa pausa y se quita los AirPods al oír ladrar a uno de los perros: ¿Bluto? Se acerca a los perros y se sorprende al ver entre ellos a un perrito blanco. Sus perros son todos grandes y de colores tierra, y el perrito blanco en el centro del grupo parece un inesperado destello de luz.

El perro parece sentirse cómodo en medio del grupo de perros más grandes, da la impresión de que quiere jugar, pero Jane sabe que Reggie, su perro más viejo y mejor, no aceptará bien la sugerencia, así que los llama a todos y se agacha junto al perro pequeño.

—¿Y quién demonios eres? —pregunta, palpando su collar en busca de una placa de identificación, pero no encuentra ninguna. Olfatea el pelaje del perro, intentando percibir el aroma de un hogar cálido y amoroso, pero solo percibe olor a tierra húmeda. Le palpa las costillas y el vientre, buscando su última comida, pero su vientre está vacío y sus costillas ligeramente marcadas.

Parece un terrier de las Tierras Altas del Oeste, no el tipo de perro que normalmente encontrarías perdido en el campo, y es increíblemente amigable y le encanta lamer.

Jane se levanta y da una vuelta de 360 grados, buscando al dueño de este adorable perro extraviado.

"¡Hola!", grita. "¡Persona con perro blanco pequeño! ¡Lo tengo aquí!"

Espera un momento a que sus llamadas lleguen a alguien, pero todo a su alrededor está en silencio, como siempre lo está este lugar. Es una de las razones por las que sigue aquí, cincuenta y cinco años después de haber nacido en esa casa enorme, horrible, hermosa y fría, en la cama de sus padres, con una comadrona a su lado, su nacimiento dejando una mancha de sangre en el colchón que aún permanece allí. Es esto... este silencio. Y ya sabe que no hay nadie más con ella en el bosque de campanillas azules hoy; sabe que este perro no ha comido en al menos un día, tal vez más; sabe que este perro ahora es su responsabilidad. Suspira y saca una correa de repuesto de su bolsillo y la engancha al collar del perro.

—Bueno —dice, inclinándose para rascarle detrás de las orejas—, supongo que tenemos que llevarte a casa y darte de comer.

Entra por la puerta lateral al cuarto de servicio, donde se quita los arneses y correas de los perros, se quita las botas de agua y el abrigo acolchado, se pone los calcetines térmicos gruesos forrados de piel que usa en casa y luego deja que los

perros la guíen hasta la cocina, hacia sus cuencos, que llena con lodo crudo increíblemente caro que recibe cada mes y guarda en el congelador. Busca un cuenco más pequeño para el recién llegado, lo llena con unas galletas y lo deja en un rincón para que no lo molesten.

Ella lo observa comer y mira la hora. Las tres y cincuenta y ocho. Aún hay tiempo para llevarlo al veterinario, averiguar si tiene microchip y descubrir quién lo está buscando.

Se imagina a una persona mayor, tal vez una anciana que ha fallecido y nadie lo sabe. Pero conoce a todos los ancianos del pueblo más cercano; y, además, conoce a todos los perros, y sin duda nunca había visto a ese perro en particular.

La veterinaria del pueblo se llama Hester. A diferencia de lo que suele ocurrir con las veterinarias rurales, es muy sentimental con los animales, y ahora acerca su nariz al hocico del perro blanco y le revuelve la oreja.

—Pobre bebé —le susurra al oído—. Pobre, pobre bebé apestoso.

Luego toma su escáner, lo pasa por su cuerpo escuálido y dice: "¡Ajá, bingo!".

En la pantalla de su ordenador aparecen los datos del perro.

"¡Hola, Hugo!"

—¿Hugo? —dice Jane.

"Sí. Hugo Tucker, para ser exactos. De..." Ella repasa los detalles con el ratón. "Bueno, según esto, Hugo Tucker pertenece a un señor Tucker que vive en Londres NW3."

"¿En realidad?"

—Sí —dice Hester—. ¿Qué demonios haces ahí, en medio de la nada, señor Hugo Tucker?

"¿Tal vez lo hayan robado?"

"Es muy probable. Les encanta robar perros en Londres, ¿verdad? No paro de leer sobre eso. O tal vez lo hayan adoptado y el nuevo dueño no haya vuelto a registrar el microchip. En fin, voy a llamarles."

La llamada se corta al cabo de un rato, Hester suspira y cuelga. «Bueno», dice. «Supongo que una de nosotras se lo llevará a casa esta noche».

—Espera —dice Jane—. Mi hijastro Dexter vive cerca de Hampstead. Déjame llevar a Hugo. Puedo ir a verlo mientras estoy allí.

—Bueno —dice Hester—, si estás segura de que no hay problema.

Jane asiente.

Hester escribe la dirección en un papel y se lo entrega a Jane, quien se lo guarda en el bolsillo sin mirarlo. «Le daré algo de agua», dice Hester, «y entonces estará bien. Mantenme al tanto, ¿de acuerdo?».

Esa noche, Hugo Tucker comparte la cama con Jane. Se acomoda rápidamente y con cuidado, apretujado entre Reggie y Bluto. Es como si, piensa Jane, siempre hubiera estado allí, y decide que si no encuentra al señor Tucker mañana en Hampstead, Hugo puede quedarse con ella para siempre.

capítulo dos

A la mañana siguiente, en el frondoso parque Belsize, Dexter, el hijastro favorito de Jane, abre la puerta de su apartamento. Su cabello rubio platino está recogido hacia atrás con una ancha cinta de licra y lleva una sudadera extragrande, pantalones cortos diminutos y unas enormes pantuflas con forma de perros salchicha. Su rostro se descompone al ver a Hugo en el suelo a los pies de Jane e inmediatamente se agacha para saludarlo.

"¡Dios mío!", le dice al perro. "¡Eres tan hermoso!". Mira a Jane con ojos tiernos. "¡Es tan adorable! ¡No lo devuelvas!".

—No quiero —dice Jane—. Pero tenemos que hacerlo. ¿Entro entonces?

Dexter vive con su mejor amigo en un apartamento de una habitación y media con techos altos, pagado por su padre, Tony, el segundo exmarido de Jane. Dexter es el hijo mayor de Tony, acaba de cumplir veintitrés años y, a pesar de una vida de privilegios, es una de las personas más dulces y puras que Jane ha conocido. Tenía solo ocho años cuando Jane se casó con su padre, un chico desaliñado, flaco y con las rodillas juntas, que sufría de un eccema terrible y una mata de pelo blanco y rebelde. Su vínculo surgió gracias a la mascota de la familia, un carlino llamado Garibaldi que a nadie más parecía gustarle, y desde entonces han sido muy unidos.

El apartamento es un desastre; la evidencia de la noche anterior está por todas partes. Vasos de chupito vacíos, espejos de maquillaje, pañuelos manchados, una botella de vodka, una botella de prosecco a medio terminar, una copa de cóctel pegajosa y un cartón de zumo de piña de la tienda de la esquina.

—Déjame ponerme algo de ropa —dice Dexter—. No tardaré mucho.

Jane observa el desorden y resiste la tentación de ordenarlo. —¿A qué hora te acostaste anoche? —le pregunta a Dexter.

"Tres. Cuatro. Creo."

Son las 11 de la mañana y Jane está impresionada de que Dexter haya podido llegar hasta la puerta, y mucho menos que parezca tan fresco y con tantas ganas de irse. Un momento después regresa con la misma sudadera, unos vaqueros anchos y una gorra de béisbol, y dice: «Vámonos».

La dirección que figuraba en el papel que le dio Hester, la veterinaria, le resultaba familiar: "Thornwood, The Vale of Health, NW3".

A Jane le viene a la mente una imagen fugaz: una casa extraña por la noche, una farola victoriana, una sensación de pavor; pero no logra ubicarla en ningún contexto. Solo cuando ella y Dexter atraviesan Hampstead Village y descienden al Valle de la Salud empieza a recordar.

—Oh —dice ella, mientras descienden al valle, hacia la aldea—. Creo que...

Se detiene, conteniendo la respiración.

—¿Qué? —dice Dexter.

—Nada —dice Jane.

Un hombre. Un hombre alto. Un bar en Soho.

Jane tenía veintinueve años. Era el año 2000 y acababa de separarse de su primer marido, el vizconde. Estaba soltera, con el corazón roto y un poco desesperada. Recuerda que estaba muy delgada, que apenas había comido en semanas y que, según ella, estaba muy borracha y posiblemente llorando. Él era mayor que ella, probablemente de unos cuarenta y tantos años, y parecía un personaje de una película en blanco y negro.

—Pareces más apropiado para llamarte Horacio —había dicho ella—, o Cecil.

No le había dicho su verdadero nombre, simplemente sonrió y le invitó a otra copa. —¿Por qué estás tan triste? —le preguntó, y ella le contó lo del vizconde, que resultó ser una gran decepción, más interesado en sus viejos amigos del colegio que en Jane y sus hijos pequeños, huérfanos de madre. —Y ahora —añadió—, solo estoy yo otra vez, una huérfana trágica vagando por este vasto mundo sin nadie a quien aferrarme.

—Eres muy guapa —me había dicho—. Y absolutamente encantadora. No tardarás en volver a estar con alguien.

Ella se fijó en su anillo de bodas y le preguntó al respecto. «Ah», dijo él. «Sí. Muy felizmente casado. Casi diez años».

"¿Entonces por qué me estás hablando?"

“Porque parecías necesitar un amigo.”

Le había dicho que trabajaba en unos grandes almacenes en el West End. Le había comentado que estaban contratando personal; le había dicho que podía conseguirle una entrevista para el puesto de dependienta.

“No estoy segura de ser una persona que se desenvuelva bien en la planta de producción”, había dicho. “Recibiría quejas y me despedirían en una semana”.

La miró con una sonrisa irónica y divertida y luego dijo: «¿Sabes? Nuestra niñera acaba de irse, regresó a Brasil. ¿Dijiste que has estado viviendo con niños pequeños?».

Jane asintió.

“Tengo dos hijos pequeños, una casa preciosa y una esposa a la que no le gustan mucho las tareas domésticas. ¿Qué te parecería la idea de trabajar como ama de llaves o niñera?”

Jane se rió. Pero luego se detuvo. "¿En serio?", preguntó.

—Sí, en serio —respondió—. ¿Por qué no vienes a casa conmigo? Podrás conocer a mi esposa, ver la casa y decirme qué te parece.

Jane sintió entonces que algo andaba mal, una especie de alarma lejana en su conciencia que le advertía de algo que no lograba identificar. Pero también recuerda una pequeña emoción, algo oscuro y autodestructivo, una sensación de querer tirarlo todo por la borda porque recuerda haberse sentido completamente inútil en ese momento. No había futuro que pudiera imaginar ni al que aferrarse. No tenía madre, ni padre, ni hermano, ni marido, ni trabajo, ni idea de lo que era. Recuerda la sensación de que su autoestima acechaba en algún lugar, demasiado lejos para que pudiera alcanzarla en ese instante y pensar: ¿Qué estoy haciendo? Así pues, ella y aquel hombre alto, encantador y sin nombre, a quien insistió en llamar Cecil durante toda la noche, permanecieron sentados en silencio en la parte trasera de un taxi, y recuerda vívidamente la extraña sensación de abandonar el corazón del ruidoso y bullicioso Londres de los viernes por la noche, lleno de vodka y drogas recreativas, y encontrarse veinte minutos después en una tranquila aldea dickensiana formada por diminutos callejones iluminados por farolas y hileras de casas desiguales, aparentemente aislada del resto del mundo.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—Hampstead —había dicho.

“Esto no es Hampstead”, había dicho, pensando en aquel pueblo urbano luminoso, lleno de bares, pubs y boutiques.

Le había contado que el Valle de la Salud había sido anexado del pueblo principal en el siglo XVIII como refugio contra la peste. La aldea había estado habitada en su día por los escritores y artistas más de moda de la época, pero ahora era un remanso de paz, rodeado por todos lados por la naturaleza salvaje de Hampstead Heath.

“¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?”

—Quince años —respondió—. Perteneció a mi suegra. Falleció hace unos meses y ahora nos pertenece a mi esposa y a mí.

Recuerda cómo le daba vueltas la cabeza, la vertiginosa mezcla de alcohol, excitación y miedo mientras el taxi avanzaba lentamente por el estrecho callejón, casi desapareciendo en la oscuridad.

Al reducir la velocidad hasta detenerse, Jane divisó delante de ellos una valla de madera que seguía la curva del páramo. Más allá no había nada.

—¡Guau! —había dicho Jane—. Parece la última casa del mundo.

“A veces”, había dicho el hombre, “parece que tal vez sí lo sea”.

Cruzaron una puerta verde y entraron en un pequeño camino de entrada, lo suficientemente ancho para el jeep militar descubierto que estaba estacionado al otro lado. El padre de Jane había tenido un viejo jeep, parecido a este, y, como este, había estado aparcado frente a su casa durante años, oxidándose hasta convertirse en una monstruosidad.

Una mujer se acercó a la ventana al oír sus pasos; era una mujer guapa, de pelo negro recogido en un bob con flequillo, y ojos oscuros que la observaban con recelo. Al verla, Jane empezó a recuperar la sobriedad. Al acercarse a la puerta principal, oyó el estruendo del taxi que salía de la aldea, y de repente sintió ganas de darse la vuelta y correr, hacerle señas, golpear las puertas y pedirle que la llevara a casa. Pero entonces el hombre sin nombre le tocó el codo suavemente y dijo: "Permítame presentársela", y Jane se encontró, como tantas veces a lo largo de su estúpida y mal gestionada vida, siendo arrastrada a la historia de otra persona, porque nunca había tenido una propia, y así lo siguió, a ese hombre alto e imponente, a su casa, y le presentaron a su esposa y mantuvo una conversación incómoda con ella mientras el hombre sin nombre le preparaba un martini, y sus recuerdos son borrosos ahora, salpicaduras de color, uno o dos detalles: un armario marrón que albergaba un ordenador doméstico, fotografías de un niño y una niña, ambos de unos ocho o nueve años, un gato gris, una pantalla de

lámpara con estampado Liberty. Su imagen de la mujer también es borrosa, pero recuerda un gran anillo de compromiso, una boca fruncida, y recuerda la repentina y cegadora comprensión de que no debería estar allí, de que había tomado el camino equivocado, y luego, cuando el hombre le pasó el martini, se oyó un grito y un golpe sordo desde arriba que la hizo saltar tan fuerte que le tiró la copa de la mano al hombre.

—Mierda —había dicho en voz baja, enfadado.

—Lo siento mucho —había dicho ella.

La mujer se puso de pie de un salto. —Los niños —había dicho.

Ninguno de los dos subió las escaleras; no se oyó el llanto de ningún niño.

—Te haré otro —había dicho.

"¿Sabes? La verdad es que creo que probablemente no tomaré nada. Creo que..."

—Tonterías —dijo con la suficiente fuerza como para hacer que Jane se estremeciera—. Te haré otra.

Él había vuelto al armario y ella le había sonreído nerviosamente a la esposa, quien le había dirigido una mirada de advertencia; Jane no supo discernir si era amistosa o hostil, pero hubo un largo silencio, lo recuerda, y en ese silencio ideó su plan.

—¿Puedo salir un rato? —preguntó—. ¿A fumar un cigarrillo?

Recuerda no haber esperado permiso, recuerda la firmeza de la correa de su bolso apretada contra su puño, recuerda la descarga de adrenalina que le aceleraba el corazón. Recuerda al hombre alto acercándose, con un martini recién hecho en la mano, mirándola fijamente. «Quédate», le había dicho, extendiéndoselo. «Tómate tu martini».

—No tardaré —dijo ella con ligereza—. No puedo beber ginebra sin nicotina, ya sabes lo que es...

—Quédate —había dicho él de nuevo, y ella recuerda la sensación de su otra mano en su muñeca, la sensación de ser jalada, y recuerda a la esposa interponiéndose entre ellos.

—Déjala ir —le había dicho al hombre—. Los niños están despiertos.

Jane sintió cómo disminuía la tensión, cómo su agarre se suavizaba y luego se aflojaba por completo.

Le temblaban las manos mientras encendía un cigarrillo frente a la puerta principal. Había alzado la vista hacia las ventanas oscuras, preguntándose por el grito y el estruendo, pero todo estaba oscuro, todo estaba en silencio. Y entonces,

con una urgencia arrolladora, caminó de puntillas sobre la grava crujiente, desenganchó con cuidado el pestillo interior de la verja y solo entonces, apretó su bolso contra el estómago y echó a correr, a correr y a correr.

Ahora, mientras observa el punto en la aplicación de su teléfono moviéndose a través del Valle hacia la casa llamada Thornwood, lo siente en las entrañas, incluso antes de llegar: es la misma casa.

capítulo tres

Hay un cartel de madera clavado en la cerca con la palabra "Thornwood" pintada, que Jane no recuerda de aquella noche lejana, y hay un botón de plástico sujeto a un poste junto a la puerta que Jane presiona. Oye el leve tintineo de un antiguo timbre eléctrico desde el interior de la casa y nota que Hugo reacciona, mira a su alrededor expectante, mientras un gruñido bajo comienza a formarse en el fondo de su garganta.

Se oye el sonido de una puerta que se abre, y luego una voz masculina que llama desde el otro lado del jeep destartalado, que todavía está allí.

Jane siente que se le corta la respiración al verlo. Si el jeep sigue allí, entonces el hombre también debe seguir allí.

"¿Sí?", pregunta una voz masculina.

Dexter y Jane intercambian una mirada. —Oh —responde Jane—. Hola. ¿Has perdido un perro?

Se produce un breve silencio y se oye el sonido de grandes pasos sobre la grava. Entonces un hombre abre la puerta y los mira fijamente.

Jane se prepara para encontrarse con el hombre de aquella noche escalofriante de hace tantos años, pero no es ese hombre. Es un hombre muy diferente.

Tiene unos cincuenta años, estatura media y aspecto desaliñado; su larga melena canosa, con poco pelo en la parte superior, la lleva recogida en una coleta. Viste una camiseta descolorida de los Ramones, pantalones cargo negros y zapatillas deportivas negras desgastadas, y sostiene una taza con una mano tatuada. Baja la mirada hacia Hugo.

"¡Joder!", dice, apoyando su taza en la pared y agachándose junto al perro. "¿Dónde coño has estado?"

Hugo parece complacido de ver al hombre y se frota contra sus manos, moviendo la cola de un lado a otro. Pero Jane también percibe cierta confusión

en el lenguaje corporal del perro, una sensación de que no entiende del todo lo que está pasando.

—¿Cómo se llama? —le pregunta al hombre con tono significativo.

—Hugo —dice el hombre, volviendo a ponerse de pie—. Desapareció hace unos días. Creí que lo habían secuestrado. ¿Dónde lo encontraste?

—Cerca de mi casa —dice con aire altivo—. En la costa.

El hombre parece sorprendido. "¿El...?" empieza a decir, pero luego se detiene y niega con la cabeza. "¿Dónde, exactamente?"

—Brighton —dice secamente—. Justo afuera.

Ella percibe que Dexter la mira con expresión confusa y la ignora.

—Bueno —dice el hombre—, gracias por traerlo de vuelta. ¿Está bien?

Jane asiente. “Lo llevé al veterinario. Estaba un poco deshidratado, pero aparte de eso, estaba en buen estado”.

—¿Te debo dinero? —pregunta, llevándose la mano distraídamente al bolsillo del pantalón—. ¿Por el veterinario?

Jane niega con la cabeza. —No —dice—. Está bien.

Retira la mano del bolsillo y asiente. —Bueno, gracias de todos modos. Lo agradezco. —Se inclina con un suspiro—. Vamos, amigo —le dice al perro—. Entremos.

“Por cierto, me llamo Jane. Y este es mi hijastro, Dexter; vive muy cerca, así que si alguna vez necesitan a alguien que cuide del perro, sé que estaría encantado.”

Dexter asiente con entusiasmo, pero el hombre ya se está alejando, con la mano en la puerta, preparándose para cerrarla de nuevo.

“Claro”, dice, “gracias. Como ya dije, lo agradezco”.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunta ella.

Se encoge de hombros. "¿Diez años? ¿Más o menos?"

“¿El jeep? ¿Es tuyo?”

“No. Pertenecía al exmarido de mi casera. ¿Por qué? ¿Quieres comprarlo? Está en venta.”

—Oh —dice—. Dios mío. No. Gracias. Es que... simplemente lo reconocí, eso es todo. Mi padre tenía uno igual. Cuando yo era pequeña.

Él la saluda con un gesto de cabeza, luego se da la vuelta, la puerta se cierra y el hombre y su perro desaparecen de la vista.



capítulo cuatro

Jane lleva a Dexter a tomar café y pastel en Hampstead Village. Hay un profundo silencio entre ellos.

—¿Estás bien? —pregunta Dexter.

Jane corta su magdalena de caramelo salado en cuatro trozos y se lleva uno a la boca. El subidón de azúcar es inmediato y gratificante.

—En realidad no —dice. Luego respira hondo y le cuenta a Dexter la historia de la noche que siempre recuerda como la noche en que casi muere. Ha sido su anécdota favorita durante años. —¿Te conté alguna vez sobre la noche en que volví a casa de un desconocido, y luego decidí que estaban a punto de drogarme y posiblemente asesinarme, me asusté y salí corriendo? Siempre provocaba risas. En su mente, la anécdota se había reducido a una sola frase que describía su vida, pero ahora de repente se ha expandido de nuevo a su tamaño completo: la sensación, el frío en su piel, los ojos muertos del hombre sin nombre, su esposa, una reina de belleza con los labios fruncidos, ayudándola a escapar sin decir palabra, el estruendo y el grito sobre sus cabezas, los árboles susurrando en el viento oscuro mientras corría a toda prisa por el Valle y de vuelta a las brillantes luces del pueblo.

Ahora no escatima detalles al describirle el incidente a Dexter, y el rostro de él estalla en un teatro de reacciones mientras ella habla.

"¡Joder, Jane!", dice él cuando ella termina. "¿Y definitivamente era esa casa?"

"Oh Dios, sí, totalmente. Fue el jeep lo que me convenció."

"¿Pero ese no era el hombre?"

"No, el hombre tendría unos setenta años, calculo. Era muy elegante y bien vestido, muy alto. ¿Pero oíste lo que dijo sobre el jeep que pertenecía al exmarido de su casera? Seguro que era ella. La guapa esposa. Debe de seguir siendo la dueña de la casa. Y quizás por fin se libró del viejo pervertido."

"Así que ese tipo, el señor Tucker. ¿Nunca lo había visto antes?"

“No. Esa noche solo éramos nosotros tres. Y el niño que gritaba arriba.”

“Es una coincidencia muy extraña”, dice Dexter. “Casi inverosímil”.

—Lo sé —dice Jane—, pero, según ella, su vida siempre ha funcionado así; siempre ha habido un patrón extraño en las cosas, hilos invisibles que crean conexiones invisibles, llevándola de un episodio extraño a otro.

—Bueno —dice—, eso es todo. El incidente de Hugo ha terminado oficialmente.

“Me da mucha pena”, dice Dexter.

Jane recuerda a Hugo acurrucado en su cama anoche, durmiendo plácidamente entre sus perros, y asiente. "Yo también".

Suena su teléfono entonces. Es Hester, la veterinaria.

“¡Jane! ¡Hola! ¡Me alegro de haberte encontrado! ¿Sigues teniendo a Hugo?”

“No. Simplemente lo dejamos con su dueño. ¿Sucede algo?”

No. No pasa nada. Al menos, el perro está bien. Pero acabo de oír algo raro de Helen Yaxley. ¿Sabes? ¿La mujer de los burros? Tiene un anexo en su terreno que alquila. Y se lo ha estado alquilando a una joven. Llegó hace una semana con, según Helen Yaxley, un perrito blanco. Helen no supo el nombre del perro, pero coincidió en que probablemente era un West Highland. En fin, Helen fue a ver cómo estaban esta mañana. La puerta trasera del anexo estaba abierta. Las cosas de la chica seguían allí. Había una taza de té llena en la encimera. Ropa interior lavada a mano colgada para secar. Un tazón de cereales a medio comer, pegajoso en la encimera de la cocina. Y ni rastro de la chica, ni del perro. La policía ya viene de camino. Pensé que quizás te interesaría saberlo. ¿Tal vez podrías avisar al dueño? Podría ser un amigo suyo. ¿Alguien que conozca?

Jane deja caer el tenedor sobre el plato y mira a Dexter con urgencia. —Sí. Claro. Sin duda. Volveremos. Se lo diremos. Y a la chica. ¿Cómo se llamaba? ¿Lo dijo Helen?

—Sí —dice Hester—. Se llamaba Rose. Rose White.



capítulo cinco

STUART, DIEZ AÑOS ANTES

Tiene esa mirada. Es evidente, a pesar del pelo bien peinado, la chaqueta con cuello y el perrito blanco a sus pies. Apenas es mediodía. Es martes. Quizás quiera que el mundo piense que lo que hay en la mesa frente a ella es un vaso de agua con gas, o incluso una limonada, pero yo sé, y ella también, que es un vodka tonic. Un doble. Lo veo en sus ojos, ese triste brillo de alivio mientras el vodka se extiende por su torrente sanguíneo. Me la imagino, toda la mañana, contando los segundos, los minutos, las horas hasta que pasen las 11:59 y las 12:00, pasando de beber de forma incivilizada e impensable a ser como cualquier otra persona en este pub de las callejuelas de Hampstead. Bebe aquí en vez de en casa porque así no bebe sola. Bebe con otras personas que también beben. Las demás personas que beben aquí no son como ella y lo sabe, pero aun así, la hace sentir más normal. No es que tenga un problema. Pero sí que lo tiene. Sé que tiene un problema con solo mirarla.

Levanto mi pinta recién servida de la barra y la llevo hacia su mesa.

—Qué perro tan bonito —digo—. ¿Westie?

Ella asiente.

"¿Cuántos años?"

"Casi un año."

—Oh —digo—. Todavía es un bebé, entonces. Se está portando muy bien. Me sorprende que no esté intentando sacarte de aquí a rastras.

Observo al perro, mi pinta, a la mujer.

—¿Les importa si me uno a ustedes? —pregunto.

Parece horrorizada, lo cual es comprensible. Soy un desconocido que se me acerca un martes a la hora del almuerzo en su pub habitual. Veo cómo sus ojos van de mi pinta a mi cara, luego a la puerta y de vuelta a mi vaso.

"¿Por qué?"

"¿Porque pensé que tal vez preferirías compañía a beber solo?"

"No estoy bebiendo todo..."

Inclino la cabeza hacia un lado; mis ojos se dirigen a su bebida.

"Estoy bien", dice. "Pero gracias".

Asiento con la cabeza. —No te preocupes —digo—. Estaré allí si cambias de opinión.

—No lo haré —dice con esa sonrisa de labios fruncidos que le inculcaron sus padres, a quienes les importaba mucho la apariencia.

Me llevo mi pinta a una mesa al otro lado de la barra y me pongo a mirar el móvil un rato. Media hora después la veo en la barra, pidiendo otra copa. Se le marca la espalda, delgada y tersa, a través de la elegante chaqueta. Se le ven los omóplatos. Veo que lleva zapatos anticuados y desgastados. No es una típica ama de casa pija de Hampstead, ni mucho menos, pero no está nada mal. Unos treinta años. Habla con fluidez.

A las tres de la tarde ya se ha tomado cuatro vodkas y está tambaleándose. La veo mirar la hora en el móvil y dirigirse a la barra, donde pide un espresso doble. Se lo bebe de un trago, coge a su perro, su bolso, su abrigo y se marcha. No la sigo. Soy más alta que ella. Ha ido a recoger a un niño del colegio. Comerá caramelos de menta o mascará chicle por el camino. Las madres de la puerta hablarán de ella. Llegará a casa, probablemente después de haberse tomado otro café por el camino, y le contará a su marido, a su pareja, a quien sea, que ella y el perro han dado un paseo maravilloso por el parque. Puedo asegurar que mañana volverá.

Y yo también.

capítulo seis

¿Señor Tucker? Soy Jane otra vez, y Dexter. ¿Podemos hablar un momento más?

La puerta se abre y el señor Tucker aparece junto al jeep militar, con los brazos cruzados sobre su leve barriga, mirándolos con recelo. "¿Todo bien?", pregunta.

"Bueno, sí y no. Acabo de recibir una llamada de la veterinaria que trató a Hugo y me dice que Hugo se había estado quedando en una casa de vacaciones local con una joven que posteriormente desapareció. Solo me preguntaba... quiero decir, sé que dijiste que pensabas que Hugo podría haber sido robado, pero ¿es posible que se lo haya llevado alguien que conoces?"

Jane observa el rostro del hombre y ve cómo todo pasa en un instante: confusión, miedo, ira, preocupación. Pero entonces su rostro recupera su expresión serena original y asiente. «Qué raro», dice, recostándose contra el lateral del jeep, con los brazos aún cruzados sobre el vientre. «Muy raro». Una mano se lleva a la barba incipiente y se la frota distraídamente. «No», dice. «Definitivamente no».

La mirada de Jane se dirige a un patinete con borlas rosas y plateadas. El señor Tucker la sigue. «Era de mi hijastra», dice. «Ya es adulta».

Jane asiente. "Al parecer se llama Rose. La chica."

"No conozco a nadie que se llame Rose. Pero creo que suena como si hubiéramos encontrado al secuestrador de nuestro perro."

—Sí —asiente Jane—. Y supongo que, si la policía interviene, podrían ponerse en contacto contigo en algún momento.

"¿Policía?"

"Sí. Mi vecino la ha reportado como desaparecida. La chica se llama Rose."

Hay un leve tic en la comisura de los labios del hombre. —Claro —dice—. Sí, supongo que sí.

"¿Puedo darles tus datos? ¿Si quieres investigar el robo del perro?"

—No. No. —Se rasca la nuca—. Da igual. Probablemente sea culpa mía. Debería haberlo mantenido más tiempo en casa. Quizás esa chica, ¿Rose?, quizás pensó que estaba ayudando. Quizás lo estaba rescatando. Ya está en casa. Eso es lo único que importa.

Sonríe, pero su sonrisa es dura, casi rígida.

Lentamente, descruza los brazos y se pone de pie. «Gracias por la actualización. Que tenga un buen día».

Se da la vuelta y regresa al interior de la casa; la puerta se cierra tras él, pero no sin antes que, por un breve instante, Jane vea el perfil de una mujer de mediana edad en el pasillo, con los ojos fijos en ellos, con una expresión triste y abatida mientras la puerta se cierra de nuevo.

capítulo siete

Jane y Dexter regresan caminando a su apartamento. La tarde de mayo es vibrante y luminosa, en marcado contraste con la atmósfera turbia que envuelve Thornwood, y Jane siente una oleada de deseo urbano. Shannon, la cuidadora de sus perros, le dijo que podía quedarse con ellos durante la noche, y ahora Jane siente el canto de sirena de los cócteles elegantes y los hombres apuestos, las azoteas, los humos y los escaparates deslumbrantes.

—¿Cena elegante esta noche? —le pregunta a Dexter—. ¿En algún sitio con estilo?

"Genial." Dexter sonríe. "Tú y tu forma tan graciosa de hablar. Pero no puedo esta noche. Tengo clase."

"¿Qué tipo de clase?"

"Es un baile. Termina a las nueve. Pero papá está en la ciudad. ¿Por qué no vas a ver si está por aquí?"

El padre de Dexter se llama Tony, está a punto de cumplir sesenta años y vive en Nevada con su tercera esposa, Maddy. Pero también tiene una casa en Seven Dials, justo en el centro de Covent Garden, y Jane siempre ha fantaseado con que, aunque llevan más de cinco años divorciados, Tony se la deje en secreto en su testamento.

Jane se lleva bien con Tony, sobre todo cuando Maddy no está, pero no está segura de que una noche de fiesta con su ex sea exactamente la noche de ambiente urbano y desenfrenado que tenía en mente. De todas formas, le envía un mensaje:

Estoy en la ciudad. ¿Estás por aquí esta noche? ¿Cenamos?

Seven Dials bulle de actividad en esta esperanzadora tarde de mayo; el sol aún está lo suficientemente alto en el cielo como para iluminar las aceras, la gente lleva gafas de sol y las mesas de los bares y restaurantes están todas ocupadas. La

puerta de la casa de Tony en Seven Dials está pintada de verde oscuro con los números 3 y 1 en dorado. Es la definición misma de discreción; millones de personas han pasado por delante de la puerta de Tony en los doscientos años que lleva allí y solo un pequeño porcentaje de personas la habrá notado. En la planta baja de la casa de Tony hay una tienda que vende artículos de tocador orgánicos de alta gama. Cuando Jane se alojó por primera vez en esta casa, la tienda de la planta baja vendía vinilos de segunda mano.

Tony le abre la puerta y ella sube por la empinada y antigua escalera hasta el segundo piso, donde Tony está sentado en la encimera de la cocina frente a un ordenador portátil abierto.

Tony no es guapo. Nunca lo fue. Siempre se trató de su carisma. De su carácter un tanto rudo. De su dinero. De su encanto. Y más aún, se trataba del contraste entre él y su primer marido, que tenía título nobiliario y tierras, parecía un príncipe azul hecho realidad, pero besaba fatal y dormía en pijama.

—Hola, cariño —dice, con su peculiar acento neoyorquino. La abraza con fuerza y ella percibe el olor de un largo día; huele su almuerzo, el café que tomó después. El olor es reconfortantemente familiar y a la vez un poco inquietante. Se alegra, piensa, se alegra mucho de no ser ya su esposa. Se alegra, piensa, de no ser ya la esposa de nadie. Pero, Dios, cómo echa de menos esta casa. Alta y estrecha, reformada por un interiorista en los noventa, ahora algo desgastada, pero aún con el glamour persistente de un trabajo caro bien hecho: mármol auténtico, caoba auténtica, detalles de cuero auténtico, iluminación tenue que le da un aire del Manhattan de antaño, como un apartamento en una película de Scorsese o de Woody Allen.

Tony le sirve una copa.

Ella dice: "Tenía muchas ganas de una noche de fiesta desenfrenada. Ya sabes. Borracha y descontrolada. ¿Quizás en una discoteca? ¿Supongo que no te apetece eso?"

Tony niega con la cabeza. —No. Yo no. Pero no dejes que te detenga. Puedes tratar este lugar como un hotel barato y quedarte aquí cuando termines. Siempre y cuando Maddy no se entere.

Jane suspira. "Gracias. Qué amable. Pero la verdad es que no quiero salir sola. Ojalá todavía tuviera amigos en la ciudad, ¿sabes? Antes tenía muchísimos amigos en Londres. Me pregunto qué habrá sido de todos ellos".

"Todos acabaron muertos o en el campo."

—Probablemente sea cierto —dice. Luego suspira de nuevo—. Es curioso tener esta edad, ¿verdad?

Tony se ríe y le pasa la bebida a Jane. Le ofrece su copa para brindar. «Por esta edad tan divertida».

Jane choca su copa con la de él. «Pero, quiero decir, no somos viejos. De verdad que no somos viejos. Pero aun así, el poco tiempo que nos queda es aterrador. Dios mío, Tony, cumplirás setenta años en diez y entonces estarás en la cuenta atrás. Meses, días, minutos. ¿Adónde se fue todo ese tiempo? Esa infinitud informe e inimaginable. Uf. Solo quiero... solo quiero que cada minuto brille, ¿sabes? Que sea maravilloso».

—¿Y? —pregunta Tony—. ¿Lo es? ¿Increíble?

—¡No! —responde ella con enfado—. No, no lo es. La verdad es que es una mierda. O sea, tengo a los perros, claro, y son mi alegría. Pero la casa... —Hace una pausa—. Ayer vino un agente inmobiliario a tasarla. Hay que venderla, sé que hay que venderla, está a punto de derrumbarse, igual que yo...

"Tonterías, eres deslumbrante. Siempre lo has sido y siempre lo serás."

"Como digo, estoy al borde. Puedo sentir que se acerca, pero aún no ha llegado. Y a veces me pregunto si debería buscar un trabajo o algo así."

¡Dios no lo quiera!

—He estado pensando —dice Jane, despacio y con cautela, ya que es la primera vez que lo dice en voz alta— que quizás debería formarme como detective privada.

—¡Ja! —se burla Tony, pero luego la mira con los ojos entrecerrados al darse cuenta de que habla en serio—. ¿Lo dices en serio?

"¡Sí! ¿Recuerdas lo que pasó a principios de este año con ese estafador matrimonial que asesinó a su esposa? ¿Simon Smith?"

Tony niega con la cabeza.

"Bueno, fue una gran noticia aquí en el Reino Unido y yo estuve involucrada de alguna manera, aunque de forma indirecta. La hija de una de las víctimas me pidió ayuda porque yo conocía a su padre. Ella no confiaba en ese tipo, no creía que fuera quien decía ser, y todo fue tan satisfactorio, seguir todas las pistas, hacer preguntas a la gente; simplemente despertó algo en mí. Y luego, ayer, sucedió algo realmente extraño. El agente inmobiliario acababa de irse y yo estaba muy emocionada, y apareció un perrito en el bosque de campanillas azules de Rosebery, de la nada, y resultó que pertenecía a un tipo de Hampstead. Dexter y yo dejamos al perro allí hoy y..." Hace una pausa. "No lo sé", dice en voz baja.

“Había algo realmente raro en todo esto. En el tipo. Su casa extraña”. Hace otra pausa. Nunca le ha contado a Tony sobre la noche en que se fue a casa con un completo desconocido con la vaga promesa de un trabajo. Está segura de que él no la juzgaría, no después de tantos años, pero aun así, no se atreve a dejar que vea a la tonta desesperada y rota que fue en el pasado. «En fin», continúa con ligereza, «resulta que el perro se había estado quedando con una joven llamada Rose en la casa de vacaciones de mi vecino y ahora Rose ha desaparecido por completo, y me da un poco de escalofrío, ¿sabes? Quiero involucrarme».

“Bueno, entonces, ¿por qué no?”

“Porque en realidad no soy investigadora privada. Solo soy una vieja entrometida que apenas ha trabajado un día en su vida.”

Tony chasquea la lengua. —Jane —dice—. Basta. Eres una mujer brillante. Simplemente no tienes mucha experiencia en las trincheras.

“¡Cincuenta y cinco años y bueno para nada!”

“¿Qué pasó con el refugio de perros en España?”

Jane se marchó directamente de su boda a Andalucía, donde cofundó y ayudó a dirigir un refugio para perros, pero regresó al Reino Unido a finales del año pasado porque echaba de menos su hogar.

“Oh, sigo involucrada, sigo recaudando fondos para ellos y volveré cada año, cuando pueda. Pero ya no podía vivir allí. Necesitaba estar aquí. Aquí es donde quiero terminar. Pero también es...” Hace una pausa de nuevo. “También es donde quiero empezar.”

—Bueno —dice Tony—, ¡ve a buscar a Rose, supongo! Luego sonríe y dice: —Vamos, subamos a la terraza y veamos la puesta de sol mientras pensamos en cómo lo vas a hacer.



capítulo ocho

A la mañana siguiente, Jane llama a Helen Yaxley en medio de la niebla mental que le produce una resaca de Kraken.

"Helen, soy Jane Trevally, de Rosebery."

"¡Oh, Jane, hola! ¿He oído que fuiste tú quien encontró al perro perdido?"

"Sí. Ayer se lo devolví a su dueño en Londres. Y entonces Hester, la veterinaria, me dijo que la chica que lo tenía en tu anexo había desaparecido. ¿Qué dijo la policía?"

"Oh, no mucho. No hay señales de juego sucio. Simplemente hicieron correr a un corredor, según creen."

"¿Pero dejarle la ropa interior?", pregunta Jane. "¿Todas sus cosas? ¿Su perro? ¿Por qué?"

"A mí tampoco me cuadra. Era una chica encantadora. No era de las que se escapan. Y menos aún sin su perro. Adoraba a ese perro. Lo quería muchísimo."

"¿En serio?"

"Sí, se notaba que estaban muy unidos."

Jane frunce el ceño. Así que, quizás no se trate de una secuestradora de perros después de todo. —¿Qué va a hacer la policía? —pregunta—. El dueño del perro en Londres afirma no conocer a nadie llamado Rose y cree que, quienquiera que fuera, debió de robar al perro o encontrarlo en el parque y llevárselo.

"La verdad es que no lo sé. No fueron muy comunicativos. Pero a menos que alguien denuncie su desaparición o que reaparezca repentinamente, creo que ahí termina todo."

Jane hace una pausa, su instinto le dice que eso no puede ser el final, que una joven llamada Rose White no podría aparecer en medio del campo con un perro que había robado o encontrado en el norte de Londres y luego desaparecer unos días después, dejando a su perro vagando por el bosque de campanillas azules de Jane.

Piensa en la ropa interior lavada a mano de la que le había hablado Hester. Piensa en el extraño señor Tucker, en su aire de incomodidad. Y luego vuelve a pensar en el grito y el golpe que resonaron en el cielo aquella noche en el Valle de la Salud, veintiséis años atrás, en el tictac del pesado reloj sobre la repisa de la chimenea, en los labios apretados de la esposa. Piensa en la sensación de haber caído en una trampa. Piensa en la mujer delgada que ella y Dexter habían vislumbrado fugazmente en la casa ayer y se estremece.

—Helen —dice—, tengo un presentimiento extraño sobre todo esto. ¿Podría pasarme esta tarde a echar un vistazo al anexo? ¿Te parecería bien?

"Bueno, sí. No veo por qué no. Estaré por aquí después de las dos."

—Estupendo —dice Jane—. Nos vemos entonces.

Mientras viajaba en tren de regreso a Little Belmont esa misma mañana, Jane recordó las palabras de Tony la noche anterior en la terraza de la azotea. "¿Por qué no tomas un curso?", le había dicho.

"¿En qué?", había dicho ella.

—En investigación privada —dijo con un chasquido de lengua y un gesto de exasperación—. ¿Qué te parece? ¿Globos con forma de animales?

Jane no sabía que se podían tomar cursos de investigación privada. No lograba imaginárselo del todo; se imaginaba una sala llena de gente con gabardinas y sombreros trilby, con periódicos doblados bajo el brazo... ¿o eran espías?

Esa noche, en la cama, lo buscó en Google desde su teléfono y vio una docena de cursos, la mayoría en línea, que se podían realizar desde la privacidad del hogar. Y, en realidad, seguramente, si existía un trabajo diseñado para una mujer mayor que apenas había trabajado un día en su vida, ¿era ese? La propia Miss Marple había tenido setenta y tantos años durante toda su carrera. ¿Pero podría?, piensa ahora. ¿Podría de verdad? No había estudiado desde los dieciocho años, cuando dejó su ridículamente caro instituto sin ningún título porque se pasó los dos años enteros persiguiendo amoríos desastrosos con chicos tontos y algún que otro hombre adulto estúpido. Luego, a los diecinueve, quedó huérfana y se aferró a su primer amor, un hombre llamado Paddy Swann, como si le fuera la vida en ello mientras lloraba. ¡Qué idiota había sido, quedándose ahí, esperando a que se casara con ella cuando, en realidad, él solo buscaba la manera de alejarse!

Casi había conseguido trabajo después de su ruptura, pero unos meses después conoció en un bar de Pimlico a un hombre que se parecía a Paul Newman y hablaba como Hugh Grant. Resultó ser un vizconde, y no precisamente pobre, que la cautivó por completo. Se casaron menos de un año después de que Paddy Swann la dejara por una mujer llamada Nina.

No hace falta trabajar cuando vives en una mansión señorial de dieciocho habitaciones en los Cotswolds. No hace falta trabajar cuando cuidas de tres niños pequeños sin madre, cuatro perros y algunos pavos reales. Con todo eso ya tienes suficiente trabajo.



capítulo nueve

STUART, DIEZ AÑOS ANTES

Es invierno y la mujer del pub lleva ahora un largo abrigo de piel sintética, por lo visto, y guantes, que se quita en la barra y dobla uno dentro del otro. También lleva una especie de pañuelo sobre las orejas que se quita antes de alisarse el fino cabello castaño con dedos huesudos. El perro lleva un abrigo con forro de piel.

—Un vodka con tónica, por favor —pide secamente, como si fuera normal que una joven madre y ama de casa pidiera un vodka con tónica a las 12:04 de un miércoles.

¿Sencillo o doble?

Ella finge pensarlo y luego dice: "Un doble. Gracias".

Me ve en la esquina mientras lleva su bebida por la barra, y noto que cambia ligeramente de dirección. La saludo con un gesto inofensivo y sigo mirando el móvil.

La observo quitarse el abrigo de piel, doblarlo cuidadosamente sobre sí mismo y colgarlo en el respaldo de la silla frente a ella. Sé que en menos de tres horas se lo estará poniendo de forma desaliñada y poco elegante, luchando por encontrar las sisas, las mangas.

Una hora después, alguien la llama. La veo mirar su teléfono con horror, cogerlo, mirar la pantalla, volver a dejarlo y luego suspirar profundamente, enderezarse y contestar.

"Hola. Sí. ¿Está todo bien? Bien. ¿Qué tan grave es? ¿Debería...? ¿Sí? Bien. Bien. Puedo estar allí ahora. O sea, en diez minutos más o menos. Estoy aquí cerca... Genial. Nos vemos en diez. Quince... Sí. Gracias."

Cuelga el teléfono y la veo murmurar "Mierda" entre dientes. Luego se lleva a la boca la mitad restante de su vodka con tónica, se la bebe de un trago, va a la barra, pide un espresso doble, se lo bebe de un trago, se pone el abrigo, se ajusta la diadema, levanta al perro y se dirige a la puerta.

Al marcharse, veo que ha dejado algo atrás. Sus guantes, sobre la mesa. Termino mi pinta, me pongo la chaqueta y el gorro, recojo sus guantes y, desde una distancia de unos dos metros, la sigo por las calles de Hampstead.

capítulo diez

Esa mañana, Tony le había puesto algo en la palma de la mano a Jane cuando ella salió de su casa. Era una llave. «Usa la casa», le dijo. «Cuando quieras. Mañana regreso a Nevada y no volveré a Londres hasta octubre». Le cerró los dedos sobre la llave, luego se llevó un dedo a los labios y dijo: «Solo no dejes que Maddy se entere».

Jane se quedó mirando la llave, con el estómago revuelto. "¿En serio?"

"¡Lo digo completamente en serio! Te estás perdiendo ahí fuera en el campo. Necesitas un cambio de aires."

¿Confías en que no cambiaré las cerraduras y las mantendré así para siempre?

—Sí —dijo riendo—. Claro que sí. Tú y yo... sea lo que sea que haya fallado entre nosotros, nunca fue por falta de confianza. En todo caso, fue por demasiada honestidad... —Sonrió e inclinó la cabeza—. Confiaría en ti con mi vida. Solo no traigas a todos esos perros locos y los dejes subirse a las camas, ¿de acuerdo? Sobre todo a ese que babea.

Ella sonrió. "Eso sería genial. De verdad. Justo lo que necesitaba", dijo. "No tengo palabras para agradecerte".

"Bueno, eres tan buena con los niños, especialmente con Dexter, que me siento más tranquila estando tan lejos, sabiendo que estás aquí para ellos si necesitan algo. Debería haberlo pensado antes. Pero siempre supuse que estabas ahí abajo, en medio del caos, disfrutando de la vida al máximo. No sabía que te sentías sola."

"No estoy sola, Tony. Solo aburrida."

"Aburrido. Solo. Da igual. Usa la casa. Diviértete. Conoce gente. Resuelve algunos crímenes."

Helen la recibe en la puerta de su elegante casita. Está impecable y encantadora como siempre, con una blusa blanca y vaqueros azules remangados, el pelo gris recogido en una coleta y sandalias Birkenstock. Sus perros las siguen mientras cruzan su terreno hacia el anexo, un rectángulo negro con una terraza que lo rodea, situado en un rincón tranquilo y apartado de la vista.

«Era tan joven», dice Helen. «Parecía demasiado joven para estar aquí sola. Me contó que estaba estudiando para sus exámenes de acceso a la universidad, que no podía concentrarse en casa porque había demasiado ruido. Dijo que necesitaba espacio y tranquilidad. Parecía una persona realmente encantadora».

—¿Qué aspecto tenía? —pregunta Jane mientras Helen gira una llave en la puerta del anexo.

—Bonita, supongo —dice Helen—. Un poquito gordita. Algo desaliñada. El pelo teñido de rubio, más o menos así. —Se toca la clavícula.

"¿Acento?"

"Normal. De Londres, supongo. No es de clase alta. Simplemente normal."

"¿Y cómo era ella? Es decir, ¿parecía feliz?"

Helen suspira. "¿Feliz? No. Definitivamente no feliz. Más bien apagada, diría yo. Y creo que se debe a la timidez. Quizás al estrés de los exámenes. Pero educada y dulce. Sí. Mucho."

"¿Y ella no te contó nada sobre sí misma?"

—No. Nada. Pero claro, no pregunté. Nunca pregunto por mis invitados. No me corresponde. —Conduce a Jane al anexo y abre las cortinas—. No he tocado nada. Todavía tengo la esperanza de que vuelva.

¿Durante cuánto tiempo reservó el lugar?

"No especificó la fecha. Pero los exámenes de acceso a la universidad empiezan a mediados de mayo, así que supuse que se iría antes. Pagó un depósito de cien libras en efectivo, preguntó si podía pagar el resto al marcharse y le dije que con gusto esperaría. La verdad es que no me importaba mucho si pagaba o no; el piso estaba vacío y quería que le fuera bien en los exámenes. La veía sacar al perro dos o tres veces al día. Sonreía y saludaba con la mano, pero no se acercaba a decirme hola, y eso me parecía bien."

"Supongo que te dio sus datos, ¿verdad? ¿Una dirección? ¿Pasaporte? ¿Algún documento de identidad?"

—Bueno, no. Como te decía, fue todo a última hora. Me escribió el día anterior. Le dije que estaba disponible. Vino con el dinero en efectivo. Era joven, dulce... No pensé que necesitara nada más de ella. Qué tontería, la verdad,

pensándolo bien. Helen se encoge de hombros. —En fin —dice—, ¿qué es lo que buscas exactamente?

—No estoy segura —dice Jane, mirando la taza llena de té frío sobre la encimera de la cocina, la maleta abierta en el suelo junto a la cama sin hacer, la barra de pan blanco rebanado junto a la tostadora sin sellar, un bote de mantequilla, un tubo de Beroccas, un cargador de teléfono todavía enchufado al puerto USB sobre la encimera, una lata de comida para perros Lily's Kitchen, una bolsa de galletas para perros y el bebedero en el suelo—. Ni rastro de libros escolares —observa con sequedad.

Helen hace una mueca. —Sí —dice—. Me lo preguntaba.

Las bragas de mujer que ve colgadas secándose en el radiador no son el tipo de prenda que Jane asociaría normalmente con una adolescente. A lo largo de su dilatada trayectoria como madrastra, ha conocido a muchas chicas de esa edad y ninguna ha usado jamás bragas que le cubran el vientre. Pero estas son realmente enormes.

"¿Dijiste que tenía un poco de sobrepeso?"

"Solo un poquito. Grasa de cachorro, probablemente."

"¿Pero no esos calzoncillos con sobrepeso?"

—Tengo que decir, Jane —dice Helen con una risa seca—, ¡que no lo había pensado en absoluto!

Jane se agacha junto a la maleta abierta y revisa cuidadosamente su contenido. Camisetas lisas. Un sujetador desaliñado. Unos leggings rosa pálido. Unas zapatillas de punto con forro de piel. Un paquete de cartas del tarot. Una novela de Matt Haig. Una pequeña bolsa de cuero con dos pares de pendientes de plata. Un rollo de bolsas para excrementos de perro. Una bolsa Ziploc con pequeños frascos de aceites esenciales. Un paquete de tampones. En el diminuto baño de la esquina del anexo hay una toalla húmeda tirada en el suelo, desodorante y crema facial Simple en la repisa de cristal sobre el lavabo, champú y acondicionador de marca de supermercado (ambos para cabello rubio, observa Jane), un par de bragas tiradas en el suelo, mucho más pequeñas que las demás, lo que hace más pertinente la observación de Jane sobre la ropa interior demasiado grande en la sala principal. No hay maquillaje por ninguna parte. Ningún producto más allá de lo más básico. Nada bonito. Nada elegante. Nada elegante. Lo cual está bien, supone Jane. El hecho de que a Jane le gusten las cosas bonitas, el hecho de que a casi todas las mujeres que conoce le gusten las cosas bonitas, no significa que a todo el mundo le gusten.

—Bueno —le dice a Helen—. Gracias por dejarme curiosear. La policía tiene los datos del tipo de Londres gracias a Hester, la veterinaria, así que es posible que quieran hablar con él para ver si hay alguna conexión entre ellos. Pero, por otro lado, sí, puede que simplemente robara el perro de alguien en Londres, viajara medio país hasta un Airbnb cualquiera y luego desapareciera por completo minutos después de prepararse una taza de té y lavar su ropa interior. Cosas más raras han pasado. —Suspira.

Helen asiente con escepticismo. "La navaja de Occam", dice.

"¿Pero me mantendrás informado?"

"Te mantendré al tanto. Sí." La sonrisa de Helen denota cierta resignación, como si hubiera tenido que dedicar gran parte de su vida a complacer las fantasías de detective privado de Jane.

—Gracias. Eres la mejor. —Jane le dedica a Helen una de sus sonrisas, de esas a las que la gente sabe que es difícil resistirse. Efectivamente, ve cómo el rostro de Helen se suaviza y esboza una sonrisa.

"No hay problema, Jane. ¿Y cómo te va? ¿Qué tal la casa?"

En el pueblo, todos saben que la casa de Jane es una pesadilla constante. Helen tiene edad suficiente para recordar a los padres de Jane, a su hermano, toda la tragedia. Preguntar por la casa es su peculiar manera británica de preguntar cómo está lidiando Jane con los estragos de su vida.

"Tan desastroso como siempre. Pero el verano está a la vuelta de la esquina. Rosebery siempre está mejor cuando hace buen tiempo."

Esto no es del todo cierto, pero lo último que Jane quiere es que alguien sienta lástima por ella. Sí, tuvo una infancia dura y brutal; sí, perdió a sus padres por sus adicciones cuando apenas era una adulta; y sí, su hermano siguió el mismo camino que sus padres y la dejó sola en el mundo cuando aún era una joven. Pero ha tenido una buena vida. Ha tenido más que la mayoría. No quiere inspirar lástima. Quiere encontrar a Rose White. Eso es lo que quiere.

Los perros se ponen eufóricos cuando Jane regresa. Ella cae de rodillas y permite que durante cinco minutos las narices húmedas y el aliento húmedo, el silbido de las colas y el peso de las patas pesadas sobre sus hombros, sobre sus piernas.

Shannon recoge sus cosas y sonríe con cariño. "Todos se han portado tan bien", dice, y luego entretiene a Jane con el tipo de detalles y anécdotas sobre perros que solo un dueño de perro querría escuchar.

Jane le entrega a Shannon tres billetes de veinte libras.

Shannon dice: “Ah, por cierto, ¿qué le pasó al lindo perro blanco? ¿Lo trajiste a casa sano y salvo?”

Jane le cuenta sobre la cabaña en el Valle de la Salud, el hombre extraño, la sensación de que algo no estaba del todo bien, y entonces Shannon dice: "Sí, vi a esa chica un par de veces en el bosque cerca de la casa de Helen, ¿sabes?, en el parque donde paseo a los perros de los Clarke".

—Ah —dice Jane, sacudiéndose los pelos de perro de los vaqueros—. Claro. ¿Alguna vez hablaste con ella?

“Sí, más o menos.”

“¿De qué hablaron?”

“Nada del otro mundo. Su perro. Los perros de los Clarke. Perros en general, ya sabes. Dijo que iba a estar aquí unos días estudiando para los exámenes.”

“¿Parecía estar bien?”

“Bueno, sí. Quiero decir, tímido. Un poco ansioso, nervioso, pero todos los jóvenes son así hoy en día, ¿no?”

“Eres una persona joven, Shannon.”

“En realidad no. Ya no. Cumpliré treinta años dentro de ocho meses.”

“Es joven.”

“Sí, pero soy demasiado mayor para lidiar con toda esa ansiedad y demás. Al final hay que superarlo, ¿no?”

—Sí —asiente Jane con entusiasmo—. Sí, de verdad que sí.

“En fin, tengo mucho tiempo libre este verano; dejé el spa y ahora me voy a centrar más en el negocio de los perros, estoy pensando en abrir una guardería. Así que estaré disponible si me necesitas, llámame cuando quieras. Sabes cuánto quiero a tus chicos. Y cuánto quiero a esta casa.”

Shannon está obsesionada con la literatura victoriana de baja calidad sobre gente rica en grandes mansiones que caen en desgracia, por lo que le encanta el caos de Rosebery Hall: el papel pintado desconchado, los azulejos rotos del recibidor, las chimeneas polvorientas, los techos desmoronados. Y le encanta la trágica historia de Jane: los padres muertos, el hermano muerto, el vizconde exmarido con una mansión señorial y medio Gloucestershire a su nombre. Jane, por su parte, anhela la sencillez del apartamento de Shannon en el pueblo: tres dormitorios y un salón diáfano encima del spa donde a veces trabaja, muchas ventanas, una cocina a estrenar, una pequeña terraza en la parte trasera, lo suficientemente grande para una amiga y una botella de vino. Pero cada vez que

piensa en la visita del agente inmobiliario el viernes pasado para tasar Rosebery Hall, a Jane se le pone la piel fría y se le acelera el corazón. Piensa en la esencia misma de sí misma entretejida en cada centímetro de este lugar y en la constatación de que, al vender la casa, estará vendiendo lo único que queda de lo que solía ser su familia, y quedará a la deriva.

"Bueno, gracias, Shannon. Sería genial, la verdad. Mi ex, Tony, me ha prestado su casa de Londres, así que puede que esté fuera bastante tiempo las próximas semanas. Sería estupendo que te quedaras con los chicos."

—Sería un placer —dice Shannon, con el rostro iluminado ante la perspectiva —. De verdad. Casi ni siquiera tienes que pagarme. Bueno, claro que sí tienes que pagarme. Pero ya sabes a lo que me refiero.

Le sonríe de nuevo a Jane, se despide de los perros y entonces Jane se queda sola, con la cabeza llena de pensamientos y sentimientos y, finalmente, después de un tiempo, con la reconfortante sensación de que, como bien dijo Tony, hay un trabajo que hacer.

En la planta baja de la casa de Jane hay ocho habitaciones, pero la cocina y el salón son las únicas que utiliza. Arriba tiene la antigua suite principal de sus padres, una enorme habitación de veinticinco pies cuadrados con papel pintado de William Morris, un ventanal con vistas a los jardines y un baño privado que su abuelo instaló él mismo y que le da asco cada vez que lo usa; es de un rosa chicle repugnante, con grifos oxidados que gotean y un linóleo verde que se está despegando por los bordes. Además, huele mal.

Jane podría haber usado el dinero de su divorcio de Tony para reformar el baño, pero en vez de eso lo donó todo al refugio de perros en España, lavando así su mente de la decadencia y la humillación de otro matrimonio fallido. Según sus cálculos, se quedó con lo justo para vivir una vida relativamente sencilla hasta los noventa años. Ahora desearía haber guardado un poco más. Lo suficiente para un baño nuevo, tal vez, o para unos armarios de cocina nuevos. El dinero de su primer marido, el vizconde, lo gastó en salvar esa estúpida casa de derrumbarse. Se fue en andamios y vigas, bloques de hormigón, calderas y tejas, y la casa seguía luciendo exactamente igual después de gastar 400.000 libras que antes, pero con menos probabilidades de derrumbarse, explotar o inundarse.

Entra en la más grandiosa de sus tres salas de estar. Incluso en esta época agradable del año, cuando la última helada del invierno fue hace al menos seis

semanas, hace frío en esta habitación, un frío que cala hasta los huesos. Aquí hay un retrato pintado por un amigo de sus padres cuando ella y su hermano tenían unos siete u ocho años. Los cuatro posan bajo un gran árbol en el jardín delantero, con una perra llamada Blue, por cuya muerte Jane todavía se emociona hasta las lágrimas al recordarla, incluso ahora, casi cincuenta años después. Parecen sacados de una fantasía hollywoodiense de una familia británica peculiar y excéntrica, con su cabello despeinado, botas embarradas, mejillas sonrosadas y suéteres de colores brillantes: un sueño húmedo del Oso Paddington. Pero tras ese sueño se escondían la adicción, la depresión y problemas de salud mental. Tras ese sueño, malas decisiones, disfunción y muertes prematuras.

Descolgó el cuadro de la pared, soplando la maraña de telarañas que lo acompañaba. El papel pintado de fondo era un rectángulo perfecto de rosas de colores intensos, intactas a pesar de décadas de luz solar. Jane llevó el retrato al salón y lo apoyó en el aparador. Se dio cuenta de que eso era todo lo que necesitaba de Rosebery ahora. Este cuadro de un momento, que podría haber sido real, pero probablemente no lo fue, encapsulaba todo lo que creía que perdería si vendiera la casa. No perdería un baño húmedo, un techo roto ni un grifo de la cocina que goteaba.

Podría perder el control.

capítulo once

STUART, DIEZ AÑOS ANTES

Sigo a la mujer hasta la escuela de su hijo. Está al final de un sendero empedrado, detrás de una iglesia. El pequeño patio de recreo está situado a ras del suelo, y desde la barandilla exterior se divisa todo Londres, hasta los relucientes rascacielos de la City: el Shard, el Cheesegrater, el Walkie-Talkie.

La mujer entra al edificio de la escuela a través de una pequeña puerta negra. «Hola», la oigo decir alegremente antes de que la puerta se cierre, y me pregunto si la secretaria de la escuela podrá oler el vodka en su aliento, ver el brillo en sus ojos.

Un instante después, la mujer reaparece con una niña pequeña. La niña tiene el pelo oscuro recogido en trenzas y aparenta unos diez años. Lleva una venda en la muñeca y parece haber estado llorando.

Por lo que pude escuchar en su conversación, la niña se ha torcido la muñeca. Quiere ir al hospital, pero la mujer le dice que no pueden porque lleva al perro. «Primero tendremos que ir a casa».

"Pero quiero ir al hospital ahora. Me duele muchísimo."

"Pero no podemos, Daisy. No se permiten perros en el hospital. Tenemos que irnos a casa."

"¿Por qué no lo llevaste a casa primero?" La niña llamada Daisy está llorando de nuevo.

"Porque estaba en pánico. No pensé."

—Nunca piensas —dice la niña entre lágrimas—. Nunca lo haces.

"Mira, vámonos a casa. Podemos darte la medicina, dejar al perro y luego pediré un Uber para ir al hospital. ¿De acuerdo?"

¿Por qué no puedes llevarnos?

"Simplemente no puedo, ¿de acuerdo?"

"¿Pero por qué no?"

Ese coche estúpido nunca arranca. Y de todas formas, sale más barato ir en taxi que pagar el aparcamiento. Venga ya. Vamos a llevarte a casa y a darte unos analgésicos. Puede que ni siquiera necesites ir al hospital cuando te hagan efecto.

La chica asiente de mala gana, con los hombros caídos y un gran suspiro. —Está bien —dice—. Está bien.

Los sigo de lejos hasta que me doy cuenta de que se dirigen al Valle de la Salud. Nadie entra ni sale del Valle de la Salud a menos que viva allí o esté paseando a su perro. Mi presencia será evidente, y si ella se gira para mirarme, me reconocerá del pub, así que me mantengo al margen y los dejo desaparecer.

Al día siguiente está de vuelta en el pub. Hoy llega a las 11:55 y espera a que abran las puertas, y así va, pienso para mí mismo, el lento y gradual descenso, donde un día no está bien tomar una copa antes del mediodía, y al siguiente sí. He estado ahí. Lo sé. Yo solía ser como ella, ¿sabes? Solía ser alcohólico. Todavía lo soy. Pero he aprendido a controlarlo. Sé que dicen que no se puede hacer, pero yo sí puedo. Porque en realidad, creo que mi alcoholismo estaba más alineado con mi hedonismo, en aquel entonces, cuando era joven. No era como esta mujer de aquí, tratando de mantener la pretensión de una vida normal y decente. Estaba totalmente absorto en el caos de la adicción, absorbido y alejado por excesos de todo tipo. Era conocido. Oh, es ese tipo. Está loco. Mantente alejado. Me afeitaba el pelo por capricho. Orinaba en público. Me metía en peleas. Me echaban de todos lados. Oh, me echaban de muchísimos sitios. Era lo normal. Nunca esperaba ir a ningún lado sin que me echaran. Les rompí el corazón a las chicas y las traté fatal. Era realmente espantoso.

Hoy en día, sí, me gusta beber. Necesito beber. Me gusta beber todos los días. Probablemente cinco o seis pintas entre el mediodía y la medianoche. A veces una pinta más. A veces una pinta menos. Apenas pruebo licores o vino. No consumo drogas. Camino mucho. No me echan de los sitios. Soy un hombre tranquilo y razonable. Y puedo reconocer a otros adictos cuando los veo, con todas sus diferentes formas y apariencias. Y esta adicta, justo aquí, esta adicta que hace que su perro se quede sentado en un pub durante tres horas al día, que no

puede llevar a su hija herida al hospital, que sale tambaleándose del pub cuando todavía hay luz, es patética.

Espero a que termine su segundo vaso y entonces me levanto y finjo sorpresa y reconocimiento. —Oh —digo—. Eres tú. Espera. Yo, eh... yo... un momento.

Me vuelvo hacia mi mesa y recojo los guantes que traje hoy. —Aquí los tengo —digo, agitándolos hacia ella—. Los dejaste ayer. Tenías prisa.

—Oh —dice—. Sí. De acuerdo. Gracias. —Extiende la mano para cogerlos y se los doy—. ¿No podías haberlos dejado detrás de la barra?

"Sí, lo sé. Pero te seguí, pensé que te alcanzaría y te los daría en la calle, pero te perdí. Así que terminé llevándomelos a casa."

"Bueno. Gracias."

Las coloca sobre la mesa y las aparta suavemente.

Hago como si fuera a dejarla sola, pero luego me doy la vuelta y le pregunto: "¿Todo bien? ¿Ayer?".

—Ah, sí —dice con desdén—. Mi hija. Ella, eh, se lastimó la muñeca. Un esguince. Nada grave. Pero estaba armando un escándalo, así que la escuela me hizo venir a buscarla. Es un poco, eh...

"¿Dramático?"

"Puede serlo. Sí. Supongo que es una preadolescente clásica."

"Ah." Asiento con la cabeza. "Sí. Ya he pasado por eso."

"¿Tienes hijos?"

"Sí. Dos. El chico tiene veinte años. Dios mío."

"No pareces tener edad suficiente para tener un hijo de veinte años."

"Bueno, sí. No lo soy. Me pillaron con las manos en la masa, supongo que se podría decir, cuando tenía dieciocho años. Le di el dinero a la chica para que se hiciera cargo, pero se quedó con el dinero y con el bebé. No lo conocí hasta que tenía casi diez años. Y luego, sí, mi hija acaba de cumplir diecisiete. Es un ángel. Pero su madre se la llevó de vuelta a Australia cuando tenía tres años, así que no la he visto mucho."

—Oh —dice la mujer—, eso es... triste.

"Sí. Lo es. Es muy triste."

Puedo percibir que la mujer comienza a sentirse cómoda conmigo y me acerco al taburete que está al otro lado de su mesa. "¿Le importa si...?"

Se encoge de hombros y asiente levemente con la cabeza.

Me siento. "¿Y qué edad tiene tu hija?"

"Cumplió diez años en octubre. Es un poco traviesa."

"¿Y solo te pasa a ti?"

—Sí —dice, cogiendo su copa y dando un sorbo pausado—. Solo nosotros. Quiero decir, Daisy —esa es mi hija— su padre está presente, pero es complicado. Él, eh... bueno, tiene otra, eh... —Golpea la copa contra la mesa y veo un temblor en sus manos, en sus muñecas—. Está casado con otra. Alguien que no sabe nada de nosotros. Es, eh... —Se aclara la garganta—. No es lo ideal.

Yo digo: "No. No, eso suena difícil. Muy difícil. Complicado..."

—Sí —asiente—. Un lío. Lleva años y años diciendo que los dejará, que vendrá con nosotros. Pero ahora sus otros hijos ya son prácticamente mayores, y si acaso, él y su esposa parecen más unidos que nunca. Es como si se hubieran vuelto a enamorar. No paran de irse de vacaciones románticas, de escapadas cortas. Noches en el teatro. Y cada vez me trata más como si yo fuera el error, cuando antes me hacía sentir que ella era el error, el error con el que tuvo que lidiar, y yo era lo más preciado que nunca podría tener por el error que cometió con ella. Y, francamente, creo que solo quiere que desaparezcamos. De verdad que sí. Que desaparezcamos. ¡Puf! —Hace un pequeño gesto con las manos que casi derrama su bebida, pero la atrapa torpemente justo a tiempo—. Uf —dice —. Lo siento. No tengo ni idea de por qué te estoy contando todo esto. Ni siquiera te conozco.

—No —digo con calma—. Pero te conozco.

"¿Lo lamento?"

"Quiero decir... te veo."

La miro con los ojos entrecerrados, tratando de discernir si la he alejado o la he atraído. Ella se aparta ligeramente de mí y me mira de la misma manera que yo la miro a ella.

"¿De qué estás hablando?"

—Estás al borde del abismo —le digo, mirando fijamente su vodka con tónica —, de hacer volar tu vida por los aires.

Sus ojos brillan de repente y me doy cuenta, por primera vez, de que son verdes, igual que los míos.

"Aún no es demasiado tarde. Puedo ayudar."

Ella me mira con el ceño fruncido. La línea entre sus cejas es profunda y dura.

—Para empezar —digo—, puedo pasear a tu perro.

Miro al Westie, que está tumbado con la barbilla apoyada en las patas delanteras, observándome con recelo desde debajo de sus cejas aristocráticas.

—No —dice—. Gracias. Puedo pasear a mi propio perro.

“Ah, pero tú no, ¿verdad?”

—Sí —responde secamente—. Lo acompaño hasta aquí. Lo llevo al colegio. Lo recojo. Lo llevo al parque dos veces al día. Además, tiene un jardín grande en casa donde corretear, así que gracias, pero está bien.

Asiento con la cabeza, sin estar del todo convencido. "Vale", digo. "Genial".

La conversación se interrumpe por un momento mientras ella se recupera de su enfado conmigo por haberla criticado por su mala crianza del perro.

Entonces ella dice: "¿Y tú? ¿Vives con alguien?"

—No —digo—. Definitivamente no. Lo digo con un toque de arrepentimiento, más del que realmente siento. No me siento solo. Me gusta mi existencia, mis días divididos entre pintas de cerveza, paseos por el páramo, noches en un futón en el ático de una casa okupa muy agradable cerca del Royal Free Hospital. Todavía puedo tener sexo, si quiero; hay algunas chicas, algunas mujeres, las conozco desde hace años, están bien, no tengo que buscarlas. Gracias a Dios. Medito. Leo libros sobre pájaros. Voy a conciertos, me da igual quién sea, con tal de poder pagar la entrada. Corto el pelo a la gente gratis, o por un poco de dinero en efectivo. Tengo amigos a los que veo de vez en cuando; tengo un hermano que tiene esposa, hijos y todo lo demás. Nos llevamos bien. Soy bienvenido en su casa por Navidad. Así que sí, en resumen, no necesito a nadie. No quiero a nadie. Lo estoy haciendo bien.

Ella levanta una ceja. "Parece que hay una historia detrás".

Inflo las mejillas. "¿Tienes todo el día?"

Ella mira la hora en su teléfono. La una y media. "Tengo noventa minutos", dice. "¿Pido otra ronda?"

Para cuando su teléfono suena a las 3 de la tarde para recordarle que recoja a su hijo del colegio, tiene la mirada perdida y habla con dificultad. Me da pena por su hijo. ¿Quién querría que una madre borracha lo recogiera del colegio en ese estado delante de todos sus amigos? La ayudo a ponerse el abrigo y me aseguro de que no olvide los guantes. Sonríe al irse y luego dice: «Ay, Dios mío, ni siquiera sé tu nombre. Por cierto, me llamo Jessamine».

“Encantado de conocerte, Jessamine. Me llamo Stuart.”

Me hace un gesto agitando sus guantes para demostrarme que no los ha olvidado y se adentra con paso inseguro en la fría tarde de diciembre.

capítulo doce

A la mañana siguiente, el sol brilla en el jardín del patio trasero de la cocina de Jane, pero aún se siente un frescor que recuerda a un verano incipiente. Jane lleva guantes sin dedos y una bufanda suave mientras toma su café matutino. Los tres perros más jóvenes deambulan perezosamente por el patio, olfateando las nuevas hierbas y flores que brotan, mientras Reggie se sienta a sus pies, tomando el sol. La cabeza de Jane está llena de pensamientos sobre el perro blanco, Rose White y Thornwood. Recuerda lo que Shannon le contó ayer sobre haberse encontrado con Rose White en el parque público detrás de la granja de Helen. Es un lugar muy popular entre los paseadores de perros. Quizás alguien allí haya visto algo.

Termina su café, enjuaga la taza en el fregadero de la cocina, se pone las botas y conduce hasta el pueblo.

Desde la propiedad de Helen Yaxley, hay siete minutos a pie hasta la entrada principal del Parque de Aves Acuáticas (llamado así por los patos raros que rondan el estanque). Jane considera la posibilidad de que Hugo se haya escapado de allí, ya que está más cerca de su propiedad que de la de Helen y tiene más sentido. Sigue algunos de los senderos más tranquilos en la parte trasera del parque, intentando rastrear una posible ruta que Hugo pudo haber tomado una vez que se separó de Rose White. Según Hester, nadie en el pueblo había visto al perro blanco suelto por caminos, campos, terrenos o carreteras en los días transcurridos desde la desaparición de Rose White. Pero antes de desaparecer, se había visto a Rose White paseando al perro por el camino entre la propiedad de Helen y el parque, y Shannon los había visto en el parque varias veces. Hugo habría estado familiarizado con esta zona.

Y, efectivamente, mientras sigue los delicados hilos de su mapa que marcan los senderos, ve uno que parece conducir al arroyo al final de su terreno. En esta época del año, el arroyo es poco profundo, más bien un charco hondo, fácil de cruzar incluso para un niño de piernas cortas como Hugo. Piensa que este podría haber sido su camino hacia su bosque de campanillas azules. Guarda el teléfono en el bolsillo y se pone en marcha.

Solo hay una casa en este sendero. Su parte trasera da abruptamente a un camino tranquilo, mientras que su fachada principal da al campo. Es una casita destartalada, pintada de azul, con dos dependencias, una de las cuales reluce y arrulla con lo que parecen ser palomas. Jane camina por un sendero de grava y llama a la puerta. Un anciano la abre un momento después. Tiene el pelo largo y gris y lleva un chaleco de punto sobre una camisa a cuadros. «¡Hola!», exclama. «¿Jane, verdad?».

—Oh —dice Jane, sorprendida—. Sí. Es cierto. ¿Debo...?

—Conocí a tus padres —dijo, tocándose el pecho con una mano nudosa—. Bill Newsome. La última vez que te vi, tendrías unos dieciséis o diecisiete años. Recuerdo que tenías el pelo muy rubio. Subías por este sendero con una expresión muy seria. Parecía que ibas en serio.

Jane sigue sin recordar a ese hombre llamado Bill Newsome, pero él la recuerda con mucha claridad. «Probablemente sí», dice con una risa irónica. «Por aquel entonces era un desastre».

"Bueno, parece que te has arreglado muy bien. Te ves estupenda."

Su rostro se suaviza al halagarla, y ella lo asimila y sonríe ampliamente. «¡Gracias! En fin. Me preguntaba si, en los últimos días, habías visto alguna vez a una joven de unos dieciocho años, rubia...»

"¡Eras tú!", interrumpe con una sonora carcajada. "¡Hace cuarenta años!"

—Ah —Sonríe de nuevo—. No. Otra adolescente rubia. Esta se llama Rose. Y tenía un perrito blanco, un Westie.

"¡Oh, un Westie! ¡Siempre quise uno de esos!"

"¿Recuerdas haber visto uno? ¿Por aquí? ¿Con una mujer joven?"

—Ya sabes —dice, llevándose una mano a la barbilla recién afeitada, que tenía un aspecto algo enrojecido—. La verdad es que sí, ahora que lo pienso. Fue la perra lo primero en lo que me fijé, claro. Y no era tan llamativa como tú a esa edad —¡caramba, qué llamativa eras!—, ¿pero pequeña? ¿Y un poco desaliñada?

Jane piensa en la ropa raída que hay en la maleta de Rose White y asiente con la cabeza. —Sí —dice—. Parece que sí. ¿Cuándo la viste?

"Un par de veces, la verdad. Mi cocina da al camino, así que veo a mucha gente caminando. Me fijé en ella porque parecía muy preocupada."

"¿Preocupado?"

"Bueno, más que preocupada. Asustada, diría yo. Parecía asustada."

¿Estaba acompañada?

"No, solo ella. Estaba al teléfono las dos veces. Escribiendo. Parecía agitada."

"¿Y cuándo fue que la viste pasar por delante de tu casa?"

"Hace un tiempo. ¿El miércoles pasado? ¿Quizás el jueves?"

Jane asiente. "Bueno, Bill, gracias por tu tiempo. Ha sido un placer conocerte por fin."

"Por fin", dice. "Después de tantos años. Y Jane, me dio muchísima pena lo de tus padres. Eran demasiado jóvenes para irse. Y tú eras demasiado joven para perderlos".

Jane recorre pensativa el resto del sendero de regreso a su casa, revisando la maleza y el seto en busca de cualquier señal de que algún ser humano haya pasado por allí y haya sufrido algún tipo de daño.

Recuerda los recuerdos que Bill Newsome tenía de ella cuando era joven, con esa apariencia de mujer decidida, cuando, por supuesto, no tenía ninguna intención de serlo. Era una chica ingenua, completamente incapaz de desenvolverse en la vida adulta, destrozada y débil tras una infancia criada por adictos con problemas de funcionamiento. Se mostraba impotente, fingiendo ser dura, cuando en realidad lo que deseaba era que alguien, cualquiera, la rescatara, preferiblemente un hombre fuerte y adinerado.

Mientras los pensamientos de Jane dan vueltas al caos de su infancia, examina el sendero, las ramas, las posibles rutas a izquierda y derecha que Rose White podría haber tomado en un intento por encontrar a su perro desaparecido. Jane no puede recorrerlas todas, pero prueba un par, observando la vegetación pisoteada, las huellas, la basura. Recoge un cartón de refresco tirado; no tiene ni idea de por qué, solo sabe que tiene que encontrar algo. Lo que sea.

Y entonces, a medio camino entre el fondo del bosquecillo de campanillas azules de Jane y el sendero, colgada de un árbol caído, ve lo que parece una prenda de vestir. Al acercarse, se da cuenta de que es una sudadera con capucha:

azul marino, pequeña y con un logo en el pecho: una especie de camino formado por líneas blancas curvas. Es la sudadera del uniforme escolar. La recoge y saca la etiqueta: «14-15». Y allí, escritas con rotulador borroso, las iniciales «DB».

Así que, piensa Jane, no es Rose White. Solo una adolescente del barrio. De todas formas, le toma fotos, del logo y la etiqueta, y luego vuelve a colocar cuidadosamente la sudadera donde la encontró, por si acaso, piensa, por si acaso la policía sigue buscando a Rose White.

capítulo trece

STUART, DIEZ AÑOS ANTES

Jessamine y yo solemos sentarnos juntas casi todos los días en el White Swan. Es una mujer interesante, sobre todo después del segundo vodka, pero no tanto después del cuarto, cuando se vuelve áspera y amarga. Pido mis pintas por la mitad para poder seguirle el ritmo, ronda tras ronda, sin emborracharme yo también.

"Daisy y yo vivimos con mi madre", me dice ahora. "En su casa".

¿Qué tipo de casa es?

"Supongo que es una casa especial." Su acento es del norte de Londres. Nacida y criada allí. "Una casita, pero aislada, justo al borde del parque, da la sensación de estar en el fin del mundo." Sonríe al decirlo. Tiene los dientes rectos. Rectos como por un tratamiento de ortodoncia. La cuidaron muy bien.

¿Qué tal es vivir con tu madre?

Hace una leve mueca, pero luego vuelve a sonreír. «Tiene sus pros y sus contras. Principalmente contras. Es una mujer difícil».

"¿Y dónde está tu padre?"

Le cuesta un momento encontrar una respuesta. «Ni idea», responde finalmente. «Desapareció hace diez años».

"¿Cuándo nació Daisy?", pregunto.

Ella se encoge de hombros.

¿Adónde se fue?

"¿A quién le importa?"

Me mira fijamente a los ojos y entonces lo veo: su tristeza, su miedo, su furia, su odio. Pienso: Eres una persona cruel e infeliz. Pienso: Has sufrido. Pienso:

Quiero ayudarte.

—¿Otra más? —pregunto, mirando su vaso. Me lanza una mirada venenosa. Quiere decir que no. Que me largue. Pero no lo hace.

Se bebe el último sorbo de su vaso y me lo entrega. —Sí —dice—. Por favor.

Poco después, terminan las clases por las vacaciones de Navidad y Jessamine no puede ir al pub durante el día. Me pregunto qué hará en casa con su hija preadolescente malhumorada y su madre amargada en esa casa en medio de la nada. ¿Beberá vodka de una botella de agua? ¿Sacará a pasear a Hugo alguna vez?

Paseo por el Valle de la Salud unos días después de Navidad, agradablemente relajado tras unos días de copas y holgazanería con mi hermano mayor y su familia de adolescentes gigantes en Banstead. He traído un regalo, o mejor dicho, un regalo reciclado: una botella de champán (que detesto), una tarjeta y un calcetín navideño lleno de golosinas para Hugo que compré de oferta en Tesco por noventa y nueve peniques. Es un día ventoso, con algunas gotas de lluvia en el aire, el cielo oscuro y gris, pero me he tomado una pinta al pasar por Hampstead y me siento bien.

Deambulo por el Valle... ¿Es este lugar real?, me pregunto vagamente. ¿De verdad vive gente aquí, en estas casas que parecen sacadas de una postal navideña? ¿O son solo figuras de cartón iluminadas desde dentro, marionetas que se mueven tras las ventanas?

Al final del valle, tengo dos opciones: izquierda o derecha. Giro a la izquierda justo cuando se encienden las farolas: un zumbido, un chisporroteo, una transformación repentina del gris al dorado. Al final de la calle, la veo. Una casita amarilla tras un camino de entrada con verja. Está desaliñada, abandonada, envuelta en una luz húmeda y color pus. Delante hay un cochecito rojo que parece que nunca se usa, un viejo jeep del ejército y una cama elástica con dos muelles rotos. Una pequeña columna de humo se eleva de una chimenea endeble. Hay una guirnalda de luces a medias en la ventana, la sugerencia de un árbol. Al llegar a la puerta lateral, oigo al perro de Jessamine ladrar furiosamente. Entonces oigo a Jessamine decir: «Hugo. Cállate. No hay nadie». El perro sigue ladrando, y finalmente veo su cara en la pequeña ventana al lado de la puerta principal.

Toco el timbre.



capítulo catorce

ALLEN

Nací en 1958 en Beckenham, en el sur profundo de Londres. Mi padre era bipolar sin diagnosticar. Mi madre era adicta a las pastillas para dormir. Mi infancia fue poco convencional. Cuando mi padre tenía un episodio maníaco, la vida era divertida; cuando no... bueno. Ya se lo pueden imaginar. Desde muy pequeño siempre quise una esposa. Siempre quise tener hijos. Quería manzanos, un periódico bien doblado y algo rico para comer al llegar a casa del trabajo. De niño quería ser como los hombres de las ilustraciones de las portadas de las revistas antiguas, con pipa y pañuelo en el bolsillo superior, y un niño pequeño a mi lado. Quería ser un hombre de familia.

Me enamoré de Annie la primera vez que la vi, pero solo tenía trece años, así que tuve que esperar. Era prima de mi amigo y rara vez visitaba su casa, solo para cumpleaños y ocasiones similares. La veía como mucho una vez al año. Luego, cuando tenía diecinueve años, la encontré en un rincón sombreado del jardín durante la celebración del quincuagésimo cumpleaños de su tío y le dije que estaba preciosa. Ese fue el comienzo.

Pasamos un par de años disfrutando de Londres, disfrutando el uno del otro, y luego nos casamos. Annie se estaba formando para ser enfermera y yo estaba en el programa de prácticas de John Lewis. Era el comienzo de nuestra relación y no ganaba lo suficiente para pagar el alquiler de inmediato, así que sus padres nos dijeron que podíamos vivir con ellos y, francamente, me encantó. Una casita en Hampstead Heath con manzanos en el jardín, un fácil acceso a Oxford Circus, una suegra cariñosa, un suegro amable y, por supuesto, mi hermosa esposa. Su

madre, Vivienne, cuidaba de los dos, así que Annie no tenía que mover un dedo, y me gustaba que fuera así.

Nos trataban como a un príncipe y su princesa; yo tenía mi periódico doblado, mi comida casera, pero también tenía una esposa que podía pasarse todo el día pintándose las uñas, almorzando con amigas, haciéndome visitas sorpresa en el trabajo, cuando yo la llevaba rápidamente arriba a la cafetería para tomar un trozo de pastel o al otro lado de la calle, a los jardines de Cavendish Square, para fumar un cigarrillo o dos.

Y entonces llegaron los niños.

Jessamine llegó al mundo con un aspecto como si hubiera estado en una pelea callejera. Luego estaba Jasper, que llegó al mundo dos años después con el aspecto de un hombre de noventa años. Y aunque por supuesto quería mucho a esos niños, no puedo decir que hicieran mucho por mejorar mi vida. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, como se suele decir. Se acabaron los pasteles improvisados en la cafetería; Annie siempre estaba estresada, siempre agotada, aunque, para ser sincera, su madre —ahora viuda— se encargaba de la mayor parte del cuidado de los niños. Pero aun así, encontrar tiempo para hacer todas las cosas que antes daba por sentadas la ponía tensa e infeliz. Para cuando me habían ascendido suficientes veces como para poder permitirme una casita bonita para los cuatro, Annie se había vuelto un poco adicta a la presencia de su madre, siempre ahí para cubrir las necesidades, y supongo que yo también me volví un poco adicta a todo ese espacio en el centro de Londres. Sabía que jamás podría encontrar algo igual de bueno en otro lugar, así que preferí gastar mis ingresos en consentir a mi familia: ropa bonita, juguetes caros y joyas para Annie. Creo que, tal vez, sentía la necesidad de compensar el no poder darles un techo, dándoles absolutamente todo lo demás. No quería ver a nadie en mi familia haciendo nada sucio o desagradable. Me gustaba ver a mis hijos estudiando tranquilamente, viendo la televisión infantil, jugando con una pelota, saltando en el trampolín o leyendo libros. No quería verlos raspando la comida fría de los platos, clasificando calcetines o lustrando sandalias. La madre de Annie se encargaba con gusto de la mayoría de esas tareas, y de lo que ella no hacía, yo me ocupaba. Quería ver solo tranquilidad y relajación al llegar a casa después del trabajo: estantes ordenados, manos limpias y gente feliz.

Probablemente pienses que me aproveché de mi suegra, pero te aseguro que no fue así. A Vivienne le encantaba cuidar de todos. Seguramente estés pensando: ¿Qué es esto, los años 50? ¿Y el feminismo? ¿Y la igualdad de

derechos? ¿Qué clase de anticuada eras? Y, francamente, tendrías razón. Era una anticuada, pero ¡Dios mío, qué feliz era!

Solo había una cosa que no terminaba de encajar. Mi querida esposa, después del nacimiento de nuestro segundo hijo, decidió que el sexo estaba descartado. Al parecer, algo le había pasado en sus partes internas, algún tipo de daño, que fue reparado por un cirujano maravilloso, pero su confianza quedó irreparablemente dañada, y tenía miedo de otro embarazo, así como de la incomodidad física de la intimidad. Por supuesto que lo entendí. Por supuesto que sí. Me dijo que podía tener una amante. Pero yo no quería una amante. Solo había una mujer que sería mi amante, y esa era Annie. ¿Quién más podría compararse? Así que pagaba por sexo, cuando me convenía. Visitaba a mujeres jóvenes en habitaciones tristes de bloques de apartamentos y encima de tiendas y tenía sexo rudo e impersonal con ellas. Durante muchos años estuve contento de vivir así. Pero entonces Vivienne enfermó y ya no podía cuidar tanto de Annie y los niños. Se cansaba más fácilmente; le dolían las articulaciones. Y luego tuvo una terrible caída a los sesenta y tantos años y todo empeoró rápidamente después de eso; Parecía más una mujer de ochenta años que de sesenta y tres. Falleció en el año 2000, cuando solo tenía setenta.

Un día, poco después de su muerte, llegué a casa y encontré a Annie tendiendo la ropa en el jardín, lo cual me incomodó. Se lo comenté a una de mis empleadas habituales. Se llamaba Tulip, o al menos ese era su nombre artístico. Su verdadero nombre, resultó ser Sandra. Era de la Isla de Wight y llevaba implantes mamarios, que estaban de moda en aquella época, y un tatuaje de Betty Boop en el antebrazo. Dijo que cuidaría de nosotras. Dijo que era buena en las tareas domésticas, en la cocina, que podía servirnos la comida y cuidar de los niños. Dijo que también cuidaría de mí.

Ella dijo, y siempre sonreí con ironía al recordarlo, que sería nuestra niñera.

capítulo quince

Al regresar a Rosebery, Jane se prepara una taza de té y busca en su teléfono la foto que acaba de tomar de la sudadera del colegio. Realiza una búsqueda inversa de imágenes del logotipo y sigue desplazándose por los resultados hasta que lo encuentra, diez imágenes más abajo, el mismo logotipo. Hace clic en el enlace, que la lleva a la página web de un proveedor de uniformes escolares del norte de Londres. Encuentra el logotipo a mitad de la página y ve que pertenece a un instituto de Islington llamado Waterside Academy.

Islington está en el norte de Londres. Cerca de Hampstead.

Jane contiene la respiración.

¿Podría entonces la sudadera pertenecer a Rose White? ¿Independientemente de las iniciales "DB" escritas en la etiqueta? Es una suposición arriesgada, pero posible.

En cualquier caso, Jane está segura de que el señor Tucker le ha mentido, de que Rose White es en realidad su hijastra y de que ha sido víctima de algún tipo de trauma doméstico, posiblemente a manos del señor Tucker o del hombre que intentó drogarla con un martini en esa misma casa veintiséis años atrás. Cree que Rose White se llevó al perro de la familia y escapó, y que algo salió terriblemente mal y la obligó a huir sin él. Jane lo siente como un golpe en el estómago; Jane quiere este misterio, lo quiere todo para sí misma, porque en algún nivel subconsciente desea regresar a aquella terrible noche en el Valle de la Salud y arreglarlo.

Jane toma un tren temprano hacia Londres a la mañana siguiente. A las 8:45 ya está frente a la Academia Waterside en Islington, y a las nueve, una treintena de estudiantes le han dicho que nunca han oído hablar de una chica llamada Rose White.

La prisa matutina a las afueras de la gran y reluciente escuela de nueva construcción se reduce a un pequeño goteo de rezagados, y Jane aborda a los últimos en llegar, un niño y una niña cogidos de la mano, ambos con un fuerte olor a cigarrillos.

El joven la mira con recelo desde debajo de la capucha. —No. Nunca he oído hablar de ella. Deberías preguntarle al director de último curso. Ellos lo sabrían.

—¡Gracias! —dice Jane, gratamente sorprendida por la amabilidad y la buena disposición del joven—. ¿Dónde puedo encontrarlos? ¿Y cómo se llaman?

El niño y la niña se miran. La niña se encoge de hombros. El niño mira a Jane, arruga la cara y dice: "¿Wen-algo? ¿Wenlock? ¿Wendover? ¿Wen... jamón?".

Él mira a la chica y ella niega con la cabeza. "No tengo ni idea".

“En fin. Necesitamos...” Señala las puertas de la escuela.

“Claro. Lo siento. Pueden irse. Gracias. Son adorables.”

El niño dice: "Tranquilo", y entran en la casa.

Jane se aleja un poco desanimada. No sabe qué esperaba. Fue una tontería pensar que encontraría a Rose White tan fácilmente.

En una agradable cafetería de Upper Street, Jane toma té de menta y come una galleta grande y azucarada para tranquilizarse. Termina las últimas migajas, recoge con la punta del dedo humedecido los gránulos de azúcar que caen en el plato y los lame. Son casi las diez de la mañana y no tiene ningún plan. Ahora mismo solo quiere ir de compras —Upper Street está repleta de boutiques preciosas— y luego quizás volver a casa de Tony para abrir una botella de vino. Pero eso es precisamente lo que no debería estar haciendo.

Aunque Jane nunca ha tenido un trabajo fijo, siempre ha sido una buena persona: cuidaba de los animales y de los hijos de otras mujeres como si fueran suyos. Ha sido una amiga comprensiva —aunque ahora se pregunta por qué parece no tener ninguna— y es muy divertida y agradable estar con ella.

Jane también ha tenido... llamémoslos “episodios” en los que no fue fácil convivir con ella; se comportaba de forma un tanto alocada, un poco chiflada. De hecho, podía ser una auténtica pesadilla. Prácticamente aterrorizó al pobre Paddy Swann, el hombre con el que estuvo desde los dieciocho hasta los veintidós años. Se comportó de forma espantosa, convirtiendo toda su vida en un drama interminable y mal rítmico del que él, sabiamente, escapó antes del desenlace. Fue una esposa inquieta con ambos maridos, difícil de tratar, propensa a los cambios de humor y a las divagaciones existenciales. Pero también

ha traído alegría a la gente, y ella lo sabe. Su buena relación con sus dos exmaridos y sus hijos sin duda lo demuestra.

Pero ahora, antes de que llegue a la próxima década de su vida, la edad que marca el final de la vida laboral de la mayoría de los adultos, debería tener algo más que contar en las fiestas que el simple hecho de que cuida una casa en ruinas y cuatro perros.

Piensa en su fracaso al no haber descubierto ninguna información útil fuera de la Academia Waterside, en las caras inexpresivas y las cabezas que negaban con la cabeza, y en lo estúpida que se sintió al alejarse de las puertas hace una hora.

Pero entonces recuerda lo serviciales que habían sido los niños, cómo cada uno se había detenido a hablar con ella, se habían involucrado de verdad, invitando a otros a unirse a la conversación, y se recuerda a sí misma que si hay algo que se le da realmente bien, es hacer que la gente hable. Toda su vida ha inspirado confianzas, ha sido una persona a la que otros acudían para compartir sus secretos, sus penas.

La gente se siente cómoda cerca de Jane.

La gente confía en ella.

Y sin duda, eso, más que nada, constituye la base esencial para llevar a cabo una investigación privada: conseguir que la gente hable contigo. Y hay una persona con la que Jane quiere hablar más que con ninguna otra en este momento, y su nombre es el Sr. Tucker.

Jane recoge sus pertenencias y se dirige hacia el metro, de vuelta al Valle de la Salud.

capítulo dieciséis

STUART, DIEZ AÑOS ANTES

Hola, Jessamine —digo. Luego miro al perro—. Hola, Hugo. Les agito la botella de champán a ambos—. ¡Feliz Navidad!

El rostro de Jessamine está pálido por la bebida y la falta de aire fresco. Me mira y luego a su alrededor. "¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?"

"Me lo dijiste."

"No te lo dije."

"Bueno, prácticamente me lo dijiste. Ya lo averigüé. En fin." Agito la botella de champán de nuevo y le sonrío radiante.

"Quiero decir..." Vuelve a mirar hacia atrás. "Solo estamos viendo la tele."

—Oh —digo—. ¿Hay algo bueno?

"No. En realidad no." Sus ojos se posan en el champán y puedo ver sus maquinaciones, la idea de que ahora tiene una razón legítima para beber a mediodía. "Pasa, disculpa... está... desordenado."

La casa está hecha un desastre. Parece que alguien se quedó a medio camino de mudarse o entrar y luego abandonó el proyecto. Cajas. Montones de cajas. Montones de cajas de plástico. Pero también muebles antiguos, muebles antiguos preciosos, del tipo que ahora está tan pasado de moda. Aparadores ornamentados, cómodas con frente curvo, lámparas de araña de cristal, mesas de centro de estilo chino. Sé de muebles. Mi padre era ebanista.

—Qué casa tan bonita —digo, mientras me froto los pies contra el felpudo. Y sí, es bonita, pero también extrañamente fría e inhóspita. Hay algo en el ambiente que me pone nerviosa, como si debiera estar preparada para escapar en cualquier momento.

La sigo hasta la cocina. Es anticuada: muebles de Formica verde pálido con tiradores de plástico color crema, suelo de terracota con marcas, medias cortinas de cuadros con volantes en la ventana, ollas y sartenes colgadas de una polea de madera. Jessamine elige copas de champán de estilo vintage de una estantería, diminutas, como si pertenecieran a una merienda de muñecas. La observo moverse, la urgencia de sus movimientos, el silencio tenso. Oigo la televisión encendida en otra parte de la casa. Hugo está sentado en el umbral y la observa. Luego gira la cabeza y me mira.

—Toma, muchacho —digo, agachándome y ofreciéndole mis dedos—. Toma, muchacho.

Se acerca lentamente y le rasco debajo de la barbilla; retrocede un poco, pero luego se acerca de nuevo. Le acaricio la cabeza con las manos y le beso la coronilla, y sé que somos amigos.

Jessamine coloca las pequeñas copas de champán sobre la mesa de la cocina y saca una silla tapizada en vinilo. Yo hago lo mismo. El champán no está frío. Detesto el champán en el mejor de los casos, y aún más cuando no está frío. Pero necesito beberlo, así que lo hago.

—¡Salud! —digo, alzando mi copa hacia ella.

"¡Salud!", dice ella, levantando la suya en respuesta.

"¿Qué tal pasaste la Navidad?"

"Lo de siempre. Él está en Estambul. Yo estoy atrapada aquí."

—¿Él? —pregunto—. ¿Te refieres al hombre casado?

"Sí. Él. Acaba de aterrizar en Estambul. Otra escapada. Con ella."

"¿Su esposa?"

"Sí. Su esposa. Su esposa, que es veinte años mayor que yo y pesa treinta libras más."

Me estremezco.

"Lo siento. Soy una perra. Da igual. Simplemente no lo entiendo."

"Ella es la madre de sus hijos."

"¡Soy la madre de su hija!"

"Sí, pero para retenerte, tendría que sacrificarlo todo. Y tal vez..." Respiro hondo. "¿Tal vez ella sea más fácil que tú?"

"¡Ja!", exclama ella en voz alta. "¿Más fácil? ¿De verdad estás loco? Esa mujer es una pesadilla."

"¿Qué clase de pesadilla?"

"Exigente. Malcriada. Estúpida."

"¿Estúpido? ¿Y cómo lo sabes?"

"Porque él me lo dijo."

Suspiro. —Eso es lo que hacen los hombres —digo—. Te dicen que la mujer actual no está a la altura, para dar a entender que tú eres superior, cuando a menudo la mujer actual no está a la altura, simplemente no eres tú; no eres carne fresca. Dicho esto, me parece muy bien que haya vuelto con su esposa. Lo siento. Sé que no es lo que quieres oír. Pero es verdad.

Ella gruñe.

"¿Sabes?", le digo, "que puedes controlar cómo te sientes al respecto? Esta no es su historia, es la tuya".

"Eso es una tontería." Su vasito está vacío y se sirve otro. "Él es quien tiene el control. Siempre lo ha tenido y siempre lo tendrá. Porque él es quien tiene mi corazón."

Una capa de lágrimas brota de sus ojos al pronunciar estas palabras, el primer atisbo de calidez que he visto en esta mujer.

"Bueno, entonces llévatelo de vuelta. Es tuyo. Tómate tus mini-escapadas. Deja de beber. Tienes opciones."

—Joder —dice en voz baja—. Tienes mucho que decir. Ni siquiera te conozco.

"Sí, me conoces. Me conoces. Y yo te conozco a ti."

"Literalmente no tengo ni idea de qué estás hablando. Eres solo un hombre en el pub."

"Y ahora soy un hombre en tu casa."

Ella pasa el dedo por el borde de su vaso y me mira con los ojos entrecerrados. —Sí —dice—. ¿Y qué significa todo esto?

Me aparto un poco de ella, observándola con atención. —Para ser sincera, no tengo ni idea de qué hago en tu casa. Pero sabía que me dejarías entrar.

¿Debería tenerte miedo?

—No —respondo, negando con la cabeza y sonriendo—. No tienes por qué tenerme miedo. No estoy aquí para hacerte daño; estoy aquí para ayudarte.

Cojo la botella de champán, le sirvo más y luego me sirvo yo también. La miro fijamente todo el tiempo. Parece nerviosa, pero también tiene un ligero rubor en las mejillas. Podría ser el champán, pero también podría ser la emoción.

—Muéstrame una foto —digo—. De este hombre. De este hombre extraordinario que se ha ganado tu corazón y te ha llevado a Estambul.

Me mira de reojo. Luego coge el móvil y empieza a buscar, con un aire de ligera impaciencia. «Mmm», dice, «no. Ese no. Este...»

Ella gira el teléfono. Hay un hombre de aspecto vago con una camisa gris y vaqueros, el pelo blanco lacio peinado hacia un lado, gafas modernas y una sonrisa forzada.

“Jesús. ¿Cuántos años tiene?”

"Sesenta."

“¡Sesenta! ¡Estás perdiendo la cabeza por una persona de sesenta años!”

“Bueno, no siempre tuvo sesenta años, ¿verdad? Tenía casi cincuenta cuando lo conocí.”

“¿Así que eras...?”

“Dieciocho. Era mi jefe cuando trabajaba como suplente.”

“Ja, sí. Por supuesto.” Sonrío y me inclino hacia ella. “Te han arrastrado por el camino equivocado, Jessamine. Imagina”, le digo, “lo diferente que sería todo ahora si ese viejo asqueroso no te hubiera convencido, a ti, una jovencita inocente de dieciocho años, de que era una buena idea, de que acostarte con un hombre casado iba a mejorar tu vida de alguna manera.”

Veo un escalofrío de incomodidad recorrerla. Luego niega con la cabeza. "¿Qué está pasando aquí?", dice. "¿Qué te pasa?"

“No hay trato. Acabo de pasar una Navidad estupenda en casa de mi hermano, mucha gente, mucha diversión... no dejaba de pensar en ti.”

Una de sus finas cejas se alza hacia arriba. "¿Qué demonios?", murmura, pero la veo de nuevo, ese rubor, una repentina oleada de algo que recorre su cuerpo.

—No necesariamente en ese sentido —respondo—. Me refiero a que pensaba en ti sola aquí abajo, en la última casa del fin del mundo, con tu madre y tu hijo. Quería verte. Asegurarme de que estuvieras bien. Eso es todo.

Se encoge de hombros de nuevo e intenta parecer que eso es exactamente lo que pensaba que quería decir. Me da pena por ella, así que sonrío, una sonrisa pícara y coqueta. «Puede que yo también haya pensado un poco en lo guapa que eres».

“¡Ja!” Su respuesta es tan fuerte que me hace dar un brinco. “No seas ridículo”, dice.

“¿Por qué?”, pregunto. “¿Por qué es ridículo? ¿Acaso nunca te dice que eres guapa?”

—No —dice con desdén—. Porque no lo soy.

Arrastro mi silla bruscamente por el suelo de terracota y cruje horriblemente. Me acerco a su lado de la mesa y la miro fijamente. «Eres guapa», le digo. La miro un rato más, disfrutando de la mezcla de emociones que se refleja en su rostro. Luego me aparto un poco. «Escucha», le digo. «Si te hago sentir incómoda, me iré. No tengo ningún interés en hacerte sentir rara, te lo prometo. Solo dímelo y me marcharé».

—No —dice, con la mirada repentinamente oscura, urgente y fija en mí—. No. No te vayas. Por favor... quédate.



capítulo diecisiete

JAZMÍN

La abuela murió dos días después de cumplir setenta años. Papá estaba desesperado por todo. Un día vio a mamá tendiendo la ropa y casi lloró. Habló de contratar a una empleada doméstica, pero mamá dijo que no podíamos permitírnoslo. Unas semanas después, papá nos dijo que una chica simpática vendría a quedarse para cuidarnos. «Una au pair», había dicho papá. Pero Sandra no parecía una au pair y papá no le hablaba como tal. Miré a mamá, que observaba a Sandra con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula apretada. Parecía enfadada. Pero no hacía nada al respecto. Solo miraba... No sabía qué pensar de la chica. Parecía barata, desaliñada. No entendía qué hacía allí, en nuestra casa. Seguí a mi padre a la otra habitación y dije: «No parece una au pair».

"Bueno, lo es."

"¿No se supone que son extranjeros?"

"No siempre."

"Es extraño tenerla aquí."

"Te acostumbrarás, cariño."

Negué con la cabeza. Ya sabía que nunca lo haría.

Pero papá tenía razón, me acostumbré a tenerla cerca. Cuando llevaba unas semanas viviendo con nosotros, casi me caía bien.

Ella era tan diferente a mamá y papá, tan moderna comparada con ellos. Era el año 2000, pero mamá y papá seguían actuando como si fuera en los viejos tiempos. Eran muy reservados, no tenían amigos ni iban a fiestas, solo querían estar juntos, o con nosotros. Nos decían que éramos mejores que todos los

demás, y decidí creerles. Pero con Sandra cerca, empecé a ver el mundo de otra manera. No era malo, me di cuenta, usar ropa barata. No era malo dejar las puntas de las palabras sin terminar, no cepillarse el pelo tres veces al día o andar descalzo en casa. No era malo reírse a carcajadas, tener empastes o morderse las uñas. Ninguna de esas cosas te convertía en mala persona. Sandra era buena persona, lo veía, y a esa corta edad, en plena adolescencia y en mi segundo año de instituto, quería ser más como Sandra y menos como mamá.

Mamá notó los cambios en mí. Vio mis uñas mal pintadas de un color llamado cereza silvestre, vio cómo cambiaba mi peinado; ya no quería trenzas apretadas ni coletas recogidas con fuerza. Quería trenzas pequeñas y horquillas bonitas. Sandra me compró cosas en Claire's Accessories, incluyendo un par de pendientes de clip con los que le gasté una broma a mamá una tarde. "¡Mira!", dije al entrar en la cocina. "¡Sandra me llevó a que me perforaran las orejas!". Me aparté el pelo para que mamá pudiera ver.

Enseguida supe que algo había cambiado. Todo se tornó extraño, el rostro de mamá se endureció, vi cómo se le dilataban las fosas nasales y luego la vi cruzar la cocina a grandes zancadas hasta Sandra y abofetearla. Hubo un terrible silencio y Sandra se llevó la mano a la mejilla, abrió mucho los ojos y entonces, no sé por qué, mamá la abofeteó de nuevo, aún más fuerte, con tanta fuerza que la desequilibró y casi la tiró al suelo.

Vi que a Sandra le salía un pequeño chorrito de sangre de la nariz y quise acercarme a ella, ofrecerle un pañuelo, comprobar que estuviera bien, pero tenía demasiado miedo.

—¿Cómo te atreves? —le dijo mamá a Sandra—. ¿Cómo te atreves a mutilar a mi hija?

—¡Dios mío! —exclamó Sandra, tocándose la sangre del labio con el dorso del dedo y mirándola con horror—. Cálmate. Son falsas. Era una broma.

Vi cómo a mamá se le dilataban las fosas nasales de nuevo; vi cómo sus ojos asimilaban la magnitud de su reacción exagerada; la vi reafirmarse en todo. Cuando mi padre entró en la cocina, ella le dijo: «¡Fuera esta mujer de aquí! ¡Ahora mismo!».

Vi a mi padre abrirle la puerta del jeep a Sandra y luego cerrarla después de que ella se sentara en el asiento del copiloto. Vi su pequeña maleta con ruedas en el asiento trasero, su abrigo de invierno acolchado y una bolsa de la compra repleta

de ropa. Todavía podía ver la marca roja en su mejilla, donde mamá la había abofeteado. Parecía cansada, resignada. Se giró una sola vez para mirar hacia la casa, para sonreírme, y luego desapareció.

Dos días después, papá trajo a otra niñera. Pero esta no vivía en la habitación de invitados, sino en el ático. Esta no sonreía y no tenía permitido hablar con nosotros.



capítulo dieciocho

Jane regresa al Valle de la Salud más tarde ese mismo día. El señor Tucker abre la puerta principal de Thornwood y la mira con expresión de disgusto y fastidio.

—Hola —dice Jane—. Siento molestarte otra vez. Pero... —Se detiene al ver al Westie blanco aparecer detrás de las piernas del hombre, meneando la cola con fuerza—. ¡Hugo! —lo llama, y él corre desde la puerta hasta la verja. Jane se agacha y lo acaricia a través de una rendija. Sus sentimientos por este perro parecen extrañamente desproporcionados al poco tiempo que lo conoce. Desearía no haberlo traído nunca de vuelta.

—Me preguntaba —le dice al hombre— si podría dedicarme un minuto de su tiempo. ¿Para hablar?

Él la mira con el ceño fruncido y se cruza de brazos sobre su barriga redonda. "¿De qué hay que hablar?"

«Bueno, todo esto», dice. «Con Hugo, la chica, el Airbnb y todo eso. Encontré una sudadera con capucha en el bosque cerca de mi casa, cerca de donde Hugo llegó a mi propiedad. Es de una escuela, no muy lejos de aquí. O sea, podría ser una coincidencia. Obviamente podría serlo. Pero en serio, donde vivo, es un lugar perdido en medio de la nada. No está lleno de turistas del norte de Londres. Y sin embargo, ahí estaba él, Hugo, un perro del norte de Londres, lejos de casa. Y ahora una sudadera de una escuela del norte de Londres. Y, por supuesto, la chica desaparecida llamada Rose White, que une ambas cosas».

—Ya te lo dije —dice—. No sé nada de esta chica. Claramente le robó el perro a mi perro. Punto final. ¿Qué más necesitas de mí?

—La niña —dice Jane, bajando la mirada hacia el viejo patinete, el viejo trampolín—. Me dijiste que tu hijastra vivía aquí. ¿Cómo se llamaba?

El hombre mira a Jane con expresión impasible.

"¿Tiene las iniciales DB? ¿Es tu hijastra?"

—No tengo tiempo para esto —dice—. Vuelvo a entrar. Y en serio, no quiero sonar grosero, pero preferiría que no volvieras.

Jane lo percibe entonces: un leve pulso recorre su cuerpo, un escalofrío de incomodidad. Se detiene un instante; luego agarra a Hugo por el cuello y lo guía de vuelta al interior de la casa. Un momento después, la puerta se cierra de golpe tras él.

Jane regresa a Seven Dials, donde inmediatamente abre la tapa de su portátil y comienza a investigar a fondo todo lo relacionado con el señor Tucker y Thornwood. Está furiosa consigo misma por no haberle preguntado su nombre ahora que tuvo la oportunidad.

Prueba decenas de combinaciones diferentes de su apellido y su dirección, y revisa casi veinte páginas de resultados antes de encontrar algo. Se trata de una petición en línea firmada en julio de 2018 que solicita elecciones generales anticipadas.

Stuart Tucker.

Bingo.

Y no solo eso, sino que hay otra firmante en la misma dirección: una mujer llamada Jessamine Black. Jane respira hondo. Debe ser la madre de la hijastra de Stuart. Y si lo es, entonces también podría ser la hija del hombre extraño que la trajo a casa hace tantos años, y tal vez, solo tal vez, era la niña que dormía en la cama aquella noche, ¿la niña que se cayó y gritó?

La adrenalina recorre las venas de Jane mientras todos esos pequeños engranajes y ruedas comienzan a encajar en su lugar y las cosas parecen volver a moverse.

En racha, teclea el nombre "Jessamine Black" en Google y se queda atónita al ver que aparece directamente en la primera página de resultados de búsqueda.

IMDB https://www.imdb.com Jessamine Black Conocida por The Bedsitter (2006)

Jane hace clic rápidamente en el enlace y examina el resto de la página. No hay ninguna foto, ni biografía, ni rastro de que Jessamine haya aparecido en nada antes o después.

Entonces se detiene.

Allí, junto a "Diseñadora de vestuario", aparece el nombre "Natasha de Large".

Jane conoce a alguien llamada Natasha de Large.

Pero la mujer que conoce es entrenadora de perros.

Coge el móvil y busca en sus contactos. No hay rastro de Natasha. Cambia a Instagram y ahí está: @natashathedogwoman. Tiene un aspecto más sonrosado de lo que Jane recordaba. Más corpulenta. Un poco menopáusica, tal vez. Pero sin duda es ella. Jane no ha visto a Natasha desde aproximadamente 2012. En aquel entonces, Natasha acababa de empezar su negocio de adiestramiento canino y Jane había llevado a un beagle llamado Numpty a verla. Se había gastado una pequeña fortuna en adiestrarlo para que dejara de ladrar toda la noche, y el pobre Numpty murió de cáncer menos de seis meses después.

Jane redacta un mensaje.

> Hola Natasha, ¿te acuerdas de mí? ¿Y de Numpty, el beagle ruidoso? ¡Cuánto tiempo! Una pregunta extraña, pero ¿alguna vez trabajaste en diseño de vestuario? Estoy investigando y encontré tu nombre en los créditos de una película de bajo presupuesto llamada THE BEDSITTER de 2006. ¿Eras tú? Y si es así, ¿te importaría que te contara un poco sobre la película y la experiencia? Si no eres tú, entonces llámame loca y haz como si nunca hubieras leído esto Emoji: Smiling face.. Muchísimo cariño, Jane

Añade su número de teléfono al final del mensaje y una foto de sus perros, luego pulsa enviar, con el pulso acelerado por la sensación de estar finalmente progresando.

capítulo diecinueve

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

Su nombre me viene a la cabeza a todas horas del día y de la noche.

Jazmín Jazmín Jazmín.

La trágica y bella mujer de extraños zapatos con cordones, las canas sin teñir que se asoman entre su melena castaña, el brillo de un pintalabios malva que la hace parecer recién salida de una piscina de agua fría. Bajo esa ropa peculiar, bajo ese pintalabios cadavérico, se esconde una mujer que escapa a la imaginación de cualquiera.

¡Lo sabía! Quise gritar cuando dejó caer su ropa al suelo frente a mí aquella tarde de finales de diciembre. Sabía que tendrías ese cuerpo. Y sabía que serías salvaje, tus manos sobre mí, tus ojos ardiendo. Y sabía que, fuera lo que fuera que estuviera pasando, en ese momento —el champán tibio aún quemándome la garganta, el bajo de la película en la televisión de abajo aún resonando en las paredes, el sonido lejano de toses y voces apagadas, el chasquido de las garras de Hugo contra las tablas del suelo fuera de la puerta del dormitorio de Jessamine— sabía que estaba mal. Sabía que ella estaba mal; sabía que nosotros, los dos, estábamos mal; la unión que hicimos de nosotros mismos, nuestras adicciones y nuestra fragilidad estaba mal. Pero se sentía increíblemente bien.

"¿Mamá?"

Una voz se oyó al otro lado de la puerta, suave e incierta.

Jessamine agarró su vestido y se lo echó por encima de la cabeza.

"¿Qué?"

“¿Qué haces ahí dentro?”

“Nada. Bajo en un minuto.”

“Hugo está aquí. Parece que quiere algo.”

“Bueno, entonces, llévalo abajo y dale algo.”

"¿Cómo qué?"

“Tal vez de golpe. O dejarlo salir. No lo sé.”

Ambos habíamos dejado de respirar, y luego exhalamos de nuevo al oír los pasos del niño bajando las escaleras, seguido por el perro.

Mientras volvía a casa sin rumbo fijo atravesando Hampstead aquella noche, miré la hora: 10:08. Todavía había tiempo para tomarme una o dos pintas antes de irme a la cama.

Disfruté de esas pintas, después de la boda, después de lo que fuera que acababa de pasar. Tenían un sabor especialmente dulce. Una hora después, volví a mi casa okupa, con las losas rodando agradablemente bajo mis pies, las luces navideñas de la calle principal brillando como fuegos artificiales, con la sensación de que tal vez estaba enamorado, la sensación de que la vida había cambiado, se había transformado.

Cuando entré en mi habitación, había un chico joven. No lo reconocí; estaba acurrucado en mi futón, con una camiseta gris y vaqueros, el pelo oscuro esparcido alrededor de la cabeza, con un calcetín puesto y otro quitado. Esa noche dormí en mi sillón. Dormí plácidamente.

El día de Año Nuevo es domingo. El cielo es azul oscuro, el sol parpadea blanco a través de las ramas desnudas del árbol fuera de la ventana, y el chico sigue en mi futón y, por agradable que sea, estoy harta de compartir mi espacio con él. Tengo casi cuarenta años, soy demasiado vieja para esta mierda. Es el hijo de Drew, el tipo que dirige la okupa. No es que se suponga que haya ningún tipo de jerarquía aquí, pero Drew fue la primera persona en vivir aquí con su esposa e hijos cuando eran pequeños. Luego la esposa se fue, luego los niños se fueron, luego llegamos los demás, y ahora su hijo menor ha vuelto y estoy bastante segura de que le ha prometido mi habitación. Me cruzo con Drew saliendo del baño esa mañana. Me ha estado evitando durante cuatro días, pero ahora no puede.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Con tu hijo? O sea, no me importa compartir el espacio, pero estoy bastante segura de que no es su sueño hecho realidad tener

a un viejo cascarrabias roncando en un sillón en su habitación todas las noches.

—Sí —Drew se frota la barba incipiente—. No es lo ideal. No sé, quiero decir, solo serán un par de semanas. Está pasando por una especie de crisis y estoy intentando convencerlo de que vuelva a la universidad. ¿Hay algún otro sitio donde podrías...?

No quiero armar un escándalo. Este es el lugar más bonito en el que he vivido. Bueno, aparte de la casa de mi infancia, claro. Así que asiento, fingiendo indiferencia. "Sí", digo. "No hay problema". Por dentro pienso: Joder, joder, joder. Acabo de volver de casa de mi hermano y, francamente, no tengo muchas ganas de volver. Nos despedimos, nos despedimos, nos despedimos pronto, nos despedimos con un "no nos vamos a quedar tanto tiempo". Apenas han guardado mi sofá cama, doblado la ropa de cama, sentido la agradable sensación que acompaña a la partida de un invitado. Tengo amigos por toda la ciudad, pero no amigos con los que pueda quedarme dos semanas.

—Dame un par de días —digo—. Y te dejaré en paz.

En el instante en que me abre la puerta, pienso que tal vez me equivoqué. Sus ojos reflejan alivio. Pero también furia. Asco.

Le agito una botella de vino y veo cómo se disipa la furia, cómo la sed aniquila el asco. —¿Qué quieres? —pregunta.

"Quiero verte."

“Tienes una forma curiosa de demostrarlo.”

Frunzo el ceño. "¿Qué quieres decir?"

Suspira ruidosamente, exasperada, como si yo debiera saber de qué está hablando.

“¿Estás enfadado conmigo?”

Ella suspira de nuevo. “Nunca me habían engañado y luego abandonado. Jamás.”

“¿Jorobado y...?” No puedo evitar reír. “¿Eso es lo que crees que pasó?”

“Bueno, eso fue lo que pasó.”

“Solo han pasado cuatro días.”

“Cuatro días es mucho tiempo después de algo así.”

—¿Algo así como...? —Sonrío—. Bueno, en ese caso, me disculpo. Pensé que debía dejarte en paz, siendo Año Nuevo y todo eso. Para ser honesta —digo, sin disimulo del todo—, pensé que tal vez te arrepentirías.

Ella niega levemente con la cabeza; sus ojos se mueven rápidamente de izquierda a derecha. "En realidad no", dice.

“Bueno, ¿puedo pasar?” Agito la botella de nuevo.

Se encoge de hombros y luego extiende la mano hacia atrás para abrir la puerta con el timbre.

—¿Estás sola? —pregunto.

—Sí —dice—. Mamá se ha llevado a Daisy al cine. No volverán hasta dentro de un par de horas.

Entro por la puerta, me inclino para acariciar a Hugo y luego sigo a Jessamine a la cocina. Ella inmediatamente busca las copas de vino. Me pregunto cuánto tiempo hace que no bebe.

—¿Cuándo vuelve Daisy al colegio? —pregunto.

—Miércoles. —Desenrosca el tapón de la botella y entonces se oye el sorbo urgente de vino en dos copitas, un brindis superficial, un suspiro de alivio. Veo que recupera el color en las mejillas, un destello de algo en sus ojos. —Bueno —dice—, ¿dónde has estado?

"En casa."

“¿Dónde está mi casa?”

Le hablo de la casa okupa cerca del Royal Free, de mi habitación en el ático, del chico de pelo oscuro llamado Frankie.

"¿Dónde vas a estar?"

Suspiro y le relleno la copa de vino. "Para ser sincera, no tengo ni idea".

Se lleva la mano a la nuca y asiente. "¿Quieres subir?"

Me sobresalto un poco, pero luego asiento. "Sí", digo. "Claro. Por supuesto. Adelante."

Ella agarra la botella de vino; yo agarro las copas; la sigo escaleras arriba, con Hugo pisándome los talones.

Aunque sé qué esperar esta vez, sigue siendo una sorpresa cruda cuando la veo desnuda. Es básicamente perfecta. Quiero decir, obviamente, hay desgaste, tiene algunas cicatrices, una grande cerca de la ingle que supongo que es de una cesárea. Pero en cuanto a lo que me gusta en el cuerpo de una mujer, ella lo tiene. Piel que parece que nunca ha visto un rayo de sol, ni una sola vez, ese tipo de color yogur, con hendiduras y surcos, pezones rosados en senos pequeños y suaves, carne flexible en muslos robustos, como una ninfa de Rubens, y no, no sé

por qué me gustan estos cuerpos anticuados, tal vez sea porque no se ven en ninguna parte. Los cuerpos modernos están a la vista en todas partes con sus muslos bronceados y tensos, huesos cincelados y furiosos, torsos firmes, brazos musculosos. Puedo ver ese cuerpo en cualquier parte. Pero estos cuerpos secretos, cuerpos de un tiempo pasado... hay algo profundamente arraigado en mi psique —quizás una reliquia de una vida pasada, una versión decimoséptima de mí que andaba arrasando las callejuelas del Londres iluminado por farolas de gas follando con doncellas en enaguas rancias— que desea este cuerpo, esta criatura cremosa y indulgente que se cierne sobre mí ahora, con su cabello castaño rojizo ondeando, una mirada de sombría determinación en su rostro mientras me mete dentro de ella, me mece de un lado a otro, y mientras la mayor parte de mí está perdida, hipnotizada, aturdida por el placer y la lujuria, hay otra pequeña parte de mí que se pregunta por qué. ¿Por qué?

¿Por qué estoy haciendo esto?

¿Por qué estoy aquí?

Pero entonces se ha acurrucado contra mí y está pasando su lengua en círculos alrededor de mis pezones, y cómo, pienso, cómo sabe que me encanta eso y por qué es tan buena, y por qué todo encaja tan bien, y esa piel, y el calor rojo en esas mejillas y la furia en sus ojos y entonces dejo de preguntar por qué.

"¿Cuántos años tienes?", me pregunta después.

No está acurrucada en el hueco de mi brazo, con la mejilla caliente pegada a mi hombro, acariciándome el vello del pecho con los dedos. Está lejos de mí, al otro lado de la cama, con las rodillas pegadas a la barbilla, mirándome con recelo.

"Casi cumplo treinta y nueve años."

"¿Por qué estás soltero/a?"

Me encojo de hombros, relleno nuestras copas de vino y le paso una. "Porque me gusta".

"¿Te gusta?"

"Sí. Me gusta estar soltero."

"¿Te acuestas con muchas mujeres?"

"No. Al menos, no tantos como me gustaría. O sea... mírame. No soy precisamente un regalo de Dios."

Se encoge de hombros y bebe su vino, se inclina pesadamente hacia un lado para apoyar la copa en el suelo a los pies de la cama y luego se endereza. «Estás

bien. Quiero decir, no estás gorda. Eres más bien...» Pero se queda sin palabras.

Sé que no soy un buen partido. Casi cuarenta, vivo en una casa okupa, tengo un problema leve con la bebida, barriga y una calva que crece rápidamente en la nuca (que mis sobrinos se divirtieron mucho señalándome durante las vacaciones de Navidad). No he hecho ejercicio desde la adolescencia y soy un caso perdido. Pero le gusto a la gente. Les gusto a las mujeres. La gente se siente segura a mi alrededor. Así que sí, eso puede ser muy importante, hacer que la gente se sienta segura. Especialmente con las mujeres que han sufrido más de lo debido por parte de hombres que las han hecho sentir inseguras.

"Gracias", digo. "Caramba".

"¿Pero nunca te sientes solo?"

"No. ¿Y tú?"

"Me siento solo/a todo el tiempo."

"Pero tienes a tu hijo. A tu madre."

Sacude la cabeza enfáticamente y vuelve a coger su copa de vino. —No —dice con firmeza—. No. Una madre no sustituye a una pareja. Ni un hijo. Una pareja —cierra los ojos con fuerza y aprieta la mandíbula— lo es todo. Una plenitud. Una respuesta. El vino desaparece de un trago, que le baja por la garganta de un solo golpe.

—¿Cuándo empezaste a beber? —pregunto.

Me lanza una mirada. "Hace aproximadamente una hora", dice.

Me río entre dientes. "No. Me refiero a que es algo habitual. ¿Cuándo empezó?"

Entrecierra los ojos. —No sé a qué te refieres.

Suspiro y extiendo la mano por encima de la cama, acariciando suavemente sus rodillas. —Vamos —digo con dulzura—. Ya lo sabes. No me obligues a decirlo.

Ella se estremece y aparta las piernas de mis manos. «Sabes, volverán pronto. Probablemente...»

Suspiro profundamente y me recuesto sobre sus almohadas. "Ah. Sí. Será mejor que me vaya de aquí". Empiezo a apartar el edredón de mi cuerpo.

Ella dice: "No".

La miro con expresión interrogante.

—No te vayas. Quédate. Quiero decir, quédate aquí. —Señala la cama—. No tienes dónde dormir esta noche, ¿verdad? Así que duerme aquí. Pero... hija mía, madre mía. Tendrás que mantenerte discreta. Por ahora. Es mi pequeño secreto.

Jesucristo, debí haber dicho que no.

DEBERÍA HABER DICHO QUE NO.

Pero tenía razón. No tenía dónde dormir. Y su casa era cálida. Su cama era suave. Su cuerpo era perfecto. Así que le pregunté: "¿Estás segura?", y ella respondió: "Por supuesto que sí".

Y yo dije: “Gracias. Te prometo que me quedaré callada”.



capítulo veinte

Esa noche, Jane se siente inquieta en casa de Tony. Más allá de los muros de su tranquilo apartamento, la ciudad vibra, vibrante con la energía de la gente que disfruta de la noche. Mira por la ventana hacia la acera y suspira al ver a los jóvenes, con el brillante sol del atardecer reflejándose en sus rostros tersos e iluminando sus ojos. Ve el destello de movimiento tras las ventanas de los restaurantes, imagina vino frío en copas empañadas, cócteles complejos con humo y cortezas retorcidas, filetes sellados, salsas de yogur y ajo, gambas y calamares, y cremosas cintas de fideos caseros, y desea estar ahí fuera, en el mundo, comiéndolo, bebiéndolo y oliéndolo. Puede fingir que este mundo no existe cuando está en Rosebery Hall, a dos kilómetros y medio del pub más cercano. Pero aquí, tan cerca... lo anhela.

Una hora más tarde, Jane está sentada en una mesa para una en un hermoso restaurante francés iluminado por velas parpadeantes, saboreando una margarita picante e investigando a cada miembro del reparto de la película de bajo presupuesto de 2006 llamada The Bedsitter. Una joven camarera la atiende con esmero, brindándole, según Jane, un servicio sumamente atento. Jane siempre ha rechazado la idea de que las mujeres se vuelven invisibles después de cierta edad; cree que si irradias suficiente energía positiva al mundo, todos verán tu brillo y siempre captarás la atención de la gente, serás considerada atractiva, independientemente de tu edad. A Jane rara vez la ignoran y, por lo general, recibe un buen servicio, encuentros coquetos e interacciones amables. La invisibilidad es, según su teoría, una elección. Y es una elección que nunca ha querido hacer.

Pocos de los actores o colaboradores de The Bedsitter parecen haber seguido trabajando en el mundo del cine y la televisión, y Jane solo puede suponer que

debió tratarse de una producción amateur, un proyecto único. Justo cuando apuraba las últimas gotas de su margarita y empezaba a pensar en tomarse otra, su teléfono vibra y ve que tiene una notificación de Instagram. Es de Natasha de Large.

¡Dios mío! El mensaje comienza:

> ¡Jane! ¿Cómo estás? Sigo con lo de los perros, como puedes ver, la vida sigue, los niños crecen, todo bien. Me encanta ver una foto de tus perritos. ¡Se ven geniales! Y sí, ¡esa era yo en THE BEDSITTER! Aunque parezca mentira, estudié diseño de vestuario en Central. Ya lo sé, no te lo creerías. Y había un chico. Era el novio de alguien, creo. Hizo una pequeña película conmigo y algunos de mis amigos de Central, y era un cretino total, nunca pasó nada con eso, pero conocí a mi marido en el rodaje, ¡así que ahí está! ¡El resto es historia! ¿Y tú? ¿Cómo está tu guapo marido americano? ¿Cómo se llamaba? Siempre pensé que podría ser un mafioso, ¡no sé por qué! ¡Con mucho gusto charlamos por teléfono o en persona si hay algo más que quieras saber! ¡Mucho amor! Nat xxx

Jane sonríe con ironía al oír mencionar al atractivo marido estadounidense. Nunca había considerado a Tony atractivo. No comparado con el vizconde. ¿Pero tal vez sí lo era? Suspira levemente al pensar en Tony y en la locura de sus diez años de matrimonio. ¡Qué tiempos aquellos!: los viajes por el mundo, las discusiones, el sexo, las risas, el esquí, los paseos en yate, las copas, los niños, ¡qué niños tan maravillosos! Dios, cómo echa de menos a sus hijastros. Debe, piensa, organizar una reunión mientras esté en Londres. Es una tarea imposible arrastrar a todos a su estúpida casa en medio de la nada; no es como en las películas, donde multitudes de gente dispuesta a todo se reúnen para pasar un fin de semana en el campo; sus hijastros siempre están ocupados, fuera de casa, bebés, trabajos, horarios incompatibles. Y ella sabe, por supuesto que lo sabe, que ponen excusas porque llegar a su casa es una pesadilla y una vez allí no hay dónde dormir cómodamente y Jane cocina fatal y todo está cubierto de pelos de perro y barro seco, y no, lo entiende, de verdad que sí. Pero una reunión en el centro de Londres es sencilla. Ubers, niñeras, buenas habitaciones de hotel, pan comido.

Está a punto de publicar un mensaje en un grupo de WhatsApp llamado "Los Niños" cuando la amable camarera se acerca y le pregunta si quiere otra bebida. Jane le sonríe radiante y dice: "¿Sabes qué? Sí, sería estupendo. Quizás una copa de champán. Gracias".

La joven camarera le devuelve la sonrisa radiante. «Si no estuviera aquí —señala su sitio—, haciendo esto, estaría allí —señala la silla de Jane—, bebiendo champán». Le guiña un ojo y luego se gira. «Una copa de champán en camino».

Después de que la camarera se va, Jane vuelve a mirar su teléfono y ve que estaba a punto de enviar un mensaje a sus hijastros, pero luego recuerda que, por mucho que quiera hacer un plan maravilloso y tener algo bonito que esperar con ilusión, esa no es la razón por la que está allí, y Natasha de Large es ahora mismo su prioridad.

¿Qué me puedes decir sobre Jessamine Black?, escribe ella en respuesta.

Jane regresa a la casa de Seven Dials una hora después, de muy buen humor. Se sirve una copa de vino de la nevera y la lleva a la terraza. La noche ya no es tan cálida como antes, así que se pone una chaqueta de punto. Aun así, allí, en el corazón de todo, rodeada de tequila, champán, setas silvestres, ajo, pan tierno y caliente, un buen servicio, una puesta de sol rosa intenso, su agradable compañía y un misterio por resolver, Jane se siente plena. Natasha de Large había respondido casi de inmediato.

Si tienes tiempo, ven a desayunar a mi casa mañana. Te contaré todo lo que sé sobre Jessamine Black. ¡Y no solo eso, sino que también puedo ponerte la película! Estoy en Chiswick. Espero que no te quede muy lejos. ¿A las 10 de la mañana?

Jane respondió de inmediato.

Envíame tu dirección y allí estaré.

Y ahora regresa al grupo de WhatsApp de sus hijastros y escribe una invitación.

Estaré en Londres intermitentemente durante las próximas dos semanas, alojándome en casa de Tony. Me encantaría verlos a todos juntos. Podríamos almorzar aquí (¡con servicio a domicilio!) o reservar mesa en algún sitio divertido. ¿Sábado o domingo? ¡Bebés y perros son bienvenidos!

Se imagina el mensaje llegando a hogares que no puede ni imaginar, a vidas de las que apenas forma parte, en realidad; una madrastra querida, un recuerdo feliz en una infancia dolorosa, una persona fugaz que, con suerte, les brindó consuelo, alivio y alegría, pero que no estuvo presente el tiempo suficiente para integrarse plenamente en su ser. La constatación es como un fuerte golpe en el

estómago por un instante, una sensación de soledad inefable. No soledad, no, porque no se siente sola. Pero está sola, y aquí en Londres, sin sus perros, rodeada de las cosas de otra persona, se siente más sola que nunca, y el entusiasmo de la cena elegante se desvanece y muere, y el vino se siente menos como un placer y más como una triste necesidad.

Pero entonces su teléfono vibra y recibe una respuesta de Dexter.

¡Sí, por favor! ¡Soy libre! —y Jane recibe una pequeña dosis de oxitocina y piensa: Bueno, ahí lo tienes. Al menos habrá dos.

capítulo veintiuno

A la mañana siguiente, Natasha recibe a Jane en la puerta de su preciosa casa de Chiswick con un glamuroso perro salchicha rubio bajo el brazo.

—¡Vaya! —dice Natasha—, ¡apenas has cambiado! ¡Debes tener uno de esos retratos en el ático!

—No —dice Jane, revolviendo las largas orejas del perro salchicha—. Solo bótox y una peluquería muy cara.

«¡Ay, Dios mío, qué pereza! ¡Qué asco!». Natasha se estremece. «¡Qué horror!». Le muestra su casa a Jane; es pulcra, acogedora y de buen gusto, llena de fotos familiares, velas aromáticas, mantas y cojines. Es una casa para una persona normal, piensa Jane con firmeza. El tipo de casa en la que ella jamás ha vivido.

Natasha les prepara unos capuchinos y los llevan a una preciosa terraza trasera donde el sol de la mañana empieza a iluminar un césped largo y bien cuidado.

—¿Dónde están tus perros? —pregunta Natasha.

"Los dejé en casa con una niñera."

"Oh, seguro que los echas de menos."

"De verdad que sí."

"¿Y tu marido?"

"Exmarido." Jane sonríe con tensión.

"Oh, no. Lamento oír eso. Me caía muy bien."

—Sí —dice Jane—. ¡Yo también! Y, de hecho, todavía lo creo. Es un hombre encantador. Pero, por desgracia, no es el hombre encantador adecuado para mí. Francamente, he llegado a la conclusión de que ningún hombre es el hombre para mí, que estaba completamente loca por pensar que alguna vez lo serían cuando todo en mi vida me gritaba que me mantuviera alejada de ellos. ¡Por el bien de todos!

—Oh, estoy segura de que eso no es cierto —dice Natasha—. Pero a veces fantaseo con estar sola con el perro en un pequeño apartamento de una habitación encima de una tienda, solo nosotras dos, cenando patatas fritas y sin tener que doblar nunca unas bragas. —Sonríe con ironía—. En realidad no, claro. Pero... ya sabes.

Jane sí lo sabe. De verdad que sí.

—Entonces —Natasha retoma el tema—. Jessamine Black. ¿Qué le pasa?

—Bueno —dice Jane, dejando su taza de café sobre la mesa a su lado—. Luego explica cómo encontró al perro blanco en su bosque de campanillas azules, al hombre extraño en Hampstead, a la niña desaparecida y la sudadera de la escuela en Islington—. Busqué en Google la dirección a la que devolvimos al perro y vi que una mujer que vivía allí, llamada Jessamine Black, había firmado una petición en línea hacía unos años, así que la busqué en Google y ¡voilà!

"Has encontrado la página de IMDb."

"Exacto. ¿Qué recuerdas de ella? ¿Mantuvieron el contacto después del rodaje?"

Natasha asiente. «Fuimos amigas un tiempo, ya sabes, de esa manera tan peculiar en Londres de ser amigas cuando eres joven. Muy intensa. Salíamos mucho de fiesta. Ella era mucho más joven que yo, solo dieciocho, diecinueve, muy nerviosa, con mucho drama: yo siempre la estaba apoyando, llevándola a casa, escuchando sus penas. Sus penas de chicos. Constantemente. Pero así es, ¿no? Ser joven. Tenía mucho más tiempo para la gente necesitada entonces».

"¿Alguna vez fuiste a su casa?"

Sí, un par de veces. Vivía en un piso compartido, si mal no recuerdo. En algún lugar del norte de Londres. Y estaba desesperada, completamente desesperada, por casarse y tener hijos. Siempre andaba detrás de alguien. Luego me fui a Australia un año con Jacob, y Jessamine y yo perdimos el contacto. Nunca más la volví a ver.

"¿Qué sabías de su familia?"

"No mucho. Vivían en Hampstead, creo." Hace una pausa. "Ah, ¿no es ahí donde dijiste...?"

Jane asiente.

"Ah, claro. Entonces eso debe significar que...?"

"Sí, la mujer que vi a través de la puerta podría ser Jessamine."

"¿Qué aspecto tenía?"

"Apenas pude verla. Pero diría que tiene unos cuarenta años."

—Eso parece correcto —dice Natasha—. Era unos seis años menor que yo. Venga, déjame enseñarte la película.

Regresan a la cocina y Natasha inserta una memoria USB en el lateral de su portátil. Hace clic en la carpeta, abre el archivo y le da a reproducir. Aparecen los créditos.

—En realidad era bastante buena —dice Natasha—. Siempre pensé que la vería en otra cosa. Pero claramente la vida la llevó por un camino diferente. Aquí. —Pulsa pausar la película mientras comienza la primera escena en la pantalla—. Esa es ella.

Una joven está sentada acurrucada en la esquina de un sofá destartalado. Sostiene un libro en una mano y un cigarrillo en la otra. Tiene el pelo rubio ceniza cortado a la altura de la barbilla y lleva un jersey de cuello alto verde y una minifalda marrón. Natasha vuelve a darle al play.

En pantalla, Jessamine mira hacia la cámara y dice: "¿Qué? ¿Qué quieres?".

Una voz masculina detrás de la cámara dice: "Te he estado buscando por todas partes".

Jessamine dice: "Bueno, supongo que ahora me has encontrado".

Tiene unos labios rojos y delicados, piel blanca y tersa, y ojos verdes muy separados. Es hermosa a su manera. No llama la atención de forma deslumbrante, pero sí tiene una belleza discreta.

“Recuerdo que compré ese conjunto en una tienda de Oxfam en Stoke Newington”, dice Natasha. “Queríamos que su personaje tuviera un aire sesentero, un poco al estilo de Marianne Faithfull. Me divertí muchísimo comprando ropa para ella. Y además, ¡tenía un gusto impecable para la ropa! Todo le quedaba de maravilla”.

“¿Era simpática?”

—¿Amable? —Natasha hace una pausa y entrecierra los ojos—. Vaya, no. No diría que era amable. Pero tenía algo. Algo magnético, ¿sabes? Querías estar cerca de ella, incluso cuando era insoportable.

Jane sonríe con ironía para sí misma. Está bastante segura de que eso es exactamente lo que diría cualquiera que hubiera pasado tiempo con ella en su juventud si se le preguntara.

“¿Has vuelto a ver a alguien más con quien hiciste esta película? ¿Desde entonces? ¿Hay alguien que creas que todavía la conozca?”

Natasha se encoge de hombros. «No. Jessamine fue la única con la que mantuve el contacto después de hacer esta película. Bueno, ¡y mi marido también, claro! ¡Ahí está!». Sus ojos vuelven a la pantalla cuando un joven aparece por la izquierda. «Ahí está. Mi Jacob. ¿Verdad que era guapísimo? ¡Madre mía, cuánto pelo!».

Pero Jane no puede apartar la vista de Jessamine, de esos ojos muy separados, de esa mirada segura a la cámara, de las hendiduras bajo sus pómulos altos, de la historia no contada que se esconde tras sus ojos.

capítulo veintidós

Naomi

Me llevan a una habitación en la planta alta de la casa. No es tan bonita como las demás, pero es muchísimo mejor que la lúgubre habitación de una callejuela de Paddington donde he estado recaudando dinero para financiar mi estancia en Londres durante los últimos tres meses. Intento arreglarla lo mejor que puedo con las pocas cosas que tengo: mantas, algunos libros, mi funda nórdica de rayas y un par de plantas.

Mi hija, Jessamine, que aparenta unos doce o trece años, sube a mi habitación y se sienta en el borde de mi cama.

Le sonrío. —Hola —digo.

Me mira pensativa y juguetea con la esquina de mi edredón. «Despidieron a la última niñera».

"¿Ah, sí?", respondo sorprendida al saber que había habido otra au pair. "¿Por qué?"

Jessamine se encoge de hombros y deja caer el edredón. «A mi madre no le caía bien. Creo que pensaba que era demasiado divertida. Le gastamos una broma a mamá, fingimos que me había perforado las orejas. No le gustó. Papá echó a Sandra de casa ese mismo día. Así que sí, tienes que ser poco divertida».

Asiento con severidad. "De acuerdo. Entendido. No te diviertas."

Me dedica una media sonrisa. «Y además», dice, «mi hermano es raro. Muy, muy raro. Se cree un payaso».

"Sí", digo, "me di cuenta. No iba a decir nada".

"Pero no le hagas caso. Es inofensivo. Al menos eso creo." Me guiña un ojo y me río. Me cae bien. Tiene un brillo especial en los ojos. Parece que podría ser un

poco traviesa, igual que yo lo era a su edad. En mi opinión, todos los niños buenos son un poco traviesos.

"¿Y tu madre?"

"Sí. Simplemente haz lo que te diga y no te metas en su camino."

A la madre no le gusta este arreglo, es evidente. Sabe por qué estoy aquí tan bien como yo. Estoy aquí para atender a su marido, limpiar su casa y alimentar a sus hijos. Tareas que, francamente, debería hacer ella, y no entiendo por qué no las hace. En Brasil, de donde soy, la sociedad es patriarcal, pero aquí creía que las mujeres tenían más poder. Por lo que veo, Annie no tiene ningún poder. Annie es un mero accesorio en la obra de teatro de su marido. Pero da igual, ya no quiero estar en esa habitación sucia, con esos hombres sucios. Prefiero estar aquí. Aquí, creo, tengo más opciones. Menos dinero, pero más posibilidades.

—Me he dado cuenta de que hay un ordenador en tu comedor —le digo a la chica—. ¿Crees que tus padres me dejarían usarlo? Estaba pensando en retomar los estudios.

Ella niega con la cabeza. —No —dice—. Desde luego que no. Ni siquiera me dejan usarlo.

"De acuerdo. ¿Hay alguna biblioteca por aquí?"

Sí, un poco más adelante. Aunque es un poco pequeño. Pero escucha, no quiero ser portador de malas noticias, pero ¿de verdad? No creo que tengas tiempo para estudiar. Mamá te hará trabajar hasta la extenuación.

Solté una risita, pero la chica me miró con seriedad. «No», dijo. «Ser au pair aquí... En serio. Es un trabajo a tiempo completo».

Entonces se gira al oír pasos que suben las escaleras de madera. —Tengo que irme —dice—. No debería estar aquí. Me dijeron que no puedo hablar contigo.

Se pone de pie de un salto y alisa el edredón que había arrugado, luego retrocede hacia la puerta y la abre. —Papá —dice—, le estaba contando a Naomi lo loca que es nuestra familia.

—Muy bien —dice, apretando el hombro de su hija—. Muy bien. Nos vemos abajo.

Ella sonríe y se va, y Allen me mira, con una leve sonrisa que se dibuja en las comisuras de sus labios.

"Entonces", dice. "Primer día".

"Primer día", repito. "¿Cuál es el trato?"

—La lavandería —dice secamente—. La lavandería. Y luego los pisos.

"¿Pisos?"

“Fregar. Aspirar. Etcétera.”

Le lanzo una mirada interrogante. "¿Eso no suena a tareas domésticas ligeras, Allen?"

“¿Quién habló de tareas domésticas ligeras?”

“Bueno, sí que lo hiciste. Eso es lo que hace una au pair, ¿no? Tareas domésticas ligeras y cuidado de niños.”

Me mira fijamente, ladea la cabeza y frunce el labio inferior. «No del todo», dice. «Al menos, no en esta casa».



capítulo veintitrés

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

La puerta del dormitorio cruje levemente. Estoy completamente despierta y respiro con dificultad, interrumpida por un sueño muy profundo. Jessamine no se mueve y parece que es medianoche, pero es difícil saberlo en esta época del año. Un rayo de luz rosada entra en la habitación por la puerta abierta, y apenas puedo distinguir la silueta de una persona.

—Hola —susurro en la oscuridad.

—¿Papá? —susurra una vocecita infantil.

Mierda.

Me meto bajo el edredón y le susurro al oído a Jessamine: «Jess, soy Daisy».

Ella se despierta y gime. "¿Qué?"

—¿Mamá? —La voz de la niña se oye más cerca ahora y me muevo más debajo de las sábanas.

"¿Qué?", oigo murmurar a Jessamine. "¿Qué pasa?"

"No puedo dormir." Un segundo después: "¿Está papá aquí?"

"No, papá no está aquí."

"Pero se oyó la voz de un hombre." Siento una mano que me recorre en la oscuridad. "¿Quién es?"

Y entonces Jessamine suspira. "No es nadie. Es solo una amiga."

¿Fue el amigo quien trajo el champán?

"Sí, fue el amigo que trajo el champán."

"¿Qué hace él aquí?"

"Porque era tarde y no tiene dónde dormir en este momento."

Se produce un largo silencio y entonces siento que un dedo me señala. "Hombre, tienes que salir de ahí".

—¡Daisy! —la reprende Jessamine—. No seas tan grosera.

"No estoy siendo grosero. Simplemente no debería estar escondiéndose."

Retiro el edredón y le sonrío tímidamente a la chica. Ella se sobresalta un poco al verme, y la verdad es que no la culpo.

—Hola —digo alegremente—. Soy Stuart. Y tú debes ser Daisy.

Ella asiente. Sus ojos se dirigen a su madre con expresión lastimera.

Jessamine dice: "Daisy. Son las cuatro de la mañana. Por favor, vuelve a dormir".

"Pero no puedo."

Ya te he dicho antes que tienes que aprender a dormir por ti mismo. En octubre cumplirás once años. A tu edad, no puedes depender de que otras personas te vuelvan a dormir. Tienes que encontrar lo que te funcione.

Su tono es brusco, propio de una profesora.

—Contar ovejas —digo—. ¿Lo has intentado?

Ella asiente.

"¿Contando hacia atrás desde cien?"

Ella asiente de nuevo.

"¿Lectura?"

Ella asiente.

"A veces, cuando no puedo dormir, recurro a la psicología inversa. Me digo a mí mismo que no me importa si no logro conciliar el sueño. Eso suele funcionar."

Daisy le dirige a su madre otra mirada suplicante, luego resopla y sale de la habitación.

—Mierda —dice Jessamine un momento después—. Mierda.

Ahora que ya no estoy en el armario, por así decirlo, Jessamine no tiene excusa para no llevarme a desayunar abajo a la mañana siguiente. Me prepara té en una tacita con platillo y se ofrece a freírme unos huevos. La verdad es que no soy muy de desayunos, así que le doy las gracias, pero no, y le doy la lata a Hugo por debajo de la mesa.

—¿Me voy? —pregunto—. ¿Antes de que se levante tu madre?

—No —dice, negando con la cabeza. Lleva un camisón con calcetines y una chaqueta de punto. Su cabello está recogido en la nuca con una goma de satén

azul claro muy grande—. Quédate. No pasa nada. —Me sirve otra taza de té de una tetera y me da la leche en una botella de plástico.

"¿Está seguro?"

"Totalmente."

En ese preciso instante oigo el sonido de alguien carraspeando, el golpeteo de las suelas de los zapatos contra el suelo. Me preparo para lo peor.

—Buenos días, mamá —dice Jessamine.

Me giro. La mujer que está en la entrada de la cocina aparenta unos cincuenta años, pero tiene un aire juvenil. Viste unos vaqueros ajustados y un suéter negro de lana, con el pelo oscuro peinado con raya al medio. Se detiene al verme en la mesa de la cocina y dirige su mirada a Jessamine.

—Este es Stuart —dice ella—. Se quedó anoche.

"¿Permaneció?"

Tiene la misma voz que Jessamine, elocuente pero con un ligero acento del norte de Londres.

"Sí. Me quedé a pasar la noche."

Observo el rostro de la mujer y lo veo con claridad: el asco, el horror, la repugnancia.

—Vaya —dice—. Eso es muy... inesperado.

Respiro hondo y contengo la respiración. El ambiente se ha vuelto denso y acre.

—Bueno —dice Jessamine, apartándose de su madre y dirigiéndose al fregadero, donde empieza a lavar algo con ahínco—. Está en Estambul con su esposa. Y Stuart —se gira dramáticamente, con la espuma colgando de sus muñecas—, Stuart es un hombre muy agradable. Así que, en realidad, no hay nada inesperado en ello.

Su madre alza ligeramente la cabeza y me mira con desdén, con su nariz aguileña. «Encantada de conocerte, Stuart», dice. «Soy Annie, la madre de Jessamine».

Sus manos se entrelazan sobre el suéter mullido; son manos delgadas, con huesos finos y marcados. Lleva las uñas pintadas de rojo, una alianza de boda y un enorme anillo de compromiso de diamantes.

"Encantado de conocerte, Annie. Y siento haberte asustado tan temprano por la mañana."

—En realidad, no es una sorpresa. Más bien una sorpresa extraña. —Suspira —. Tomaré un café, Jessamine. Lo tomaré en mi estudio.

Entrecierro los ojos. Lo tomaré en mi estudio. ¿A qué década me he transportado? Observo a Jessamine preparar diligentemente el café con leche en polvo instantánea, leche desnatada y edulcorante de tubo. Lo vierte todo en una taza de boca ancha sobre un platillo, y allí, en el borde del platillo, una sola galleta fina y marrón. Jessamine la lleva con cuidado desde la cocina y regresa un segundo después.

"¿Qué fue eso?", pregunto.

"¿Qué era qué?"

"Eso. Toda la actuación."

Jessamine ladea la cabeza hacia la entrada de la cocina y luego vuelve a mirarme.

"¿Por qué tienes que prepararle el café así? ¿Como si fueras una criada?"

"¿Como un...?" Ella hace una mueca. "No seas tan estúpido."

"No, en serio. Nunca había visto a nadie preparar una bebida así para un padre."

"Bueno, entonces está claro que has vivido una vida muy protegida."

"Para nada, Jessamine. Para nada."

"¿Cómo le prepararías un café a tu madre?"

"En una taza. Remuévelo. Un paquete de galletas."

"Todas las familias son diferentes."

"Sí, es cierto."

Entonces se instala un silencio entre nosotros. Parece invitarme a marcharme, pero, extrañamente, siento que debo quedarme. Hay algo en esta casa oscura, algo en el aire, algo que me necesita aquí para ser testigo.



capítulo veinticuatro

Jane sale de casa de Natasha y se dirige a la estación de metro de Chiswick Park. Poco después, al salir del metro en Covent Garden, su teléfono vibra con tres notificaciones de WhatsApp seguidas: dos son mensajes de sus hijastros que aceptan su invitación para almorzar el fin de semana, y el otro es de Dexter preguntándole si, estando ocupada, le gustaría que fuera a ayudarla con su caso.

El corazón de Jane se llena de alegría y responde, mientras camina: ¡Sí, por favor! ¡Vamos! y luego añade una hilera de serpentinas y corazones palpitantes.

Se dirige a Marks & Spencer, donde llena una cesta con patatas fritas, salsas, tarrinas de brownies pequeños y pastelitos de caramelo. También compra un pastel de zanahoria y unas bolsitas de té de buena calidad.

La casa en Seven Dials brilla con motas de polvo cuando entra un momento después. Puede oler el limpiador químico y el abrillantador de madera, y recuerda que Tony mencionó que la limpiadora viene los miércoles por la mañana. Piensa con un destello de vergüenza en su ropa interior usada amontonada en el suelo del dormitorio, y no recuerda bien si tiró de la cadena del inodoro esa mañana. Se estremece. Ha olvidado lo que es tener una limpiadora. Vivió con su primer marido durante siete años, con el segundo durante diez, y en todos esos años nunca tuvo que levantar la tapa del inodoro ni pasar una fregona por un suelo de baldosas. No sabía dónde se guardaba la aspiradora ni dónde encontrar una botella de lejía. Pero lleva cinco años viviendo sola y limpiando su propia casa mugrienta, y ha olvidado la extraña intimidad de las limpiadoras, ha olvidado que, en realidad, nunca le gustó.

Dexter llega una hora y media después con una camiseta de Ganni que Jane está segura de que le perteneció. Lleva el pelo recogido bajo una gorra de béisbol y

unas gafas de sol Dior de carey extragrandes que Jane también está bastante segura de que fueron suyas.

—Estás guapísimo, cariño —dice Jane, invitándolo a entrar en la fresca casa —. ¿Cómo estás?

Tiene una gota de sudor en la frente y se la seca con el dorso de la mano. «¡Hace un calor insoportable!», exclama, dejando caer una bolsa de lona desaliñada sobre el respaldo del sofá y quitándose de una patada unas Crocs sucias. «¿Qué le pasa a este tiempo?».

"La semana que viene hará sesenta grados y lloverá", dice Jane. "¡Aprovéchalo al máximo!"

Jane le sirve un vaso grande de agua fría, y se sientan un momento a la sombra del salón, donde las persianas están cerradas para protegerse del sol. «Hace siglos que no venía», dice Dexter, recorriendo la casa con la mirada.

"¿No lo has hecho?"

—No —responde—. Cuando papá está en la ciudad, solemos cenar por mi zona. Nunca me invita aquí. Había olvidado lo agradable que era.

"¿Con qué frecuencia lo ves? ¿A tu padre?"

"Supongo que una o dos veces al año. ¿Quizás tres? No mucho. Y siempre bastante rápido."

«Oh». Jane parpadea. Lleva mucho tiempo fantaseando con las vidas acomodadas que sus familiares perdidos han llevado en su ausencia, no con cenas apresuradas para dos en los restaurantes de Belsize Park. La hermana de Dexter, Romy, está en la universidad de Leeds, así que solo Dexter se ha quedado varado aquí en Londres. «Eso me entristece».

—No pasa nada —dice Dexter con una sonrisa forzada—. Ya soy mayorcito. Y te tengo a ti. Se inclina hacia Jane y le aprieta la rodilla.

—Sí, lo has hecho —dice Jane—. Al cien por cien.

"Bueno, quizás un veinte por ciento, después de Brian, Bluto, Reggie y Beamish."

Jane ríe con ironía. «Bueno, sí, tal vez... Pero tengo muchísimas ganas de la gran reunión del próximo fin de semana. Será genial que te pongas al día con los demás».

"Siempre admiré a tus otros hijastros. Eran geniales. Con sus nombres elegantes, sus ponis y sus casas de campo."

«Los ponis y las casas de campo no significan nada», dice Jane. «Lo sé bien. Pero a pesar de todo, se han convertido en adultos encantadores y sensatos. Por

cierto, ¿quieres algo de comer? Tengo patatas fritas y otras cosillas».

Mientras prepara una selección de bocadillos, Dexter le pregunta sobre su investigación. Jane le cuenta que encontró la sudadera con capucha, que fue a la escuela en Islington, la película estudiantil protagonizada por Jessamine Black, su tercera visita a la casa en el Valle de la Salud y otro encuentro tenso en la puerta con el inquietante Stuart Tucker.

Dexter asiente con entusiasmo mientras Jane habla. «¡Guau!», dice. «Parece que estás progresando mucho».

Jane suspira. «Bueno, no, en realidad no. De hecho, no la he encontrado en ningún sitio. Hasta ahora tengo a una joven cuyo apellido empieza por D, que vive con su madre, Jessamine, y su padrastro, Stuart. Al parecer, se llevó al perro de la familia, huyó al campo y se instaló en un Airbnb que pagó en efectivo, y luego, de alguna manera, se perdió por completo mientras paseaba al perro. La policía parece haber dejado de buscarla, y por lo que sé, no han contactado con el hombre del Valle de la Salud, a pesar de que el veterinario les dio sus datos».

"¿Y ahora qué?"

Jane exhala. "Buena pregunta. ¿Alguna idea?"

"¿No conoces a la gente? ¿Como, ya sabes, la gente de papá?"

—Bueno, sí —responde Jane, pensando en el hombre al que Tony le había pagado para que lo protegiera, tanto personal como profesionalmente—, un hombre llamado Tobias que tenía acceso a rincones de alta seguridad de internet, a registros policiales, a personas con información. Había recurrido a ese mismo hombre a principios de año cuando intentaba identificar al estafador matrimonial, pero esto es diferente. Esta vez no busca a un delincuente; busca a una joven que podría ser o no una fugitiva. Son solo intuiciones e ideas, no hay nada lo suficientemente sólido como para que Jane se lo dé a un tercero y le diga: «Toma, revisa esto por mí, consígueme esto». «No estoy segura de que sea apropiado recurrir a él aquí», dice. «Creo que esto depende de nosotros. Bueno, de mí».

—¡No! ¡Nosotros! —responde Dexter—. Sin duda. Pero necesitamos averiguar más sobre Jessamine y Stuart. Sobre Rose White, Black, quien sea. ¿Quizás podríamos preguntarles a sus vecinos?

—Podríamos —dice Jane, enderezándose un poco—. Sí, de hecho podríamos. Pero tendríamos que tener cuidado. No querría que Stuart se enterara. Es decir —añade pensativa—, si hay alguien en peligro en esta situación, realmente debemos actuar con mucha cautela.

Dexter asiente. "¿Podría fingir ser un viejo amigo, tal vez? ¿Como si la chica y yo fuéramos juntos a la escuela? ¿Y perdimos el contacto?"

—¡Sí! —exclama Jane, dando una palmada—. Eso podría funcionar. Aunque todavía no sabemos cuál es su verdadero nombre. He estado pensando, ya sabes, Blanco/Negro... ¿quizás haya cambiado su nombre de pila por algo parecido? ¿Tal vez algo relacionado con flores, que combine con Rosa? Podría ser, no sé... ¿Dalia? ¿O Narciso? ¿O...? Se queda sin ideas.

—¿Daisy? —sugiere Dexter.

Jane asiente. —Sí —dice alegremente—. Quizás. Supongamos que es algo floral y partamos de ahí.

Empiezan en el extremo más alejado de la terraza que lleva a la casa de Stuart Tucker. Allí hay tres pequeñas casitas con fachadas de estuco, cada una de un tono diferente de crema. Son las cuatro y Jane espera llegar a tiempo para encontrar a la gente en casa después de llevar a los niños al colegio o quizás trabajando desde casa. Nadie abre la puerta de la primera casa. En la segunda, una niñera o au pair abre la puerta. Tiene acento y no tiene ni idea de quiénes son los vecinos. Les dice que su jefe estará en casa a las seis, pero que solo lleva un año viviendo allí.

En la tercera cabaña, un hombre de mediana edad abre la puerta. Es guapo y elegante, con camiseta y pantalones cortos, gafas de montura de cuerno y un bronceado intenso. Mira a Jane y a Dexter con curiosidad. —¿Sí?

Dexter comienza: “Disculpa que te moleste, pero tenía una amiga que vivía por aquí. Más o menos de mi edad. No estoy seguro de en qué casa vivía, no lo recuerdo bien. Pero los dos íbamos a la Academia Waterside. Vivía por ahí arriba con su madre, Jessamine.”

—Un momento —dice el hombre. Se gira ligeramente y mira por encima del hombro. Luego grita: —¿George?

No hay respuesta de detrás de él y el hombre vuelve a gritar: «¿George? ¿Puedes venir un momento?».

“¿Qué?”, pregunta una voz masculina incorpórea.

El hombre suspira. “Solo... ven.”

Jane oye un fuerte gemido y, un segundo después, aparece un chico guapo. Estúpidamente alto —¿por qué los jóvenes son todos tan altos hoy en día?—, con ojos negros que asoman por debajo de un flequillo rubio oscuro.

“Estas personas están preguntando por Daisy Black.”

El corazón de Jane da un vuelco y ella resiste la tentación de compartir una sonrisa triunfal con Dexter.

El rostro del niño se ilumina y asiente. “Ah. Sí. ¡Daisy! Conozco a Daisy. Está como...”—el niño señala a la izquierda con un dedo largo—“allá abajo. En la casa del fondo”.

“¿Crees que está allí ahora?”

“No lo sé. O sea, creo que sí. Pero bueno, tampoco la he visto desde hace tiempo.”

“¿Solías verla?”

“Bueno, sí, como todos los días. Fuimos a la misma escuela primaria. Ella estaba un año por debajo de mí. Y luego fuimos a escuelas diferentes. No la veía tanto, pero seguíamos quedando de vez en cuando. Jugábamos a Fortnite juntos. Pero sí, ahora que lo dices, ha pasado mucho tiempo. No la he visto desde el confinamiento. Creo que incluso se habrá mudado.”

—Oh —dice Dexter, fingiendo decepción.

“Podrías preguntarle al que vive allí. Quizás él lo sepa.”

“Sí. De acuerdo. Lo intentaré. ¿Cómo se llama?”

¿Stuart? ¿Creo? ¿Es como su padrastro? O algo así. No lo recuerdo bien. En fin, él era su cuidador principal. La madre era... —Entrecierra los ojos y se toca la nuca con incomodidad—. No sé. ¿No estaba por aquí?

“¿Sigue viva? ¿Su madre?”

El hombre y el niño intercambian una mirada, y el hombre suspira. «¿Quién sabe? Esa familia»—el hombre se ajusta un poco las gafas—«siempre fue un poco extraña. Había... rumores».

El niño cambia torpemente de un pie enorme, cubierto con un calcetín, al otro.

Dexter dice: "Recuerdo que ella decía que las cosas en casa eran difíciles".

—Bueno, no conozco los detalles —continúa el hombre—. Uno quiere mantenerse alejado de esas cosas en una comunidad como esta. Tan unida, todos tan cerca unos de otros. Uno puede volverse loco enterándose de los asuntos de los demás. Pero de lo que sí estoy seguro es de que esa casa no es un lugar donde me gustaría pasar tiempo, y esas personas no son personas que querría tener como amigos.

—¿Los padres? —pregunta Jane.

El hombre asiente. “Bueno, sobre todo su madre. No recuerdo haber visto nunca a su padre.”

El chico llamado George interviene: “A Daisy le gustaba ese chico, Stuart. Creo que era el único que realmente se preocupaba por ella. Creo que eran muy unidos”.

Jane asimila esta inesperada observación. Había dado por sentado que Stuart era el malo de la película, el motivo por el que Daisy se había escapado de casa. Pero, ¿y si no era tan sencillo?

George continúa: “Vimos a la policía allí hace unos años. Durante el primer confinamiento. Estuvieron allí durante mucho tiempo. Y no sé qué era. Daisy no quiso decirlo. Pero, o sea, se sentía muy mal. Todo el ambiente. ¿Sabes? Y Daisy era... sí, ahora que lo pienso... era muy diferente después de eso. ¿No tan amigable?” George se vuelve hacia Dexter. “¿Cómo la conoces?”, pregunta.

—Oh —responde Dexter—. Nosotros también fuimos juntos al colegio. ¿Academia Waterside?

“Ah, sí. Lo recuerdo. Estuvo allí hasta... no sé... ¿octavo o noveno grado?”

—Sí —asiente Dexter—. Y entonces ella...

“A la izquierda. Justo después de que terminara el confinamiento.”

Dexter asiente. “Así es. Lo recuerdo. Y fue entonces cuando perdimos el contacto”.

El niño también asiente.

—¿Tienes alguna idea —comienza Dexter— de adónde pudo haber ido? ¿Conocía a alguien? ¿Fuera de Londres?

—Ni idea —dice el chico—. No hablábamos de esas cosas. De hecho, no hablábamos de nada. Solo jugábamos. Charlábamos tonterías. Pero bueno, era tu amiga. Seguro que te dijo algo, ¿no?

Jane traga saliva. Buena pregunta. Pero Dexter no se detiene.

“Dijo algunas cosas, pero sí, no era muy abierta al respecto. Podía percibir que las cosas no iban bien en casa. Que no era feliz.”

—Eso seguro —dice el niño.

—Creo —dice el hombre— que tu amiga Daisy ha hecho lo mejor que podía hacer y se ha largado de esa casa.



capítulo veinticinco

ANNIE

Conocí a mi marido cuando tenía trece años. Él tenía diecinueve. No es como suena, se lo aseguro. Era el mejor amigo de mi prima, y me enamoré de él a primera vista. No le dije lo mucho que me había gustado hasta nuestra primera cita, cuando yo tenía diecinueve y él veinticinco. Se echó a reír a carcajadas y dijo que no se acordaba de mí.

¿Cómo puedo describir a Allen? ¿Como era entonces? ¿O debería empezar por cómo era al final? No, empezaré por el principio. Era guapo. Pero no demasiado guapo. No lo suficientemente guapo como para eclipsarme. Yo era increíblemente guapa. Los primeros años ochenta no fueron una buena época para ser una chica joven, en cuanto a la moda, los peinados horribles, pero de alguna manera encontré un estilo que funcionaba. De aspecto élfico, creo que se podría decir. Era muy popular entre los chicos, pero yo solo quería a Allen. Allen vestía con un estilo retro: pelo con tupé, abrigo vintage, pantalones ajustados. Íbamos juntos a clubes de rockabilly y bailábamos, sin parar, hasta altas horas de la madrugada. Creíamos que éramos increíbles, y probablemente lo éramos.

En aquel entonces vivía aquí en Thornwood con mis padres. Era hija única; mis padres eran mayores, me tuvieron cuando tenían treinta y tantos años. Tuve una infancia bastante feliz. Pero fue cuando Allen me pidió matrimonio que mi vida realmente comenzó. Nos casamos en el Ayuntamiento de Hampstead y celebramos una fiesta en el jardín trasero de Thornwood; no vino mucha gente porque no conocíamos a casi nadie. Allen se mudó aquí; mis padres nos cedieron su habitación. Allen la redecoró él solo, todo a su manera; con Allen viviendo en

casa, nunca hacía falta contratar a un obrero ni a un constructor. Era una persona extraordinaria.

En aquel entonces me estaba formando para ser enfermera. En realidad no quería serlo, pero me encantaba el uniforme, los accesorios, la idea de ser adorada. Me gradué poco después de casarnos, y luego llegaron los bebés: Jessamine cuando tenía veintitrés años y Jasper cuando tenía veinticinco. Bebés preciosos, por supuesto. Pero difíciles. Muy difíciles. Mi madre fue una bendición. Renació cuando llegaron. Había esperado tanto tiempo para tenerme y luego no había podido tener otro hijo, y prácticamente los crió ella sola, y eso estaba bien, porque yo seguía demasiado enamorada de mi marido como para querer cuidarlos a tiempo completo. Mi madre tenía algunas ideas anticuadas. Al fin y al cabo, había nacido en 1930, había vivido una guerra; no era necesariamente como yo lo habría hecho, pero no estaba en posición de quejarme.

Sabía cómo era Allen. Conocía perfectamente al hombre con el que me había casado: su lado luminoso y su lado oscuro. Sabía que le gustaba tener el control, y por suerte para mí, a mí también me gustaba que me controlaran. Porque, incluso cuando me controlaba, me amaba.

Y entonces mi madre falleció en el año 2000 y todo cambió. Allen insistió en las niñeras, se negó a dejarme limpiar la casa o cocinar. Yo no quería a las niñeras, pero tampoco quería tener relaciones sexuales con mi marido ni lavar su ropa. En aquel momento tenía sentido, hasta que dejó de tenerlo. Y para entonces ya era demasiado tarde.

capítulo veintiséis

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

Jessamine no me ha sugerido que me vaya, así que no me he ido. Sigo aquí cuando Daisy regresa a la escuela esa semana y me ofrezco a acompañarlas en su camino.

Daisy es una chica interesante. Al igual que su madre y su abuela, tiene algo extrañamente anticuado y formal, como un personaje de una película londinense de los años sesenta con un toque algo afectado.

—No puedo soportarlo —dice Daisy, atándose los cordones de sus zapatos escolares—. Toda esa gente estúpida. Después de haber pasado unas Navidades tan bonitas.

—Bueno —dice Jessamine, mientras mete la fiambrera de Daisy en su mochila escolar—, te vendrá bien salir de casa; casi no has estado al aire libre.

"Tú tampoco."

"No. Es cierto. Pero ahora es un año nuevo, un nuevo trimestre, un nuevo comienzo. Intentemos todos llevar una vida un poco más sana, ¿de acuerdo? Intentemos dejar atrás los malos hábitos."

Cuando dice "malos hábitos", se refiere a dos cosas. Se refiere al alcohol, que he estado tratando de convencerla suavemente de que deje, y también se refiere al viejo.

Harvey.

Ese es su nombre.

Harvey Moor.

Ella no me lo contó. Fue Daisy. Y claro, como era de esperar, inmediatamente busqué en Google a fondo al viejo cabrón y descubrí algunas cosas sobre él.

Harvey Moor es el fundador de Moor & Co., una empresa de ropa femenina muy tradicional, con sede en Londres y fábrica en la región de Midlands. Su hijo Jason dirige ahora el negocio y Harvey está semirretirado. La esposa de Harvey se llama Sherri y también tienen un hijo menor, Alex. Me pregunto si Alex y su hermano saben que tienen una hermana pequeña en Londres llamada Daisy.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Daisy mientras cruzamos la concurrida carretera que separa el valle del resto del pueblo de Hampstead.

"No tengo trabajo."

"¿Y cómo se pagan las cosas?"

"Tuve... bueno, supongo que tuve suerte y mala suerte a la vez. Mis padres murieron cuando yo era muy joven y me dejaron un millón de libras."

Daisy jadea.

Continúo: "Mi hermano compró una casa con su dinero. Yo puse el mío en el banco y vivo de los intereses".

"¿Qué es el interés?"

"Es lo que te paga el banco por dejar que guarde tu dinero cuando no lo gastas. No es mucho, pero alcanza para cubrir los gastos básicos."

¿Por qué no te compras una casa?

"Porque entonces tendría que buscar un trabajo para pagar el mantenimiento de la casa."

"Bueno, ¿y qué tal un apartamento pequeño entonces?"

Suspiro. Buenas preguntas, todas ellas. Le sonrío a Daisy y me encojo de hombros. «No es lo mío. Propiedades. En mi testamento, lo que sobre irá para mis hijos. No quiero que se compliquen las cosas para ellos».

"¿Tienes hijos?"

"Sí. Creen que estoy loco. Pero no importa. Sé quién soy. Conozco mis limitaciones. Soy un espíritu libre. Sé lo que me funciona y lo que no. Está bien."

—No puedo creer que seas millonario —dice Daisy, sacudiendo la cabeza—. ¡Guau!

Veo que Jessamine me mira. Es una mirada de escepticismo, pero con una dulzura que demuestra que sabe que digo la verdad. Porque es cierto. Y ahora me he vuelto vulnerable. Ahora conoce mi gran secreto y podría, si quisiera, intentar aprovecharse de mí, pero el dinero está bloqueado. Apenas puedo acceder a él, y mucho menos a nadie más. Tendría que explotarme muchísimo para sacarme un solo centavo.

Después de dejar a Daisy en el colegio, le sugiero dar un paseo y tomar un café en el pueblo.

—¿Eso era cierto? —me pregunta con urgencia mientras caminamos juntas por un callejón estrecho—. ¿Qué le dijiste a Daisy sobre tu dinero?

"Totalmente cierto. Vivo bien así. Soy libre. Puedo... divagar, ¿sabes? Y si eso significa que un día me encuentro con alguien que me hace sentir la necesidad de presentarme en su casa sin invitación con una botella de champán una oscura tarde de diciembre, entonces mucho mejor."

"¿Acaso las madres de tus hijos no intentaron sacarte el dinero?"

Me encojo de hombros. «Pago mi manutención. Les envío dinero en efectivo por sus cumpleaños, en Navidad. Ambos saben lo que les espera cuando muera. Todos están contentos». Me giro y la miro. «Soy una buena persona, Jessamine».

"¿Entonces qué demonios haces rondando por aquí?"

"Tú también eres una buena persona."

—No, no lo soy. Hugo la acerca suavemente a una farola y olfatea su base con urgencia.

"¿Qué te hace decir eso?"

Ella suspira con impaciencia. —Escucha, Stuart. Todo esto es... Quiero decir, bueno, estoy segura de que eres buena persona. —Lo dice como si fuera una mera posibilidad teórica—. Estoy segura de que lo eres. Y disfruto mucho estar contigo. Pero no puedes simplemente mudarte a mi casa, ¿sabes? Es una locura.

"No me he mudado a tu casa."

"Bueno, ya sabes a qué me refiero. Te has quedado."

"Ya lo hice. Y ahora puedo irme. Puedo irme cuando quiera. Solo dilo."

"Pero no tienes dónde quedarte."

"Siempre tengo dónde quedarme."

Hugo termina de olfatear la farola y seguimos adelante.

"¿Cuánto ganas en intereses cada mes?"

"Varía. Pero aproximadamente mil. A veces dos. Una vez gané tres. En aquellos tiempos."

Me mira pensativa. "¿Entonces, podrías pagar el alquiler?"

"Prefiero no hacerlo. Ese es precisamente el motivo por el que llevo tres años durmiendo en un futón en un ático. No quiero pagar alquiler."

Ella asiente. Veo intrigas por todas partes. —Creo —dice finalmente, con la voz cargada de profunda introspección— que deberías quedarte conmigo. Hasta

que recuperes tu habitación, y veremos qué se siente. Tener un hombre en casa otra vez.

Ladeé ligeramente la cabeza al mirarla. Qué cosa tan extraña de decir, pensé. Tener un hombre en casa otra vez.

"¿Te refieres a cuando tu padre estaba presente?"

Sí. Papá era muy hábil. Era muy fuerte. Era muy... dominante. Arreglaba cosas, hacía cosas, nos protegía. Era útil, y mamá y yo no somos nada sin él. Sin un hombre. Totalmente. Has visto cómo vivimos. Nos has visto. Solo pienso... Me mira con ojos claros y brillantes. Necesitamos algo. Todas nosotras... Daisy también. Pero tienes que prometer —dice, tocándome el brazo con dedos afilados—. Prométeme que no me harás arrepentirme de esto.

La miro y sonrío. —Romántico —digo—. De verdad. Me emociona.

Espero a que sonría, a que reconozca mi broma, pero no lo hace.

capítulo veintisiete

Antes de que Jane y Dexter se despidieran del apuesto hombre en el Valle de la Salud, Jane se giró para hacerle una última pregunta: "¿Hay alguien más por aquí? ¿Alguien con quien podamos hablar que sepa qué le pasó a Daisy? ¿Quién conoce a la familia?".

—En realidad no —dice el apuesto hombre—. La gente va y viene; cualquiera que pudiera haber conocido a la familia probablemente se marchó hace años, y los que se han quedado no la conocían. En todo caso, con George has tenido mucha suerte. Conoce a Daisy mejor que casi nadie. Pero hay una mujer —vive por ahí, subiendo ese camino, en Larch Cottage— y sé que a veces recogía a Daisy del colegio y la traía a casa, y se quedaba con ella un rato.

"¡Oh! ¡Increíble! ¿Cómo se llama?"

"Jane, creo."

"¡Igual que yo!"

"¿Te llamas Jane?"

"Soy."

"Bueno, encantado de conocerte, Jane. Soy Spencer."

"Encantada de conocerte, Spencer." Jane le estrecha la mano, siente una agradable sensación de cosquilleo al contacto de su piel con la suya, piensa: Abajo, Jane, abajo, y luego se despide.

La otra Jane llega a la puerta de su pequeña casa de madera. Es menuda y guapa, lleva el pelo plateado recogido en un moño y muchísimo delineador de ojos. Parece tener unos sesenta y cinco años. Detrás de ella, Jane percibe una estética impactante: estampados que chocan entre sí, murales llamativos, colores brillantes y lámparas de araña. «Hola», dice, «¿eres Jane?».

—Sí. —La mujer sonríe cálidamente, aparentemente contenta de ver a desconocidos en la puerta de su casa a las cuatro y media de la tarde—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me pregunto —dice Jane— si por casualidad sabes algo de Daisy Black, la chica que vive al final del camino. Mi hijastro fue al colegio con ella y está intentando localizarla para una reunión de antiguos alumnos. Pero nadie parece saber dónde vive ahora. Y el buen señor de la esquina, Spencer...

"Oh, sí, conozco a Spencer. Un hombre encantador. Él y su encantador hijo."

Jane asiente y toma nota mentalmente de que no parece haber ninguna señora Spencer en la foto. «Bueno, nos dijo que a veces recogías a Daisy del colegio, ¿no? ¿Cuando era pequeña? Me preguntaba si habrías mantenido el contacto con ella».

Jane mira más allá de Jane y Dexter, de izquierda a derecha, como si pudiera haber otros acechando fuera de la vista en este remanso silencioso y desierto. —¿Por qué no entras? —dice—. ¿Si tienes tiempo?

La siguen a través de la pequeña puerta y entran directamente a su acogedora sala de estar, que huele a velas aromáticas y a un costoso abrillantador de muebles. Ella les sirve un vaso de agua a cada uno y los invita a sentarse uno al lado del otro en dos pequeños pufs tapizados.

Al fondo de la habitación, unas puertas francesas dan a un pequeño patio interior repleto de macetas. Jane ve un gato negro acurrucado bajo un rayo de sol. Piensa: «Esto es bonito, pequeño, manejable». Piensa: «Podría vivir aquí». Y entonces recuerda que tiene cuatro perros enormes y suspira suavemente.

—Daisy Black —dice la otra Jane—. Vaya. O sea, ¿por dónde empezar? Una niña tan graciosa. Gruñona. Muy gruñona. Y luego, claro, se fue al instituto y casi no la volví a ver. Pero tú... —mira a Dexter— ¿fuiste al colegio con ella?

Dexter se encoge de hombros y sonríe. "Bueno, no por mucho tiempo".

"No, porque se fue, ¿no? ¿Temprano?"

—Así es —responde Dexter con naturalidad—. Justo después del confinamiento. No la volví a ver. Y vamos a tener una reunión, y alguien me preguntó si podía invitarla. No recordaba su dirección para enviarle una invitación, pero sí recordaba cómo era su casa. El hombre que vive allí no fue de mucha ayuda, la verdad.

"Bueno, no. Eso no me sorprende."

"Entonces, ¿quién es exactamente ese hombre? Dijo que se llamaba Stuart."

Sí, Stuart. Creo que podría ser una especie de cuidador. Sé que se hizo cargo de Daisy cuando tenía unos diez años. Después de eso, no vi mucho a la madre. Ya casi nunca veo a nadie entrar y salir. ¿Y sabes, su perro? Camina solo. Lo verás ahí mismo —señala hacia el extremo del valle donde Thornwood se encuentra con la curva del páramo—, olfateando por ahí. A veces lo recoge gente que piensa que es callejero, lo llevan a esa veterinaria elegante del pueblo y dicen: «Ah, es Hugo». Y alguien lo lleva a casa.

Jane se queda perpleja. "¿Así que nadie lo saca a pasear?"

"No. Y bueno, supongo que ya está un poco mayor. Pero aun así, me da un poco de pena."

—¿Tienes alguna idea de dónde podría encontrarla? —pregunta Dexter—. ¿A Daisy, me refiero? ¿O podrías pasarle la invitación? ¿Tienes su número?

Ella niega con la cabeza. "Perdí el contacto con Daisy hace mucho tiempo. Ni siquiera recuerdo la última vez que la vi. Supongo que todavía vive aquí, pero...

"El chico de la esquina", dice Dexter, "George. Dijo que creía que ella se había mudado".

—Bueno —La otra Jane niega con la cabeza suavemente—. Eso no me sorprende en absoluto. No me imagino que fuera muy divertido vivir en esa casa siendo hija única.

"¿Cómo era estar ahí dentro?"

"Yo nunca entré. La madre venía a buscar a Daisy desde aquí. O la abuela."

"¿La abuela?"

Sí, Daisy vivía con su madre y su abuela. Antes también había un abuelo, y un tío, si mal no recuerdo. Pero parece que ahora ya no están presentes.

Jane palidece al pensar en el hombre mayor que la recogió en un bar cuando tenía veintinueve años. "¿Cómo era el abuelo?"

"Oh, no era muy agradable, muy engreído, se creía superior a los demás. Creo que la esposa, la abuela de Daisy, creo que al final lo echó de casa, y no la culpo."

Jane asiente. Claro, piensa, bien por ella.

"También había chicas au pair de vez en cuando. Pero no sé qué fue de ellas."

"¿Niñas niñeras?" Jane siente un escalofrío recorrerle la espalda.

"Sí, cuando la madre de Daisy era joven. A menudo había chicas alojadas allí. Algunas extranjeras, otras británicas, todas muy jóvenes. Nunca se quedaban mucho tiempo."

¡Caramba, ahí dentro parece el Triángulo de las Bermudas!

—Ja —dice la otra Jane—, supongo que sí, un poco. Pero sabes, una zona como esta es extraña. Es un pueblo, así que todo el mundo se conoce, pero también es Londres, así que la gente se mantiene a distancia, tanto entre ellos como con los demás. Solo tienes la mitad de la información que necesitas sobre la gente para saber quiénes son, para saber qué hacen. Y si eres curiosa, como yo, te inventas cosas para llenar los vacíos. ¡Tengo historias para todos los vecinos, créeme! Pero esa familia... —Hace una pausa y suspira—. Es difícil saber por dónde empezar.

"¿Spencer nos dijo que la policía visitó ese lugar hace unos años?"

—Así es —dice la otra Jane—. Fue durante el confinamiento, creo que por la época del Covid. Pasaron muchísimas cosas raras entonces. Pensé que tal vez habían hecho algo mal, que habían infringido alguna de esas reglas estúpidas. Pero la policía estuvo allí casi todo el día, con coches patrulla y las luces azules encendidas. Lo busqué en internet durante días después, intentando encontrar alguna noticia, curioseé entre los pocos vecinos con los que pude hablar, pero nadie sabía nada. Un misterio total.

—Bueno —dice Dexter—, supongo que ese es un misterio que tendré que resolver si quiero encontrar a Daisy.

"Supongo que sí. Pero sabes, Daisy solía contarme las cosas más raras. Me contó que su madre le había dicho que había un fantasma que vivía en el ático y que odiaba a las niñas pequeñas, que le había dicho que nunca subiera. Daisy decía que a veces lo oía, por la noche, golpeando el techo para asustarla. También dijo que su tío se había fugado con el circo. ¡Vamos, qué cosas tan raras para una niña pequeña!"

—¿Cómo se llamaba su tío? —pregunta Dexter—. Nunca lo mencionó.

—Jasper, creo. Un tipo raro. Me dio escalofríos. —Se estremece ligeramente —. Bueno. Siento no haber sido de mucha ayuda. Déjame tu número, y si por casualidad vuelvo a ver o saber algo de Daisy, le diré que la estabas buscando y que hay una fiesta. ¿Cuándo es?

—Oh —responde Dexter con despreocupación—. No hasta Navidad. Pero hay que planificar estas cosas con antelación.

—Sí —dice la otra Jane—. Sí, lo haces. Y si la encuentras, mándale mi cariño. Era una niña peculiar, pero siempre le tuve mucho cariño. Espero de verdad que no le haya pasado nada malo.

Son pasadas las cinco cuando Dexter y Jane salen de la cabaña de la otra Jane y se adentran en el cálido atardecer. «Tengo unas latas», dice Dexter, señalando su enorme bolso de lona. «Aunque puede que ya no estén muy frías».

"¿De qué sabor?"

Dexter mira dentro de la bolsa y lee las latas. "Eh, ginebra con tónica. Margarita de pomelo. Ron oscuro con maracuyá."

—Suena genial —dice Jane—. Vamos a buscar un buen banco.

Siguen un sendero seco al fondo del valle que finalmente los lleva hacia las zonas más concurridas del páramo. Las clases han terminado y el páramo está lleno de madres e hijos, escolares y perros. Abren las latas y Jane brinda por Dexter.

"Fuiste increíble, pequeña", dice. "Valiente y ágil. Me maravillaste".

Dexter sonríe y hace clic en la anilla de su lata con la uña mordida. "Si mi carrera de bailarín no funciona, siempre puedo venir contigo".

—«Trevally y el hijastro» —dice Jane, haciendo comillas con las manos alrededor de la frase—. ¿No sería divertido?

—Sabes —se gira para mirarla—, la verdad es que sería increíble. De verdad. Creo que serías una detective privada estupenda. Te veo perfectamente haciéndolo.

—Gracias, cariño —suspira Jane, dejando su lata sobre la hierba a sus pies—. Pero un verdadero detective privado tendría algún plan, y ahora mismo no tengo ninguno. ¿Y ahora qué?

"Bueno, tenemos que averiguar qué pasó con la policía durante el confinamiento. Y tenemos que encontrar a ese tío que se unió al circo: Jasper."

Jane asiente. "Sí, por supuesto. Con un nombre así será pan comido". Saca su teléfono y teclea en la pantalla. "Mmm", dice, "un DJ de tecnología, parece de veinticinco años, quizás no. Y... ajá, un personaje de The Walking Dead. Y... no, color equivocado... Edad equivocada... No... él no".

Dexter suspira. «Quizás necesitemos un enfoque más contundente», dice. «Tal vez sea hora de que venga la gente de papá».

capítulo veintiocho

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

Annie me odia. Odia todo de mí. Se comporta como si yo oliera mal, simplemente por mi forma de vestir, por mi apariencia, pero si hay algo que aprendes cuando duermes en un lugar diferente cada pocos meses, cada pocos días, cuando duermes en sofás ajenos, okupas, alquilas por poco tiempo, pasas una noche en la calle, lo que sea, aprendes a mantenerte limpio. Aprendes dónde lavar tu ropa, o aprendes a lavarla a mano. Aprendes a enjabonarte en el borde de la bañera con una jarra de agua fría y una pastilla de jabón si es necesario. Aprendes a mantener tus zapatos frescos, tu aliento fresco, todos los atajos para la higiene. Así que puede que parezca desaliñado de lejos, pero de cerca huelo a prado de verano, te lo aseguro.

Sin embargo, Annie jamás lo sabrá porque nunca llegará a estar tan cerca. Es como una partícula magnética, repelida por cualquier espacio que compartamos. ¡Boing! Me da igual. Tampoco puedo decir que le tenga mucho cariño a Annie.

—Solo estaré aquí una semana más —le dije tranquilizadoramente ese fin de semana—. No te preocupes. Mientras tanto, haré todo lo posible por ayudar en lo que pueda. Soy bastante manitas. Puedo construir cosas, arreglar cosas, mover cosas. Lo que necesites, Annie, solo tienes que pedírmelo.

"Hay un gato muerto en el cobertizo. Lleva ahí más de un año. Quizás podrías deshacerte de él por nosotros."

"Un muerto..." Suspiro. Dios mío. Me encantan los gatos. No quiero ver uno muerto. Pero necesito ganarme el sustento, ganarme mi lugar aquí. "Claro", digo. Pido guantes de goma, una bolsa de basura y que me indiquen la dirección correcta. Salgo por la puerta trasera y subo por el sendero desaliñado y cubierto

de maleza que atraviesa el jardín desaliñado y cubierto de maleza. Me imagino que alguna vez fue hermoso, un auténtico jardín de casa de campo inglesa: parterres, manzanos, cerezos, rincones y recovecos, un invernadero en un extremo, y allí, justo delante de mí, el cobertizo. Me subo el cuello del suéter hasta la boca y la nariz y abro la puerta de golpe. Todos los accesorios de un jardinero entusiasta están aquí para ver: bolsas de compost, herramientas de jardinería ordenadas cuidadosamente, un delantal colgado de una percha, pequeñas cajas de plástico para semilleros sobre una mesa alta de madera. Y allí, tal como Annie había prometido, un gato desecado, acurrucado en un rincón, con el pelo gris enmarañado en nudos, los ojos muy abiertos, la boca entreabierta y la punta de una lengua gris muerta asomando.

«Jesús». Me pongo los guantes y me agacho. «Oh, amigo», le digo al gato. «Amigo, amigo, amigo». Pobre desgraciado, pienso, qué manera de morir.

Lo recojo con cuidado y me doy cuenta de que es hembra. Le digo: «Ah, cariño», y la meto en la bolsa. Luego la llevo al jardín con una pala en la otra mano y me dirijo a un rincón tranquilo para enterrarla con dignidad.

—¿Qué estás haciendo? —me grita Annie desde la puerta trasera.

—Voy a enterrarla —digo—. En algún lugar allá atrás.

—¡No! —exclama—. ¡No hagas eso! Tíralo a los arbustos. Que los zorros se encarguen de ello.

Frunzo el ceño. "Es una mujer", digo, "no un objeto. Y quiero enterrarla".

“Pues llévenlo al páramo. Entiérrenlo allí. Pero no excaven en mi jardín, absolutamente no.”

Niego con la cabeza y murmuro entre dientes. «Lo que usted quiera, Su Majestad», digo, y luego me llevo al gato y la pala a un rincón tranquilo del páramo, lejos de miradas indiscretas y cámaras de seguridad. La llamo Tina, no sé por qué. Marco el lugar con una cruz hecha de ramitas secas y luego regreso a la casa.

Annie me mira con curiosidad cuando regreso.

—Listo —digo—. Pero supongo que seguramente hay alguna familia por aquí preguntándose dónde habrá ido a parar su querida mascota. Sería bueno avisarles. ¿Quizás podríamos poner carteles?

Me mira horrorizada. «¡De ninguna manera! El gato está muerto. Si tanto lo querían, deberían haberlo mantenido dentro de casa».

“¿Cómo crees que entró? ¿Al cobertizo?”

“Ni idea. Debió de entrar ahí sin que nos diéramos cuenta.”

"¿Así que usted es el jardinero?"

"¡Caramba! No. Mi marido era el jardinero."

"¿Y qué estabas haciendo en el cobertizo?"

Me mira con los ojos entrecerrados y aprieta los labios. «Busco unas tijeras de podar. Para el rosal que está junto a la puerta principal. Y hablando de eso, la fachada está hecha un desastre. Zarzas. Un caos. ¿Podrías, por favor, arreglarla un poco?»

—Por supuesto, Su Majestad —digo—. Pásame las tijeras de podar y seré todo suyo.

La veo estremecerse levemente ante la idea de que yo sea solo suyo, pero se gira, abre un cajón del aparador que tiene detrás y me entrega unas tijeras de podar. Mientras me las da, mi mirada se detiene en otros objetos del cajón: el brillo de unas esposas, un par de guantes de cuero blanco y, allí, sonriéndome con una mirada escalofriante, una máscara de payaso de plástico.

El sol de enero se ha ocultado tras el horizonte y, por ahora, estoy sola cocinando para la familia. Resulta que, si se les deja a su aire, esta familia come fatal. Nadie cocina; se preparan la comida con tostadas y trozos de pollo congelado, puré de patatas en polvo y salsas de paquete. No hay verduras en la nevera, ni fruta en el bol. Cenan cereales y comen tostadas, y si hay algo que puedo hacer para ayudar es conseguirles una alimentación adecuada. Hampstead está repleto de supermercados, y he llenado su nevera de verduras ecológicas y carne fresca. Esta noche voy a preparar un salteado de pollo con fideos, pero antes quiero echar un vistazo al cajón del aparador porque, francamente, esta casa me da escalofríos desde que llegué, y con el gato muerto y ahora la máscara de payaso, estoy a punto de reservar una habitación de hotel para pasar la noche.

Reviso la entrada a la cocina y veo que no hay nadie. Abro el cajón. La máscara de payaso aún logra sobresaltarme, aunque ya me lo esperaba. La toco con cuidado. Parece vieja. Casi vintage. Me repele de una manera que no logro comprender del todo. Llevo los dedos a las esposas y siento un alivio al darme cuenta de que son de plástico, no de metal; un juguete, no una atadura. Pero aun así, hay algo en ellas que me pone nervioso, que me hace preguntarme sobre esta familia y qué otros secretos podrían estar ocultando.

Annie no está en casa ahora mismo; se ha ido a Brent Cross, su lugar favorito del mundo según Jessamine. Brent Cross es un centro comercial cerca de

Hendon, construido en los años 70, el primero de Londres y muy apreciado por quienes viven en el noroeste de la ciudad y tienen coche. Volverá más tarde, con una ligera efervescencia por la euforia de las compras, cargada de bolsas que llevará directamente a su habitación, tal vez con un toque de perfume de tienda en las muñecas y un paquete de toallas de baño de algodón egipcio de John Lewis. La euforia se irá disipando poco a poco en el transcurso de unas horas y entonces volverá a sentarse en su estudio, la pequeña habitación frente a la cocina donde pasa casi el 90% de su tiempo. Nadie puede estar en esa habitación más de unos segundos, apenas el tiempo suficiente para servir las tazas de té y café. Pero incluso durante esos breves instantes, presiento que hay algo desagradable en el ambiente.

Entro de puntillas al pasillo y empujo suavemente la puerta, pero no cede. Me doy cuenta de que hay una cerradura a media altura y comprendo que Anne la ha cerrado con llave. Hay otras puertas cerradas con llave en esta casa, incluyendo una en el ático con un mueble grande delante, tras el cual apenas se distingue el rectángulo del marco, y otra que da a una caseta anexa en la parte trasera de la casa. Como alguien que creció en una casa sin puertas cerradas con llave, esto me resulta inquietante.

Oigo pasos que bajan las escaleras desde el pasillo y regreso rápidamente a la cocina. Aparece Jessamine, frotándose nerviosamente los codos por dentro de las mangas de un cárdigan holgado. "¿Cuándo estará listo?"

“Oh.” Me giro para mirar los ingredientes que aún están medio picados en las tablas. “Un ratito.”

¿Abro una botella de vino?

“Pensé”, empiezo con cuidado, “que llevábamos un par de semanas dándole vueltas a eso”.

Se encoge de hombros y retrocede. "No importa", dice.

El ambiente ha estado tenso estos últimos días de sobriedad. Puedo sentir el ardor del anhelo físico de Jessamine como un caldero hirviendo. Ella finge estar bien, pero puedo sentir la atracción magnética que fluye por la casa a las once y media de la mañana, cuando mira al perro, mira por la ventana, imagina su mesa en la esquina del Cisne Blanco, el golpe agudo y bendito de un vodka tonic que le da en la base del estómago, los bordes de su mundo desmoronándose, el dolor de lo que sea que cargue consigo, día tras día, desvaneciéndose rápidamente. Me aseguro de distraerla a esta hora del día. Le sugiero un paseo a las tiendas o al

parque, le pregunto qué quiere cenar, le muestro recetas en mi teléfono, pero está irritable, incluso más que cuando bebe; está infeliz y está sombría.

Y no me sorprende, porque hay algo en esta casa, algo vivo que respira tras puertas cerradas y en los resquicios entre este mundo y otro. No hablo de fantasmas ni espíritus; soy un poco esotérica, pero no del todo. Pero hay fisuras y cicatrices en esta casa, algo desalineado, algo horriblemente, brutalmente roto, y estoy decidida a descubrir qué es.



capítulo veintinueve

ANNIE

La nueva au pair era un problema. No era como la primera, Sandra, que había sido terriblemente molesta y grosera, y se había extralimitado constantemente, pero al menos parecía disfrutar cuidando la casa y a los niños. Esta, Naomi, parecía creerse superior. Parecía pensar que con pasar un paño húmedo por la encimera de la cocina, ponerle un plato de comida al gato, sacar un poco de basura, preparar la cena para los niños, ya había terminado su trabajo. Además, Allen parecía más prendado de esta chica: pasaba más tiempo en su habitación que con la otra.

No me gustaba pensar que esto pudiera ocurrir bajo mi propio techo, por supuesto que no, pero entendía que tenía que suceder. Porque peor que si sucediera era que no sucediera. Nuestro hogar no era un hogar sólido, lo comprendí entonces; nuestras vidas pendían de un hilo, nuestra felicidad dependía de condiciones precarias.

Allen era tan obstinado que parecía haber escrito el guion de su vida y no se desviaría de él ni un segundo. Inflexible, esa es la mejor manera de describir a Allen, completamente inflexible.

Pero esta chica, Naomi, estaba poniendo a prueba sus límites, estaba creando problemas. Por lo poco que pude averiguar, venía de una familia de clase media en São Paulo. Sus padres eran profesionales. Tenía una visión exagerada de sí misma para alguien que se había estado vendiendo a hombres en un estudio en Paddington. Apenas podía mirarla. Si entraba en una habitación, me iba. A diferencia de su predecesora, no intentó congraciarse conmigo ni con los niños. Pero podía oírla a ella y a Allen, discutiendo, quejándose el uno del otro. Ella le

pidió dinero. Él le dijo que no fuera ridícula. Tenía una habitación enorme en una hermosa casa en Hampstead, ¿cómo demonios pensaba que también debía recibir dinero? ¿Sabes, le dijo, cuánto costaría alquilar esta habitación? ¿Sabes, le dijo, la suerte que tienes?

Pero lo sentía en el ambiente, todo el tiempo, el calor acumulándose, la posibilidad de que una chispa encendiera toda la mecha. En menos de un mes, Naomi se había ido.

Dos semanas después, Allen llegó a casa tarde por la noche con otra chica. Se llamaba Jane. Era muy guapa y mayor que las demás; demasiado mayor, pensé, para sernos de utilidad, y demasiado elegante. No era prostituta ni iba de un lado a otro; era divorciada y me parecía demasiado parecida a mí como para aceptar compartir mi casa y a mi marido con ella. Esa noche, observé a Allen preparándole una copa y supe lo que tramaba. Sabía que era un error garrafal. Menos mal que Jessamine se cayó de la cama, como solía hacer por aquel entonces. Vi a la chica, Jane, arrebatarle la copa de la mano a Allen y me di cuenta de que todos habíamos tenido una segunda oportunidad. Cuando Allen intentó convencerla de que se quedara, no se lo permití.

La observé desde la ventana principal, corriendo a toda prisa en la noche, y deseé que no hubiera más chicas.

capítulo treinta

Tras tomar algo en el parque, Jane se despide de Dexter y toma el metro hacia el centro. Baja en Charing Cross y camina por las bulliciosas callejuelas desde Strand hacia Seven Dials. Otra noche maravillosa, otro recordatorio de que no tiene con quién compartir noches maravillosas, otra oportunidad para reprocharse a sí misma por sentirse mal por su soledad.

Su mente se llena de imágenes, hechos y no tan hechos que parpadean y se desvanecen en sus pensamientos sin que pueda aferrarse a nada. Saca su teléfono y le escribe otro mensaje a Helen Yaxley.

Sé que dijiste que me avisarías si sabías algo, pero no quiero molestarte. ¿Alguna noticia?

Luego le envía un mensaje a Shannon. Volveré el lunes, escribe. Espero que no haya problema.

Helen no respondió, pero Shannon sí lo hizo al instante:

¡Sin problemas! ¡Los chicos y yo lo estamos pasando genial! Aunque hay un pequeño problema con el grifo del fregadero de la cocina. No sale agua. Por ahora estamos usando agua de la manguera. Pero quizás deberías llamar a un fontanero. Además, ese trozo de techo de la habitación contigua a la cocina que estaba colgando, ¡por fin se ha caído! Se ve un poco feo ahí arriba. Siento darte malas noticias. ¡Claro que no pasa nada! ¡Que tengas un buen fin de semana!

Jane gime entre dientes, añade un emoji de pulgar hacia arriba al mensaje de Shannon y guarda el teléfono en su bolso. No puede pensar en todo eso ahora. Esa maldita casa. Su deterioro y fragilidad. El dinero que no tiene para gastar en ella. El trabajo que no tiene para ganar el dinero para gastar en ella. La vida que ha llevado que la ha vuelto indolente y perezosa. El tiempo que se le escapa entre los dedos para cambiar algo, arreglar algo. Piensa en Chloe Flint, la glamurosa agente inmobiliaria, en su charla sobre ventanas Crittall y compradores extranjeros, y sabe que esa es la única solución sensata, pero aún no está preparada para afrontarla.

De vuelta en casa de Tony, Jane se sienta en la terraza de la azotea y ve los fragmentos de la película de serie B de Jessamine Black que había grabado en su teléfono desde el portátil de Natasha.

Ella observa al resto de los actores; está Jacob, el ahora esposo de Natasha, interpretando a un joven vecino gruñón, y una chica pelirroja que hace de hermanastra de Jessamine, quien se queda el fin de semana, y un hombre algo mayor con cabello rubio oscuro y un peinado estilo milenio que interpreta a Tristan, el amor intermitente de Jessamine. Según IMDb, se llama Oliver Bloom y apareció en algunas películas durante los noventa y principios de los 2000, pero una búsqueda rápida en Google reveló que ahora es un quesero artesanal que vive en el oeste del país. Natasha le contó que el elenco había perdido el contacto después del rodaje, que solo ella y Jessamine habían mantenido la amistad. Pero, se pregunta, ¿sería posible que Jessamine hubiera dicho o hecho algo en el set que alguien más recordara? Valía la pena intentarlo. Jane visita el sitio web de quesos de Oliver y le envía un mensaje a través de su formulario de contacto.

> Hola, estoy investigando la desaparición de una chica y tratando de obtener más información sobre una mujer llamada Jessamine Black, con quien usted filmó una película en 2005/2006. ¿Sabía algo sobre ella o tenía los datos de contacto de alguien que pudiera seguir en contacto con ella? Hablé con Natasha de Large esta mañana y no pudo ayudarme. Por favor, escríbame si recuerda algo. Gracias.

La película sigue pausada en el teléfono de Jane cuando vuelve del navegador, capturando el rostro de Jessamine con todo detalle. Jane lo mira fijamente de nuevo. Es un rostro fascinante. Hay algo en sus ojos que le recuerda a sí misma. Siente una afinidad con esta mujer, algo que la atrae desde lo más profundo de su ser. Suspira y apaga el teléfono, luego busca en Google «cómo averiguar quién es el propietario de una casa». Rellena el formulario en la página web del Registro de la Propiedad y paga 24,95 libras para que le envíen el registro de la propiedad por correo electrónico. Después gasta otras 19,19 libras (IVA incluido) para obtener un informe de antecedentes de 192.com sobre Jessamine Black. La

temperatura empieza a bajar, y ella baja las pequeñas escaleras con su copa de vino vacía y cierra la puerta de la terraza tras de sí.

Ha hecho todo lo que podía en un solo día.

Cuando Jane se despierta a la mañana siguiente, se da cuenta con cierta incomodidad de que el aire acondicionado ha estado demasiado fuerte toda la noche en la habitación de Tony, que el aire está muy frío y que tiene la garganta seca y dolorida. Se levanta y lo apaga desde el panel de la pared, luego busca sus gafas de lectura, coge el móvil y ve que tiene un mensaje de Helen Yaxley.

Nada de la policía. Pero encontré algo en el anexo que pensé que podría interesarte. Estaba guardando sus cosas para la tintorería, metiendo todo en su maleta, y había una bolsita dentro de la maleta, y encontré esto.

El siguiente mensaje es una fotografía de los dedos de Helen sujetando la fotografía de un hombre mayor con bigote y cabello ralo, entre canas y negro, sentado en un sofá estampado descolorido entre dos adolescentes, un chico y una chica. Los abraza a ambos y los tres sonríen. Al fondo se ve una cómoda antigua llena de adornos y libros viejos.

Jane jadea.

Es el mismo hombre con el que volvió a casa del bar aquella noche. También es el mismo sofá en el que se sentó aquella noche del año 2000 y la misma cómoda en la que él le preparó el martini.

Se acerca más a la chica. Es Jessamine, probablemente de diecisiete o dieciocho años, con el rostro ya marcado por esa oscura belleza atormentada, y la mirada ya salvaje y perdida.

Entonces, enfoca de cerca al niño. Sobre su regazo hay algo extraño; parece la cabeza de un payaso, con una nariz roja, obscenamente bulbosa, que sobresale por delante. Luego, se da cuenta de que el niño lleva guantes blancos con volantes blancos en las muñecas.

Y allí, reflejada en el cristal de la puerta del tocador, está la fotógrafa: una mujer con el pelo oscuro y abultado, vestida con un atuendo ajustado, cuyos rasgos son indistinguibles en la imagen borrosa, pero Jane sabe que es ella, la esposa del hombre, quien la ayudó a escapar aquella noche; la reconoce al instante.

En el siguiente mensaje hay otra fotografía, esta vez del reverso de la imagen, donde alguien ha escrito con bolígrafo las palabras: «El último de nosotros,

Thornwood: 30 de abril de 2005».

¿El último de nosotros?, reflexiona Jane. ¿Qué significa eso? ¿La última foto nuestra, tal vez? En ese caso, ¿sucedió algo por esas fechas? Tal vez fue entonces cuando el hermano se escapó. Ahí está, con su aterradora máscara de payaso y sus espeluznantes guantes blancos, listo y ansioso por irse, a juzgar por su aspecto. Dios mío. Toda la foto le da escalofríos a Jane. Todo en ella es un poco extraño, un poco raro. La forma en que las manos del padre agarran los hombros de los dos niños con demasiada fuerza, los niños se apartan ligeramente de él. ¿Y qué ha sido del padre de Jessamine, el hombre sin nombre que la trajo de vuelta a su casa hace tantos años?

Jane le responde a Helen, agradeciéndole por compartir la foto. Luego suspira y deja el teléfono. Lo que comenzó como una obsesión por encontrar a la chica que desapareció del anexo de Helen se ha convertido en una obsesión con Thornwood y los Black. Desea desesperadamente entrar en esa casa. Quiere saber quién vive allí, qué sucedió, qué le pasó al padre, por qué esa fue la última foto de ellos y, Dios mío, ¿dónde está ese chico de aspecto fantasmal con guantes de payaso?



capítulo treinta y uno

Jane se ducha, se viste y se prepara un café. Mirando por la ventana del salón del primer piso, ve las cabezas de la gente: trabajadores madrugadores, o quizás los que trabajaron la noche anterior y regresan a casa. El cielo es de un azul ácido que se torna blanco intenso en los bordes a medida que el sol comienza su ascenso sobre los tejados. Jane puede oír el estruendo de los camiones de basura, el golpeteo y el chasquido de las botellas al ser vaciadas en los contenedores, el lejano trueno de los autobuses en Charing Cross Road. Son las siete de la mañana. Tiene todo el día por delante y ningún plan. Entonces su teléfono vibra, lo coge y ve que acaba de recibir un montón de correos electrónicos, y entre toda la publicidad de boutiques y empresas de comida para mascotas está el informe del Registro de la Propiedad. Su corazón se acelera mientras abre el correo electrónico con el pulgar y luego el archivo adjunto.

Sus ojos recorren rápidamente los formularios, buscando la información clave, y ahí está. Thornwood, Vale of Health, Londres NW3. Actualmente propiedad de Allen y Anne Black, pero anteriormente perteneció a alguien llamada Vivienne Rich. Jane la busca inmediatamente en Google y no encuentra nada. Luego añade el código postal "+NW3" a su búsqueda y los resultados se reducen a un solo elemento.

Nuestra querida madre, abuela y bisabuela, Vivienne Rich, falleció el 12 de febrero a los 70 años. Celebraremos su memoria en el White Swan, Hampstead Square, NW3, al mediodía del 30 de junio. Todos son bienvenidos.

Se trata de una publicación en un foro local, y la autora es una tal "AnnieB". Jane hace clic inmediatamente en su nombre, pero no aparecen otras publicaciones. La publicación es del año 2000.

Jane se da cuenta de que es hora de hacer una cronología.

Abre y cierra una docena de cajones en casa de Tony antes de darse cuenta de que Tony no tiene papel, bolígrafos ni, de hecho, nada útil más allá de abridores de botellas y agitadores de cóctel. Sale de la casa y se dirige a buscar una sucursal de WHSmith que esté abierta tan temprano, y termina en la estación de Charing Cross, donde compra un bloc de notas, cartulina tamaño A3, un paquete de rotuladores multicolores y dos blocs de notas Post-it.

De vuelta en casa, instala un espacio de trabajo en un escritorio que parece haber sido usado solo como decoración y comienza a ordenar todos los hechos y pruebas que ha acumulado durante los últimos días, dándoles una apariencia estéticamente agradable. Cuando termina su cronología, la pega con un imán en la puerta del refrigerador de Tony y la observa fijamente durante un rato. ¿Dónde está el chico en todo esto? ¿Jasper, el extraño chico payaso? La otra Jane dijo que Daisy le había contado que se había "escapado con el circo" y Jane lo había interpretado como una tontería infantil, pero tal vez Daisy lo decía literalmente.

Jane vuelve a abrir el correo electrónico del Registro de la Propiedad y revisa los archivos adjuntos. Llega al plano de la propiedad y amplía el dibujo lineal de Thornwood. Se sorprende al ver lo mucho que se extiende la propiedad por la parte trasera; la parcela parece ser al menos tres o cuatro veces más grande que las parcelas de cualquiera de las propiedades cercanas. Es poco profunda en la parte delantera de la casa, pero luego se ensancha por detrás en forma de abanico, con lo que parecen ser senderos que conectan a través de arbustos hasta la esquina trasera del páramo, donde se une a Spaniards Road. ¿Será posible, se pregunta, encontrar una manera de acceder a este terreno sin alertar a Stuart Tucker? ¿Podrá obtener otra vista de Thornwood? Bueno, piensa, sin duda lo intentará.

Jane está a punto de salir de casa cuando su teléfono vibra de nuevo. Es una notificación de correo electrónico y la abre rápidamente al ver que es de Oliver Bloom, el quesero de la película de serie B que Jessamine hizo a principios de la década de 2000.

> Hola. ¡Qué misteriosa! Sí, me acuerdo de Jessamine. Entre tú y yo tuvimos algo. Breve. Raro. Podría contarte cosas.

Aquí tienes mi número. Llámame. Pero más tarde, ¿quizás al mediodía?

Jane programa un recordatorio en su teléfono para llamar a Oliver al mediodía. No cree en todas esas tonterías sobre la confusión mental que se repiten constantemente sobre las mujeres menopáusicas. Está segura de que está lúcida como siempre; terapia hormonal y mucho aire fresco. Nada de confusión mental. Pero sí cree que suele ser buena idea anotar las cosas, fijarlas en la memoria para que no se le olviden. Lo más probable es que se acuerde de llamar a Oliver al mediodía con o sin el recordatorio automático, pero programarlo no le hace daño de todos modos.

Busca sus gafas de sol, llena una botella de agua, se aplica un poco de protector solar en la nariz y se dirige hacia la estación de metro.



capítulo treinta y dos

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

Unos días después le pregunto a Jessamine sobre la máscara de payaso. "¿Qué es esto?", le pregunto, mostrándosela. La veo sobresaltarse levemente y luego encogerse de hombros.

"Pertenecía a mi hermano."

"Pensaba que eras hijo único."

"Sí, bueno. Yo no. Tengo un hermano. Se llama Jasper. No lo he visto desde que tenía diecinueve años."

"¿Dónde está ahora?"

"No tengo ni idea. Me fui de casa unos meses. Cuando volví, él ya no estaba. Desapareció."

—Vaya —digo—. Eso es fuerte. O sea, es tu hermano. Si mi hermano desapareciera, yo...

—Bueno, sí —interrumpe bruscamente—, estoy segura de que tu hermano es muy diferente al mío. Mi hermano era... bueno. —Señala con la cabeza la vieja máscara que tengo en las manos—. Era raro. No me caía muy bien. Y la verdad es que no lo echo de menos. Para nada.

"Entonces, ¿qué pasaba con esto?", pregunto señalando la máscara.

Ella suspira. «Tenía una obsesión con el circo. Desde niño. Mis padres nos llevaron al circo en el parque un año y ahí empezó todo. No paraba de hablar de ello; iba y se quedaba allí todo el día, mirándolos a todos». Un escalofrío la recorre. «Tenía una especie de alter ego».

"¡Dios mío!", me río. "Un alter ego de payaso; suena a pesadilla". Me acerco la máscara a la cara e imito a un payaso ridículo: "Hola, me llamo Stewpot el

Payaso". Me balanceo alegremente de un pie a otro, pero al instante me arrebatan la máscara de la cara y de las manos, y me encuentro cara a cara con la furia de Jessamine.

—No tiene gracia —exclama con tono sombrío—. Ni siquiera un poquito.

Me dejo llevar por su enfado y me encojo de hombros. "Lo siento".

La veo suavizarse. «Está bien. Es solo que... es complicado. Todo». Fuerza una sonrisa. «Y gracias», dice, «por todo lo que haces por mí. Por nosotros. Es un placer tenerte aquí».

"¿Y tu padre?", me pregunto, y me dan ganas de darme una patada en el momento en que sale de mi boca.

Ella hace una mueca. "¿Y qué hay de él?"

—Nada —digo—. Es solo que nunca hablas de él.

Ella niega levemente con la cabeza.

—No pasa nada —digo—. No necesitamos hablar de él.

—Gracias —dice; luego se da la vuelta y guarda la máscara de payaso en el cajón de la cómoda.

Me pide que lleve a Daisy al colegio a la mañana siguiente. Dice que cree que podría estar resfriada. Daisy está encantada de que la acompañe. A diferencia de su abuela, y en cierta medida, de su madre, Daisy parece tenerme bastante aprecio. Le pongo la correa a Hugo y cojo un impermeable de los ganchos junto a la puerta trasera. Espero a que Daisy se cierre el suyo y coja su mochila y su botella de agua. La lluvia es ligera pero persistente, y Hugo se detiene un par de veces mientras caminamos para sacudirse el impermeable.

"¿Qué sabes de tu abuelo?", pregunto.

"¿Abuelo Allen?"

"Sí. El padre de tu madre."

"No mucho. Mi madre y mi abuela nunca hablan de él."

"¿De nada?"

"No. Solo en el sentido de que echo de menos tener a un hombre por aquí. Quejándome de que el lugar está hecho un desastre. De que hay cosas que arreglar."

Asiento con la cabeza. Sin duda, ese ha sido un tema recurrente en mi breve experiencia. "¿Y tu tío? ¿Jasper? ¿Lo conocías?"

"No. Él desapareció antes de que yo naciera también."

“¿Cuando tu madre estaba embarazada?”

“Creo que sí. No estoy segura. Es como si nadie quisiera conocerme.” Se ríe secamente.

Sonrío. —Ellos se lo pierden —digo. Ella no dice nada, pero por la leve relajación de sus facciones puedo ver que aprecia la idea.

“¿Y llegaste a conocer a tu bisabuela?”

“¿Por qué haces tantas preguntas?”

Me encojo de hombros. "Porque soy curiosa".

Ella también se encoge de hombros y esquiva un gran charco, casi cayéndose del bordillo de la estrecha acera a la carretera. La detengo rápidamente. «¡Cuidado!», le digo. «Dios mío, ¿te imaginas que vuelva con tu madre y le diga que dejé que te atropellaran? ¡Madre mía!». Me llevo la mano al corazón y finjo miedo.

Ella se ríe. "No creo que le importe demasiado", dice.

La miro de reojo. “No seas tonta. Tu mamá te quiere.”

Daisy suspira. “Sé que sí. Pero creo que su vida seguiría igual sin mí. Ya sabes. Simplemente seguiría adelante.”

Siento que contengo la respiración al escuchar estas palabras. Aunque es un poco peculiar, le he tomado mucho cariño a esta niña, a quien, en mi opinión, es muy fácil querer. Me duele que sienta que su madre no se preocupa por ella. «Vaya», digo. «Eso es algo muy fuerte».

“Es lo que es. Ella es como es. Creo”, dice pensativa, “que mamá tuvo una infancia un poco extraña. Eso es todo”.

Cuando regreso de dejar a Daisy en la escuela, Jessamine ya se ha acostado. Me siento a los pies de su cama, junto al hueco que forman sus rodillas dobladas en el edredón, y le pregunto qué puedo hacer por ella. Me pide té de menta con miel y dos ibuprofeno. Me acerco a ella y le toco la frente. Su temperatura es normal, se ve bien, pero de todos modos bajo a la cocina y le traigo el té y las pastillas.

—¿Dónde está tu madre? —pregunto mientras dejo caer las pastillas en la palma de su mano, que está extendida hacia arriba.

“Ella ha salido.”

"¿Dónde?"

"De compras, creo."

Asiento con la cabeza. "¿Cuándo volverá?"

"Después del almuerzo."

Le aparto el pelo de la frente y le digo que la dejaré dormir. Luego bajo las escaleras y recorro la casa metódicamente buscando algo que explique a la gente que vive aquí.

Encuentro un álbum de fotos en una de las pesadas cómodas de la sala. Es antiguo, con una cubierta de lino oscuro y texturizado, y un lomo de espiral metálica. Me siento y lo abro sobre mi regazo.

Ahí está, de inmediato, el rostro de un hombre que supongo que es el abuelo Allen: un hombre de aspecto severo, con bigote oscuro y complexión muy delgada. En la primera fotografía, lo han pillado desprevenido, con unas tijeras de podar en una mano enguantada, un cigarrillo en la otra y un rosal en plena floración a sus espaldas. Lleva una camisa blanca desabrochada que deja ver una camiseta interior y mira al fotógrafo con una irritación apenas disimulada.

En la foto de abajo, posa en el mismo jardín, con la misma ropa, pero esta vez sonríe a la cámara, con los brazos cruzados sobre el estómago. Al fondo, se distingue la figura borrosa de una joven que mira fijamente al fotógrafo, al otro lado del jardín. No logro identificarla. Creo que debe ser Jessamine, pero algo no me cuadra en la postura de sus hombros ni en la forma de su rostro.

En la página siguiente hay fotos de Jessamine y, supongo, de Jasper. Parecen adolescentes, o a punto de serlo. Están sentados en taburetes a la mesa de la cocina y dan la impresión de que no esperaban ser fotografiados. Jessamine lleva pantalones azules y una camiseta blanca. Jasper lleva una camiseta con la foto de un payaso en la parte delantera y unos vaqueros. Ambos niños tienen aspecto demacrado. Tienen ojeras y lo que parece ser un moretón en un lado de la cara de Jessamine.

Hojeo el álbum cada vez más rápido, intentando reconstruir las imágenes. Hay fotos de una anciana con el pelo blanco recogido en un moño, y fotos de Annie mucho más joven y atractiva: la más guapa de la familia, sin duda. Hay fotos de Allen con semblante serio y ligeramente molesto, y luego fotos de Jessamine y Jasper ya mayores, con aspecto cansado. Jasper parece cada vez más desquiciado, con el pelo largo y desaliñado, la mirada un poco desorbitada y el rostro borroso, como si estuviera en pleno movimiento. Jessamine está delgada y

descuidada, mientras que Annie, a su lado, luce radiante con ropa de diseñador y un peinado impecable.

Luego paso la página y veo una foto del hombre mayor, el del bigote, que creo que es Allen. Lleva una chaqueta de tweed con un paquete de cigarrillos asomando del bolsillo del pecho. Y en sus brazos hay un hermoso gato gris. Me quedo mirando al gato, y aunque la última vez que lo vi era un saco de huesos demacrado, sin vida, metido en una bolsa de plástico negra, sé que es el mismo, es Tina. Una terrible punzada de tristeza y oscuridad me recorre.

Hay un gato muerto en el cobertizo.

La forma en que Annie lo había dicho, como si fuera un gato cualquiera. No su gato. No una mascota familiar. Y ahí está dicho gato, vivo y sano, en los brazos del marido de Annie. Hay calidez en la forma en que lo sostiene, afecto visible. ¿Cuánto tiempo, me pregunto, cuánto tiempo llevaba Tina en ese cobertizo? ¿Y hasta qué punto era consciente Annie de que estaba allí? Saco la foto del álbum y le doy la vuelta. En bolígrafo en el reverso dice: «Allen y Bella. 2001». Bella entonces, pero para mí siempre será Tina. E incluso suponiendo que fuera joven en esta foto y viviera hasta los veinte años, habría muerto hace al menos cinco años.

Vuelvo a meter la foto en el álbum y paso a la página siguiente, pero el álbum termina abruptamente, con algunas hojas vacías sin llenar. Lo cierro y lo guardo en el armario.

capítulo treinta y tres

Jane sigue el pequeño punto azul en su aplicación de Mapas que indica su ubicación en Hampstead Heath. Actualmente camina por un estrecho sendero de grava entre un imponente bloque de apartamentos y la fachada italianizante de una villa de estuco con un balcón de hierro forjado que da a la profunda hondonada de Hampstead Heath. Según el mapa del Registro de la Propiedad, este sendero finalmente se unirá a otro mucho más pequeño que, si el dibujo es correcto, la conectará con el extremo más alejado de Thornwood.

Este rincón del páramo es misterioso y da la sensación de estar inexplorado. No hay paseadores de perros y apenas llega la luz del sol a través de la espesa bóveda verde de las hojas. Jane divisa los tejados de las villas y casas de campo del valle, justo debajo de ella a su derecha, pero el mapa la lleva en la dirección opuesta, por senderos más estrechos y vegetación más densa, bajando por una pendiente muy pronunciada, y allí, frente a ella, ve el característico tejado de tejas de Thornwood.

El terreno está cercado por detrás, pero las tablas están podridas y sueltas. Es fácil abrir un panel a medias y colarse. Desde allí puede ver la parte trasera de la casa, a través de un montón de rosales descuidados, manzanos raquíticos, cobertizos, huertos abandonados y enrejados caídos. Solo puede imaginar cómo debió de ser este jardín en su apogeo, cuando recibía los cuidados adecuados.

Se adentra por un sendero lateral, alejándose de la vista de la casa. En la parte trasera hay un invernadero destartalado, con viejas estanterías para plantas oxidadas sobre losas de piedra de York en el exterior. El interior del invernadero está desordenado y descuidado. A la derecha hay una puerta que parece dar a la cocina. A través de la ventana contigua, Jane puede ver un alféizar abarrotado, cortinas anticuadas y una cómoda de madera oscura contra una pared verde pálida.

Saca su teléfono y toma fotografías. Más adelante, ve el cristal opaco y con hoyuelos de lo que debe ser un inodoro o un baño, y al otro lado de la casa, una letrina adosada a la pared exterior. Vuelve a rodear el jardín y se dirige hacia la letrina.

Es pequeña, de unos tres metros cuadrados, y tiene una puerta metálica con un candado por fuera. Al acercarse, el candado parece estar abierto. Mira a su alrededor y luego hacia las ventanas del primer piso, pero no siente que nadie la observe, así que abre el candado con cuidado y empuja la puerta metálica hacia sí. Al hacerlo, la puerta emite un chirrido terrible, y ella se estremece y cierra los ojos con fuerza. Se detiene y vuelve a mirar a su alrededor, pero nadie parece haberla oído. Cuando tira de nuevo, la puerta emite otro pequeño crujido y luego se abre, revelando una escena escalofriante.

Una silla solitaria, de metal con un asiento de vinilo rasgado, y allí, en las paredes a ambos lados de la silla, un par de aros de metal atornillados a la pared. Jane entra en la letrina y toma algunas fotos; luego, con cuidado, se sienta en la vieja y sucia silla. Estira los brazos y jadea al ver que alcanzan perfectamente, a cada lado, los aros de metal.

capítulo treinta y cuatro

Se le revuelve el estómago de horror y asco, se pone de pie de un salto y atraviesa la puerta de metal, saliendo al aire perfectamente límpido de la mañana de mayo, respirando profundamente para calmar una terrible oleada de náuseas.

El rostro de Allen Black aparece rápidamente en su mente, él de espaldas a ella mientras le preparaba la bebida, la tensión en su mandíbula cuando ella se la arrebató de la mano.

Si se hubiera bebido el martini aquella noche del año 2000, piensa, habría acabado en aquella habitación, en aquella silla, encadenada a aquellas paredes, lo sabe, simplemente lo sabe. Se dobla por la mitad, con el puño apretado contra el estómago, segura de que va a vomitar, pero entonces desde la casa se oye un retumbo sordo, que se intensifica rápida y dramáticamente hasta convertirse en una sucesión de ladridos agudos, el sonido de garras que corretean con fuerza y rapidez sobre la piedra de York y se dirigen directamente hacia ella. Hugo. Por supuesto. No se gira para mirarlo, simplemente corre tan rápido como puede por el sendero lateral del jardín hasta el fondo, donde salta por el hueco de la valla rota y la vuelve a colocar en su sitio. Al otro lado de la valla puede oír los ladridos insistentes de Hugo, sus patas golpeando la madera, su furiosa curiosidad.

—¡Hugo! —susurra desde el otro lado—. Soy yo. Jane.

Deja de ladrar y oye un pequeño gemido.

"Pórtate bien y vuelve adentro. Buen chico."

Vuelve a gemir, y luego se hace el silencio.

A lo lejos, Jane oye la voz de Stuart. "¿Qué demonios, Hugo? Tranquilo. No hay nada ahí."

Jane contiene la respiración con fuerza y espera uno o dos minutos, luego regresa a través de las profundidades del páramo y sale a la luz del día, hacia el estanque ornamental de Hampstead que brilla bajo el sol, el tráfico reluciente en cuatro direcciones, gente, perros, luz.

Un momento después, en un pub llamado White Swan, pide un gin tonic. Es temprano para beber, pero está muy nerviosa, tiene el estómago revuelto y necesita algo para calmar los nervios. Le quedan cinco minutos antes de la llamada de Oliver —sí, se acordó sin que el teléfono se lo dijera— y necesita recomponerse. Exprime la rodaja de limón en la bebida y la remueve, luego da un buen trago con una pajita y se prepara para mirar las fotos de Thornwood en su teléfono. Las pasa rápidamente hasta que llega a las fotos del interior de la letrina. Piensa en el olor de allí, el olor pútrido a musgo, descomposición y humedad, y piensa en esa sensación escalofriante de estirar los brazos de pared a pared y darse cuenta de que cabían. Ella le envía las fotos a Dexter con emojis de caras de asombro y las palabras "en el jardín trasero de Stuart", y luego ve que la hora en su teléfono cambia de las 11:59 a las 12:00 y llama a Oliver.

«Estaba chiflada», dice Oliver, y Jane se irrita al instante. Solo los peores hombres describen a sus ex como chifladas, y ella lo sabe porque, en su momento, también la han descrito así; algunos la conocían como la Loca Jane Trevally. Pero los mejores hombres con los que ha estado nunca hablaron mal de ella cuando sus relaciones terminaron, y en eso incluye a sus dos exmaridos.

—¿Locura? —pregunta con cautela—. ¿En qué sentido?

"Oh, es muy intenso. Demasiado. Ya sabes."

"No. No lo sé. En realidad no. Dame algunos ejemplos. Cuéntame cómo empezó."

"Bueno, quiero decir, había algunas escenas en la película, escenas íntimas. Tuvimos que rodarlas juntos. En ese momento tenía novia, y era la primera vez que tenía que besar a alguien, hacer escenas de sexo en un plató, y creo que, eh, malinterpreté la situación, pensé que significaba algo que no significaba, la perseguí fuera de cámara cuando realmente no debería haberlo hecho y posiblemente le di la impresión de que estaba, eh, bueno, ya sabes, loco por ella, cuando en realidad, en retrospectiva, solo estaba loco por ser joven, hacer una película y poder besar a una chica guapa en un plató y todo eso, y ella se enamoró de mí y yo no manejé muy bien la situación e intenté salir de ella y ella se puso un poco histérica conmigo."

"¿De qué manera?"

"Aparecía por todas partes. Una noche, mientras cenaba con amigos, entró en un restaurante, se sentó en una mesa al otro lado del salón y se me quedó

mirando. Simplemente me miró. Una vez, siguió a mi novia por toda Oxford Street, de un extremo al otro, tres pasos detrás, entrando y saliendo de tiendas de ropa. Intenté ser amable con ella, intenté compensar el haberla ilusionado. Pero no lo aceptó. Estuve a punto de conseguir una orden de alejamiento, y de repente, todo se acabó. Silencio. No la volví a ver."

"¿Cuánto tiempo duró tu aventura antes de que la terminaras?"

"Oh, tal vez cuatro o cinco meses como máximo. Vivía en una habitación alquilada en una casa compartida. No con amigos, sino con desconocidos. Su habitación era austera. Casi sin decoración. Sábanas finas. Nada en las paredes, nada de ese desorden que normalmente se encuentra en la habitación de una mujer. Cojines. Ese tipo de cosas. Era muy promiscua. Ya sabes. Sexualmente. Siento si suena duro, pero lo quería todo, sin parar, hasta el punto, francamente, de que no podía seguirle el ritmo."

"¿Sabías mucho sobre sus antecedentes? ¿Y sobre su familia?"

"No hablaba de su familia. Nunca los conocí. Tenía... ¿cicatrices?"

"¿Cicatrices?"

"Sí. Unas marcas extrañas en su cuerpo. Le pregunté por ellas; me dijo que tuvo un accidente de coche cuando tenía catorce años."

Se produce un breve y tenso silencio entre ellos. Jane vuelve a pensar en la horrible celda anexa a la parte trasera de la casa. —¿Crees que pudo haber sufrido abusos? —pregunta en voz baja.

"No me sorprendería, y explicaría muchas cosas... de su rareza."

"¿Recuerdas dónde vivía? ¿Cuando compartía casa?"

"En algún lugar cerca de Ally Pally; se podía ver desde la ventana de su habitación. Eso es todo lo que recuerdo."

Jane garabatea "Ally Pally" en su libreta.

"¿Y qué edad teníais vosotros dos en ese momento?"

"Yo tenía, bueno, ¿veintidós? ¿Veintitrés? ¿Y Jessamine unos dieciocho, diecinueve? Jóvenes, ¿sabes? Ambos tan jóvenes e ingenuos, y todavía me siento mal por ello. No me gusta lastimar a la gente, pero siento que realmente la lastimé. Le causé dolor, y en ese momento solo veía lo que ella me estaba haciendo a mí. Pero fue mi culpa. Ahora lo entiendo. Espero que esté bien..." Suspira profundamente y luego dice: "¿Por qué intentas encontrarla?"

"Oh, no la estoy buscando a ella. Estoy buscando a su hija. Ha desaparecido."

"¿Hija?" Oliver parece sorprendido.

"Sí. Se llama Daisy."

“¿Y qué te hace pensar que es la hija de Jessamine?”

Es una buena pregunta, piensa Jane, pero se deja guiar por su intuición. —Bueno —dice—, tienen el mismo apellido.

"Mmm."

"¿Qué?"

“Bueno, no lo sé... Jessamine era una chica extraña, y puede que me estuviera mintiendo, pero cuando estábamos juntos, me dijo... que era infértil.”



capítulo treinta y cinco

Justo cuando Jane devuelve su vaso a la barra y se dispone a marcharse del White Swan, reconoce el nombre del pub. Es el mismo del que "AnnieB" publicó en el foro local sobre el homenaje a su madre. El hombre que atiende la barra parece tener la misma edad que Jane, quien supone que es el gerente.

—Disculpe —dice—, una pregunta un tanto inesperada, tenga paciencia, pero ¿trabajó usted aquí en el año 2000?

"He estado en este lugar prácticamente desde que era un niño. Por mis pecados."

Jane le sonríe con ánimo. «¡Genial!», dice. «¿Recuerdas por casualidad que hubo un velatorio aquí ese año, el de una señora llamada Vivienne Rich? Lo organizó su hija, creo que se llamaba Annie Black».

El hombre frunce el ceño y niega con la cabeza lentamente. «No me suena de nada. Pero hacemos muchos velatorios y cosas así. Y el año 2000 fue hace muchísimo tiempo. ¿Cómo eran? Se me dan bien las caras. No tanto los nombres».

"Bueno, no sé qué aspecto tenía la mujer que lo organizó, pero tengo una foto de su hija cuando era pequeña". Jane saca su teléfono y encuentra las capturas de pantalla que había guardado de la película de serie B de Jessamine.

Ella gira la pantalla hacia el hombre, quien se pone las gafas de lectura y la mira fijamente. «Ah, sí», dice. «Es la señora de la limonada. La recuerdo».

"¿La señora de la limonada?"

Sí, venía todos los días sin falta, bebía vodka con limonada hasta casi no poder mantenerse en pie, luego ponía la alarma a las tres en punto. Se tomaba un espresso en el bar y después salía tambaleándose con su perro. Pobre mujer. Nos daba mucha pena.

"¿Un perro blanco?"

“Sí. Una pequeña Westie. Me daba pena. Se pasaba la mitad del día sentada debajo de la mesa.”

“¿Alguna vez hablaste con ella?”

“Solo hablábamos del tiempo. Ese tipo de cosas. Nada serio.”

¿Cuándo fue la última vez que vino?

“Hace años que no la veía por aquí. Se puso a charlar con un hombre. Otro bebedor empedernido. Creo que tal vez se liaron, se mudaron juntos o algo así. Parecían llevarse muy bien.”

“¿Pelo largo? ¿El tipo? ¿Un poco desaliñado?”

“Sí. Exacto. Era él. ¿Les ha pasado algo?”

“En realidad no, solo estoy tratando de encontrar a una joven que desapareció en un pueblo cerca de donde vivo. Creo que se llama Daisy Black y estoy casi seguro de que es la hija de la señora de la limonada.”

"¿Desaparecido?"

“Bueno, pasó varios días en un Airbnb en mi pueblo y luego desapareció sin dejar rastro, dejando a su Westie correteando por mi jardín trasero; el mismo Westie que solías ver aquí con esa mujer. De verdad creo que le ha pasado algo malo.”

El hombre asiente pensativo. «Vaya», dice, «parece que tienes un caso real de crímenes en marcha. Siento no poder ser de más ayuda».

Jane sonríe. —Así es —dice—. Es bueno conocer mejor a la madre de Daisy. Todo ayuda.

Está a punto de irse cuando recuerda lo que el hombre había dicho sobre llevar el pub desde que era prácticamente un niño, y vuelve a encender la pantalla y encuentra la foto de Jessamine y Jasper sentados a ambos lados de su padre. «Supongo que no te acuerdas de estos dos, ¿verdad? Este es Jasper» —señala al niño— «y este es su padre».

Ella ve una sombra pasar por el rostro del hombre mientras él mira fijamente la imagen en su teléfono. "¡Oh, Dios mío!", dice, señalando al hombre en el centro de la foto con la punta de un dedo mordido. "¡Ese es él!"

“¿Quién es?”

—Ese es el tipo. —Toca la pantalla tres veces—. ¿Cómo se llama? Ya te dije que soy malo para los nombres. Pero él... lo conozco. Vivía en el Valle de la Salud. Ya sabes... —comienza con cautela, como si dudara si decirlo o no.

Jane asiente con la cabeza en señal de apoyo.

“Hace un tiempo corrió un rumor sobre él. La policía se presentó en su casa —durante el confinamiento— y alguien le dijo a mi esposa que buscaban a alguien, ¿a una persona desaparecida?”. Se encoge de hombros y levanta las manos, como si quisiera decir que nada de esto le incumbe. “Pero eso es todo lo que sé. Y bien podría ser una completa tontería. Pero...”. Hace una pausa dramática. “Ese hombre era oscuro; oscuro como el infierno. Odiaba a la gente, se notaba, simplemente los odiaba. No hay nada que me puedas contar sobre ese hombre que me sorprenda. Nada”.



capítulo treinta y seis

JASPE

En mi opinión, las chicas que trabajaban como niñeras no eran realmente seres humanos.

Cuando era joven, los veía como accesorios, actores, personas con las que practicar mis trucos de magia, mis mimos, mi personaje.

Y luego, al crecer, empecé a encontrar su presencia excitante. Sabía por qué estaban allí, sabía lo que papá hacía con ellas por la noche. Me quedaba mirando sus pechos, a veces me tocaba cuando pensaba en ellas, a veces incluso cuando estaba en la misma habitación. Era solo una niña, y sabía que estaba mal, obviamente, pero no era yo misma cuando lo hacía. Tampoco era Patch. Cambiaba de personalidad y entonces podía disfrutarlo sin sentirme culpable. Había una chica au pair, no recuerdo su nombre, pero recuerdo que lloraba mientras lo hacía, mirándome con ojos tristes y llorando.

Un día, dos policías vinieron preguntando por una de nuestras chicas au pair. No recuerdo cuál.

Todos nos hicimos los muertos en el estudio de papá hasta que se fueron, y después papá llevó a nuestra niñera al pueblo. Cuando regresó, dijo que todo estaba bien, que él y la chica habían llegado a un acuerdo y que la policía no volvería.

Pero creo que eso lo desconcertó.

Durante el año siguiente no tuvimos niñera. Durante ese año todo fue casi normal. Mamá y papá parecían más felices. Teníamos una persona que venía dos

veces por semana a limpiar. Papá salía por la noche a encontrarse con chicas en lugares especiales, y ahora que lo pienso, la vida podría haber seguido así para siempre, hasta que papá fuera demasiado mayor para tener relaciones sexuales.

Creo que eso habría sido mejor en todos los sentidos que lo que realmente sucedió.

Lo que realmente sucedió fue que Claire Connolly entró en nuestro jardín una soleada tarde de junio y destruyó nuestras vidas para siempre.

capítulo treinta y siete

STUART, NUEVE AÑOS ANTES

Para finales de ese primer enero, estaba desesperada por irme de Thornwood. Podé el jardín delantero, cociné una docena de comidas nutritivas, cuidé a Jessamine durante un fuerte resfriado, llevé y recogí a Daisy del colegio muchísimas veces, paseé a Hugo dos veces al día y limpié algunas zonas exteriores que, francamente, eran un peligro para la salud y la seguridad. Mantuve a Jessamine alejada del pub y sobria durante casi dos semanas, y me mantuve al día con la colada, aspirando, quitando el polvo y limpiando. La casa tiene un aspecto mucho más agradable que cuando llegué, pero aún me inquieta de una manera difícil de explicar, me siento claustrofóbica y lista para escapar.

Recibo un mensaje de texto de Drew en la casa okupa de South End Green avisándome de que su hijo por fin vuelve a la universidad el sábado y que la habitación vuelve a ser toda mía. Mi corazón canta cuando llega el mensaje. Doy un puñetazo al aire y murmuro en silencio la palabra "sí". Sin embargo, por alguna razón, me cuesta mucho hablar con Jessamine sobre esto. No sé por qué, pero puedo ver que no le sentará bien, que se ha acostumbrado a tenerme cerca, a tenerme en su cama, a tener, como ella dice, a un hombre por aquí, así que lo voy posponiendo una y otra vez y pronto es viernes por la mañana, y todavía no le he dicho que me voy a casa mañana. En cambio, encuentro más y más cosas que hacer. Asomo la cabeza por la puerta del estudio de Annie, donde suele estar tecleando en un viejo portátil o escuchando la radio en un viejo receptor DAB. Me he acostumbrado a llevarle el café (antes del mediodía) y el té (después del mediodía), siempre en taza y platillo con una galleta fina al lado, siempre en bandeja, y prácticamente a la hora en punto. Si llego cinco minutos tarde,

aparece en la entrada de la cocina y dice con cansancio: «Supongo que no habrá ninguna posibilidad de que me traigas una taza de té, ¿verdad?», como si nadie le hubiera traído nunca una bebida caliente.

—Hace sol —le digo—. Estaba pensando en el viejo jeep. Afuera. ¿Qué le pasa? ¿Todavía funciona?

Me mira con desdén. —No tengo ni idea —dice con altivez—. Era de mi marido.

—Bueno —le digo—, sé bastante de mecánica. Podría echarle un vistazo si quieres, dar una vuelta. Si todavía funciona, incluso podrías plantearte venderlo. Creo que vale un dineral.

—Siéntete libre —dice con un gesto de desdén de la cabeza. Luego inclina ligeramente la cabeza y pregunta: —¿Te apetece una taza de té?

—Enseguida, Su Majestad —digo, y regreso a la cocina.

Busco el jeep en Google y descubro que es un Kaiser Jeep de 1967, un camión militar ligero estadounidense, y qué demonios hace en la entrada de una casa de campo en Hampstead Heath es un completo misterio para mí. Aparentemente, vale unos diez mil en buen estado y creo que seguramente sería una nota positiva para despedirse, liberándolos con algo de espacio frente a su casa y una inyección de dinero en su situación precaria. Me dirijo al garaje, que está lleno de cajas y trastos: viejas tablas de planchar, cabeceros, bicicletas infantiles, estanterías metálicas, tres aspiradoras rotas. Y allí, en la pared del fondo, las herramientas del viejo. Me encantan las herramientas. De verdad, de verdad, y siento una breve oleada de felicidad al abrir las cajas metálicas, sentir cómo ceden sus viejas bisagras, abrir su interior para mí, sus montones de tornillos y clavos y ordenados manojos de alambre de cobre y pernos y llaves y destornilladores. Hermoso. También hay algunas herramientas más pesadas: un martillo neumático, una motosierra, sacos de cemento; está claro que el viejo era muy manitas.

Encuentro lo que necesito y paso tres horas muy agradables bajo el capó del jeep, antes de que me empiece a rugir el estómago y entre en casa para lavarme las manos y prepararme un sándwich.

Jessamine entra unos minutos después y respiro hondo. Este es mi momento, decido. Es ahora.

—Escucha —le digo—. Me llegó un mensaje de mi apartamento. Mi habitación está libre de nuevo y puedo volver. Contengo la respiración un instante, esperando su reacción.

—No sé a qué te refieres —dice ella con expresión inexpresiva.

“Mi habitación. En la casa okupa. El chico ha vuelto a la universidad. Vuelve a ser mía.”

“Bueno, supongo que ya no quieres una habitación en una casa okupa, ¿verdad? ¿No cuando tienes esto?” Pasa el brazo describiendo un arco alrededor de la cocina.

“Ese no es el punto, Jess. Esta es tu casa. Tu lugar. Yo tengo mi propio lugar, todas mis cosas están allí, mi vida está allí.”

Cruza los brazos sobre el pecho y parpadea lentamente. "Tu vida está aquí", dice sin rodeos.

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos, imitando su lenguaje corporal. —Qué amable de tu parte —digo—, pero esto solo iba a ser temporal, como dijiste.

“No, no es temporal. Yo no dije eso. Dije que sería un experimento.”

Me irrito, sabiendo perfectamente que ella no dijo eso en absoluto. —Bueno —digo con suavidad—, sea lo que sea que hayamos acordado, la verdad es que tengo que volver a la casa ocupada. Si no vuelvo, le darán mi espacio a otra persona y entonces no tendré adónde ir.

—Tienes un millón de libras, Stuart —dice ella—. Claro que tendrás adónde ir.

Suspiro. ¿Por qué nunca puedo guardarme algo para mí? ¿Por qué tengo que contárselo todo a la gente? —Ya lo expliqué —digo—. Es para mis hijos. No para gastarlo en el alquiler.

“No tienes que pagar alquiler por quedarte aquí.”

Suspiro de nuevo. —Jessamine —digo—, me caes bien. Me gusta estar aquí. Me gusta ayudar. Me gusta formar parte de tu vida, de la vida de Daisy. Pero eso es todo lo que puedo ofrecerte. Puedo formar parte de tu vida, pero no serlo todo. Necesito mi espacio. Lo sabes.

“No puedo creer que nos estés haciendo esto. Después de todo lo que hemos hecho por ti.” Su rostro está endurecido, mostrando esa crueldad en su expresión a la que ya me he acostumbrado.

—Oh, lo siento —digo con ironía—. Tenía entendido que había estado haciendo cosas por ti. ¿Me equivoco?

“Sabes que no me refería a eso, Stuart. Me refería a dejarte quedarte.”

—Bueno —digo—, sí. Y te lo agradezco mucho. Pero sinceramente, tengo que volver. Eso no significa que no vaya a estar aquí mucho. Para empezar, necesito arreglar el jeep y ponerlo en marcha. Y puedo ayudarte con Daisy si me necesitas. Y con el perro. Puedo seguir siendo tu hombre, ¿sabes? Solo que no

viviré contigo. Le dedico una sonrisa tonta, con la esperanza de animar el ambiente.

"Pero te necesitamos. Necesitamos un hombre en casa. Es mucho más fácil lidiar con mamá. Es mucho más fácil lidiar con Daisy. ¡Y no he tomado una gota de alcohol desde que te mudaste!"

—Lo sé —digo, tomándole las manos y estrechándolas entre las mías—. Lo sé, y estoy muy, muy orgullosa de ti, de verdad. Has sido increíble. ¡Diez días, Jessamine, diez días sin beber! Eso demuestra lo fuerte que eres. Y ahora tienes que demostrarte a ti misma lo fuerte que eres haciéndolo sola.

Ella aparta bruscamente sus manos de mí. —No puedo —dice, apretando los puños contra su boca y mirándome suplicante con los ojos muy abiertos—. No puedo.

—Sí —digo en voz baja—. Sí. Puedes.

Sacude la cabeza con un leve movimiento. —No —dice—. No puedo.

Suspiro. "Jessamine, escucha, estoy aquí para ti, ¿de acuerdo? Cuando sientas que te estás desmoronando, llámame; te ayudaré. ¿Puedo ser como tu madrina de Alcohólicos Anónimos? ¿Qué te parece? Pero no puedo vivir aquí. Tengo que irme. ¿De acuerdo?"

Ella vuelve a negar con la cabeza, pero no dice nada.

Le tomo las manos entre las mías una vez más y las aprieto. «Bueno, como esta es mi última noche, ¿qué te parece si preparo algo especial para cenar y luego vemos una película? Compraré palomitas, así tendremos una noche muy agradable. ¿De acuerdo?»

De nuevo, niega con la cabeza y no dice nada.

Recojo los restos de mi sándwich y me los termino rápidamente, meto el plato en el lavavajillas y enciendo la tetera para prepararle una taza de té a Annie. Cuando me doy la vuelta, Jessamine ya se ha ido de la habitación.

Transcurren dos días después de que me mudo de vuelta a la casa okupa para que todo se desmorone por completo, de forma horrible y repugnante.

Son las tres y cuarenta y cinco de la tarde del lunes cuando recibo la llamada de Annie.

"Stuart. Es Jessamine. Te necesita. Tienes que venir ahora mismo."

Estaba en medio de un corte de pelo. La vecina sufre de calvicie masculina y prefiere que la corte un hombre porque saben cómo tratarla. Es una mujer

encantadora; me regaló veinticinco libras y algo que había horneado. Esta vez, dos magdalenas de vainilla con cobertura de rayas de arcoíris.

—Annie —le digo—, lo siento mucho, no puedo ir ahora. Estoy ocupada.

"La han arrestado, Stuart."

"¡Qué!" Me alejo de la señora y me dirijo hacia la ventana.

—Detenida. Borracha y causando disturbios. Estaba provocando molestias públicas en la parte trasera de Heath Street. —Annie chasquea la lengua y suspira—. Sabía que esto iba a pasar.

"¿Pero dónde está? ¿En qué estación? ¿Pueden sacarla?"

"Estoy con Daisy. Tuve que ir a buscarla al colegio. Esperaba que pudieras ir a buscarla. La han llevado a Kentish Town."

Suspiro profundamente. Siento el corazón como una piedra en el pecho, pesado y desproporcionado. —De acuerdo —digo—. Dame un poco de tiempo para terminar con mi cliente y luego iré.

"Gracias, Stuart. Ella se alegrará mucho de verte. Yo también."

Tiene la piel grisácea, vómito en el pelo, los ojos desorbitados y se ha orinado encima. «¡Dios mío, Jessamine!», le digo mientras entra en la recepción. «¡Por Dios!».

—Vete a la mierda —dice—. No digas nada. De todas formas, todo esto es culpa tuya.

"Eso", digo, "es completamente falso".

"Llévame a casa. ¡Joder!"

Pido un Uber y nos sentamos en un banco fuera de la estación mientras esperamos.

"¿Qué estabas bebiendo?"

"¿Qué crees que estaba bebiendo?"

"¿Pero cuánto? ¿Y dónde?"

"Demasiado. Y por todas partes."

"¡Joder, Jessamine, es lunes por la tarde! Me despedí de ti el sábado. Estabas bien. ¿Qué coño ha pasado?"

Me mira fijamente con los ojos entrecerrados. «Me dejaste. Te dije que no lo hicieras, y lo hiciste».

Es entonces cuando lo siento, envolviéndome con sus múltiples brazos, apretando su agarre sobre mí. Mi respiración se dificulta y una sensación de

pánico me invade. Toda mi vida he sido libre de hacer lo que me daba la gana. Nadie me ha pedido jamás más de lo que puedo dar. Ni mis hijos, ni las madres de mis hijos, ni mi familia, ni mis amigos, y ciertamente ninguna mujer con la que haya estado. Siempre ha existido un profundo y hermoso respeto y comprensión entre todos a quienes he amado o dejado entrar en mi vida.

Pero ahora hay una mujer sentada en su propia orina, exhalando un olor a vodka rancio sobre mí, diciéndome con una voz que me hiela la sangre que ya no tengo derecho a ser libre. O al menos, que mi libertad será a costa suya y que no puedo fingir que nada de esto sucedió. Ha sucedido, sigue sucediendo y, me temo, continuará sucediendo durante mucho tiempo.

Aparece el Uber y ayudo a Jessamine a subir.

—No se encuentra muy bien —le digo al conductor—. Pero estará bien. Le daré una buena propina, ¿de acuerdo?

Lo veo mirarnos a ambos con desagrado, pero también veo que su necesidad de dinero extra supera su disgusto. —De acuerdo —dice—. Pero asegúrate de que no esté enferma, ¿vale?

—Lo juro por mi honor —digo, esperando lo mejor.

Pasé los siguientes dos días en la cabaña, cuidando a Jessamine, que llevaba dos días con resaca, llevando a Daisy al colegio, lavando la ropa y paseando al perro. En resumen, todo volvió a la normalidad. Pero el miércoles por la tarde, después de una mañana trasteando con el todoterreno y doblando sábanas, cogí mi mochila y asomé la cabeza por la puerta del estudio de Annie. «Me voy», dije. «Volveré mañana para ver cómo está».

Annie se gira lentamente y veo que aprieta los labios. —Más te vale —dice.

La miro con los ojos entrecerrados e inclino la cabeza hacia un lado. —¿Qué quieres decir con eso, Annie? —pregunto.

"Quiero decir que Jessamine es una chica que está acostumbrada a conseguir exactamente lo que quiere, y por alguna razón te quiere a ti."

La miro con curiosidad.

«Su padre», dice, «mi marido, la consentía muchísimo. Si ella pedía algo, lo conseguía. Nos consentía a todos. No teníamos que pensar en nada, ni hacer nada, ni preocuparnos por nada. Era como un dios para nosotros. ¿Lo entiendes? Como un dios. Y nunca, jamás, nos hemos recuperado de su pérdida».

Un escalofrío recorre la piel de mis antebrazos y por un instante no sé cómo reaccionar.

Por lo tanto, deduzco que Allen está muerto.

Le digo: "Lamento mucho oír eso. Y sé cómo te sientes. Mi padre también era un hombre maravilloso y lo extraño todos los días. Pero, ya sabes, todos somos adultos. La vida sigue; es una pena, pero sigue. Y creo que Jessamine es lo suficientemente fuerte como para afrontar el mundo real. De verdad lo creo. Si fue lo suficientemente fuerte como para traer una hija al mundo, para criar a una niña tan estupenda como Daisy, entonces es lo suficientemente fuerte como para dejar de beber, conseguir un trabajo y vivir una vida de verdad".

Observo el rostro de Annie mientras hablo. Es impasible, inmóvil, impasible.

—Bueno —dice secamente cuando termino de hablar—, supongo que deberías ir a despedirte.

Cuando entro en su habitación un momento después, sostiene la hoja de un cuchillo pequeño junto a su muñeca. Lleva un camisón y calcetines gruesos, el pelo le cae suelto a ambos lados de la cara, tiene los ojos muy abiertos y la piel pálida.

La veo presionar con más fuerza la hoja del cuchillo contra su piel pálida. «¡Dios mío!», digo, abalanzándome sobre ella.

«Aléjate de mí», grita. «Déjame hacerlo. Quiero hacerlo. Quiero morirme. Y no finjas que te importo, porque sé que no es así. Te importo un bledo. Todos estarían mejor sin mí, y lo sabes».

—Jessamine —digo en voz baja, pero con intención—. Jessamine, por favor, dame ese cuchillo. Nadie quiere que mueras. Nadie.

—Pensé —dice sin aliento—, pensé que eras diferente. Pensé que te importaba. Pensé que por fin, por fin, había conocido a alguien que quería cuidarme, que disfrutaba estando conmigo. Pero no, eres igual que todos los demás. ¡Todos me abandonan! ¡Nadie se queda!

Un hilo de saliva acompaña su pronunciación de la palabra «se queda» y cae sobre su barbilla. Allí permanece, reflejando la tenue luz de enero que entra por la ventana orientada al este. Mientras tanto, la hoja se clava cada vez más en la piel de su muñeca, y yo me quedo paralizado. No sé qué hacer, qué decir; solo sé que no puedo soportar verla hacerse daño.

Y entonces veo una gota de sangre escarlata rezumar de la parte inferior de la hoja, otra y otra. «¡Me quedaré!», me encuentro diciendo. «Me quedaré. ¡Por favor, por favor, Jessamine, suelta ese maldito cuchillo! ¡Jesús! ¡Por favor!»

Y lo hace; el cuchillo cae al suelo con un suave tintineo y ella encoge sus delgados brazos hacia sí misma, como alas rotas, con los puños apretados contra la barbilla, y cae en mi cuerpo, en mi abrazo, y la abrazo con todas mis fuerzas, pensando: Joder, ¿qué demonios he hecho?



capítulo treinta y ocho

ANNIE

Recuerdo ese día perfectamente. Los niños estaban en una edad ideal. Jessamine tenía dieciocho años y Jasper era dos años menor. Jessamine era una soñadora; quería ser actriz. Había estudiado en uno de los mejores colegios privados del norte de Londres, pero había suspendido casi todos sus exámenes de secundaria, incluyendo inglés y matemáticas, por los que tuvimos que pagar una buena suma para que los repitiera en una academia al año siguiente. Al año siguiente, fue a una escuela de artes escénicas, donde aprobó por los pelos.

Unas semanas después, tras graduarse, se marcharía, rodaría una película, tendría una aventura amorosa estúpida, le romperían el corazón, conseguiría un trabajo de oficina, se enamoraría de su jefe casado, volvería a casa y nunca se iría. Y Jasper... bueno, jamás hubiéramos imaginado el rumbo que tomaría su vida.

Pero en aquel cálido día de verano de 2005, no sabíamos nada de eso. Éramos felices por fin y disfrutábamos de una dicha ajena a todo lo que estaba por venir.

Acababa de cortar una quiche. ¿O era un pastel de carne? No lo recuerdo. Solo sé que tenía el cuchillo en la mano cuando sucedió: oí una vocecita femenina, pequeña y amigable, al otro lado de la valla del jardín.

"¿Disculpe?"

Todos nos detuvimos y nos miramos unos a otros.

"¿Hola? ¿Disculpe?"

Allen dejó la servilleta con su habitual lentitud y mesura, y se puso de pie. Se levantó, se giró hacia la valla y preguntó: "¿Podemos ayudarles?".

"Bueno, tal vez. Es que hay un gato aquí afuera que está atrapado y me preguntaba si sería tuyo."

Vi cómo la expresión de Allen cambiaba a una de alarma. "¿Es gris?", preguntó.

—Sí —dijo la voz.

"Espera ahí, ya voy."

—En realidad, no hay problema —dijo la voz femenina—. Ya lo tengo libre. ¿Lo hago venir?

—No —dijo Allen—. Hágase a un lado, justo a su izquierda. Hay una puerta.

Un instante después, la puerta se abrió y entró una chica que llevaba en brazos al gato de Allen. Era guapa, con el pelo largo, oscuro y ondulado, ojos oscuros, una chaqueta vaquera pálida, un vestido de lunares, zapatillas Converse blancas y una bolsa de lona con insignias; un estilo desaliñado, pero con mucho estilo.

El gato saltó y corrió hacia la puerta trasera de la casa.

"Su collar se había enganchado en una maraña", explicó la niña.

—Ella —dijo Allen—. Es una niña. Y gracias. Le estamos muy agradecidos. ¿Le gustaría sentarse? ¿Tomar un vaso de agua, algo de comer?

Una gota de sudor perlaba la frente de la niña. —Sí —dijo agradecida—, la verdad es que un vaso de agua me vendría de maravilla.

Entonces supe que estaba encantada, fascinada, apenas podía creer que hubiera entrado en ese rincón secreto de ese enclave mágico. La gente se asoma por encima de muros, vallas y puertas en el Valle; quieren saber qué hay detrás, quién vive aquí, qué universo secreto habitamos. Y ahora, al otro lado, estaba esa chica preciosa y de rostro angelical, y había una mesa puesta con un mantel de lino francés que había pertenecido a la familia de mi madre desde principios del siglo XX, dos adolescentes encantadores, yo, mi apuesto marido y su precioso gato, el sol brillando entre los árboles y los rosales, la sensación de formar parte del Páramo mismo, justo en el extremo más alejado del Valle. Podía imaginarla contándoles esto a sus amigas más tarde, este interludio mágico.

En aquel momento de nuestras vidas, Allen no había traído a ninguna chica a casa desde hacía mucho tiempo. Pensé que esa etapa había terminado, pero esa tarde lo sentí en el ambiente, incluso lo olí, y mi sonrisa era forzada, mi voz apagada.

Mi marido le acercó una silla; le serví un vaso de agua con hielo; ella se sentó.



capítulo treinta y nueve

De vuelta en Seven Dials, Jane busca en sus contactos de correo electrónico a un hombre llamado Tobias Wilson.

Tobias está jubilado, pero fue asesor de seguridad de Tony y, por supuesto, cuando Jane era su esposa, también se encargaba de su seguridad. Es todo lo que uno se imagina de un jefe de seguridad privada: atractivo, discreto, de trato amable y sumamente reservado. Excomisario adjunto de la Policía Metropolitana, está casado, tiene dos hijas gemelas abogadas y vive en un lugar cercano a Londres, pero fuera de la capital. Eso es todo lo que Jane sabe de él. Sin embargo, fue de gran ayuda a principios de año cuando Jane intentaba localizar al estafador matrimonial, y ahora espera que Tobias Wilson pueda serle igualmente útil con información sobre la persona desaparecida investigada por la policía en Thornwood en 2020.

> Querido Tobias, espero que estés bien y que tus adorables hijas y tu encantadora esposa estén prosperando. Vuelvo con otra solicitud de información. ¡Ya sé, cualquiera pensaría que soy una investigadora privada! Pero parece que me he topado con otra persona equivocada. Esta vive en Hampstead y parece estar relacionada con una investigación de persona desaparecida. Y ahora hay otra persona desaparecida de la misma dirección, y es a ella a quien estoy tratando de encontrar. En fin, el apellido es "Black" y la dirección es Thornwood, The Vale of Health, Londres NW3. La policía visitó esta dirección durante las primeras semanas del primer confinamiento en 2020. Por favor, avísame si puedes descubrir algo. Puedo pagarte por tu tiempo o, si todavía tienes a esa adorable retriever, con

gusto la dejaría en mi casa en Dorset. ¡O vino, siempre puedo enviarte vino! Gracias, Tobias. Siempre estaré en deuda contigo y muy agradecida por toda tu ayuda durante tantos años. Con cariño, Jane

Después de enviar el correo electrónico, Jane pasa un rato buscando en Google restaurantes locales que puedan entregar comida para su reunión con los hijastros el sábado. Luego busca el pronóstico del tiempo y ve que el sábado es el último día de la ola de calor actual, lo que significa que puede trasladar la comida a la terraza de la azotea, pero luego se pregunta si es segura para los niños y sube a comprobarlo, determina que solo un niño muy acrobático podría atravesar las paredes, y luego calcula cuántas sillas puede colocar allí y decide que tal vez tenga que ser un picnic sentados, en cuyo caso la comida tendrá que ser sencilla y piensa: Pizza, sí, pizza en la azotea, muchos cojines, mantas, champán; será maravilloso.

Y solo entonces se detiene a pensar en Daisy Black.

Pobre chica.

¿Dónde está ella?

Ha pasado al menos una semana desde su desaparición. Una semana sin rastro de ella, sin novedades. Jane vuelve a pensar en esas pocas pertenencias: la ropa interior poco atractiva, los artículos de aseo básicos, la sudadera vieja del colegio, los mensajes de texto que enviaba nerviosamente al pasar por delante de la casa de Bill Newsome.

Jane suspira profundamente. Su teléfono vibra cinco veces seguidas y lo coge para mirar la pantalla. Son fotos de los perros, enviadas por Shannon.

¡Están deseando verte!, dice el mensaje que lo acompaña, y Jane responde con una serie de emojis de amor y caras de perros. Luego revisa su correo electrónico y ve que hay algo de 192.com: el informe sobre Jessamine Black que había encargado.

Abre el archivo adjunto y lo hojea rápidamente. Aparecen los nombres de los residentes de Thornwood: Jessamine Black, Annie Black, Allen Black, Jasper Black. Pero no hay ninguna mención de Daisy ni de Stuart.

Jane retoma el correo electrónico que le había enviado a Tobias anteriormente y le responde con una copia del informe y de los datos del Registro de la Propiedad.

El teléfono de Jane suena a la mañana siguiente a las 9 en punto. Es Tobias.

"Disculpa que te llame tan temprano", dice con su tono amable y tranquilizador. "Estaba a punto de escribir un correo electrónico, pero pensé que sería más rápido hablar por teléfono".

—Oh, no pasa nada —dice Jane—. Llevo despierta muchísimo tiempo. No es del todo cierto. Los camiones de basura la despertaron de nuevo a las 7 de la mañana, como todas las mañanas desde que llegó, pero de alguna manera había conseguido volver a dormirse y solo llevaba quince minutos despierta.

"Con esto me he metido en un buen lío", continúa Tobias. "Hay tantas cosas que no cuadran. Este tipo, Allen Black, trabajaba para John Lewis, jefe de departamento en la sucursal de Oxford Street, y se fue en 2006 cuando tenía cuarenta y ocho años. No hay constancia de que haya trabajado allí después ni rastro de él desde entonces, pero tampoco se ha registrado su fallecimiento. Hay constancia de una visita policial a la casa en 2004 para preguntar por una mujer llamada Destiny Trent, una trabajadora sexual al parecer, que fue reportada como desaparecida por su madre, pero apareció sana y salva unos días después. Y Jessamine Black: hay un registro de arresto a su nombre; ebria y causando disturbios en Hampstead en enero de 2017. Está registrada como nacida en el Royal Free Hospital en 1987, pero no hay registro de nacimiento de ninguna Daisy Black ni, de hecho, de ninguna otra persona en esa dirección. Y la visita policial que se realizó el 3 de mayo de 2020 fue, según mi contacto en la Policía Metropolitana, parte de una investigación de un caso sin resolver sobre... ¿estás preparada para esto, Jane?"

—Sí —dice Jane enérgicamente—. Sí, lo soy.

Tobias se aclara la garganta y continúa. "... la desaparición de una joven llamada Claire Connolly en 2005. Fue vista por última vez en Heath una calurosa tarde de junio, dirigiéndose a encontrarse con sus amigos en el pub Spaniards en Spaniards Road. No apareció, pero sus amigos esperaron cinco días completos antes de intentar averiguar qué le había sucedido ese día, ya que tenía la costumbre de cambiar sus planes en el último minuto y desaparecer sin dejar rastro. La última imagen de Claire captada por las cámaras de seguridad fue justo a la vuelta de la esquina de la casa de nuestros amigos los Black, en un sendero que pasa desde la entrada de su casa hasta la carretera principal que lleva al pub. Pero, por supuesto, la policía no lo descubrió hasta cinco días demasiado tarde. Todos los vecinos, incluidos los Black, fueron interrogados en torno a la fecha de

su desaparición, pero no había nada que sugiriera nada sospechoso. La investigación se estancó y finalmente se cerró en 2010.

Pero en abril de 2020, alguien del equipo de casos sin resolver de la Policía Metropolitana se aburrió y lo desenterró. Una detective llamada Yasmin Brooks decidió reconstruir los últimos pasos conocidos de Claire Connolly el día de su desaparición. Caminó desde el apartamento de Claire en Kentish Town, cruzando el parque Heath, siguiendo la misma ruta que Claire tomó, y luego, al girar hacia Vale of Health, la detective Brooks vio a una niña en el jardín delantero de Thornwood. Consultó los informes de la investigación inicial y vio que no había ningún niño registrado en esa dirección en ese momento, solo una joven llamada Jessamine Black, su hermano, Jasper, y sus padres, Allen y Annie Black. Pero lo que realmente llamó la atención de la joven detective fue que al principio pensó que estaba viendo a la mismísima Claire Connolly. La niña en el jardín se parecía muchísimo a ella, según la detective Brooks.

Jane contiene la respiración.

"Obviamente, no había nada que hacer en ese momento, pero eso puso a la detective Brooks en una misión. Revisó las notas tomadas durante la entrevista inicial con la familia Black en 2005, pero no encontró nada fuera de lugar. La familia dijo que habían estado almorzando en su jardín trasero ese día, porque era un día precioso. Dijeron que no habían visto ni oído nada. No habían visto a Claire; no habían visto nada sospechoso. El equipo de investigación original había pedido ver el jardín y observó que no había nada extraño: un jardín hermoso, según sus notas, bien cuidado. Pero..." Tobias se aclara la garganta de nuevo. "Hubo algo que llamó la atención de la detective Brooks cuando releía las entrevistas originales. Una vecina, una señora llamada"—Jane oye a Tobias tecleando en su portátil—"Sara Aalto, declaró haber visto a alguien detrás de su casa esa tarde, en la zona de matorrales del páramo que discurre entre las casas al final del Valle de la Salud. Dijo que no vio a la persona, que no pudo distinguir si era hombre o mujer, que solo vio una figura borrosa más allá de su seto. Y luego dice que oyó una voz. Dijo que era la voz de una mujer. Dijo que sonaba como si dijera 'Disculpe', pero no estaba segura, y luego oyó risas y charlas que venían del jardín de los Black y se dio cuenta de que era la familia comiendo al aire libre.

"Así que nuestra intrépida detective del confinamiento regresó al Valle de Health y exploró la parte trasera de las últimas propiedades, encontrando un panel suelto en la cerca trasera de la propiedad de los Black... Notó que el jardín, antes bien cuidado, ahora estaba descuidado y cubierto de maleza. Vio a una

mujer desaliñada sentada al sol, a un hombre desaliñado tendiendo la ropa. Recordó la descripción de los investigadores originales: una familia vibrante y feliz, una casa bien cuidada, almuerzos en el jardín. Sintió que algo no cuadraba. Realizó una minuciosa búsqueda en el páramo al otro lado de la cerca del jardín de los Black y, después de dos horas, encontró..."

Jane deja de respirar de nuevo.

"...un pequeño paquete, escondido en la valla justo detrás de la propiedad de los Black. Contenía un pequeño paquete de cuerdas de guitarra y una púa morada. Según los amigos con los que Claire Connolly tenía previsto reunirse ese día, había pasado la mañana en Soho, mirando tiendas de guitarras. De hecho, era una guitarrista aficionada muy entusiasta. Eso bastó para que se reabriera el caso. Y la detective Brooks recibió permiso para interrogar de nuevo a la familia Black. Tres equipos de detectives pasaron medio día en la propiedad, interrogando a los residentes, registrando los terrenos, y no encontraron nada sospechoso. La detective Brooks no pudo ampliar su investigación sobre la familia Black ni sobre la propiedad, y trágicamente falleció hace poco más de un año de cáncer de ovario."

—¿No encontraron la letrina? —pregunta Jane con desesperación—. La habitación que está en la parte trasera de la casa, con los anillos de metal en la pared. ¿Hay alguna mención de eso en el informe?

Oye más clics y luego: "Ah. Sí. Había una habitación anexa a la parte trasera de la casa. Cuando le preguntaron sobre el propósito de la habitación, Annie Black le dijo al detective Brooks que era donde su esposo guardaba su cortacésped autopropulsado, y que los anillos estaban allí para asegurarlo".

Jane se burla. "¿Quién en su sano juicio asegura una cortadora de césped con asiento? Eso es una tontería".

"Me imagino que podría tener algo que ver con el seguro. Pero en fin, cuando la detective Brooks y sus colegas estuvieron en el lugar en mayo de 2020, la explicación les tranquilizó. Sin duda, hay motivos suficientes para sospechar legítimamente de esta familia. Pero por favor, Jane, prométeme que tendrás cuidado, ¿de acuerdo? No hagas ninguna tontería."

capítulo cuarenta

Jane regresa al Valle de la Salud, con la cabeza dando vueltas por todo lo que Tobias le acaba de contar. Llama a la puerta de la casita de estuco color crema de Spencer, y el chico alto llamado George abre, sosteniendo su portátil abierto frente a él. Le dirige a Jane una mirada que dice: «Dame un minuto», y ella lo oye hablarle al portátil. «Chicos, voy a silenciarme, hay alguien en la puerta. Sí. Vuelvo enseguida».

Jane alcanza a ver la pantalla mientras George coloca con cuidado el portátil sobre una mesa auxiliar detrás de él. Parece estar en una videollamada de Zoom.

—Dios mío —dice—, lo siento muchísimo. No quería molestarte.

—Oh, no —dice—. Está bien. Es muy aburrido, necesitaba un descanso.

—¿Qué es? —pregunta Jane—. ¿Estudiar? ¿O...?

"Algo así. Estoy haciendo prácticas en una empresa como parte de mi carrera. Trabajo en marketing."

Jane asiente con la cabeza en señal de apoyo, pero en realidad no tiene ni idea de lo que le acaba de contar. —Me pregunto —dice— si no le importaría dedicarme unos minutos de su tiempo. Solo para hablar de Daisy Black...

Él asiente. "Claro, ¿quieres...?"

Él se hace a un lado para dejarla entrar en la cabaña, y ella lo sigue hasta una amplia cocina en la parte trasera, llena de luz solar y plantas en macetas.

Ella toma asiento y dice que no tomará café, que no quiere entretenerlo, y él hace un gesto de desdén para dar a entender que está perfectamente contento de perderse el resto de la reunión.

"Vale, entonces, un espresso estaría genial."

Él se lo prepara y se sienta a la mesa con ella, y ella dice: «Me di cuenta, después de mi última visita, de que no te pregunté cómo es Daisy. Es decir, ¿cómo la describirías? ¿Tienes fotos? ¿Selfies? ¿Publicaciones en redes sociales?».

—Eh... —Deja caer un terrón de azúcar en su café y lo revuelve—. No lo creo. No. Pero puedo comprobarlo. Espera. —Saca el teléfono del bolsillo trasero y empieza a desplazarse por la pantalla—. Diría que era bastante guapa, menuda.

"¿Pequeño?"

“Bueno, estatura promedio. Delgado.”

“¿No estás gordito?”

“No. O sea, antes sí que lo era un poco, cuando estábamos en primaria, pero no cuando salíamos juntas. ¿Y tiene el pelo un poco oscuro?”

—Oh —dice Jane—. ¿No es rubia?

“No, definitivamente es morena, aunque supongo que se lo tiñó. Hace mucho que no la veo.”

“¿Fue largo? ¿Corto?”

Entrecierra los ojos. «Quiero decir, ¿no lo recuerdo bien? ¿Ambas cosas? O, quiero decir, a veces era largo, a veces más corto, y no sé cómo fue la última vez que la vi, pero... ¡oh!». Levanta la vista del teléfono. «¡Un momento! Tengo una foto. Lo había olvidado. Fue una noche que ella vino a casa y estábamos jugando a Fortnite, jugando con los personajes, riéndonos a carcajadas. Le estaba haciendo una foto a la pantalla del portátil, pero ella también salía en la imagen. Aquí tienes».

Gira el teléfono para mirarla. Hay una chica sorprendentemente guapa, con el pelo oscuro cortado a la altura de la barbilla, ojos grandes, una sudadera con algún tipo de estampado, un piercing en la nariz y la boca abierta de la risa. Se ve genial, mona, divertida y todo lo contrario a la chica que describieron Helen Yaxley y el viejo Bill Newsome.

—¿Es ella? —pregunta Jane—. ¿Es Daisy?

“Sí, es ella.”

Jane parpadea lentamente. Le da vueltas la cabeza.

“¿Te importa si me lo envío a mí mismo? ¿Desde tu teléfono?”

“Claro”, dice. “Usa WhatsApp”.

Ella lo envía a la aplicación, introduce su número y pulsa enviar. Luego se toma su café de un trago, le da las gracias a George por su tiempo y lo deja para que vuelva a su aburrida reunión de marketing por Zoom.

Mientras regresa a la estación de metro, Jane le envía a Helen Yaxley la fotografía que George le había hecho a Daisy Black:

¿Es esta rosa blanca?

Luego toma la línea Northern desde Hampstead hasta Angel, Islington, y regresa una vez más hacia la Waterside Academy.

Es demasiado temprano para la hora punta del almuerzo en la escuela, así que deambula un rato, entrando y saliendo de boutiques y tiendas de decoración, tocando con reverencia objetos hermosos, recordando los días en que tenía acceso al dinero de hombres ricos y podía comprarse lo que quisiera. Y lo hacía. En sus dos casas de casados (o, de hecho, en varias casas) tenía vestidores, lugares especiales para guardar sus zapatos, cajones llenos de cosméticos de alta gama. ¿Y era feliz? No, no era feliz. ¿Es feliz ahora? No, no es feliz ahora. Y siente con mucha fuerza que un bonito vestido de verano, o un jarrón, o un collar de oro con una sola cuenta de turquesa podrían animarla por un momento, brindarle la sensación de plenitud y felicidad que anhela, pero también sabe que no durará. Así que sale de las tiendas con las manos vacías, se hace cargo de su propia sensación de vacío, y sigue su camino, con su cuenta bancaria intacta.

Al mediodía, se coloca frente a la academia y observa con atención al pequeño grupo de niños que salen por la puerta principal, buscando a alguien de la edad adecuada para haber estado allí cuando Daisy estudiaba. Los alumnos de último curso visten lo que se conoce como «ropa de negocios», un concepto que, según Jane, es bastante retorcido, ya que sugiere que solo existe una forma de vestir para el trabajo y que siempre debe ser de sastrería, cuando, por supuesto, hoy en día muy poca gente necesita usar ropa de sastrería en la vida real.

Su teléfono vibra mientras espera, y ve que tiene una respuesta de Helen Yaxley a su mensaje anterior en el que preguntaba por la fotografía de Daisy.

Creo que sí, dice la respuesta, o al menos se parece mucho. Solo que el pelo es diferente y quizás un poco más claro.

Un grupo mixto de alumnos de último curso sale del escenario y Jane se acerca a ellos. Los chicos la miran con curiosidad por debajo de sus peinados idénticos y ella capta su atención. «Busco a una chica desaparecida», dice. «Creo que iba a este colegio. ¿Puedo enseñarles una foto?».

—Claro —dice una de las chicas.

Jane gira su teléfono hacia la chica, con la foto de Daisy Black en la pantalla.

La niña entrecierra los ojos y los dos chicos miran por encima de su hombro.

—Ah —dice uno de los chicos—, sí. ¡Es Daisy Black! ¡Sí! La recuerdo. Se fue en octavo o noveno grado. Estaba en el mismo curso que mi hermano. Era muy guapa, eso sí. Muy guapa, pero también muy, muy rara. No tenía amigos. Recuerdo que mi hermano le tenía miedo. Decía que era como si estuviera poseída por demonios o algo así. ¿Os acordáis? —Se gira hacia sus compañeros y ambos asienten.

La niña dice: "Una vez alguien me contó que sus padres eran hermanos".

“¡Qué!” Jane se lleva la mano al pecho.

“No, o sea, obviamente no lo eran, pero recuerdo que alguien lo dijo una vez. O sea, no es cierto. Pero ella era el tipo de persona que hacía que la gente inventara cosas sobre ella, porque era tan...”

"¿Misterioso?"

—Sí —dice la chica—. Así es. Misterioso.



capítulo cuarenta y uno

CLAIRE

Fue uno de esos días, uno de esos días perfectos. Me sentía guapa. Me sentía genial. Sentía que tenía la ciudad a mis pies. No soy londinense, soy del norte, y me ha costado mucho sentir que pertenezco aquí. Pero ese día me sentí como una auténtica londinense. Hice yoga en el pequeño trozo de césped que hay fuera de mi apartamento en Kentish Town, al que llaman jardín en broma. Me preparé un batido. No tuve resaca ese día porque me quedé en casa la noche anterior actualizando mi currículum, viendo documentales musicales y tocando la guitarra. El sol brillaba. Yo brillaba. Me puse unos vaqueros y una blusa, una chaqueta vaquera holgada y mis Converse. Metí las gafas de sol en el bolso y caminé desde mi apartamento hasta Soho; mis pies sabían instintivamente cómo llegar sin tener que consultar el mapa.

Fui a la tienda de guitarras en la calle Denmark, donde trabajaba el chico guapo. Coqueteé con él como normalmente me daría vergüenza, pero, como digo, ese día estaba de buen humor. Completamente. Compré unas cuerdas nuevas para mi guitarra y una púa morada con purpurina. El chico guapo me las metió en una bolsa de papel que dobló cuidadosamente por arriba antes de dármela con una sonrisa.

Caminé a casa, me cambié los vaqueros y me puse mi vestido favorito de Topshop. La temperatura estaba subiendo y quería llevar algo suelto, algo que dejara circular el aire.

Mis amigos me escribieron para decirme que iban a tomar algo en Hampstead. Les respondí que me uniría a ellos más tarde. No tenía prisa. Quería que el día fluyera a su ritmo. Siempre he sido lo que yo llamo espontánea, pero lo

que mis amigos y familiares podrían llamar "Claire sin aparecer". Me gusta tener las opciones abiertas, dejar el teléfono en casa... a veces me gusta desaparecer.

Preparé mi cama para que estuviera limpia y fresca cuando volviera, y abrí la ventana solo un poco, lo suficiente para que se ventilara durante el día, pero no tanto como para permitir que algún monstruo asesino entrara y se escondiera debajo de mi cama esperando mi regreso.

Y luego caminé hasta Hampstead.

El páramo me fascinaba. Siempre me pregunté cómo podía existir algo así. ¿En medio de la ciudad? ¿Cómo podía sentirme aislada del mundo, a kilómetros de cualquier sitio, sin nada alrededor salvo el susurro de las copas de los árboles y senderos polvorientos, estando a diez minutos a pie de una estación de metro? Aquel día me detuve en el punto del páramo donde las relucientes torres y agujas plateadas de la City aparecen de repente en el horizonte y contuve la respiración. Es un milagro, pensé. Londres es un milagro.

Y entonces, al pasar por los límites del Valle de la Salud, oí el maullido de un gato.

Seguí el lastimero ruido hasta la cerca en la parte trasera de una propiedad. Me agaché entre la maleza para quitar algunas hierbas, y allí estaba un hermoso gato gris, con el collar enganchado en una rama espinosa, el cuerpo retorcido en una posición incómoda. Dejé mi bolso e intenté liberar al gato, pero forcejeó y se resistió. Entonces oí voces que flotaban como en un sueño por encima de la cerca. Sonaba como un grupo de personas conversando animadamente; ¿una fiesta tal vez? Grité: "¿Disculpen? ¿Hola? ¿Disculpen?"

Una voz masculina respondió.

capítulo cuarenta y dos

El primero en llegar a la fiesta de Jane el sábado por la tarde fue Dexter. Llevaba una camiseta azul oscuro de Ralph Lauren que, por supuesto, antes era suya. Jane había dejado un montón de cosas en su vestidor cuando ella y Tony rompieron hace cinco años; se iba a España para ayudar a dirigir un centro de rescate de perros y, en aquel momento de su vida, no se imaginaba volviendo a querer vestirse bien. Estaba harta de todo aquello, de todo ese estilo de vida. Ahora le alegra ver a Dexter disfrutando de las cosas bonitas que dejó.

El siguiente en llegar es el hijastro mayor de Jane, Wilf, de cuarenta y un años, con su esposa, Carlotta, y su pequeña hija, seguido por el hermano menor de Wilf, Charlie, y su hermana pequeña, Isabella, además de sus parejas, y por último la hermana de Dexter, Romy, y su novio Fred, y pronto la terraza de la azotea está repleta de gente considerablemente más joven que Jane y mientras ella sirve bebidas y responde preguntas y va de persona en persona, observando sus rostros, sus peculiaridades: la forma en que Wilf todavía se lleva la mano al pecho cuando se ríe, igual que cuando lo conoció por primera vez cuando era un niño de ocho años con ojos oscuros y desconfiados; los rizos gruesos de Romy que Jane solía atar en trenzas prácticas todas las mañanas antes de ir a la escuela; Charlie e Isla, todavía un poco distantes, todavía un poco desconocidos, igual que cuando tenían seis y cinco años, pero ahora con un brillo artificial superpuesto, Jane siente que su corazón se hincha y arde. Conoce a estas personas a la perfección: sabe de dónde vienen, qué les dolió, qué las formó; conoce sus excentricidades, la dinámica entre hermanos, sus fortalezas, sus debilidades y sus peculiaridades. Las quiere muchísimo. Y aquí están, todas juntas en un mismo lugar. Alza una copa de champán en medio del caos y la golpea suavemente con el mango de un tenedor.

"¡Gracias por venir a jugar!", dice. "Sé lo ocupados que están y el hecho de que estén todos en el país al mismo tiempo es un milagro. Así que brindo por los

milagros, y los quiero mucho".

Todos alzan sus copas en honor a Jane, el sol cae a plomo y el champán suaviza sus rasgos, y ella siente como un puñetazo en el estómago, esto, aquí y ahora, esta es otra bifurcación en el camino. Ha habido muchas en su vida, tantas, todas dramáticas, con campanadas y silbatos, momentos ensordecedores de sirena en los que sabía que todo estaba a punto de cambiar de nuevo; se ha reinventado tantas veces, y ahora está sucediendo de nuevo, justo aquí, ahora mismo. Sabe de repente y sin lugar a dudas que no puede tener Rosebery Hall y esto, que no puede envejecer sin darse otra oportunidad para algo, y que la única manera de tener una oportunidad para algo es liberarse finalmente de las cuerdas desgarradas que la atan a su deteriorado hogar familiar. Entonces y solo entonces podrá ser la mujer que sabe que necesita ser para el próximo capítulo de su vida: socialmente disponible para sus hijastros, económicamente estable e independiente, libre del dominio que su infancia traumática aún ejerce sobre ella.

Wilf se acerca a ella mientras reflexiona sobre estos pensamientos. Es un hombre delgado, de pelo desaliñado, de aspecto prematuramente envejecido, pero a ojos de Jane sigue siendo tan guapo como cuando era niño. «He oído que has estado investigando un poco por tu cuenta», dice, mientras le rellena la copa de champán.

"Supongo que Dexter te lo contó, ¿no?"

"Sí. ¿Estás buscando a una chica desaparecida? ¿Quién es? ¿Alguien que conoces?"

"¡Ja!", responde Jane. "No. Dios mío. No. Para nada. Solo un desconocido."

—Bien —dijo Wilf, llevándose la botella de cerveza a los labios y dando un sorbo—. ¿Y qué pasa entonces? ¿Por qué estás tan involucrado? Dex dice que has estado llamando a las puertas y husmeando en los jardines.

—¡Caramba! —dice—. Eso hace que suene muy sucio.

Wilf ladea la cabeza y la mira como diciendo: "Explícate".

—Es que... —comienza con voz entrecortada—. Hay algo en cómo se desarrolló todo, en mi terreno, en Rosebery, apenas unos minutos después de que se marchara un agente inmobiliario, cuando me sentía tan sensible, tan consciente de la necesidad de concentrarme en algo en lugar de en mi maldita casa, y entonces aparece este perro, y... —Hace una pausa—. ¿Te contó Dex sobre el hombre? ¿El hombre que conocí cuando tenía veintinueve años y que casi me secuestra?

Wilf niega con la cabeza, y Jane le cuenta la historia una vez más.

“Y luego estaba este señor mayor”, continúa. “Bill Newsome, que vive cerca de Rosebery, y dijo que había visto a la chica desaparecida, Daisy, que la había visto caminando por el sendero frente a su casa los días antes de que desapareciera, y dijo que solía verme a mí caminando por ese mismo sendero cuando tenía la misma edad que Daisy, y me impactó profundamente, ¿sabes? Ese eco a través del tiempo, dos mujeres jóvenes, caminando por el mismo sendero, en momentos diferentes, pero, tal vez, solo tal vez, con la misma...”

"¿Trauma?"

Sus cinco hijastros son conscientes del desastre que fue su infancia. Saben que sus padres eran alcohólicos empedernidos que la descuidaron a ella y a su hermano, que era salvaje, que estaba desnutrida y, de niños, habían visto su trágica historia como si fuera un cuento de hadas oscuro. Pero ahora, de adultos, saben que no fue así en absoluto.

Jane exhala y asiente. “Exacto. Sí. Eso. Sentí que... tal vez si podía salvarla, podría, ya sabes, salvarme a mí misma”.

Ella le dedica a Wilf una sonrisa pequeña y forzada, y él asiente, solo una vez, para reconocer la crudeza de lo que ella acaba de compartir con él.

Entonces levanta su botella de cerveza, la choca suavemente contra el vaso de ella y dice: «Bueno, si alguien puede salvar un alma perdida, Jane Trevally, eres tú. Después de todo» —señala con un gesto a sus numerosos hijastros en la terraza— «nos salvaste a todos».

A la mañana siguiente, con un ligero dolor de cabeza, Jane recoge la mayoría de sus cosas de la casa de Tony, pone el lavavajillas en marcha, comprueba que todo esté cerrado con llave y apagado, y sale al repentino frescor de la mañana de mayo. La ola de calor ha terminado, y esta escapada a la ciudad ha concluido por ahora. Es hora de que Jane regrese a su casa destartalada y en ruinas, a sus perros malolientes y a su soledad forzada.

La conversación que tuvo con Wilf la tarde anterior se repite una y otra vez en su mente: la suave emoción que sintió, la comprensión de él sobre lo que ella intentaba hacer, el profundo impacto de sus palabras finales, que le aseguraban que no era una perdedora, sino una salvadora de almas. Ahora la impulsa con más fuerza la necesidad de encontrar a Daisy Black.

Sale de la estación de Little Belmont dos horas y media después y le envía un mensaje a Shannon mientras camina hacia el estacionamiento: ¡Acabo de subirme a mi auto, nos vemos en quince minutos!

Shannon responde inmediatamente: ¡Estamos todos listos para ti! con cuatro emojis de cara de perro al final.

De repente, a Jane se le ocurre que necesita efectivo para pagarle a Shannon y no lleva suficiente encima, así que toma un desvío hacia la calle principal al otro lado de la estación y se dirige a la tienda de conveniencia que tiene un cajero automático. Mientras camina por la calle principal, algo descuidada, su mirada se detiene inesperadamente en un local comercial cerrado; no está segura de qué era antes: una cerrajería, piensa, o tal vez una tintorería; cerró hace mucho tiempo. Pero no es el edificio lo que llama su atención, sino la gruesa capa de carteles pegados en sus descuidados escaparates, el tipo de cosas por las que Jane ha pasado un millón de veces sin prestarles atención, pero que ahora le llaman la atención. Se acerca al escaparate para leer la letra pequeña.

El circo de Martello
Pradera de aves acuáticas
Fin de semana festivo
Del jueves 30 de abril al martes 5 de mayo.

El cartel es un cartel de circo estándar: de colores brillantes, con un montaje de trapecistas, elefantes, círculos de fuego ardientes y, justo en el extremo opuesto de la ilustración, un payaso, una cara pintada, una cabeza con rizos de nailon azul, un cuello con volantes, un abrigo a cuadros de arlequín y una llamativa flor de plástico sostenida con gesto sombrío entre dos manos enguantadas de blanco.



capítulo cuarenta y tres

STUART, SIETE AÑOS ANTES

Es una luminosa mañana de febrero, y debería sentir esa oleada de esperanza y expectación que a veces trae esta época del año, esos pequeños destellos de luz cuando el sol calienta la piel por un instante, cuando los narcisos empiezan a brotar. Siempre me han encantado las estaciones cambiantes, el ritmo cíclico de las cosas que suceden en el mismo orden, al mismo tiempo; me mantiene con los pies en la tierra, pero también me inspira, me hace sentir que todo es posible.

Pero hoy, dos años después de mudarme a esta casa, no siento nada de eso. Mientras el sol acaricia tímidamente las ramas desnudas de los árboles del jardín trasero, siento el peso de cada decisión reciente que he tomado, como un yunque de dibujos animados que me envuelve en la sombra.

Jessamine está en la cama, recuperándose de la noche anterior. He renunciado a intentar guiarla hacia la sobriedad, y he renunciado a intentar guiarme a mí mismo hacia la sobriedad; parece que la bebida es lo único que nos queda.

La llamo desde arriba, por las escaleras. "¿Té o café?"

—Té —responde con voz temblorosa y dolida—. Y tostadas.

Preparo el té y las tostadas y las subo lentamente por las escaleras, conteniendo la respiración. El olor en la habitación es a ron metabolizado, eructos de ajo y sábanas rancias. Jessamine se incorpora con dificultad y me mira con tristeza. Tiene un aspecto terrible. Su piel está cetrina y demacrada, tiene ojeras y el pelo enredado y grasiento. Lleva semanas con el mismo camisón. Le he preparado uno limpio, pero se niega a ponérselo, como si fuera una cuestión de principios.

—Hace sol —digo, dejando el té y las tostadas en la mesita de noche junto a ella. Le paso dos analgésicos y un vaso de agua y la observo mientras se los toma.

"¿Se ha ido Daisy?"

"Sí. Se fue hace unos cuarenta minutos."

Jessamine asiente, me devuelve el vaso de agua y luego se gira para coger una rebanada de pan tostado que tiene a su lado. No pregunta cómo está su hija. No se ha levantado para despedirla desde su primera semana en el instituto el pasado septiembre.

Hugo aparece y salta sobre la cama. Jessamine frunce el ceño, así que lo agarro y lo pongo en el suelo.

—Deberías levantarte —le digo—. Hace primavera. Ya están brotando los narcisos en el jardín.

Me lanza una mirada fulminante. "¿Acaso parezco estar a punto de levantarme para admirar los narcisos?"

—No —digo en voz baja—. No, no lo haces. Pero deberías. Te vendría bien. Quita las telarañas.

«Quítate las telarañas». Me imita con un acento de estuario exagerado y ridículo. «Para ti está bien», espeta. «No estás nada enfermo».

Parpadeo lentamente. Está usando la excusa de que está enferma otra vez. Dice que tiene una especie de resfriado postviral. Tuvo un fuerte resfriado justo antes de Navidad, y desde entonces se ha quedado en cama todo el día, pero milagrosamente sale todas las tardes a la tiendecita de Grove Place y se compra dos botellas de vino orgánico y medio litro de ron oscuro que, de alguna manera, logra llevar de vuelta a casa, llueva o truene.

El vino se abre a las 4 de la tarde. A las 5, cuando Daisy regresa de la escuela, Jessamine ya se ha bebido media botella y está bastante tranquila, lo suficientemente relajada como para preguntarle a Daisy sobre su día, mostrar interés en sus tareas escolares y en lo que le gustaría cenar. A las 6 se ha bebido una botella entera y le gusta fingir que ya terminó de beber vino por hoy y dice algo como: "¡Es la hora feliz! ¿Quién quiere un ron con Coca-Cola?". Nadie querrá un ron con Coca-Cola, pero ella se servirá uno de todos modos y hará ruidos que sugieren un capricho especial, una recompensa merecida. Cuando la cena esté lista, abrirá la segunda botella de vino, se servirá una copa pequeña para su madre y una grande para ella, y se sentará a hablar en voz alta y desagradablemente, se quejará de la comida, la revolverá en su plato, fingirá que todos están en su contra, empezará una discusión, les dirá a todos que tal vez

preferirían que se suicidara, y luego se irá furiosa a la cama con el resto del vino, diciéndoles a todos que se vayan a la mierda por el camino.

En algún momento bajará con la botella de vino vacía y verterá el resto del ron en un vaso, puro, luego subirá y se lo beberá hasta que se duerma. A menudo necesitará ayuda para conciliar el sueño. Annie le da las mismas cosas que le da su médico de cabecera. Espero a que se duerma antes de subir. Si ha sido una noche especialmente mala, simplemente me llevaré un edredón al sofá y dormiré en el salón. Pero normalmente, entraré en nuestra habitación y la encontraré boquiabierta, con un olor a alcohol rancio, en estado de coma, roncando, babeando, el monstruo apaciguado por otro día.

—Deberías ir al médico de cabecera —le digo—. Quizás sea algo serio. Necesitas que te revisen.

—No tengo médico de cabecera, Stuart —dice—. Ya lo sabes. Te lo he dicho cien veces.

"Bueno, inscríbete entonces. Pero en serio, han pasado casi ocho semanas desde que te enfermaste. No deberías seguir sintiéndote así."

Ella sabe, y yo también, que no está enferma, que tiene resaca, pero este es el estúpido juego al que jugamos, porque bajo ninguna circunstancia tengo permitido hablar de la bebida de Jessamine. Si hablo de ella, entonces soy su enemiga, y si algo he aprendido en los últimos dos años, es a no ser su enemiga.

"Encuéntrenme un médico de cabecera que no tenga una lista de espera de tres años y me inscribiré."

"De acuerdo", digo entonces, "lo haré".

Suspira y vuelve a dejar la tostada en el plato. "Está fría", dice.

No le digo que, por supuesto, si quiere tostadas calientes, tiene que bajar y comérselas rápidamente directamente de la tostadora mientras la mantequilla aún se está derritiendo.

—¿Qué? —me pregunta con tono significativo.

—Nada —digo con un suspiro—. Luego añado: —Mira, mi hija viene la semana que viene, desde Australia. La voy a llevar a salir, a tomar unas copas y a una cena elegante. Me humedezco los labios secos.

—Qué bien —dice con acidez.

Llevo semanas sabiendo esto y he estado posponiendo el momento de decírselo.

"Sí", digo con ligereza, "sí. Será genial".

—¿Cuándo? —pregunta con petulancia.

“El miércoles, probablemente. Solo estoy ultimando los detalles.”

“Ella solo te quiere por tu dinero.”

Suspiro de nuevo. Está obsesionada con el dinero. Cree que todo gira en torno al dinero, constantemente.

“Es solo una zorra avariciosa. Ya lo sabes.”

Esto se basa en que hace aproximadamente un año le di a mi hija 500 libras para ayudarla con la factura del veterinario de su cachorro. Blaise se ofreció a devolvérmelo, pero no la dejé. La única razón por la que Jessamine lo sabe es porque revisa todos mis papeles y correos electrónicos. La dejo porque así me resulta más fácil, y si hay algo que ya habrás deducido de mí es que me gusta la vida fácil.

Le dedico una sonrisa forzada y luego le digo que voy a bajar a prepararle un café a su madre.

—Bueno —me grita—, ¿no vas a decir nada? Tengo razón, ¿verdad? ¡Sabes que tengo razón! Es tu decisión verla, pero no vengas llorando cuando te cuente una historia lacrimógena sobre perros moribundos y termines dándole la mitad de tu dinero.

Disminuyo la velocidad al acercarme a la puerta, trago saliva para contener mi furia y cierro la puerta en silencio tras de mí.

Más tarde ese día, se sienta frente a mí en la mesa de la cocina, mirándome con ojos gélidos. He preparado espaguetis con salsa de tomate cherry y albahaca cocinada a fuego lento. Lleva virutas de parmesano rallado a mano por encima. Es una de mis especialidades. A Daisy, en particular, le encanta. Estoy bebiendo una cerveza fría, la tercera del día. Me tomaré dos más frente al televisor y luego dejaré de beber. Sobre todo porque si bebo más tarde de las 9 de la noche, me pasaré media noche en el baño. Jessamine normalmente ya va por su primer ron con Coca-Cola, pero veo que ya se ha terminado la botella y está bebiendo rápidamente la segunda. Tengo un mal presentimiento.

—¿Qué le has hecho a tu pelo? —le espeta a Daisy.

Daisy se encoge de hombros. "Solo me corté un poco el flequillo a los lados. No es para tanto."

Jessamine se estremece levemente. “Se ve fatal. Deberías haberle pedido a la abuela que te reservara una cita en la peluquería”.

Daisy entrecierra los ojos mirando a su madre y luego me mira como diciendo: "¿Qué demonios?".

—Bueno —digo—, como peluquera profesional puedo decir con toda sinceridad que has hecho un trabajo estupendo. Te sienta de maravilla.

Daisy ha florecido en los últimos meses. Cumplió doce años en octubre pasado, pero aparenta más. El año pasado se cortó todo su cabello infantil y ahora luce un corte bob que le llega hasta la mandíbula. Usa maquillaje atrevido y quiere hacerse un piercing. Es genial. Impresionante. Nos llevamos muy bien y, como probablemente ya se habrán dado cuenta, ella es la única razón por la que sigo aquí.

Nos cuenta cómo le fue el día en la escuela, sobre unas chicas que la están molestando. Jessamine se sirve otra copa de vino y dice: «Llamas demasiado la atención. Ese es el problema».

La miro con reproche. —Jess —le digo—, eso es terrible para decirle eso a una niña.

Me dirijo a Daisy. “Nunca puedes destacar demasiado, ¿de acuerdo? Recuérdalo. Recuérdalo toda tu vida.”

Una oscuridad se cierne sobre la mesa. Se siente como invierno. Oigo a Annie carraspear. Oigo el tintineo del tenedor de Jessamine contra su plato. Luego oigo el roce de las patas de la silla de Jessamine contra el suelo de baldosas y el movimiento de sus brazos, con las manos extendidas, lanzando su plato de pasta al otro lado de la mesa, directamente hacia mí.

Se vuelca en mi regazo, caliente y rojo. El plato cae al suelo y se rompe en dos. Annie emite un grito agudo y de pánico; Daisy grita. No digo ni una palabra ni emito ningún sonido; simplemente agarro mi servilleta de papel y recojo los espaguetis de mi regazo y del suelo, me levanto, tiro la servilleta a la basura, tiro las dos mitades del plato roto a la basura y salgo de la habitación en silencio.

En segundos, se abalanza sobre mí. Siento su puño alrededor de mi coleta, tirando de mi cabeza hacia atrás. Me agarro el pelo e intento alejarme de ella, pero tira con más fuerza. "¿Qué te pasa con ella?", me susurra al oído. Su aliento es agrio y caliente. "¿Eres un pedófilo? ¿Es eso? ¿Te gusta?"

“¡Jesucristo!”, gruñí, liberándome del agarre de su cabello y volteándome para mirarla. “¡Jesús! ¿De qué demonios estás hablando?”

“¿De qué carajo estás hablando?” Otra vez la horrible imitación. “Sabes de lo que hablo.” Sus palabras son arrastradas, sus ojos desorbitados. “Tú. Y ella.

Daisy. No te cansas de ella. Siempre haciéndole cumplidos, diciéndole lo genial que es..."

"Bueno, lo siento, Jessamine, pero alguien tiene que hacerlo. Te toca a ti y a tu madre..."

En el momento en que pronuncio las palabras, sé lo que he hecho.

"¿Qué nos queda a mi madre y a mí...?" Su voz rebosa locura y furia.

"Nada. Solo que necesita un poco de tiempo para desarrollarse. Eso es todo."

"¿Por qué?", pregunta. "Nadie me apoyó. ¿Qué la hace tan especial?"

Me detengo. Estamos aquí, teniendo la conversación que he querido tener desde hace tanto tiempo, pero Jessamine está tan, tan borracha y tan cerca de los límites de la razón y la cordura que ahora no es el momento, pero de repente me doy cuenta de que no me importa.

"Ella no es 'tan' especial. Jessamine. Es solo una niña que necesita una buena madre y mucho cariño; necesita que le digan que es buena e importante; necesita, Jessamine..."—Hago una pausa, respiro hondo y luego continúo—"no terminar como tú".

La palma de su mano es como una goma elástica que me aprieta la mejilla, escociendo y dejándome la piel en carne viva. Me tapo la cara con la mano y suspiro ruidosamente. «¡Maldita sea, Jessamine!».

Ella intenta abofetearme de nuevo y esta vez le agarro la muñeca con el puño. Me acerca la mano a la boca e intenta morderla, pero me aparto, y entonces se abalanza sobre mí con todo, con cada parte de sí misma: uñas, dientes, puños, pies, y yo me encojo sobre mí misma y lo aguanto, lo aguanto todo.

Después, se desploma contra la pared, en cuclillas, jadeando. «Eres un maldito perdedor», dice, limpiándose la baba de la barbilla. «Un perdedor. Todos lo sois. Especialmente ella». Gira la cabeza hacia la cocina. Luego suspira. «Bueno, ¿a quién le importa? De todas formas, no tiene nada que ver conmigo, ¿no?».

Inclino la cabeza y me dejo sentar en el brazo del sofá. "¿Qué?"

—Nada —dice—. Nada.

Una hora después, Daisy me encuentra en el sofá. Jessamine se ha desplomado en la cama. Se sienta suavemente en el otro extremo del sofá. "¿Estás bien?"

Asiento con la cabeza. "Estoy bien."

—¿Estás segura? —pregunta, señalando los arañazos en mis antebrazos.

Los miro y sonrío. “Soy un chico grande. Puedo con esto”.

“Sí. Pero no deberías. No deberías tener que aguantarlo. Haces todo por ella; haces todo por todos nosotros. Y luego ella te trata así.”

Suspiro. “Es lo que es. Ella es como es. Tu madre está muy dañada. Por las razones que sean. Y mi trabajo es asegurarme de que tú no te dañes también.”

“Diría que es un poco tarde para eso.”

“Bueno, está bien, entonces, ¿hay algún daño mayor?”

Ella sonríe. "Me encantaría conocer a su hija", dice.

“¡Pues deberías venir con nosotros! ¡A Blaise le encantaría!”

“Mi madre se ponía histérica.”

Daisy solía hablar como una colegiala de Enid Blyton; ahora, cinco meses después de empezar la secundaria, suena como todos los demás chicos de Londres. «Bueno, sí, lo haría, pero va a perder los estribos haga lo que haga, así que mejor lo arriesgamos todo».

“¿Cómo es ella, Blaise?”

“Es genial. Como tú. Solo que con acento australiano.”

“¿Es guapa?”

—¡Sí, claro que sí! Al fin y al cabo, soy su padre. —Le sonrío y luego recuerdo lo que Jessamine había dicho antes—. ¿Crees que te pareces a tu padre? —le pregunto.

“Supongo. O sea, más o menos.”

“¿Qué tan bien lo conocías?”

Ella se encoge de hombros. “No mucho. Solía venir, ¿como cada dos fines de semana? ¿Nos llevaba a comer? Y luego fue disminuyendo cada vez menos. La última vez que lo vi fue justo antes de Navidad, hace dos años”.

“¿Por qué dejó de venir?”

Ella se encoge de hombros. "Fue más o menos cuando llegaste, así que supongo que no le gustaba mucho que estuvieras cerca".

“¿Alguna vez te pones en contacto con él? ¿Le envías mensajes de texto o hablas con él por teléfono?”

—No —dice, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Mamá no me deja. Al parecer, nos odia a las dos.

“¿Pero tienes su número de teléfono?”

“Sí. Es el número de su oficina. No es un número de móvil. Así que no puedo enviarle mensajes de texto.”

Asiento con la cabeza. "¿Lo extrañas?"

Ella se encoge de hombros de nuevo. “En realidad no. Quiero decir, me cae bien, pero nunca lo sentí como mi padre”.

“¿Sabes?”, le dije, “si quisieras, podría intentar hablar con tu padre, averiguar algo más sobre lo que pasó entre él y tu madre”.

Me mira y asiente. —Pero en serio —dice en un susurro casi imperceptible—, ten cuidado. No empeores las cosas.

Le acaricio la mano. —Iré con cuidado —le digo—, no te preocupes.



capítulo cuarenta y cuatro

Según Helen Yaxley, Daisy Black había llegado a Little Belmont a principios de mayo. ¿Es posible, se pregunta Jane, que hubiera venido a buscar a su tío al circo? ¿Que el payaso del cartel fuera en realidad Jasper Black? Jane saca el móvil del bolso y encuentra la foto que Helen Yaxley le había enviado de la familia Black posando en el sofá. Compara la cara de Jasper con la imagen del cartel, buscando similitudes, pero la imagen es de baja resolución, está sobreexpuesta y la foto de su móvil es vieja y borrosa, así que es imposible distinguirlas. Pero seguro, piensa, seguro que no es una simple coincidencia que Daisy estuviera aquí, en Little Belmont, justo el mismo fin de semana que el circo estaba en el pueblo.

Jane toma una foto del cartel y otra más de cerca del rostro del payaso. Luego entra en la tienda de conveniencia, saca 300 libras en efectivo y regresa a su coche.

Shannon se va una hora después de que Jane llegue a casa, y tras la intensidad del alegre reencuentro con los perros y los comentarios incesantes de Shannon, Jane se encuentra de repente sola. Es la hora del almuerzo. El tiempo se ha vuelto gris y fresco, y comienza a caer una llovizna intensa que empaña los cristales de las ventanas y hace que las erguidas ramas de espino y manzano en flor se marchiten. Siente la tentación de encender la calefacción, pero tardará horas en calentarse, y realmente no puede permitírselo, así que en su lugar enciende un fuego y un calefactor eléctrico y luego, ignorando el techo derruido de la habitación al otro lado del pasillo, ignorando el sonido de algo goteando en algún otro lugar de la casa, ignorando el vacío rugido en el fondo de su estómago, abre la tapa de su portátil y busca en Google "Martello's Circus".

Resulta que el Circo Martello se ha trasladado a un pueblo llamado Runnydown, a unos sesenta kilómetros de Little Belmont. Llegó el viernes y, según su página web, estará allí una semana. El payaso que aparece en su cartel es uno de los tres posibles payasos: Raimondo, Patch y Mikki. En la página web hay fotos de los tres, pero bajo tantas capas de maquillaje grasiento es imposible distinguir sus rasgos faciales; a Jane le parecen todos iguales, por mucho que mire cada imagen con la foto de Jasper Black al lado. No hay número de teléfono en la página web, solo una dirección registrada en algún lugar de Essex. Jane mira la hora en la esquina de la pantalla. Son las una y media. Shannon ya ha sacado a pasear a los perros. Jane no tiene nada mejor que hacer, así que introduce la ubicación en su aplicación, se pone un impermeable, se sube al coche y se dirige a Runnydown.

El circo está montado en un campo a unos ochocientos metros del centro del pueblo. Cuando Jane se detiene en el camino de enfrente, ve gente moviéndose con ropa impermeable y bajo paraguas. Apaga el motor y observa un momento. A Jane no le gusta el circo. De niña la llevaron una vez y sintió un ligero miedo. Recordaba que le gustaban los caballos, la forma de sus fosas nasales, sus bonitas cabezas emplumadas, pero la gente la había inquietado: el ambiente, el ruido, la teatralidad, el maquillaje.

Respira hondo y sale del coche, subiéndose la capucha del abrigo para protegerse de la lluvia. Una mujer con un niño pequeño está de pie al abrigo de un árbol, justo a las afueras de la zona donde se encuentran sus caravanas y remolques; ella mira su teléfono y el niño, de pie, la toma de la mano de ella y mira fijamente a la distancia.

—¿Perdón? —dice Jane, acercándose lentamente.

La mujer levanta la vista de su teléfono. No le dirige ninguna atención a Jane, simplemente mantiene un contacto visual neutral con ella.

—Hola —balbucea Jane—, perdón, no quiero molestarte, pero estoy buscando a alguien. Y creo que podría ser parte de tu... —Busca la palabra adecuada por un momento y luego dice—: ¿Creo que es uno de tus payasos?

La mujer le hace un gesto con la cabeza.

"¿Se llama Jasper? ¿Jasper Black? ¿Treinta y tantos años? ¿Lo conoces?"

La mujer le indica al niño que regrese hacia las caravanas y luego da un paso hacia Jane. —Jasper —dice. Su acento es difícil de identificar—. Sí, conocemos a

Jasper.

Jane siente que su corazón se acelera por la anticipación. "Oh", dice. "Genial".

"¿Por qué lo preguntas?"

Jane se guía por su intuición respecto a esta mujer. ¿Está a favor o en contra de Jasper? Es imposible descifrar su lenguaje corporal o sus expresiones faciales.

"Solo necesito saber si está aquí."

"¿Quién eres?"

—Soy... —Jane hace una pausa, buscando una respuesta neutral—. Soy amiga de su familia.

Ella entrecierra los ojos mirando a Jane. "¿Qué familia?"

"Su... hermana."

La mujer asiente. —Bueno —dice—, Jasper no está aquí.

"¿Sabes cuándo volverá?"

Ella mira a Jane con cierta lástima. "Quiero decir, Jasper ya no está aquí. Está con Martello. Jasper se fue hace más de una semana."

"¿Sabes adónde fue?"

Ella niega con la cabeza. —No —dice—. No sabemos adónde fue. Jasper ha... —hace un gesto con los dedos como si explotara— desaparecido.

capítulo cuarenta y cinco

STUART, SIETE AÑOS ANTES

Daisy me ha dado permiso para hablar con su padre, Harvey Moor. Al parecer, se ha jubilado y ya no trabaja en el negocio familiar, pero espero que, si no puedo hablar directamente con él, pueda hablar con su hijo Jason.

Me contestan la llamada en un par de timbres. «Hola, oficina de Jason Moor».

"Oh, hola, me preguntaba si podría hablar con el señor Moor. ¿Está ahí?"

"Sí, está aquí mismo. ¿Quién llama?"

¿Podrías decirle que es amigo de su padre? Me llamo Stuart Tucker.

Puedo oír a la mujer hablando en voz baja, con la mano sobre el auricular del teléfono, y luego a un hombre carraspeando. «Habla Jason Moor».

—Oh —digo—. Hola, no me conoces, pero conozco a alguien que es muy amiga de tu padre y está desesperada por hablar con él. Su nombre es...

El hombre suspira. "No me digas. Jessamine Black."

"Sí." Trago saliva para disimular mi sorpresa. "¿La conoces?"

"No, no la conozco. Pero sé quién es."

—Oh —digo—. De acuerdo. ¿Y...? —Dejo la frase inconclusa.

"Y ella está completamente loca y mi padre ha dejado muy claro que no quiere tener nada más que ver con ella, así que, por favor, ¿puede decirle a la Sra. Black que...?"

Lo interrumpí. "No llamo en nombre de Jessamine. Llamo en nombre de su hija".

Hay una breve pausa, y luego Jason dice: "¿Su hija? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?"

“Bueno, supongo que sabes que la hija de Jessamine es...” Me quedo sin palabras. ¿Qué estoy haciendo? ¿Acaso estoy a punto de lanzar una granada de mano al corazón de esta familia de la que no sé nada?

Pero antes de que pudiera terminar mi frase, Jason retomó la conversación. «Sé quién dice Jessamine que es su hija, pero también sé que mi padre se hizo una prueba de ADN hace dos años y que esta demostró categóricamente que Daisy no es su hija».

“¿Ella es...?” Vuelvo a quedarme en silencio. “¿Ella no lo es?”

No. Si quieres, puedo enviarte por correo electrónico el certificado de resultados del laboratorio. Jessamine recibió una copia y también hay una copia en poder de nuestros abogados. A mi padre le han dicho que hay un 0,01 % de probabilidades de que sea el padre de la niña. Esa mujer lo engañó durante años, le quitó su dinero y se aprovechó de él de muchas otras maneras. Lo mantuvo alejado de su familia mediante chantaje emocional, amenazó con suicidarse, amenazó con denunciarlo a la policía, amenazó con destruir a su familia. Y todo fue una mentira. El alivio que sentimos mi familia desde que supimos que mi padre no tiene ninguna relación con esa niña ha sido inmenso. Así que, por favor, estoy segura de que Daisy es una niña encantadora, sé que mi padre la quería mucho, pero ya no forma parte de nuestras vidas. Y tampoco su madre, que está desquiciada.

Me acerco a Jessamine cuando regresa de su paseo diario a la tienda del barrio. Probablemente sea el mejor momento del día para tener una conversación tranquila con ella, cuando la resaca ha pasado y le entran ganas de beber, pero tiene el vino en la mano, así que sabe que está a punto de tomarse su primera copa. Es el momento perfecto del día, el único instante en que veo un destello de luz en sus ojos. Saco una cerveza de la nevera y la abro. Un gesto amable. Un gesto sociable. Un gesto de mi intención de sentarme con ella un rato, de compartir su espacio en lugar de mantener la distancia, como suelo hacer.

La observo sacar una copa de vino limpia del armario y colocarla sobre su base. Se oye el clic metálico de la tapa al desenroscarse y el fino gorgoteo del vino al servirse. La miro de espaldas, a la tensa curvatura de su columna, al pelo aplastado en la nuca, a las raíces visibles a través de un hueco. Percibo un ligero temblor en su mano. Sé que esta mujer se dirige hacia la autodestrucción. Quiero

detenerla, pero no puedo. Y lo que estoy a punto de hacer probablemente solo empeorará las cosas.

—Escucha —le digo mientras se acerca a la mesa con su vino—. Ayer hablé con Daisy. Dijo... —Hago una pausa y me lamo los labios—. Creía que podría ser adoptada. Solo bromeaba. Pero entonces recordé lo que dijiste el lunes sobre que Daisy "no tenía nada que ver contigo" y mi mente empezó a... —muevo el dedo índice en círculos alrededor de mis sienes— a dar vueltas, ¿sabes? Empecé a preguntarme, porque no se parece a ti, ni a la foto que me enseñaste de su padre. E investigué un poco, Jess, y bueno, ya sabes lo que voy a decir, obviamente sí...

El rostro de Jessamine está demacrado y adusto. Da un trago a su vino y golpea la copa contra la mesa. —No, Stuart —dice—. No sé qué vas a decir. Por favor, cuéntame.

Doy vueltas a la botella de cerveza entre mis manos. «Daisy no es su hija. El viejo, Harvey. El tipo que me dijiste que era su padre. Se hizo una prueba de ADN hace dos años y el resultado fue concluyente: no era el padre de Daisy».

Ella resopla. «Obviamente eso no es cierto. Obviamente solo envió el ADN de una persona cualquiera en un tubo de ensayo. Obviamente es el padre de Daisy. Simplemente ya no quería estar en su vida. Prefería estar pavoneándose con su estúpida y gorda esposa».

"Yo diría que, en realidad, nada de eso es obvio. Yo diría que sabías que Harvey no era el padre de Daisy y que sabes quién es el padre de Daisy y, Jessamine, si quieres que esté aquí, en tu vida, si quieres que me encargue de todo, de Daisy, de tu madre, del perro, de esta casa, de todo esto, si quieres que me quede, Jessamine, necesito que seas sincera conmigo. Necesito que me digas quién es realmente el padre de Daisy. ¿De acuerdo?"

Una extraña sonrisa asoma en los labios de Jessamine. Ya la he visto antes, muchas veces. Contengo la respiración. ¿Acabaré con vino en la cara? ¿Un ojo morado? ¿O un ataque de nervios con muñecas y cuchillos?

Eres un completo idiota, Stuart. Eres literalmente el hombre más estúpido que he conocido. Te creerías cualquier cosa que te dijeran, ¿verdad? ¿El señor "buen tipo"? ¿El señor "oh, soy tan jodidamente encantador y tan jodidamente paciente"? Pero en realidad, solo eres un estúpido, estúpido idiota.

Suspiro ruidosamente y jugueteo con la etiqueta de mi botella de cerveza. "Ah, Jessamine", digo, "Jessamine, Jessamine. Sabes, no tengo que estar aquí. Estoy aquí porque elijo estar aquí. Cada mañana, me despierto en esa cama apestosa de allá arriba, junto a ti y tu cuerpo sucio y mugriento, y puedo oler tu

pelo, ya sabes, su hedor. Tengo que contenerlo todo y levantarme de la cama lo más rápido que puedo para poder respirar bien. Cuido esta casa por ti; te compro comida, con mi dinero; te cocino; yo sola mantengo a tu hija cuerda y entera. Y por mis esfuerzos tengo que verte emborracharte hasta la putrefacción todos los días, verte alejar a tu hija, humillar a tu madre, culpar a todos de todo, y sin embargo aquí estoy. Todavía aquí. Y tomo esa decisión cada mañana, Jess. Cada mañana, porque me importas. Y eso es lo que me hace estúpida, Jess. Esa decisión. Eso es lo que me hace una idiota. El hecho de que elija quedarme. Aquí. Contigo. Cuando no me mereces. Y, de hecho, no mereces nada. Ni a Daisy, ni a esta casa, ni a ese perro, nada de nada. Así que no me provoques, Jess, porque me iré. Me iré. Y me llevaré a tu hija y a tu perro conmigo. Te lo juro.

La miro fijamente. Sus ojos brillan con una alegría demoníaca, pero sigue sin gritar, sigue sin moverse. Sus dedos acarician el delgado tallo de su copa de vino, pero no la levanta ni la tira. Simplemente mira y sonríe. «No sé quién es el padre de Daisy, ¿de acuerdo? No tengo ni idea. Para mí, Harvey es su padre. Y si no lo es, ¿a quién le importa? Da igual. Es irrelevante».

Asiento con la cabeza, asombrada por su respuesta tan civilizada.

—Pero —dice, inclinándose sobre la mesa hacia mí, con los ojos centelleando mientras habla—, si alguna vez le cuentas esto a Daisy, te mataré mientras duermes, Stuart. ¿Entendido? Acabaré contigo.



capítulo cuarenta y seis

Mientras Jessamine aún duerme a la mañana siguiente, y después de que Daisy se haya ido al colegio, llamo suavemente a la puerta del estudio de Annie y le ofrezco una taza de café.

"Sí, por favor, Stuart. Gracias." No levanta la vista de su portátil para decir esto. Soy, sin duda, el mayordomo de Annie.

Cuando le llevo el café unos minutos después y lo dejo a su lado, enderezando la taza sobre el platillo para que el asa quede en la posición correcta, le digo: «Annie, ¿tienes un minuto?».

Veo cómo sus hombros se tensan ligeramente bajo la suave tela de su elegante blusa. La imagino ajustando su expresión para que, cuando se gire para mirarme, no pueda percibir su impaciencia ni su disgusto.

—Por supuesto —dice, sonriéndome con indiferencia—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Puedo sentarme? —pregunto, conteniendo la respiración, consciente de lo mucho que me estoy alejando de la zona de confort de Annie. Nunca antes había pasado más de treinta segundos en su estudio. Su presencia en esta pequeña y claustrofóbica habitación, con sus muebles desgastados y aterciopelados, montones de papeles, estantes llenos de trastos, plantas descuidadas y libros de bolsillo antiguos, es un misterio para mí. Si bien el tecleo de su ordenador es, según me explica, correspondencia con una vieja amiga que se mudó al extranjero, y el crujido de los papeles es, según me cuenta, su intento de poner en orden los asuntos de Allen, que, al parecer, dejó bastante desordenados, a veces siento como si estuviera atrapada en esta habitación, obligada a realizar actividades sin sentido solo para tener una razón para quedarse aquí. A veces pienso que siento como si estuviera protegiendo algo. Me pregunto si esta será la habitación donde murió Allen, pero prefiero no preguntar.

Ella parpadea y asiente con la cabeza, y yo me siento en el pequeño sillón de terciopelo que hay en la esquina de la habitación.

—Quería preguntarte sobre Daisy —comienzo—. Me han comentado que el hombre que Jessamine me dijo que era el padre de Daisy no lo es, y Jessamine me dice que no tiene ni idea de quién es su padre en realidad. Así que, supongo que me preguntaba si tenías alguna teoría. ¿Alguna idea?

Los ojos de Annie se abren de par en par. Se lleva los dedos a la cadena que lleva al cuello y dice: «¡Dios mío, no! ¡No tengo ni idea! ¡Ni idea de nada de eso! Eso es asunto de Jessamine y no tiene absolutamente nada que ver conmigo. Nada».

"No, por supuesto que no, y lamento tener que preguntar, lamento ser entrometida, pero me preocupa Daisy. Es decir, ya se siente abandonada por el hombre que creía que era su padre y pronto será adolescente. Es tan madura para su edad y hace preguntas. Y Jessamine, bueno, ya sabes, es difícil saber cómo manejarla; es complicada. Así que pensé que tal vez tú... como abuela de Daisy... podrías darle algunas respuestas, algún tipo de apoyo. Daisy es una niña maravillosa. Se merece saber. Se merece tener algunas respuestas."

Puedo oír el ominoso tictac del viejo reloj de la repisa de la chimenea mientras marca los próximos diez segundos de mi vida. Annie asiente, casi al compás, y espero, conteniendo la respiración, a ver qué dirá esta mujer con la que he vivido dos años y a la que no conozco mejor que la primera vez que la vi. Mientras que su hija es emocionalmente inconstante, Annie está completamente estreñida, atrapada en un momento lejano en el que era la esposa trofeo de un hombre que la ponía en un pedestal; cuando era la reina de esta casa oscura; cuando era joven y bella y se sentía en control de todo. Sospecho que no ha evolucionado ni un ápice desde el día en que murió su marido.

Observo cómo manipula el colgante de su collar y entonces dice: «Stuart, simplemente no lo sé. Mi hija es un misterio para mí, al igual que para ti. Y en cuanto a Daisy...» Juraría que un leve escalofrío recorre su piel. «Me duele decirlo, Stuart, de verdad, pero francamente tengo cosas más importantes de las que preocuparme que esa niña. De verdad.»

Y entonces me da la espalda y, con mucha delicadeza, coge su taza de té con el pulgar y el índice perfectamente cuidados.

Suspiro y estoy a punto de salir de la habitación cuando me doy cuenta de que no puedo irme sin decir lo que realmente necesito decir.

—Sabes, Annie —comienzo—, esta familia, esta casa, tú, tu hija, todo está completamente jodido. Vives en un basurero en llamas. Lo sabes, ¿verdad?

Se pone rígida, pero no se gira.

"Lo sabes, ¿verdad?", repito.

Observo cómo Annie vuelve a colocar la taza con cuidado sobre su platillo.

Le tiembla muy levemente la mano.



capítulo cuarenta y siete

CLAIRE

Estoy acostado en la cama. Mi madre está aquí conmigo, sentada al borde de la cama. Me dice: «Bebe un poco de agua. Tuviste un espasmo extraño».

La luz que aparece tras ella tiene un aspecto extraño. Suave y de color melocotón. No brillante y azul como antes. ¿Qué ha cambiado?

Intento incorporarme y la mujer, la madre, me pone una mano en el brazo y me dice: “No te muevas demasiado rápido. Hazlo despacio”.

Mi mirada se dirige a la ventana. Es de noche. Anochece. Es junio. Anochece tarde en junio...

Me incorporo rápidamente, siento cómo la sangre me sube a la cabeza y me nubla la vista. —¿Qué hora es? —pregunto, y mi voz suena rara. Gruesa. Arrastrada.

Son las nueve en punto.

¿Estoy en tu casa?

“Sí. Estás en mi casa.”

“No lo recuerdo.”

—No. No es cierto. Tuviste un momento. Te desmayaste. Te trajimos. Para que te calmaras. Dormiste. Pensamos que tal vez... —La mujer frunció los labios en un gesto de desaprobación—. ¿Tal vez habías tomado drogas?

Parpadeo. "¿Qué?"

“No lo sé, solo especulamos. No podíamos imaginar por qué una joven perfectamente sana se desplomaría de repente así, en estado de estupor.”

Me toco la mejilla. Está caliente y pegajosa. "Yo no..." Estoy a punto de decir que no consumo drogas, pero no es cierto. Pero ese día, no lo hice. No ese día.

Ese perfecto día de junio en el que me desperté con tan buen ánimo, lo aproveché, hice las cosas.

Ya había planeado lo que iba a decir al llegar al pub, sobre mi día especial, sobre conocer a la extraña familia en la increíble casa, con el enorme jardín, justo al lado del páramo, ser invitada a entrar y recibir el almuerzo e incluso una porción de tarta de queso casera y el chico con la camiseta con una flor que lanzaba agua, y la madre que definitivamente se había hecho un estiramiento facial, y la hija que era bastante genial.

Tenía tantas cosas que contarles a mis amigos sobre mi pequeña aventura y sabía lo que iban a decir: «Eso solo te puede pasar a ti», porque era el tipo de cosas que solo me pasaban a mí, el tipo de experiencia que, de alguna manera, siempre me atraía a mí misma, no sé por qué ni cómo. Mis amigos decían que soy un libro abierto, sin secretos ni secretos. Y tal vez sea eso.

Pero ahora todo se siente agrio, cuajado, aquel momento en esa mesa, mi tenedor en ese pastel de queso, pensando: Esto es todo, esta es la única vida, el hermoso regalo, esto lo es todo, estoy aquí, estoy dentro; aquel momento se ha echado a perder. Muy mal.

—Tengo que irme —digo, buscando mi bolso con la mirada—. Iba a encontrarme con mis amigos. Se estarán preguntando dónde estoy.

—Creo —dice la mujer— que deberías tomártelo con calma. Bebe más agua. Espera hasta que te sientas completamente mejor.

—Sí —digo—. Me siento mejor. ¿Dónde está mi bolso?

Puedo oír los latidos de mi sangre en mis oídos.

"Está abajo. No te preocupes. Por favor." Su voz es melosa, infantil, irritante. Su sonrisa deja ver unos dientecitos blancos, pero no transmite calidez. "Pórtate bien. Quédate aquí."

Sé una buena chica. Quédate.

—Me encantaría, pero no puedo —digo—. Tengo que volver a casa.

Llaman suavemente a la puerta. La mujer se gira y dice: «Pasa».

Observo cómo gira lentamente el pomo de la puerta. El hombre entra, con el niño delante, y le pone la mano en el hombro. El niño parece incómodo, con las mejillas sonrojadas, y evita la mirada. Sigue llevando la extraña camiseta de payaso, pero ahora también lleva zapatos de payaso y una especie de frac negro con forro verde lima. Su rostro está maquillado con pintura al óleo: círculos rojos en las mejillas y una línea azul alrededor de la boca.

—Venga, pues —dice el hombre.

El niño sonríe tímidamente. Lleva una gran bolsa de tela colgada al hombro, que se quita y deja en el suelo a sus pies.

Luego se agacha y mete las manos en la bolsa. Saca un trozo de cuerda y siento que se me corta la respiración. Pero entonces vuelve a meter la mano y saca un juego de vasos de plástico apilables y unas coloridas pelotas de goma. Saca una pequeña bocina y aprieta su base bulbosa. Emite un chillido penetrante que me sobresalta. Después, pasa la cuerda entre sus manos una, dos, tres veces, mientras realiza una extraña danza. Detrás de él, sus padres lo observan; su madre, impasible; su padre, absorto.

La cuarta vez que pasa la cuerda a través de su mano cerrada, esta reaparece como una ristra de pañuelos de seda multicolores.



capítulo cuarenta y ocho

Jane entrecierra los ojos al mirar a la mujer en el parque detrás del circo y dice: "¿Desapareció? ¿Jasper?".

"Sí. Se fue. Desapareció. Todos están muy enojados."

¿Se ha denunciado a la policía?

—¡Bah! —Pone los ojos en blanco—. ¡Claro que no! ¿Por qué lo harían? Un hombre adulto, un desconocido, un viajero. No tendrían ningún interés en él.

"¿Pero adónde crees que pudo haber ido?"

Nadie lo sabe. Nadie lo conocía realmente. Un hombre muy callado y, como digo, muy extraño. Se marchó después de la última función del fin de semana festivo. Un minuto estaba allí, al siguiente su caravana estaba vacía, sus cosas recogidas: se había ido. Sin dejar ninguna nota. Nada.

"¿Así que no tenía familia? ¿Novia?"

—¡Ja! —ríe secamente—. No, definitivamente no tenía novia. Lleva casi veinte años con nosotros y en todo ese tiempo ni siquiera ha tenido un amigo.

"¿Un solitario?"

Sí. Un solitario. Y, ya sabes, su personalidad... este Patch. La hacía demasiado real. Teníamos que llamarlo Patch, incluso cuando no estábamos trabajando. Hacía mímica, incluso sin maquillaje ni disfraz. A los niños no les caía bien. A nadie le caía bien. Pero era un payaso muy bueno. Así que lo mantuvimos...

"¿Y ahora se ha ido?"

—Sí, ahora el payaso se ha ido. Quizás vuelva. Quizás no. Primero se escapa al circo, y ahora se ha escapado del circo... —Suspira—. Podrías hablar con los demás; tal vez ellos sepan algo.

"¿Los demás?"

"Sí, los otros payasos. Dave y Steve."

"¿Raimondo y Mikki?"

—Eso es correcto. Están en esa caravana azul y blanca, justo detrás de las duchas —dice señalando detrás de ella—. ¿Lo ves?

"¿Y está bien que yo...?"

La mujer asiente. —Diga que yo la envié. Me llamo Morea.

Jane llama suavemente a la puerta de la caravana, que está cubierta de plástico. Una voz masculina dice: «Adelante».

Jane respira hondo, la incertidumbre la invade. Luego baja la manija y mira dentro de la caravana. Ve a dos hombres sentados en el sofá, en la parte trasera. Ambos visten ropa deportiva. Uno, con una gorra de béisbol, come un wrap mientras observa al otro, que lleva chanclas Nike rosas, jugar a un videojuego.

—¿Steve? —pregunta—. ¿Dave? Me envió Morea.

—Sí —dice el tipo del envoltorio—. Soy Steve.

El otro tipo no aparta la vista de la pantalla del televisor.

—Adelante —dice Steve—. Disculpen el desorden.

Entra en el apartamento. No está desordenado, pero huele muchísimo a lo que sea que haya dentro del envoltorio de Steve.

"Gracias."

El otro tipo emite un sonido de fastidio por algo que acaba de suceder en su juego y luego golpea la consola contra la mesa. Mira a Jane y dice: «Hola».

—Siento mucho molestarte —dice—. Pero estoy buscando a tu compañero. ¿Jasper? ¿O... Patch?

—Sí —dice Dave—. Todos lo somos. Su acento es puro de la zona del estuario. El de Steve es un poco más del oeste del país.

"Estaba hablando con Morea. Allí afuera. ¿Dijo que desapareció? ¿En el día festivo?"

—Sí —dice Steve—. Así es. Se fugó. Nos dejó en la estacada.

"Dijo que era un hombre un tanto misterioso. ¿Tú también lo percibes así?"

Steve se desplaza por el asiento y le indica a Jane que se siente.

Dave dice: "Sí. Jasper, un bicho raro total. Pero en cierto modo... inocente, ¿sabes a lo que me refiero?"

"Sí", dice Steve. "Como un niño, la verdad".

"¿Entonces, que él esté ahí fuera en el mundo? ¿Es eso improbable?"

Dave asiente. "Totalmente. Ese hombre solo conoce este lugar, este mundo, desde que era prácticamente un niño, ¿sabes? No lo veo ahí fuera, valiéndose por

sí mismo. Aquí dentro, ¿ves?", señala a través de la ventana, "nos tenía a nosotros para cuidarlo. Para asegurarnos de que no se perdiera en su extraño mundo de fantasía".

"¿Saliste con ellos?"

"Sí, pasábamos tiempo juntos. Le gustaba tomarse una o dos copas. Le gustaba jugar con nosotros. Le gustaba leer libros."

"Sí", asiente Steve. "Siempre, siempre leyendo".

"¿Qué tipo de libros?"

Ambos se encogen de hombros. "¿Hechos?", dice Steve.

"Sí. No ficción."

"¿Y qué hay de la familia? ¿Te habló alguna vez de ellos?"

Se miran el uno al otro. Entonces Steve dice: "En realidad no. Quiero decir, sé que se fue de casa cuando era bastante joven y tuve la impresión de que algo malo había sucedido. Que tal vez su vida familiar era un poco...".

"Disfuncional", concluye Dave.

"Sí. Disfuncional."

"¿De dónde era?"

"¿Londres, creo?"

Jane asiente. "¿Hampstead?"

"Sí. Creo que sí."

"¿Y mencionó a alguna hermana? ¿O a alguna sobrina?"

Se miran el uno al otro y niegan con la cabeza.

"No hablaba mucho", dice Steve. "Decía que su familia era un 'mal recuerdo'".

"Sí", dice Dave. "Recuerdo que lo dijo una vez".

"Entonces, ¿tienen alguna idea de adónde pudo haber ido? ¿Hacía algo inusual? ¿Parecía diferente? ¿Hay algo nuevo que comentar?"

Ambos se miran de nuevo y niegan con la cabeza. —No —dice Dave—, era totalmente normal...

—Bueno —dice Steve—, tan normal como siempre lo ha sido.

"Lo cual no fue mucho", dice Dave, y ambos ríen con ironía.

"¿No lo viste con una jovencita? ¿Una chica con un perro blanco? Mira". Les muestra la foto de Daisy en su teléfono y luego una foto de Hugo.

"No. Sin duda me habría dado cuenta si lo hubiera visto con una chica. O con un perro. Y desde luego no lo vi."

—Yo tampoco —dice Steve.

Jane suspira y guarda el teléfono en el bolsillo. "¿Y qué pasó con sus cosas? ¿Su caravana?"

“Bueno, no es suyo, ¿verdad? Pertenece a Martello. Así que se queda en el circo. ¿Querías echarle un vistazo?”

Jane abre mucho los ojos y asiente. “Sí, por favor”, dice, “sería maravilloso”.

La caravana de Jasper es de una sola plaza, de un amarillo limón pálido. Dave la abre y se aparta para dejarla entrar. Es pequeña y acogedora, con una zona de estar color crema en la parte trasera y una pequeña cocina bien cuidada. "¿Puedo echar un vistazo?"

“Adelante. Estaremos allí. Tómate tu tiempo.”

El apartamento parece haber sido vaciado por completo; todo está limpio y reluciente, sin objetos personales a la vista. Jane revisa cajones y armarios. Encuentra utensilios y cubiertos, paquetes de pañuelos de papel y pilas. Encuentra latas de maquillaje y botes de pinceles. También encuentra un fajo de folletos impresos de Jasper con su traje de payaso, sonriendo de forma inquietante a la cámara, con el nombre "Patch" impreso en letras rizadas en la esquina. Coge un par y los guarda en su bolso.

Se dirige al armario empotrado junto a la zona de estar y encuentra una chaqueta vaquera, dos corbatas rojas, un par de botas de goma, un par de sandalias y un par de camisetas dobladas. Saca una y la huele. Es de Marks & Spencer y huele a detergente. Busca en los bolsillos de la chaqueta vaquera y no encuentra nada más que un pañuelo de papel arrugado. Hay un cajón en la parte inferior del armario y lo abre. Dentro hay una parka doblada en su propia bolsa y una peluca roja de nailon con un pequeño sombrero cosido. Las aparta y luego retrocede ligeramente al ver una vieja máscara de plástico; es una cara de payaso, similar a la que Jasper sostenía en su regazo en el espeluznante retrato familiar que Daisy había traído a Little Belmont. Jane la saca y la sostiene a la distancia de un brazo. Es horrible, realmente muy, muy horrible, el rostro del payaso es más una mueca diabólica que la de un bufón alegre, dos destellos de luz blanca pintados en el centro de cada globo ocular, un gruñido en las comisuras de sus labios.

Jane le da la vuelta para mirar la parte de atrás, y luego retrocede de nuevo al ver lo que parece, sin la ayuda de sus gafas de lectura, cuatro huellas dactilares ensangrentadas, pero que bien podrían ser suciedad.

“¡Qué asco!”, dice, dejando caer la mascarilla de nuevo en el cajón. Se estremece, luego la recoge y con mucho cuidado la guarda en su bolso de hombro.

Aparta los cojines de los sofás y levanta la tapa abatible de madera. Dentro hay ropa de cama: un edredón con estampado floral, dos fundas de almohada con estampado floral y una manta suave y afelpada. Jane suspira. Esto es inútil. Deja que la tapa se cierre pesadamente y, al hacerlo, algo se desprende y cae flotando hacia sus pies. Lo recoge y ve que es un trozo de papel arrancado; parece que se quedó allí por accidente cuando se rasgó el resto de la carta.

Muestra una sección de un membrete, una fecha y la primera línea de un nombre y una dirección. La fecha es esta misma época del año pasado. El nombre es Jasper Black. La primera línea de la dirección es a la atención de alguien llamado Stella Madden, que vive en el número 21 de Dresden Close, pero falta el resto de la dirección.

Lo que queda del logotipo muestra las letras “Dr. A. J. Tw” y luego una dirección parcial que dice “Dov” y un código postal con una W y dos A.

Jane lo guarda en su bolso de hombro junto con la horrible máscara de payaso. No es casi nada, pero tendrá que servir.

Antes de irse, regresa a la caravana de Steve y Dave. —¿Tenías su número de teléfono? —pregunta—. ¿El de Jasper?

—Eh, sí. Steve se palpa el bolsillo del pantalón y saca su teléfono inteligente. —Sí. O sea, hemos intentado llamarlo muchísimas veces. Llamamos y llamamos. Nunca contesta. Pero bueno, aquí está. Gira la pantalla de su teléfono hacia Jane, quien teclea el número en su teléfono.

“Increíble”, dice. “Gracias”.

¿Encontraste algo?

Ella niega con la cabeza. "Lo limpió a fondo".

“Sí. Sin duda tenía intención de ir; no fue una decisión de última hora. Obviamente lo había estado planeando. Supongo”, dice, “que por eso ninguno de nosotros se preocupó por él. Quería ir, ¿sabes? Y en muchos sentidos no me sorprende, porque siempre parecía estar huyendo de algo. Siempre parecía estar mirando hacia atrás. ¿Me entiendes?”

Jane vuelve a subirse a su coche y abre la aplicación de Mapas. Según Street View, Dresden Close, donde vive Stella Madden, es un pequeño desvío que sale de una

minirotonda a las afueras de Winchester, y el número 21 es una casa pulcra de estilo ochentero con un coche rojo en la entrada y una palmera de aspecto muy saludable frente a la ventana principal.

No hay fotos de Stella Madden en internet, pero Jane puede hacerse una idea de cómo es por la alegría de su pequeño coche rojo, la felicidad de su palmera, que sin duda le hace sentir que cada día es festivo, y el hecho de que forma parte del consejo escolar de una escuela primaria a unos ochocientos metros. El coche pequeño sugiere que no tiene hijos o que sus hijos son mayores. La fachada impecable sugiere que tiene tiempo libre o que su marido es aficionado a la jardinería. En otras palabras, y según la información que se puede encontrar en Google, Stella Madden parece ser una persona normal, posiblemente incluso agradable, probablemente jubilada.

¿Qué relación tiene con Jasper? ¿Y por qué le llega su correo a casa? Solo hay una forma de averiguarlo, pero esa línea de investigación tendrá que esperar hasta mañana.



capítulo cuarenta y nueve

STUART, SIETE AÑOS ANTES

El día que iba a llevar a mi hija, Blaise, a cenar, Jessamine enfermó repentinamente. La noche anterior se agitó mucho mientras dormía y, cuando me desperté a las siete de la mañana, estaba sollozando en silencio en la cama junto a mí. «Creo que me estoy muriendo», dijo con voz susurrante de niña. «De verdad creo que sí».

Le pongo la mano en la frente, que está fría al tacto. La miro fijamente a los ojos, que están tan nublados y sin vida como cada mañana de su vida.

—Pareces estar bien —digo amablemente.

Veo un destello de rabia cruzar su rostro. —No estoy bien —sisea—. He estado despierta toda la noche. Siento como si tuviera agujas atravesándome los brazos y las piernas. Mi cabeza... —Se lleva una mano a la cabeza—. Me late con fuerza, como un mazo que sube y baja. Me arden los ojos. Y no siento los pies, Stuart. Ni siquiera los siento. La rabia se desvanece y sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo. Una cae por el lagrimal, resbalando por la nariz, y la aparta con el dedo. —¿Qué me pasa? —pregunta, con la voz dulce de una niña otra vez.

Lo que quiero decirte es que no te pasa nada. Solo intentas impedir que lleve a mi hija a cenar esta noche, pero eso no va a pasar. Ni aunque se te salieran los ojos de las órbitas y se te hicieran pedazos los pies. Nada me impedirá ver a mi niña.

"Probablemente sea una resaca terrible", digo. "¿Sabes cómo pasa a veces? ¿Sobre todo a las mujeres?"

"¡No es una puta resaca, Stuart! ¡Estoy realmente enfermo! ¡Dios mío, te lo acabo de decir, creo que me estoy muriendo!"

—Bueno, entonces —digo—. ¿Llamo a una ambulancia? O podría llevarte al hospital, pero tendrías que esperar hasta que despida a Daisy para que vaya al colegio.

Sé que no querrá ninguna de estas opciones. Le aterra la idea de ser experta en medicina, sus preguntas y las mentiras que tendría que contarles sobre su forma de vida.

—No —dice ella—. No. Solo necesito que te quedes conmigo. Cuídame.

Suspiro y me paso las manos por la cara. «Estaré aquí todo el día, Jess. Te cuidaré todo el día, te lo prometo».

"¿Y esta noche?"

—Esta noche —le explico en voz baja—, tu madre estará aquí. Puede llamarme si empeoras. Volveré enseguida. ¿De acuerdo?

—No —jadea—. No. No sabrá qué hacer. Es un caso perdido. Simplemente fingirá que no me oyó, ya sabes cómo es. Es egoísta, Stuart. No es como tú.

Suspiro de nuevo. Son las siete y diez y necesito despertar a Daisy. —Escucha —le digo, poniendo mi mano sobre su rodilla y apartando las sábanas—. Hablaremos de esto más tarde. Ahora tengo que ocuparme de Daisy. Volveré enseguida a ver cómo estás, ¿vale? Te traeré té y tostadas.

"No quiero tostadas. Estoy demasiado enferma para comer."

Asiento con comprensión. "Vuelvo enseguida".

En la cocina siento una opresión en el pecho. Sabía que esto iba a pasar, pero aún así no me he preparado para la impotencia que siento. Todo el día me pesa, los minutos que pasan sin cesar me llevan al momento en que todo va a estallar y convertirse en un caos abrasador de gritos, lágrimas y violencia física, y no puedo soportarlo. Simplemente no puedo soportarlo. Pero por ahora, tengo que preparar el almuerzo, hervir agua y llevar a mi hijo al colegio de la forma más práctica posible.

Daisy me mira desde la mesa de la cocina, donde se está maquillando, algo que no debería llevar al colegio. —¿Está fingiendo estar enferma? —pregunta.

—Bueno, sí —digo—. Quiero decir, no sé, tal vez esté enferma. Pero de cualquier manera, el momento es un poco...

"¿Sospechar?"

Asiento con la cabeza. "Sí", digo. "Quizás un poco."

No quiero que esta casa se convierta en un campo de batalla con bandos y equipos, no quiero que Daisy odie a su madre. Pero también debo reconocer que Daisy ya no es una niña pequeña, que es perspicaz, inteligente y tiene derecho a su opinión. —¿Puedo hacer una sugerencia? —pregunta.

La miro y asiento con la cabeza.

"Sal ahora mismo. En serio. No vuelvas con ella. Pon el teléfono en silencio. Sal de casa. No dejes que te afecte hoy."

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero también sé que no lo haré. «No puedo», digo, «tengo que pasear al perro».

"Sácalo a pasear ahora. Luego tráelo de vuelta. No uses el teléfono. No hables con nadie."

Asiento con la cabeza. Quiero decir, supongo que podría hacerlo. Podría pasarme por la vieja casa okupa, ver a mis viejos amigos, y luego ir temprano al pueblo a comprarle algo bonito a Blaise. Simplemente tomarme un día libre, lejos de este lugar, de esa mujer, de la vida en la que me he visto inmerso.

Le doy a Daisy su almuerzo. Se lo preparo todos los días, aunque casi nunca se lo come; siempre hay nuggets de pollo después de la escuela o un tubo de Pringles. Ella lo toma y dice: "¿Me acompañas a la estación? ¿Con Hugo?".

"Yo estaba..." Miro hacia el techo. "Dije que subiría en un minuto con su té."

"Ni siquiera se toma el maldito té. Déjenla en paz."

La idea me acelera el corazón, pero sé que en cuanto Daisy se vaya, me rendiré, me someteré, le llevaré el té, volveré a caer en la trampa y lo único que quiero hoy, lo único que quiero en el mundo, es cenar tranquilamente con Blaise. Asiento con la cabeza.

"Vale, sí", digo. "Voy a buscar mi chaqueta. Tú encárgate del perro".

Le dejo una nota a Jessamine cuando regreso para dejar a Hugo en casa.

"Me voy por hoy. Nos vemos esta noche."

Y entonces me voy.

Es como un zumbido metálico y sordo resonando todo el día en mi cabeza, la realidad de lo que he hecho. Mi teléfono está en silencio, pero sigo imaginando que vibra o emite un sonido. Tengo que resistir la tentación de sacarlo del bolsillo y mirarlo. Me dirijo a la casa okupa y me tomo un café con Drew y su novia actual. Siento una punzada de nostalgia al mirar alrededor de la cocina, antes tan familiar, al sentir los ecos de los momentos felices que pasé aquí, al ver

las sombras de la persona que era cuando vivía aquí, una persona que tenía opciones, que reía, que cantaba. Era la persona más libre que conocía. Quiero decir, solía compadecer a mi hermano por tener que ir a trabajar todos los días y volver a casa a la misma casa y ver a las mismas personas. Pensaba que eso era una prisión. Y ahora, Dios, daría cualquier cosa por esa prisión benigna. Absolutamente cualquier cosa.

—¿Cómo estás? —pregunta Drew—. Te ves... quiero decir, te ves bien, pero tal vez... ¿has bajado de peso?

Sonrío. —Probablemente —digo—. Me he metido en un lío con una mujer complicada. La vida es muy...

"¿Complicado?", sugiere la novia de Drew.

"Sí." Me río con ironía. "Sí."

Al salir, camino hacia Camden Town y deambulo un rato entre la multitud incesante de turistas con los ojos bien abiertos. Tomo el camino de sirga que bordea el canal hasta King's Cross y paseo un rato por Granary Square, que está prácticamente desierta en esta fresca mañana de febrero. Recorro las tiendas de diseñadores bohemios, buscando algo original y bonito para Blaise, y le compro un precioso anillo de acero con una rosa de cristal negro. Algo pequeño que no ocupe demasiado espacio en su mochila.

Compro un sándwich y una taza de té en una cafetería de la estación y solo entonces me atrevo a mirar el teléfono. Veintitrés llamadas perdidas. Dieciocho mensajes de texto nuevos. Numerosos mensajes de voz. Dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa y respiro hondo, intentando controlar mi corazón, pero siento que el pánico me corroe. Me aparto de él. ¡Ni hablar!, pienso. ¡Ni hablar! Este es mi día. Esto es para mí. Cuando sea anciano y mire hacia atrás en mi vida, quiero que hoy brille en mi memoria como una estrella pulida, quiero recordar este precioso día con mi única hija, esta extraordinaria joven con la que he pasado un total de menos de diez días en los diecinueve años de su vida, y quiero pensar en un hermoso paseo por Londres, el placer de entregar mi tarjeta para pagar ese anillo, el sol apenas asomándose entre las nubes mientras yo, más joven ahora en este momento de lo que jamás volveré a ser, recorro esta extraordinaria ciudad, libre, alegre y jodidamente vivo.

No, pienso para mis adentros, que te jodan, Jessamine Black. Que te jodan.

Este día es para mí.



capítulo cincuenta

Blaise me mira fijamente al otro lado de la mesa del restaurante súper moderno en el último piso del hotel Standard, donde la he traído a cenar. Lleva toda la noche con la mirada fija en los guapos camareros, y le encanta la comida. Elegí bien. Me ha contado sobre su vida, sobre el curso universitario que empezará cuando vuelva a Sídney la semana que viene, sobre su estilo de vida en Bondi: tardes en la playa, surf los domingos... Dios, ¡cómo la envidio! Intento no demostrarlo mientras habla. Ojalá tuviera diecinueve años otra vez, pienso, ser tan guapa, tan joven, tan libre. ¡Madre mía, daría un riñón!

Pero acabo de hacer justo lo que me prometí no hacer. He compartido con mi hija el desastre de mi vida.

—Quédate conmigo —dice ahora, con los ojos muy abiertos por el horror—. En serio, hay un sofá cama en mi habitación de hotel. Por favor. No vuelvas allí.

—Tengo que hacerlo —digo—. El perro necesita comer. Daisy me necesita. Todos me necesitan.

—Por favor —dice—. Lo siento mucho por ti. Vivirán sin ti. Solo por una noche.

Pero cada vez que empiezo a pensar seriamente en la idea, ¡zas!, ahí está Daisy, como un bloque de cemento caído en mi conciencia. La imagino mañana por la mañana en la cocina, llegando tarde porque nadie la despertó, saliendo sin el almuerzo que nunca come, sumida en la terrible rabia de su madre, que no me tendrá a mí para desahogarse, y por lo tanto se desquitará con ella, y niego con la cabeza y digo: «Eres tan dulce, pero no». Y luego digo: «Te prometo que para la próxima vez que te vea, habré salido de ese lío. Lo juro. Solo necesito sacar a Daisy de esa casa. Asegurarme de que esté a salvo».

Blaise me mira entonces, con una mezcla de cariño y escepticismo. "Vale, tío", dice. "Si tú lo dices".

Salimos a las 9 de la noche; tomo un taxi para llegar a casa más rápido. Mi determinación inicial se ha desvanecido y mi cabeza se llena de imágenes de Daisy lidiando con su madre borracha y desquiciada. El taxi me deja en la penumbra ocre que solo existe en el extremo sur del Valle de la Salud.

—Creo que nunca antes había dejado a nadie por aquí —dice el conductor, mirando a su alrededor—. Ni siquiera sabía que la carretera llegaba tan lejos.

Pago, me bajo y observo la casa que tengo delante: el viejo jeep, todavía sin arreglar, todavía en proceso de restauración, las luces encendidas en tres ventanas, el aire a mi alrededor impregnado de una rabia creciente.

Oigo a Hugo ladrar y luego me quedo en silencio de nuevo cuando grito: "Soy yo, colega", en la oscuridad.

Saco las llaves, abro la puerta principal y la abro, y entonces la oscuridad que me ha estado persiguiendo todo el día desciende por completo con el peso y la agonía de algo pesado contra mi cráneo que hace que mi cerebro se sienta como si estuviera suelto en mi cabeza por un momento, y luego, un segundo después, desaparezco.

capítulo cincuenta y uno

JASPE

Claire puede conservar su nombre. Puede conservar su cabello y su alegría. A diferencia de las otras chicas, la tratamos casi como a una más de la familia. Come con nosotros. Ve la tele con nosotros. Nos reímos juntos con Ali G y Catherine Tate. Carga el lavavajillas después de las comidas y canta las canciones de la radio. Toca la guitarra con Jessamine y practica payasadas conmigo. En muchos sentidos, es nuestra primera verdadera au pair, pero claro, todos sabemos que no lo es, y puedo ver las ojeras, la forma en que se estremece, incluso cuando sonríe, cuando papá se acerca. Puedo ver las maquinaciones de su mente, la forma en que sus ojos recorren la habitación, buscando, lo sé, su salida de aquí. Y quiero que escape, más que nada quiero que se vaya, porque no pertenece aquí con nosotros. De verdad que no.

Dejo las puertas sin llave a propósito y la obligo con la fuerza de mi conciencia a ir a la puerta, a probar la manija, a correr. Le hago comentarios cautelosos durante el tiempo que pasamos juntos sobre el hecho de que estaría dispuesto a ayudarla. Pero ella tiene miedo, y yo tengo miedo. Todos tenemos tanto, tanto miedo todo el tiempo y no puedo soportarlo. Y lo más extraño es lo silencioso que es el monstruo que nos mantiene atrapados en esta casa. Fuma cigarrillos con una camisa desabrochada y abraza a su gata y la llama su mejor, mejor niña. Nos compra regalos y nos dice que somos hermosos. Sonríe y ríe y mira a su alrededor como si no pudiera creer los regalos que ha recibido. Este monstruo me llama "niño" y me besa la coronilla. Este monstruo le prepara un cóctel a su esposa todas las noches y coloca una cereza confitada en un palito de

madera como si fuera una obra de arte. Este monstruo se sienta en el seno de su familia irradiando calma y amor.

Pero todo es una ilusión, un juego de magia, un truco de ilusionismo, como los que hago cuando interpreto a Patch el Payaso. Porque por muy tranquilos y pacíficos que seamos, por mucho que nos riamos de Catherine Tate, todos sabemos, absolutamente todos los que vivimos en esta casa maldita y terrible, que él podría matarnos en un instante.

Y ninguno de nosotros quiere morir.

Al cabo de un tiempo, algo cambia, y llevan a Claire abajo, al estudio de papá. No la vuelvo a ver hasta casi un año después, pero la oigo. Todo el tiempo. Igual que a las demás chicas.

Y entonces, en algún momento, oigo algo nuevo: un ruido que nunca antes había oído, un ruido que me hace darme cuenta de que todo esto ha llegado demasiado lejos, que tengo que hacer algo, y entonces al día siguiente, cuando el monstruo está en el trabajo y mamá está en las tiendas, cojo un cuchillo diminuto del fondo de un cajón de la cocina, uno que estoy segura de que nadie notará que falta, y me lo meto en la manga.

Creo que encontraré la manera de hacérselo llegar.

capítulo cincuenta y dos

A la mañana siguiente, Jane introduce en su aplicación la ruta a Dresden Close. Si sale de casa ahora, tardará una hora y cuarenta minutos, y debería estar de vuelta en casa con los perros en cuatro horas si no se entretiene demasiado.

Se pone unos vaqueros elegantes y un jersey de cachemir rosa; busca un aspecto inofensivo. Hoy no lleva pintalabios rojo, solo un toque de color melocotón, y el pelo recogido en un moño. De camino, se detiene en casa de Helen Yaxley para recoger la fotografía que Daisy había dejado en su maleta y la guarda en una carpeta de plástico junto al trozo de papel con membrete que encontró en la caravana de Jasper, la foto de perfil de Patch el Payaso y las fotografías del cartel del circo que había impreso.

Noventa minutos después, al girar hacia Dresden Close, divisa la palmera en forma de abanico —es bastante llamativa— y respira aliviada al ver el reluciente coche rojo aparcado en la entrada. Recoge su pequeño maletín y su bolso, se mira en el retrovisor y sale del coche.

Una mujer, que se parece tanto a la mujer que Jane había imaginado en su mente que casi la deja sin aliento, abre la puerta que cuelga de una cadena.

"¿Hola?"

“Oh, hola, ¿busco a Stella Madden?”

"Sí."

“Disculpe que la moleste. Me llamo Jane Trevally y soy...” Hace una breve pausa. “Estoy investigando la desaparición de una niña en Dorset y me preguntaba si podría hacerle algunas preguntas. No se preocupe, se lo prometo.”

“No lo entiendo. ¿Qué voy a saber yo de una chica desaparecida en Dorset?”

“Buena pregunta. Es posible que no sepas nada. Simplemente, ayer, mientras buscaba pruebas, encontré un trozo de papel, parte de una carta, y por alguna razón, esa carta tenía tu nombre y dirección. Había sido enviada a tu nombre.”

Jane ve que Stella abre mucho los ojos. "O sea, Dios mío", dice, "no. No se me ocurre nadie que usaría mi dirección así, aparte de... ¿No te refieres a Jasper, verdad? ¿Jasper Black?"

Jane se sonroja de alegría y triunfo. "¡Sí!", dice. "¡Sí! ¡Es justo a quien estoy buscando!"

—Oh —dice Stella en voz baja—. Ya veo. —Se produce una larga pausa y entonces Jane ve cómo se retira el candado de cadena y la puerta se abre. Allí está Stella Madden, con pantalones de pana rojos, un jersey de cuello alto negro y calcetines negros—. Pasa —dice—. Pasa.

La acompaña hasta el salón, la sienta en un sofá de fieltro gris, le trae agua y le presenta a su gata, Mabel.

—Entonces —dice Stella, recogiéndose el pelo en una coleta baja—, ¿qué necesitas saber? ¿Sobre Jasper?

—Bueno, todo —dice Jane con una risa seca—. Lo único que sé es que vivía con su familia en Hampstead, desapareció cuando era joven y ahora trabaja para el Circo Martello como payaso con el nombre de Patch.

Stella asiente. —Así es. Sí. Excepto por el pequeño lapso intermedio. Que fue cuando lo conocí. —Hace una pausa y suspira—. Fue nuestro inquilino. Durante aproximadamente un año y medio.

"¿Aquí?"

Sí. Aquí. Nuestro hijo se acababa de mudar con su novia; habían comprado un apartamento juntos y sabíamos que su habitación ya no sería necesaria, así que la redecoramos, le pusimos una pequeña cocina, construimos un baño en suite para que la otra habitación tuviera el suyo propio y la anunciamos en una aplicación. Este joven, muy educado, nos respondió, diciéndonos que acababa de irse de casa, que estaba a punto de empezar en la escuela de payasos de Winchester y que necesitaba un sitio donde alojarse unos meses. Así que le ofrecimos la habitación.

"¿Y? ¿Cómo te fue?"

"Bien. Al principio. Era reservado. Cogía el autobús para ir al colegio en Winchester. Se quedaba en su habitación. Siempre muy educado cuando nos cruzábamos. Un chico pulcro. Un poco raro. Intenté hablar con él sobre sí mismo, sobre su vida, porque, como digo, se expresaba muy bien y no era precisamente el tipo de chico que uno se imaginaría queriendo escaparse de casa para unirse al circo. Tenía curiosidad por él. Pero no era muy comunicativo. En fin..." Stella se quita un pelo de gato de los pantalones y suspira de nuevo.

“Terminaron sus clases de payaso y pensé que ya estaría bien, pero tardó mucho en encontrar trabajo, unos seis meses, y durante esos seis meses se convirtió en...” Vuelve a suspirar. Se volvió bastante sombrío y taciturno. Casi no salía de su habitación. Algunas noches esperaba a que John y yo nos hubiéramos acostado y luego se marchaba de la casa en mitad de la noche. Nunca lo oíamos regresar, pero aparecía por la mañana, y no sé, Jane, simplemente tenía un mal presentimiento sobre él. No puedo expresarlo con palabras ni explicarlo, pero sentía que algo no andaba bien. Me sentía incómoda estando en la misma habitación que él. Tenía una... aura. Se podía sentir cómo emanaba de él, como si su encanto inicial fuera una fachada que se estaba desmoronando, y debajo se escondía un niño supurante, un hombre desesperado. A menudo sentía que me odiaba.

Mientras dice esto, apoya la mano en el esternón y su voz se quiebra ligeramente. «No me sentía segura, Jane. Esa es la verdad. No me sentía segura. Y una noche, mientras estaba acostada en la cama, leí las noticias locales en mi tableta y vi la historia de una joven, no muy lejos de aquí, a la que un hombre con una máscara de payaso siguió por la noche en un parque, acosó, insultó y aterrorizó intencionadamente. Y, además, eh... se estaba masturbando».

Jane jadea, llevándose la mano a la boca sin pensarlo. "Oh, Dios mío", susurra.

“Mi marido y yo dijimos lo mismo al mismo tiempo; nos miramos y dijimos: ‘¿No lo crees?’ Así que, en realidad, fuera Jasper o no, la verdad es que no podíamos tener a alguien en casa que nos hiciera sentir así. Era impensable. Inventamos una mentira sobre que nuestro hijo había roto con su novia, había vuelto a casa y necesitaba recuperar su habitación.”

Jasper se lo tomó muy bien. Acababa de encontrar trabajo en Martello's, así que se mudó un par de semanas después, dejó su habitación en orden, nos preguntó si podíamos reenviarle el correo y se marchó. Y John y yo, cuando la puerta se cerró tras él, suspiramos aliviados, como si hubiéramos echado al diablo de casa. No puedo explicarlo. No teníamos pruebas de nada, no teníamos forma de saber nada. Pero, en el fondo, sabíamos que Jasper simplemente no estaba bien.

—¿Cómo se llamaba la chica que salía en el reportaje? —pregunta Jane—. ¿La que él acosó?

“Ay, Dios mío, no estoy segura de poder recordarlo. Fue hace tanto tiempo y era una historia tan insignificante, esto fue antes de las redes sociales, ya sabes, donde las cosas se multiplican. Pero sí recuerdo cuándo leí sobre ello porque era

el cumpleaños número setenta de mi madre al día siguiente. Mi madre nació el 12 de junio de 1938. Así que esto debió ser el 11 de junio de 2008. Y había sucedido el día antes de que saliera la noticia. O sea, el 10 de junio. Y recuerdo dónde sucedió porque fue justo al lado de la escuela a la que iba mi hijo, y donde todavía soy miembro del consejo escolar, Cherry Wood Primary. Hay un pequeño parque a la vuelta de la esquina donde a veces llevaban a los niños a hacer actividades. Todavía me estremezco cuando paso por allí, incluso hoy, solo de pensar en lo que le pasó a esa pobre niña." Su mirada se dirige a las fotos en el teléfono de Jane y suspira. "Debería haber dicho algo. Mi marido y yo deberíamos haber dicho algo. Porque lo sabíamos. Simplemente lo sabíamos."

Jane extiende la mano y cubre la de Stella con la suya. «Stella, sinceramente, hiciste lo que cualquiera habría hecho. Imagina si hubiera resultado que no era él, que hubieras enviado a la policía a interrogar a un joven inocente. Pero escucha». Mete la mano en su maletín, saca el trozo de papel roto y lo desliza por la mesa de centro hacia Stella. «Esto es lo que encontré en su caravana y que me llevó hasta ti. Claramente lo rompió al cogerlo y se llevó el resto. ¿Sabes algo al respecto?».

Stella recoge el trozo de papel y lo mira fijamente. —Bueno, sí. Le reenvié algo hace como un año. No estoy segura de qué era. Era la primera vez que recibía algo en años. Casi me había olvidado de él, ¿sabes? Casi. Y entonces ahí estaba, en mi felpudo. Jasper Black. Un recuerdo del pasado, de esos que aparecen de repente. Stella suspira y le devuelve el papel a Jane. —Entonces —dice—, ¿cuál es tu papel en todo esto? ¿Eres... oficial?

"No. Es algo totalmente extraoficial. Un detective aficionado. Simplemente tengo esta idea fija en la cabeza que no puedo quitarme de encima, y francamente, no tengo nada más que hacer."

—Sabes —dice Stella, tamborileando con el dedo sobre la abreviatura «Dr.» junto a las iniciales del remitente—. Solía decirme que iba a terapia. Por alguna razón, supuse que era un fisioterapeuta, algo relacionado con sus payasadas. Pero ahora que lo pienso...

Jane recoge el trozo de papel roto de la caravana de Jasper y vuelve a mirar los fragmentos de texto que quedan. ¿Podría ser la clínica del terapeuta que Jasper visitó en el pasado? ¿Podría ser, de hecho, una pista sobre alguien que conocía los oscuros entresijos de su mente perturbada?



capítulo cincuenta y tres

STUART, SIETE AÑOS ANTES

Me despierto en una habitación que no reconozco.

Ni siquiera estoy seguro de estar en Thornwood.

Lo primero que noto es una terrible sensación de dolor sordo y una ligera sordera en el oído izquierdo. Me lo toco y me estremezco. Está vendado. La venda llega hasta debajo de la barbilla y parece estar anudada en la nuca, donde la siento clavarse un poco. La visión de ese lado también está borrosa, como si tuviera una gasa encima. Me paso un dedo por el párpado y me estremezco de nuevo. Siento como si tuviera algo ahí dentro. Algo afilado. Me duele todo el cuerpo, como cuando tengo gripe, pero sobre todo es el lado izquierdo de la cara el que se siente roto, inhumano. Quiero verlo. Necesito un espejo. Miro alrededor de esta habitación que no reconozco y solo cuando veo la chimenea de la casa del otro lado a través de la ventana baja del buhardilla sé que sigo aquí, en Thornwood. Debo estar en la habitación cerrada con llave del ático.

Lentamente saco las piernas de debajo del fino edredón y me incorporo. La sangre se me acumula en la cabeza, nublándome la vista y provocándome un repentino dolor sordo en los senos nasales y la nuca. Me quejo en voz baja y vuelvo a mirar a mi alrededor. Una cómoda con un cuenco y una jarra, un pequeño sillón, algunos libros sobre el zócalo, una pequeña chimenea vacía, una vieja repisa de madera empotrada en la pared, pero sin espejo. Veo que alguien ha dejado tres botellas de agua de plástico en el suelo junto a mi cama y una caja de pañuelos de papel. Reconozco la marca que compro para la familia cuando hago la compra grande. Me cuesta un par de minutos reunir fuerzas para ponerme de

pie, y cuando lo consigo, me vuelvo a sentar inmediatamente, con la cabeza dando vueltas y las piernas débiles.

Grito. "¿Hola?"

Mi voz es un débil susurro. Abro una botella de agua, doy un trago y luego intento llamar de nuevo. "¡Hola!"

La casa parece silenciosa, vacía. Me levanto y esta vez me mantengo en pie. Voy a la puerta y levanto el pestillo antiguo, tiro de ella hacia mí, tiro otra vez. Está cerrada por fuera. Golpeo la puerta con los puños y grito más fuerte. Cada vez más fuerte. Mi voz se ha encontrado.

Un instante después oigo pasos suaves y lentos en unas escaleras de madera. Luego oigo un chasquido, y un rostro delgado y aterrador aparece en una rendija de la puerta, seguido de dos pequeñas manos que empuñan un cuchillo.

Entonces oigo las palabras: “Stuart, aléjate de la puerta y vuelve a la cama, ahora mismo, o te corto la otra maldita oreja. ¿Entendido?”

capítulo cincuenta y cuatro

Jane regresa de su visita a Stella Madden dos horas después y saca a los perros directamente a pasear. Mientras corren delante de ella entre los oscuros montículos de campanillas azules marchitas, usa su teléfono para buscar al misterioso terapeuta del que solo tiene cinco letras y seis números. Tampoco tiene idea de qué tipo de terapeuta está buscando. Pero busca en Google todas las combinaciones posibles de letras para formar palabras, apellidos, nombres de calles, cualquier cosa, y añade la palabra "terapeuta" a todas ellas. Está casi segura de que es Dover Street en Mayfair, pero es el apellido del doctor lo que se le escapa. Dr. "Tw" algo. Ha probado Twining, Twigg, Tweedy, y nada. Los perros han empezado a correr en círculos a su alrededor mientras se acercan al arroyo más allá del bosque, y ella sabe que esperan que les tire palos. Encuentra un puñado y los lanza uno por uno al aire hasta que las cuatro colas meneantes desaparecen momentáneamente bajo una hondonada, que aprovecha para volver a buscar antes de que regresen. Para cuando llegan al arroyo, ya ha lanzado palos unas treinta veces y los perros jadean, listos para un breve descanso.

Aquí hay un pequeño banco; su abuelo lo había colocado para su abuela, para quien este era su lugar favorito. El banco ahora está verde, un poco resbaladizo, y Jane se baja el impermeable antes de sentarse. Qué bonito sería, piensa, si alguien pudiera limpiarlo con agua a presión, darle un poco de cariño, devolverle el esplendor de los sueños de su abuelo, y por primera vez siente que la responsabilidad de este trabajo recae sobre el posible próximo dueño de Rosebery, en lugar de sobre ella.

Mientras los perros corretean sobre las piedras frescas y húmedas del arroyo, ella busca en Google "apellidos que empiezan por Tw". Y ahí está.

Girar.

El Dr. Anthony Twist, para ser precisos, de 26 Dover Street, Londres, W1.

Según la IA de Google, el Dr. Anthony Twist es un reconocido psicoterapeuta londinense especializado en la práctica de la EMDR.

Jane busca inmediatamente en Google qué es EMDR y descubre que significa "desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares" y que es una terapia diseñada para ayudar a las personas a procesar recuerdos traumáticos y reducir su angustia emocional.

Entra en la página web del Dr. Twist y ve que trabaja en un entorno muy selecto, justo el tipo de ambiente al que Tony y el vizconde le habían permitido acostumbrarse durante sus años de matrimonio. Plantas, sofás, una recepcionista sonriente detrás de un escritorio de nogal.

¿Y ahora qué?, se pregunta. El Dr. Twist estará sujeto al secreto profesional; no podrá contarle nada sobre sus sesiones con Jasper Black. Pero ¿quizás podría encontrar otra manera de acceder a él? Seamos realistas, piensa, ya tiene suficientes recuerdos traumáticos con los que lidiar; está dañada y angustiada; le vendría bien la terapia EMDR, está segura.

Va a la página de contacto, encuentra el número de teléfono de la clínica del Dr. Twist y lo marca. Cinco minutos después, tiene cita para las 10 de la mañana del miércoles. La primera consulta le costará 250 libras, pero deja de lado la incomodidad. Es una sesión de bótox, piensa. Puede vivir sin bótox unos meses más. Al fin y al cabo, nadie se dará cuenta.

Apaga la pantalla y guarda el teléfono en el bolsillo. "Vamos, chicos", dice, "volvamos y que os vacíen con la manguera".

Jane cena sopa de lentejas y se toma una copa de prosecco que Shannon había dejado al fondo de una botella en la nevera. Está casi sin gas y demasiado dulce, pero le proporciona el alivio que busca antes de poder afrontar el final del día. Los chicos la siguen hasta la cama y se sientan en sus sitios habituales, Reggie en su propia cama a un lado, suspirando profundamente. Apenas son las nueve de la noche y todavía hay luz en esta época del año, pero no soporta seguir viviendo en la penumbra de la cocina o del salón. Abre el último mensaje de Dexter en WhatsApp y empieza a escribir:

Hola, guapa. ¿Adivina qué? Jasper es un exhibicionista asqueroso. También se escapó del circo y nadie sabe dónde está. El circo estaba en —¿adivina dónde?— cuando desapareció: ¡Little Belmont! Última teoría: Daisy vino de Londres para encontrarse con él. PERO... Daisy, POR SUPUESTO, cree que Jasper es su tío. Hay una gran posibilidad, según otras fuentes, de que NO lo sea. El ex de Jessamine, el actor quesero, dice que ella le contó que era

infértil. En otras palabras, Daisy podría haber sido engañada para encontrarse con su tío Jasper, que puede que ni siquiera sea su tío, pero que, al parecer, es un pervertido y un individuo increíblemente perturbado, posiblemente peligroso. En fin... Vuelvo a la ciudad el miércoles por un día. ¿Quieres que nos veamos?

Dexter responde de inmediato.

OMGOMGOMGYES.



capítulo cincuenta y cinco

STUART, SIETE AÑOS ANTES

Por lo visto, Jessamine no se arrancó la oreja entera. Solo un "trozo".

—No lo hice a propósito —dice ahora, sentada al borde de la cama, retorciendo un pañuelo entre sus delgados dedos—. Fue un accidente.

—Un accidente —digo con un suspiro—. Claro.

"No. De verdad. Solo quería asustarte. Hacerte daño. No quería lastimarte. Fue horrible. Realmente horrible. Había sangre por todas partes, Stuart. Literalmente por todas partes. Tuvimos que limpiarlo todo."

Cierro los ojos y niego con la cabeza, solo una vez. —Jess —digo—, creo que tal vez necesito ir al hospital.

Ella niega con la cabeza con firmeza. "No. Está bien. Mamá me lo cosió. Está bien."

"No me siento bien, Jessamine. Me siento lejos de estar bien."

Mi mano se dirige a las vendas, y ella la aparta de un manotazo. «Déjala», dice. «Mamá ha hecho un trabajo estupendo. Deja que cicatrice».

La miro con expresión suplicante. —Jessamine —digo—, esto es una locura, ¿lo sabes? O sea, ¿qué es esta habitación? ¿Es la que tiene el armario grande que bloquea la puerta?

Ella asiente. "Es la antigua habitación de las chicas niñeras. La cerramos después de que se fue la última."

Siento un rayo de oscuridad atravesarme. "¿Por qué?"

Se encoge de hombros y vuelve a jugar con el pañuelo. "No lo sé. No fue idea mía".

“Entonces, intentas cortarme la oreja, dejarme inconsciente, coserme en casa, y luego... ¿qué?... decides abrir una extraña habitación bloqueada y encerrarme dentro desde afuera. Jessamine. ¿Qué demonios?”

Ella resopla y niega con la cabeza. «Lo haces sonar tan raro», dice. «No fue así. Me puse histérica, te lastimé sin querer, mamá dijo que no te llevara al hospital porque, ya sabes, había preguntas, así que te cuidó. Fue como un ángel, la verdad, y luego decidimos traerte aquí para que tuvieras tu propio espacio para recuperarte. Sé que soy un poco traviesa, y sé que compartir la cama conmigo puede ser un fastidio, así que decidimos darte tu propio espacio. Así que ahora es tuyo. La habitación de Stuart. Solo para ti. ¿Qué te parece?»

Suspiro. No tiene sentido lo que dice, pero claro, Jessamine nunca lo tiene. —¿Qué hora es? —pregunto.

Son las diez, más o menos. Llevas casi treinta y seis horas dormido.

“¿Así que fue la noche anterior, cuando llegué a casa? ¿Cuando me atacaste?”

Ella niega con la cabeza y aprieta los labios. “Sí. Si quieres decirlo así”.

“¿Y Daisy, ella ha estado saliendo bien? ¿Ha ido a la escuela?”

“Sí, la he estado despidiendo.”

Me doy cuenta de que Jessamine no tiene resaca, y esto, sumado al hecho de que se levanta con Daisy por las mañanas, sugiere que no ha estado bebiendo. ¿Podría ser el comienzo de una nueva era?, me pregunto. ¿Será que hemos tocado fondo y ahora estamos intentando salir a flote?

Le dedico una sonrisa a Jessamine. —Bien —digo—. Gracias. Ahora voy a ducharme. Me huelo bien.

—No —dice, apartándome suavemente el hombro con la palma de la mano —. No te muevas. Te voy a lavar. Déjame. Por favor. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo que pasó.

Sus ojos son grandes y dulces.

Qué pasó.

¿Qué pasó? Cené con mi querida Blaise. Llegué a casa. ¡Zas! Treinta y seis horas después. Aquí estoy. Jessamine está sobria. Casi arrepentida. ¿Debería hacer algo? ¿O simplemente rendirme? Estoy cansada. Me duele. Me gusta la idea de que alguien me cuide. Por una vez.

“De acuerdo”, digo. “Eso estaría bien”.

Ella sonríe y me aprieta la muñeca. “Vuelvo enseguida. También te traeré algo rico para comer”.

Entonces se levanta y sale de la habitación, y cuando la puerta se cierra tras ella, la oigo girar la llave en la cerradura.

Cuando cierro los ojos, recuerdo el destello del pequeño cuchillo en la mano de Jessamine, sus duras palabras entre labios apretados: «Te cortaré la otra maldita oreja». Intento borrar la imagen, las palabras de mi mente. Intento descansar. Pero entonces pienso en la niñera, aquella cuya partida había dejado vacía toda la habitación. El ambiente aquí se siente viciado. Se siente profanado.

Jessamine regresa.

"¿Por qué cerraste la puerta con llave?"

"¿Lo hice?"

"Sí. Sabes que lo hiciste."

Agita las manos vagamente y luego se entretiene sumergiendo paños suaves en el recipiente con agua caliente y jabón que había traído consigo.

"¿Y el cuchillo? ¿Qué pasaba con el cuchillo?"

"¿Qué cuchillo?"

"La que tenías en la mano cuando viniste antes. Cuando amenazaste con cortarme la otra oreja."

"Oh, no seas tonto. Solo estaba bromeando. Era solo un maldito cuchillo de mantequilla."

Ella escurre la toallita y luego me ayuda a quitarme la camiseta. «Oh», dice. «El hermoso pecho de Stuart. Hace tiempo que no veía tu hermoso pecho».

Es cierto. No hemos tenido relaciones sexuales en meses. Últimamente siempre estoy vestido cuando estoy con ella.

"¡Brazos en alto!", dice ella.

Hago lo que me dicen. Estoy tan cansado. Dejo que me limpie las axilas, detrás de las vendas, la nuca. Me bajo los calzoncillos y dejo que me limpie el pene. No respondo a su tacto. Simplemente se siente bien. Mete los pies en el cuenco y también los limpia. Miro fijamente la parte superior de su cabeza, su raya grasienta, las puntas de sus orejas, las clavículas huesudas en la parte superior de su suéter holgado. Siento una oleada de afecto por ella, por esta mujer luchadora, estúpida y rota. Extiendo una mano para tocar su coronilla y le doy un suave apretón.

—Gracias —digo.

capítulo cincuenta y seis

Llevo cuatro días encerrada en esta habitación y ya no aguanto más el silencio. Quiero salir a caminar, pasar el rato con Daisy en la cocina, cocinar algo rico, ir a tomar una pinta al pueblo con Hugo. Quiero ver la tele.

A Jessamine le gusta tenerme aquí arriba, atrapado tras una puerta cerrada con llave, pero estoy trabajando en ello.

—Sabes —digo—, deberíamos salir a cenar. Tú y yo. Nunca lo hemos hecho.

Me mira de reojo. "No creo que debas salir. Todavía no. Aún no estás bien".

Estoy muy mal. Me palpita y me arde la oreja. Annie me la ha vendado un par de veces, pero creo que necesito antibióticos. Quiero ver a mi médico de cabecera. Ya sé qué voy a decir, cómo lo voy a decir, cómo voy a esquivar el inevitable "¿por qué no fuiste directamente al hospital?". Solo necesito solucionarlo. Necesito hablar con Blaise. Necesito asegurarme de que ha vuelto bien a Australia. El cumpleaños de mi hermano es la semana que viene. Necesito mandarle una tarjeta, llamarle ese día, como siempre hago. Necesito empezar a preparar el jardín para la primavera. Necesito comprobar que Daisy tenga suficientes uniformes limpios, que haya suficiente comida decente en la nevera. Quiero lavarme el pelo, afeitarme. Pero Jessamine está nerviosa, su sobriedad la está matando. Tiembla. Está deprimida. Triste. No tiene cambios de humor bruscos, solo una línea plana.

Tengo que salir de esta maldita habitación.

—Me siento mucho mejor —digo—. De verdad. Solo quiero volver a la normalidad. Y quiero pasar tiempo de calidad contigo. Le dedico una sonrisa esperanzadora. Es completamente falsa. No existe el «tiempo de calidad» con Jessamine. Cualquier momento que paso con ella es tenso, frágil, frustrante, exasperante, aterrador, deprimente.

"No quiero salir a cenar si no puedo tomar una copa. Y no puedo tomar una copa. Así que ahí se va la cosa." Hace un ruido de resoplido y se encoge de

hombros.

—Bueno —digo—, entonces, un paseo. Por el pueblo. O podría intentar arrancar el coche de tu madre; podríamos dar una vuelta. Quizás por el campo. Es que tú y yo, creo que nos hemos estancado. Nos hemos quedado estancados. Olvidamos lo bien que nos llevamos. ¿Te acuerdas —digo, tomando una de sus manos secas entre las mías— de cuando nos conocimos? ¿Cuando nos reíamos? ¿Cuando hacíamos el amor todo el tiempo? ¿Cuando disfrutábamos de verdad el uno del otro? ¿Te acuerdas?

Es una horrible exageración de la verdad. Estábamos borrachos todo el tiempo; teníamos mucho sexo, pero era raro y sin sentido. Jessamine me guiaba a través de una especie de letanía cuasi BDSM de posiciones extrañas e instrucciones escénicas que nunca parecía que ella disfrutara realmente, sino que disfrutaba fingiendo disfrutar.

Veo cómo su rostro se suaviza; una risita nerviosa brota de sus labios. "Parece que fue hace mucho tiempo".

—Sí —digo—. Fue hace mucho tiempo.

"¿Pero cómo sabré que no volverás a hacer lo que hiciste?"

"¿Qué hice?"

"Sí. ¿Cómo sabré que no me dejarás así?"

"¿Como...? ¿Te refieres a cenar con mi hija?"

La dulzura desaparece de su rostro y este se contrae de nuevo. «No solo cenaste con tu hija. ¡Desapareciste! ¡Todo el día! ¡No contestaste mis mensajes! ¡Mis llamadas! Literalmente me abandonaste, Stuart. Fue uno de los peores días de mi vida. O sea, sé que no debería haber hecho lo que hice —señala mi oído—, pero podría haber sido peor. Podría haber muerto. Lo pensé, ¿sabes? De verdad que sí. Pregúntale a mamá. Tuvo que sacarme el cuchillo de la mano».

Aprieta la mandíbula al decir esto. Me resisto a preguntarle si su madre le devolvió el cuchillo cuando regresé a casa. En cambio, suspiro y digo: «Lo siento. De verdad. Pero sentí que no tenía otra opción. Me sentía atrapada, y, sabes, Jessamine, no puedo estar atrapada. Soy un espíritu libre. No puedes retenerme aquí a tu antojo. Necesito ser libre para ir y venir». Le dedico una sonrisa esperanzadora.

"Puedes entrar y salir cuando quieras."

—Bien —digo—. Entonces, por favor, déjame salir de esta habitación, cariño.

Ella resopla y dice: "Solo cerré la puerta con llave para protegerte. Eras un desastre. No sabía lo que podías hacer".

Tengo la boca seca por la anticipación de los próximos movimientos de Jessamine. No parpadeo. Trago saliva seca y el sonido del trago parece resonar por toda la habitación.

Inclina ligeramente la cabeza y apoya la mano en mi antebrazo. «Bueno, te hemos echado de menos. La casa está un poco desordenada. He hecho lo que he podido. Pero ya sabes lo inútil que soy. Lo inútiles que somos todos». Ahí está de nuevo esa risita infantil tan inquietante.

Me río en respuesta. "Lo sé", digo. "Dios bendiga a mis hijas".

Si me estuvieras observando, jamás lo adivinarías. Jamás adivinarías el miedo intenso que sentía en el estómago, la punzada de disfunción y oscuridad que recorría cada palabra de nuestra conversación. Jamás adivinarías que la dulce y extraña mujer que reía en mi cama intentó matarme hace cuatro noches. Jamás adivinarías que me mantuvo encerrado aquí, en esta habitación secreta, como a un prisionero. Jamás lo adivinarías.

Es una escena espantosa, pero es lo único a lo que puedo aferrarme.

Mantente dulce.

Sé amable.

Y de alguna manera, me prometo a mí mismo, escapar de aquí sin que nadie muera en el intento.

Durante los primeros días después de que Jessamine me deja salir de la habitación en la parte de arriba de la casa, juego con precaución. Uso el tiempo para limpiarme, reajustarme, reencontrarme conmigo misma. Daisy me mira un par de veces, pero la aparto con un leve movimiento de cabeza. No, digo en silencio, ahora no. Por ahora, sigamos con la rutina, minuto a minuto, día a día. Ella me devuelve la mirada con un asentimiento cómplice, y ambas seguimos con lo nuestro. Pero hay cosas que me rondan la cabeza constantemente. Esa habitación, allá arriba, con la cerradura por fuera. El cuchillo cortándome la oreja. El misterio que rodea al exmarido de Annie. La niñera. La máscara de payaso. El gato muerto. Todo. Dios mío.

Esa primera noche, Jessamine me devuelve el teléfono y veo que ha borrado todos los mensajes anteriores al día en que cené con Blaise. Voy a enviarle un mensaje a Blaise, pero no encuentro su nombre en mis contactos. Miro a Jessamine, que está sentada frente a mí en la mesa de la cocina, y le digo: «Jess, ¿qué hiciste con el número de Blaise?».

Ella se encoge de hombros.

“No, en serio. ¿Lo borraste?”

Revisé mi teléfono buscando otros contactos: mi hijo, mi hermano, mis sobrinos, la madre de Blaise, la madre de mi hijo. Todos desaparecidos. Todos. Sentí una furia creciente en mi interior, pero la contuve. En cambio, respiré hondo y exhalé lentamente por la nariz antes de decir: "¿Jessamine? ¿En serio? ¿Mi familia? ¿Mis hijos? ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué?".

Ella juguetea con el borde del mantel y aspira el aire. —Estaba borracha —dice—. Lo siento.

"¿Lo siento?"

Sí. Fue esa primera noche. Cuando estaba tan, tan enfadada, Stuart. Tan enfadada. O sea, lo siento por lo que hice, pero no deberías haber hecho lo que hiciste. Deberías haberme dicho adónde ibas, deberías haber contestado mis llamadas, respondido a mis mensajes. O sea, en parte fue culpa tuya, Stuart, y sé que yo también tuve mi parte de culpa. Pero en realidad, tú también la tuya.

Suspiro profundamente. Puedo recuperar los números de teléfono, pero me llevará tiempo y esfuerzo, y ahora mismo lo único que quiero es ponerme en contacto con Blaise. Debe de estar preocupada por mí. Así que no busco pelea. Cedo. —Iré al pueblo —digo—. Compraré algo para cenar. ¿Qué te apetece?

Ella se estremece. "Iré contigo".

—No hay problema —digo—. Puedo ir sola.

—Pero... —Su voz es aguda y seca—. ¿Cómo sé que volverás?

“Volví la última vez, ¿no?”

"Eventualmente."

“Al final. Pero volví. Tienes que confiar en mí.”

—Llámame —dice— cuando llegues a las tiendas. Mándame una foto tuya allí. Y si no vuelves en media hora, Stuart, no te prometo que no haré alguna tontería.

“Vuelvo en media hora, ¿vale? Y te mando una foto mía en el supermercado. ¿De acuerdo?”

Ella asiente y aprieta los labios. —Pero, Stuart —dice—, confío en ti. Por favor, no me decepciones...

El calor del sol de principios de primavera en mi piel mientras balanceo mi bolsa reutilizable vacía me llena de euforia. Ver a gente normal haciendo su vida

normal, oír a niños gritar en el patio del colegio, paseadores de perros, furgonetas de reparto de Amazon, flores frescas en la acera frente a la floristería, una pequeña cola frente a la panadería francesa, todo me llena el corazón de alegría. Me aseguro de mandarle a Jessamine una foto mía en el supermercado. Incluso sonrío. Tranquila, tranquila. Estoy tan metida en esto que no puedo salir de golpe. Poco a poco. Momento a momento. Pero saldré.

Daisy sonríe radiante cuando me ve en el fregadero de la cocina al llegar a casa del colegio esa tarde. «¡Has vuelto!», dice, y me choca el puño en señal de celebración.

—Sí —digo—, y estoy haciendo lasaña.

"¡Oh, Dios mío!", dice dramáticamente. "Gracias a Dios".

"¿Qué tal la escuela?"

—Bien —dice, arrancando uvas del racimo fresco que le he puesto en un cuenco—. Ya sabes. Está bien.

"¿Qué pasó con esa chica que te estaba dando problemas, Tamara?"

"Tamika. Sí. Sigue siendo una pesada, pero está bien. La tengo bajo control. Y hay un chico..."

Veo un rubor inusual que recorre su tez pálida y una leve sonrisa asoma en sus labios.

"¿Oh sí?"

"Sí. Jackson."

"¿Y cuántos años tiene Jackson?"

"Tiene la misma edad que yo."

La miro con una ceja arqueada. "No se lo digas a tu madre".

¡Ni hablar! Y de todas formas, no es que esté pasando nada. Solo estamos charlando. Es simpático, eso es todo. Se queda de pie observándome mientras seco una jarra medidora con un paño de cocina. —¿Qué tal Blaise? —pregunta, mordiéndose ligeramente el labio.

Me giro y le sonrío. «Estuvo genial. Fue increíble. Pasamos una noche maravillosa. Pero tu madre borró su número de mi teléfono, así que no he podido escribirle».

Daisy saca el teléfono del bolsillo y me mira por encima de él. "¿Blaise Tucker?", pregunta.

—No —digo—. Drummond. Lleva el apellido de su madre.

"¿Blaise con S?"

Asiento con la cabeza.

Ella toca su teléfono.

Un momento después, ella lo gira hacia mí. "¿Es ella?"

Sí, lo es. Es mi chica, sonriendo y riendo por todo el mundo, con esos dientes blancos y grandes, esa carita dulce y abierta. Asiento de nuevo. «Es ella».

Daisy me pasa su teléfono y me dice: "Envíale un mensaje".

Le quito el teléfono y escribo un mensaje:

Cariño, soy papá. Perdí todos mis contactos. ¿Me puedes mandar tu número? Esta es la cuenta de Daisy, con quien vivo. Gracias, cariño. Me vendría genial tener también el número de tu hermano. Y el de tu mamá. Te quiero, papá.

Pulso enviar y luego vuelvo a la cuenta de Blaise. Su última publicación es una serie de diez fotos, cada una tomada en una parte diferente de Londres, y ahí estamos ella y yo en la última, abrazadas, sonriendo a la cámara del móvil en nuestra mesa del Standard. Me veo tan feliz, tan relajada. Le doy la vuelta para enseñársela a Daisy. «Mira», le digo, «así somos nosotras la noche que empezamos nuestra relación».

Daisy mira la imagen pensativa. “Es muy guapa. Te ves muy feliz”.

“Sí. Correcto en ambos casos.”

—Lo siento mucho —dice, quitándome el teléfono—. Por lo que pasó. Siento que fue mi culpa por haberte dicho que te fueras.

—No —digo—. No, no fue culpa tuya. Era lo correcto. Me alegro de haber ido. Y la única culpable de lo que me pasó es tu madre. ¿De acuerdo?

Daisy asiente, jugueteando con sus uñas en su regazo. De repente, levanta la vista hacia mí y dice: «Prométeme que no nos dejarás, Stuart. Por favor. Sé que esto es una pesadilla. Sé que mamá está furiosa y la abuela es una bruja. Sé lo horrible que es todo, pero por favor, por favor, no te vayas. No sé qué haría sin ti».

Miro a Daisy directamente a los ojos y sonrío. «Me quedaré aquí hasta que cumplas dieciocho, ¿de acuerdo? Me quedaré aquí hasta que estés lista para volar».

Cinco años y medio, pienso. En cinco años y medio, solo tendré cuarenta y seis. Todavía tendré gasolina en el tanque. Todavía tendré dinero en el banco, un brillo en los ojos. Podría empezar de nuevo. Quizás incluso en un lugar nuevo. ¿Ámsterdam? ¿Edimburgo? ¿Quizás incluso establecerme en Australia para estar más cerca de Blaise? Si hay algo que mis años en esta casa manchada me han enseñado, es la belleza de todo, de absolutamente todo. Que te corten las alas te

hace ver el mundo de otra manera, te muestra lo extraordinario de las vidas normales.

Daisy asiente. —Gracias —dice—. Gracias.

capítulo cincuenta y siete

Jane le sonríe a Helen Yaxley, que está a medio camino de lavar a sus perros con la manguera frente a su casa.

—Jane —dice Helen, apuntando la manguera hacia la grava y luego cerrándola en la pared—. Me alegra verte. ¿Cómo estás?

"Oh, fabuloso. Sí. Todo bien. Solo que, ya sabes, sigo dando vueltas tratando de encontrar a tu ex huésped Rose White. Que, resulta, en realidad se llama Daisy Black."

"¡Caramba, ¿en serio? Parece que has estado haciendo un trabajo excelente."

Curiosamente, resulta que podría haber venido a ver a su tío. Trabaja como... ¡ja! Es bastante gracioso, la verdad... trabaja como payaso en el circo. Quiero decir, supongo que alguien tiene que ser payaso, y en fin, no solo ha desaparecido Daisy, sino también su tío payaso. Y Dios, podría seguir, Helen. De verdad que sí. Pero por ahora, Reggie y yo —señala al pointer alemán en el asiento del copiloto— vamos a ir al recinto donde estuvo el circo el día festivo y vamos a echar un vistazo. A ver qué encontramos. Y me preguntaba —sé que suena raro — si podría coger algo de Daisy de su maleta. ¿Algo que llevara puesto? ¿Suponiendo que todavía tengas sus cosas?

—Ah —dice Helen—. Claro. Quiero decir, sí, todavía tengo su maleta. Está en el garaje. ¿Y tu perro? ¿Está adiestrado, verdad?

"Bueno, sí y no. Es decir, yo no lo he entrenado, pero alguien debe haberlo hecho porque es muy bueno en eso. Olfateando."

Helen se limpia las manos en los laterales de sus vaqueros y le entrega las correas de los perros a Jane. —Dame un minuto. Vuelvo enseguida.

Los perros mojados se desploman a los pies de Jane, jadeando. No está segura de qué raza son; son una especie de cruces de caniche, uno negro y otro marrón. Helen regresa un momento después con la maleta desaliñada y se la entrega a Jane. «Disfrútala».

“Eres una estrella”, dice Jane. “Gracias”.

Abre la cremallera del estuche y se topa de nuevo con la triste colección de ropa. Acerca leggings, camisetas y sujetadores a su nariz y los huele, buscando el aroma a piel y carne. Entonces ve unas minúsculas motas blancas de desodorante seco en el borde de una copa del sujetador. «Esa es», piensa, y se la muestra a Helen. «¡La tengo!», dice, y Helen la mira con una de sus miradas, una mirada que dice: «Siempre pensé que estabas un poco loca, y ahora lo has demostrado».

“Para serte sincera, Jane, quédate con la maleta. No creo que la policía vaya a volver a buscarla y, claramente, tú le das más uso que yo.”

—Buena idea —dice Jane—. Genial.

Se la sube de nuevo y la mete en el maletero del coche. Un momento después, Helen la despide con la mano, con una expresión algo aturdida.

El campo está desierto. Cuesta creer que hace poco más de dos semanas este pequeño rincón de la campiña de Dorset estuviera repleto de coches, gente, animales y caravanas, y que allí, en medio de todo, se alzara una enorme carpa. Ahora tiene un aspecto algo deslucido, la hierba no tan exuberante como en otros lugares, pero aparte de eso, nadie diría que aquí hubo un circo.

Entra en el aparcamiento vacío y le abre la puerta a Reggie, que lleva la correa en una mano y el sujetador de Daisy en la otra. —Toma —le dice a Reggie, pasándole las tiras del sujetador por el hocico—. ¡Búscalo! ¡Búscalo!

El perro entiende la tarea e inmediatamente corre a través del campo, con el hocico pegado al suelo, recorriendo la hierba seca en franjas. Su hocico entra y sale de la maleza, del seto, y pronto cambia de dirección, llevando a Jane a través del campo hasta una zona asfaltada cuya existencia desconocía. Allí, resulta evidente de inmediato, es donde los artistas de circo guardaban sus remolques y caravanas mientras estaban en el pueblo. Hay grandes contenedores de basura en un extremo y una fila de baños en el otro.

Reggie se dirige directamente a los contenedores y comienza a olfatear frenéticamente las bases. Luego corre detrás de ellos y empieza a escarbar en el césped que hay justo detrás, donde hay una hilera de tres bancos de madera. Jane se acerca al perro. Tiene algo en la boca. Se acerca aún más y se lo quita con cuidado. Es un vaso de papel con un logotipo que Jane reconoce de la cafetería del pueblo.

En ese momento, una imagen cruza por la mente de Jane: Daisy Black, sentada allí, con una taza de café en la mano, observando desde la distancia. Desde allí habría podido ver dentro de los remolques, observar a los artistas del circo deambulando, ver, supone Jane, a su tío desaparecido Jasper y posiblemente observarlo durante un rato.

O tal vez, piensa Jane, ¿Daisy y Jasper se habían sentado aquí juntos a charlar? ¿Tal vez habían quedado de antemano en encontrarse en este banco a una hora determinada?

Sea cual sea la verdad, la taza de café demuestra que Daisy Black ha estado sin duda aquí, en el recinto del circo.

Pero, ¿dónde diablos está ahora?



capítulo cincuenta y ocho

A la mañana siguiente, en la elegante consulta del Dr. Twist en Dover Street, Jane sonríe a la señora que está detrás del mostrador de recepción de nogal —no es la misma señora que aparece en la foto de su página web, pero no del todo diferente— y dice: «Jane Trevally. Vengo a mi cita de las diez con el Dr. Twist».

La recepcionista dirige a Jane a un sofá junto a un dispensador de agua. Jane no tiene ni idea de cómo va a terminar esto. Ha investigado un poco sobre cómo sonsacar información a un profesional médico, pero no ha conseguido nada más de lo que esperaba. Es aceptable revelar los datos personales de un paciente solo si este supone un riesgo significativo para las personas o el público, o si existe un peligro inmediato para sí mismo o para los demás. Bueno, Jane está bastante segura de que Daisy Black está actualmente en un riesgo significativo y en peligro inmediato por culpa de su supuesto tío, Jasper Black, así que espera que el Dr. Twist esté dispuesto a soltar la verdad.

El Dr. Twist lleva una camisa azul celeste metida por dentro de unos vaqueros impecables y unos zapatos brogue marrones brillantes, como si hubiera buscado en Google cómo vestirse como un médico moderno, pero no lo hubiera conseguido del todo.

"¿Señorita... Sra....?"

Jane asiente.

"Señorita Trevally. Es un placer tenerla aquí hoy. ¿Le apetece algo de beber?"

"No, gracias. Estoy bien."

Se sienta detrás de un gran escritorio moderno y le sonríe. Ella no puede adivinar su edad porque tiene mucho pelo. Podría tener entre cuarenta y cinco y sesenta años. —¿Cuánto sabes sobre EMDR? —comienza.

"Bueno, para ser sincero, no mucho. Quiero decir, creo que sería un buen candidato por lo que he oído. Tuve una infancia muy difícil y he tomado todo tipo de decisiones terribles a lo largo de mi vida adulta que me han llevado a

aislarme bastante y, bueno, a sentirme muy perdido. Tengo cincuenta y cinco años y me quedan veinte buenos años, y quiero que sean increíbles. Pero a menudo soy mi peor enemigo. Necesito una reprogramación. Y creo que, posiblemente, eso es lo que usted puede ofrecerme."

Él le sonríe y se aclara la garganta. —Sí —dice—. Supongo que sí, en cierto modo. Aunque, en realidad, soy yo quien está recodificando tu trauma, no tú.

—Sí —dice Jane—, así es. Exactamente. Eso es lo que quiero. Quiero que mi trauma sea recodificado, esculpido en otra forma. Una forma mejor. Mis padres murieron con seis meses de diferencia cuando yo tenía diecinueve años, ¿sabes? Y luego mi hermano, mi único hermano, murió diez años después. Y todos eran adictos. Todos ellos. Drogas y alcohol. Y mi infancia fue lo que estoy segura de que mis padres hubieran querido llamar negligencia benigna, pero cuanto más me alejo de ella, más sé que fue simplemente negligencia, pura y simple. A mis padres no solo les gustaba tomar una o dos copas de Beaujolais al final de un largo día, les gustaba tomar una o dos copas de Beaujolais incluso antes de que el día hubiera comenzado. Apenas fui a la escuela. Mi padre solía orinar dondequiera que se encontrara en la casa. Contra las paredes, en los armarios. Mi madre apestaba. No sabía que apestaba porque estaba acostumbrada, pero oí a alguien decir que apestaba. Los servicios sociales venían todo el tiempo. Una vez me pusieron en un hogar de acogida durante Tres meses después, mis padres se portaron bien y me recuperaron; a los seis meses, mi padre volvió a orinar en los armarios. Tenía piojos todo el tiempo. Me rompí la muñeca una vez y nadie me llevó al hospital. Tenía siete años y caminé hasta el pueblo —cuatro kilómetros— para preguntarle a la amable señora de la farmacia qué debía hacer. Ella me llevó al hospital, pero ya estaba medio curado... ¡Mira...!

Le muestra la muñeca al médico, la extraña rigidez que tiene, luego retira el brazo y lo apoya en su regazo, suspirando. «Quiero decir, podría hablar y hablar y hablar; hablar de ello no es el problema. El problema es esto...» Señala su figura con gestos. «Lo que queda. Esta estúpida mujer. A quien odio.»

"¿Te odias a ti mismo?"

"Claro que sí. Tuve una infancia horrible. Luego hice la vida imposible a muchos hombres. Me gasté todo el dinero que tenía y me negué a vender la casa infernal donde mis padres me descuidaron, y ahora ando dando tumbos buscando sentido y propósito, deseando que mis padres todavía estuvieran aquí para poder gritarles y patearles las espinillas."

Jane siente cómo la sangre le sube a la piel, cómo le recorre las venas de la garganta, las manos, el corazón. «Necesito dejar de revivirlo todo. Dejar de permitir que sea la razón de todo. Borrarlo. Uf».

El doctor Twist recoloca sus piernas y se inclina ligeramente hacia ella. —Bien —dice—. Bueno, gracias, señorita Trevally...

"Jane."

"Jane, te agradezco mucho tu franqueza y tu elocuencia. Normalmente, a los pacientes que veo en esta consulta les cuesta más llegar a la raíz de sus problemas. Creo que tú ya has avanzado mucho en ese sentido."

"He estado en este camino toda mi vida. Solo necesito superar este obstáculo."

"Sí, lo entiendo. Y creo que serías un buen candidato. Así que ahora me gustaría explicarte con detalle qué hacemos aquí. Seguro que has leído algo en internet y en el paquete que mi asistente te envió por correo electrónico cuando reservaste la cita, pero creo que te será útil escucharlo de mi propia voz, con más matices, y puedo explicártelo con mayor precisión en función de lo que me acabas de contar. ¿Te parece bien?"

Jane asiente. "Por supuesto. Te escucho atentamente."

Veinte minutos después, el Dr. Twist se recuesta en su silla y mira a Jane pensativo. "¿Alguna pregunta?"

Jane rebosa energía positiva. Lo desea; lo desea todo. Desea al Dr. Twist en su cabeza, en sus ojos, blanqueándolo todo con su magia oscura, sus poderes místicos. Sacude la cabeza con entusiasmo. «No», dice. «Sin preguntas. Suena increíble. Suenas increíble. Lo quiero. Por favor. ¿Cuándo puedo tenerlo?»

Bueno, ahora mismo tengo la agenda bastante llena en esta consulta. Calculo que no tendré citas disponibles hasta finales de verano. Pero ¿podría ponerte en la lista de espera de mi consulta en Charing Cross? Es un poco más rápido: tengo más citas disponibles y podría atenderte antes. Y, obviamente, también sería mucho más económico.

—¿Te refieres a gratis? —pregunta Jane.

"Sí", dice el Dr. Twist. "Gratis".

Jane mira el reloj del escritorio del Dr. Twist y ve que solo quedan diez minutos de su cita. Acerca su silla al escritorio del médico y respira hondo.

—Me temo que hoy no he sido del todo sincera con usted, doctor. Es decir, todo lo que le he contado sobre mí y mi necesidad de terapia es cierto, y me encantaría volver a verlo, me gustaría recibir tratamiento. Pero debe saber que también estoy aquí en calidad de investigadora privada, o mejor dicho, detective privada. —Tartamudea ligeramente al pronunciar la palabra, sintiendo la misma punzada de impostura—. Estoy buscando a una chica desaparecida llamada Daisy Black. Su tío se llama Jasper Black y creo que fue paciente suyo.

Ella ve un destello de reconocimiento sombrío en los ojos de la Dra. Twist; luego saca su teléfono, que tiene precargada con la fotografía de Jasper. «Este es él. Era un poco mayor cuando lo viste, sin duda. Y escucha, sé que tienes que proteger la confidencialidad de tu paciente, pero este chico, este hombre, es potencialmente un abusador, y creo que Daisy Black corre grave peligro por su culpa».

Se detiene y mira al Dr. Twist. No tiene ni idea de lo que está pensando, de cómo se siente ante esta situación inesperada. Él asiente levemente y dice: «Ah».

Ella lo mira fijamente, esperando que él profundice en la sílaba.

—Bueno —dice finalmente—. Obviamente no tengo permitido compartir detalles personales con usted, pero sí, era mi paciente, y sí, creo que podría representar un peligro para las mujeres jóvenes.

Ella ve cómo se le hunden las mejillas mientras él parpadea lentamente. Tiene un ligero rubor, como si estuviera avergonzado.

—Dios mío —exclama Jane, inflando las mejillas con horror al comprobar que sus temores estaban plenamente fundados—. ¿Hay algo más que puedas contarme? ¿Algo que me ayude a encontrarlo? Creo que le escribiste hace aproximadamente un año.

—Sí —dice con gravedad—. Había leído una noticia en los periódicos sobre un ataque a una joven, una agresión similar a las que me contó que había estado cometiendo cuando lo conocí, y me preocupaba que tal vez sus viejos hábitos estuvieran resurgiendo. Así que le escribí de repente para ver si quería retomar su tratamiento.

—¿Y? —pregunta Jane—. ¿Lo hizo?

—No. No supe nada de él. No me sorprendió. —Hace una pausa—. Mira, no debería estar hablando contigo, pero, por otro lado, me he sentido incómodo desde que vi ese artículo. Casi, por así decirlo, estaba esperando que sucediera algo así.

Un breve y tenso silencio reina entre ellos. Ninguno se mueve, ni siquiera parece respirar. Ambos se comportan de forma inapropiada.

—¿Qué debo hacer? —pregunta Jane.

La mira con expresión de disculpa y se encoge de hombros.

"Quiero decir, ¿tienes alguna idea de dónde podría estar? ¿Dónde podría haber llevado a Daisy? ¿Mencionó alguna vez algún lugar que fuera importante para él?"

El doctor Twist niega con la cabeza. «No. Jamás. De hecho, apenas hablaba. El único lugar del que me habló fue su casa, donde creció. La describió como un infierno. Me contó que soñaba con su casa todas las noches. Soñaba que estaba allí de nuevo, atrapado».

Atrapada, piensa Jane. Igual que quienquiera que haya estado encadenado a la silla en la letrina. Y como casi lo estuvo ella cuando tenía solo veintinueve años.

Una vez más, Jane se da cuenta de que todo vuelve a esa casa, esa casa terrible e impenetrable, y sabe que, más que nada, tiene que volver a entrar.

capítulo cincuenta y nueve

Una hora después, Jane se encuentra con Dexter en su piso de Belsize Park. Él va vestido y con el pelo mojado, con una pequeña pegatina en forma de estrella que le cubre un grano en el pómulo, zapatillas deportivas, una sudadera enorme y mallas. La atrae hacia sí y la abraza con fuerza. —¿Qué tal? —pregunta mientras llena la tetera del grifo.

Jane le cuenta los detalles, pero no llega a hablar de su conversación con el Dr. Twist acerca de su infancia. Él no necesita saberlo.

—Sabes —dice—, tenemos que encontrar la manera de hablar con este tal Stuart fuera de casa. O sea, tiene que ir a la tienda, ¿no? Tiene que sacar al perro. Tiene que salir de esa maldita casa alguna vez. Así que vamos a vigilarla.

Compran bollos de azúcar y cafés grandes en la panadería sueca de Hampstead High Street y los llevan a la pequeña colina en el páramo frente a Thornwood. Hoy hace viento, nubes blancas se desplazan rápidamente por un cielo azul, señal de que pronto hará mejor tiempo, espera Jane. Jane tiene unos prismáticos y Dexter usa la cámara de su teléfono para enfocar el valle. Todo está en silencio; todo está quieto. Dexter le cuenta a Jane sobre una chica de su clase de baile del martes por la noche que se torció un músculo tan gravemente que tuvieron que operarla para recolocárselo. Jane hace una mueca y dice: «Esa es otra buena razón para no ir a clases de baile cuando podrías estar sentada en un restaurante comiendo algo rico».

Hablan del fin de semana anterior, de la fiesta que Jane había organizado para sus hijastros; cotillean un poco sobre la dinámica familiar, algunos aspectos cuestionables de la crianza, las cosas que la gente había dicho y la forma en que lo habían dicho, y algunas elecciones de moda desafortunadas.

Tras una hora y media, el fuerte viento empieza a afectar a Jane. Tiene el pelo enredado, los ojos llorosos y frío, incluso con su chaqueta acolchada. Dexter está agotado y mira fijamente vídeos de TikTok en su móvil. Jane está a punto de sugerir que se den por vencidos cuando ve algo a través de los prismáticos. Es Hugo, atado con una correa, tirando con desesperación hacia la puerta principal, seguido poco después por Stuart Tucker.

—¡Dex! —le dice a su hijastro, quien la mira y luego baja la vista hacia el valle, viendo lo mismo que ella. Se levantan rápidamente y bajan la colina hacia el camino. Cuando Stuart y Hugo doblan la esquina, los siguen a cierta distancia hasta el páramo y luego giran a la derecha, pasando los estanques, donde los patos flotan en pequeñas plataformas y el azul y el blanco del cielo se reflejan en la superficie cristalina del agua. Jane se pone las gafas de sol y una gorra de béisbol; Dexter se sube la capucha de la sudadera.

Al cabo de un rato, Stuart y el perro giran de nuevo a la derecha y se encuentran frente a East Heath Road, esperando un hueco en el tráfico para cruzar a Well Road. Los siguen por las callejuelas hacia Hampstead High Street, donde Stuart entra en el pequeño mercado cubierto junto a la oficina de correos. Jane y Dexter se sientan en un banco enfrente y observan a Stuart olfateando trozos de queso y recogiendo pequeñas bolsas de papel con productos, que guarda en una bolsa de lona al hombro. Le da un trozo de comida a Hugo y luego cruza de nuevo la calle principal y gira a la derecha hacia Flask Walk, donde entra en el pub que hay al final del callejón.

Jane y Dexter intercambian una mirada triunfal y entran tras él. Pide una pinta de cerveza y una bolsa de patatas fritas. Jane lo observa de espaldas; nunca había estado tan cerca de él. Se ve demacrado, agotado. Su ropa parece limpia, pero desgastada, descolorida, desaliñada. Su cabello también está limpio, pero largo y desaliñado, castaño claro con canas. Sus nudillos están rojos y doloridos. Tiene un viejo moretón en el pómulo. Lleva un pendiente en una oreja, pero no en la otra, y al mirarlo más de cerca, ve que su oreja izquierda está deformada, con una gran cicatriz queloide que la cubre casi por completo.

Siente —con fuerza y sorprendentemente— una punzada de preocupación maternal por este hombre delgado e indefenso. Su dolor es el de ella en un extraño, casi repugnante momento de simbiosis cinética. Su moretón es el moretón que ella siempre tuvo en alguna parte de su cuerpo cuando era niña, su oreja desfigurada es su muñeca torcida, su columna vertebral nudosa es su cuerpo infantil escuálido, demacrado por la falta de nutrición: cereales Weetabix

con agua, salchichas frías de frascos. Lo ve todo en él: abuso, abandono, desesperanza. De repente quiere protegerlo, no enfrentarlo. Ve un ligero temblor en su mano cuando toma su pinta de cerveza y la esquina de su paquete de papas fritas. Apoya suavemente una mano en el brazo de su hijastro y lo mira fijamente. «Espera», dice. «Solo espera».

Pero entonces Hugo se gira, con el hocico ligeramente levantado, y se acerca a Jane, despacio al principio, pero luego más rápido al percibir su olor. Tira de la correa, tirando de Stuart, quien derrama la cerveza de su vaso y maldice en voz baja. Hugo tira hasta llegar a los pies de Jane, quien se agacha para saludarlo.

Ella levanta la vista y ve a Stuart mirándola fijamente.

"¡Joder!", dice.

—Oh —dice—, ¡hola! Lo siento, no estaba... quiero decir... No te estamos siguiendo, solo entramos a tomar algo. —Señala a Dexter, que está detrás de ella y se está bajando lentamente la capucha de la sudadera.

—Hola —dice Dexter levantando la mano—. ¿Cómo estás?

Stuart gime y llama al perro, pero Hugo no quiere dejar a Jane, así que deja su pinta en la barra y se apoya en ella. —¿Qué les pasa a ustedes dos? —pregunta con voz cansada.

Jane se incorpora y le sonríe a Stuart. "Simplemente nos gusta Hampstead", dice.

Dexter asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Escucha —dice—, he estado curioseando un poco, sigo obsesionada con el hecho de que Hugo terminara en mi terreno, sigo obsesionada con qué demonios le pasó a la chica que desapareció, sigo teniendo tantas preguntas. Estoy preocupada por ella. Estoy preocupada por ti... —Suspira—. Simplemente estoy preocupada, eso es todo.

Entonces, ella ve un destello de algo que cruza por los ojos cansados de Stuart, algo esperanzador, pero también asustado.

Él inclina la cabeza hacia la parte trasera del pub. "Estaré sentado allí", dice, "cuando tengan sus bebidas".

Jane se sirve un vaso de agua con gas y Dexter un zumo de naranja con limonada. Los llevan a la parte trasera del pub, donde Stuart y Hugo están sentados frente a una gran chimenea. Stuart no dice nada cuando se unen a él en su mesa; simplemente los observa pensativo por encima de su vaso de cerveza. Lo apoya sobre la mesa y espera a que se acomoden.

—Hace un par de días —comienza Jane—, me di cuenta de que había habido un circo en mi pueblo por las fechas en que Daisy se alojaba en la casa de vacaciones. Tu vecina, una señora muy amable llamada Jane, nos contó que el tío de Daisy, Jasper, se había marchado de casa de joven para unirse al circo. Até cabos y ayer fui al lugar donde se celebraba el circo durante el fin de semana festivo, y mi perro encontró una taza de café usada; su olor coincidía con el de un sujetador de Daisy que llevaba en la maleta, lo que me hace pensar que ella estaba allí, en el recinto del circo, buscándolo, sin duda. ¿Qué sabes de él? ¿Y de Jasper?

Stuart suspira profundamente. “Literalmente nada. Nadie me habla de él. Solo sé que se escapó de casa cuando tenía diecisiete años”.

—Vale —continúa Jane—. Bueno, como sabes, he estado investigando y tengo un montón de información, suficiente para marearme. Sé que Jessamine probablemente no sea la madre de Daisy, lo que significa que Jasper no es su tío, lo que significa que Daisy probablemente esté con un hombre mayor que no es pariente suyo y que posiblemente tenga antecedentes de maltrato, incluso de violación. Deja un breve silencio para que Stuart asimile la información y luego continúa: —Tengo que ir a la policía ahora mismo. ¿De acuerdo? Y ellos vendrán a verte y tendrás que responder a sus preguntas. Tienes que denunciar su desaparición, Stuart, y tienes que hacerlo ahora mismo.

Stuart se limpia la boca con fuerza con el dorso de la mano. Sus ojos recorren la habitación. «No es tan sencillo», dice. «Ojalá lo fuera. Pero no lo es. La familia de Daisy es complicada. Dejar que la policía entre en su mundo... surgirían preguntas... No. No puede pasar», dice. «No puede pasar».

Este hombre destrozado, con la mirada perdida, piensa Jane, este hombre que bebe solo en los bares, este hombre atrapado en una casa llena de secretos, ¿por qué siente la necesidad de proteger a las mujeres de esa casa? ¿Qué poder tienen sobre él? ¿Por qué antepone a Jessamine y a su madre a una adolescente vulnerable?

Jane lo mira fijamente. "¿Qué le pasó a tu oreja, Stuart?"

Parpadea. “Fue un pequeño accidente. Debería haber ido al hospital para que me lo cosieran, pero no lo hice. Cicatrizó mal, pero no es ni de lejos tan grave como parece, de verdad.”

Jane asiente. Intuye que hay una historia más profunda detrás de su oreja deformada, pero no va a presionarlo. Se sentará en silencio, lo observará beber su cerveza y esperará hasta que se sienta preparado para abrirse a ella. A diferencia

de la impresión inicial que Jane tenía de Stuart Tucker, él, se da cuenta, está desesperado por tener con quién hablar.

Pero antes de que pueda empezar, suena su teléfono. Echa un vistazo a la pantalla y Jane lo oye suspirar.

—¿Qué fue eso? —pregunta ella.

—Nada. —Suspira de nuevo, pasándose la mano por la cara—. Solo mi compañero. Preguntándose dónde estoy.

"¿Jazmín?"

—Sí. Jessamine. —Se endereza de repente y mira fijamente a Jane—. Vale. Escucha. Tienes razón: en mi casa están pasando cosas muy feas. Hay cosas realmente graves... —Su voz se quiebra un poco, y Jane se preocupa de que esté a punto de llorar, pero se recompone—. Ojalá pudiera contártelo, de verdad que sí. Pero si te lo cuento, llamarás a la policía, y entonces... —Mira a Jane—. Entonces Daisy sí que estará en peligro.

—Déjame ayudarte —dice Jane—. Por favor. Déjame ayudarte. Te prometo que haré lo que quieras. Solo iré a la policía si es necesario. Solo dime dónde está. Por favor.

Y entonces ella lo ve: el caparazón empieza a crujir y a agrietarse, y finalmente Stuart empieza a hablar.

“Las cosas siempre habían sido difíciles en esa casa: inestable, desordenada, oscura. Pero todo llegó a un punto crítico durante el confinamiento”, dice. “A principios de verano. ¿Cuando hacía mucho calor? ¿Te acuerdas? Estaba en la cocina, recogiendo después del desayuno una mañana, cuando llamaron a la puerta”.

capítulo sesenta

STUART, SEIS AÑOS ANTES

Había una mujer parada frente a la casa. Tendría unos cuarenta y pocos años, cabello oscuro y flequillo recto. Me mostró una placa y me dijo que se llamaba inspectora Yasmin Brooks y que estaba allí para hacerme algunas preguntas sobre una joven llamada Claire Connolly, desaparecida en 2005.

Miré detrás de ella buscando alguna señal de otros policías, cualquier cosa que diera contexto a este momento. Estábamos en el segundo mes de confinamiento impuesto por el gobierno durante la pandemia. Llevábamos semanas encerrados en casa, sin poder salir ni relacionarnos con otras personas. No había hablado con nadie que no fuera Daisy, Jessamine o Annie desde mediados de marzo.

"¿Claire...?" pregunté.

—Connolly —repitió el inspector—. ¿Podría pasar? ¿Hacerle algunas preguntas?

"Eh, ¿está permitido? Dada la situación, ¿sabe?"

—Sí, señor —dijo el inspector sonriendo—. Tengo permiso.

Hugo apareció y comenzó a olfatear con entusiasmo los pies del visitante. Hacía mucho tiempo que Hugo no tenía un encuentro con un ser humano nuevo.

—Qué perro tan mono —dijo Yasmin, siguiéndome por el camino de entrada —. ¿Cómo se llama?

—Hugo —respondí—. Él es quien nos mantiene cuerdos a todos.

"¡Te apuesto!"

Ella miró alrededor de la casa mientras pasaba, y yo sabía lo que estaba pensando. Pensaba que estaba mugrienta, descuidada y sucia. Todo se había deteriorado. Todos nos habíamos deteriorado.

—Entonces —dijo, sentándose a la mesa de la cocina y mirando unas notas —. ¿Es usted... el señor Allen Black?

—Oh —dije—. No. No, mi nombre es Stuart Tucker. El señor Black no... ya no vive aquí.

Ella asintió. "¿Pero puedo confirmar que la señora Anne Black vive aquí?"

"Sí. Está en el jardín."

Mientras decía esto, la puerta de la cocina se abrió y apareció Annie con gafas de sol oscuras y un vestido negro de verano, con un sombrero de paja flexible en una mano. Me miró a mí y luego al detective y dijo: «Me pareció oír a alguien».

La detective se presentó y Annie mantuvo la compostura. —Encantada de conocerla, señorita Brooks.

"DE."

"Sí. Lo siento. ¿En qué podemos ayudarle?"

"Trabajo con el equipo de casos sin resolver de la Policía Metropolitana y estoy investigando un caso de persona desaparecida de 2005. Se trata de una joven llamada Claire Connolly."

Annie apoyó su sombrero en la encimera de la cocina y se unió a nosotros en la mesa. —Sí —dijo—. Lo recuerdo. La policía vino y habló con nosotros entonces, si mal no recuerdo.

—Así es. —La inspectora volvió a mirar su cuaderno—. Y en ese momento nuestros agentes hablaron con usted, su esposo, Allen Black, y sus hijos, Jessamine y Jasper Black. ¿Es correcto?

"Sí. Que yo recuerde."

"¿Y tu marido? ¿Dónde está ahora?"

—Oh —Annie negó con la cabeza con desdén—. Allen se fue de aquí hace mucho tiempo.

"¿Izquierda? ¿Quieres decir que están separados?"

"Sí, sin duda."

Respiré hondo. Creí que Annie había dicho que Allen estaba muerto. Me pregunté si, de alguna manera, había malinterpretado sus palabras.

El inspector asintió y tomó nota. "¿Y su hija? ¿Jessamine? ¿Sigue viviendo aquí?"

“Sí. Aunque me temo que está bastante enferma. Postrada en cama. Me temo que no está en condiciones de responder preguntas.”

“Oh. Lamento oír eso. Espero que no sea Covid, ¿verdad?”

—No —Annie negó con la cabeza con tristeza—. No, me temo que es mucho peor.

La inspectora asintió y volvió a sus notas. —¿Y la niña? ¿Quién vive aquí? La vi en su jardín delantero hace unos días. No estaba aquí cuando se investigaba el caso original, así que supongo que es hija de su hija.

“Sí. Así es. Daisy, mi nieta.”

“¿Está ella aquí?”

“Bueno, eso espero, teniendo en cuenta que estamos en pleno confinamiento decretado por el gobierno. Sí. Está en su habitación, haciendo los deberes en el ordenador.”

“Bien. ¿Sería posible hablar con ella?”

“¿Para qué? Ella ni siquiera había nacido cuando esa niña desapareció.”

“Lo agradezco, pero aun así, me gustaría conocerla, si me lo permiten.”

"¿Ahora?"

"Sí, por favor."

“Pero está en clase. No puede simplemente irse.”

“No tardará mucho. Tres minutos como máximo.”

Vi cómo las fosas nasales de Annie se dilataban ligeramente y apretaba la mandíbula. A Annie no le gustaba que le dijeran qué hacer. Pero luego asintió y dijo: «De acuerdo. Iré a buscarla».

El inspector se volvió hacia mí cuando Annie salió de la habitación. "¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, señor Tucker?"

“Unos tres años.”

“¿Y tú eres... la pareja de Jessamine?”

Asentí con la cabeza y luego me encogí de hombros. "Quiero decir, sí, supongo que sí. Al menos lo era, pero diría que ahora nuestra relación es más platónica. Desde que enfermó. Me encargo principalmente de ella, y de Daisy y Annie."

“Y el perro.” El inspector bajó la mirada hacia Hugo, que estaba sentado obedientemente a mis pies.

“Sí. Y el perro.”

“¿Cómo conoció a la Sra. Black?”

—Ah —dije—. En el pub, de hecho. Solía ir allí con el perro; la veía todos los días. Supongo que me daba pena. Pero luego la cosa se convirtió en algo más y me mudé aquí a principios de 2017.

"Entonces, supongo que no sabes mucho sobre la investigación original, ¿verdad? ¿Alguien te la ha mencionado alguna vez?"

—No —negué con la cabeza lentamente—. Es la primera vez que oigo hablar de ello. ¿Quién era ella, esta Claire Connolly?

Era una joven de Cheshire. Llevaba unos años viviendo en Londres, en Kentish Town. Estudiaba producción musical en una universidad londinense. Era muy popular y querida. Un poco despistada, según su familia y amigos, propensa a hacer cosas espontáneas, a cambiar de planes y a no presentarse a las citas; por eso sus amigos no denunciaron su desaparición hasta cinco días después.

"¿Y ahora está volviendo a entrevistar a todos los que participaron en la investigación inicial?"

"Bueno, no, no todos. Solo en esta casa."

"¿Porque?"

"Preferiría hablar de eso con la señora Black, ya que ella vivía aquí en aquel entonces."

Me encogí de hombros. De acuerdo. Pero me sudaban las palmas de las manos y el corazón me latía con fuerza. Durante todos estos años había sabido que había algo profundamente perturbador en el corazón de esta casa, y ahora... aquí estaba.

Annie regresó con Daisy, que estaba en pijama, como lo estaba todos los días en aquella época. Observé el rostro de la inspectora cuando se giró para saludar a Daisy, y vi un destello extraño en sus facciones.

—Hola, Daisy —dijo—. Siento interrumpir tu clase. Esto no tardará mucho. Se presentó y explicó el motivo de su visita, y luego, muy despacio, sacó una fotografía de su bolso y la deslizó sobre la mesa hacia Daisy. La miró fijamente, observando su reacción. —Esta es una señora llamada Claire Connolly. ¿Te suena haberla visto antes?

Daisy tocó el borde de la fotografía y la miró pensativamente. «No lo sé. O sea, ¿quizás? Me resulta un poco familiar, supongo. Pero no creo conocerla. No».

"Gracias, Daisy. Y dime, ¿cuál es tu fecha de nacimiento?"

"Tres de octubre de 2006."

“Entonces, tienes... ¿trece años y medio?”

"Sí."

La inspectora Brooks suspiró y juntó las manos sobre la mesa. Se volvió hacia mí y hacia Annie. «Bueno, la cosa es la siguiente», dijo. «He investigado un poco y veo que Daisy está matriculada en la Academia Waterside de Islington, que asistió a la escuela primaria St. John's de Hampstead y que está registrada en un centro de salud. Pero Daisy no tiene certificado de nacimiento ni pasaporte. No he encontrado ningún registro de su nacimiento en ningún hospital del área metropolitana de Londres. Y, para ser sincera, estoy confundida. ¿Hay alguna razón, señora Black, por la que su hija no haya registrado el nacimiento de Daisy?».

Me volví hacia Annie, buscando alguna señal de esperanza, pero su rostro permanecía impasible. «Mi hija dio a luz en casa. Hubo complicaciones con el padre del bebé, complicaciones con la propia Jessamine. No paraba de posponerlo. Y posponerlo. Y posponerlo. Me ofrecí a llevar al bebé yo misma varias veces, pero no me dejó. Y de repente Daisy cumplió un año y aún no estaba registrada, así que simplemente lo omitimos y la inscribimos en el colegio con su tarjeta del sistema público de salud».

La inspectora Brooks golpeó su bolígrafo dos veces contra el bloc de notas. —Bien —dijo—. Ya veo. ¿Puedo preguntar quién es el padre de Daisy? El señor Tucker y yo ya hemos comprobado que no es él.

Annie contuvo el aliento por la nariz. «Inspector Brooks, creo que este interrogatorio es muy peculiar, por no decir inapropiado. No veo por qué querría saber quién era el padre de Daisy, ni qué tiene que ver todo esto con la niña desaparecida».

Vi cómo la instructora se daba cuenta de que había llegado al límite de sus preguntas poco convencionales y retrocedía. «Por supuesto. No hay problema. Ya puedes volver a tu lección, Daisy. Gracias».

Cuando Daisy regresó a su habitación, la inspectora Brooks volvió a prestar atención a Annie. «En el momento de la desaparición de Claire, cuando el equipo de investigación original iba de puerta en puerta, hablaron con una vecina suya llamada...» Consultó sus notas de nuevo. «¿Sara Aalto?»

Annie asintió al reconocer el nombre. “Sí. La recuerdo.”

“Ella le dijo al oficial que el día de la desaparición de Claire...”

—Posible día de su desaparición —interrumpió Annie—. Acabas de decirme que no la reportaron como desaparecida durante cinco días. Así que quién sabe

cuándo desapareció realmente.

Respiré hondo. ¿Qué estaba haciendo Annie? Me pareció que estaba preparando su defensa. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

“Bueno, tal vez, pero la Sra. Aalto nos dijo que había notado a alguien en la cerca trasera de su propiedad, que había notado movimiento, una voz femenina. Luego dijo que debía haberse equivocado, que solo eran usted y su familia almorzando en su jardín trasero. Pero me pregunté por qué no se investigó eso en su momento, y, por loco que parezca, pasé un tiempo en el área detrás de su casa la semana pasada, tratando de percibir cuáles podrían haber sido los últimos movimientos de Claire Connolly. Y sorprendentemente, encontré algo. Una bolsa de papel que contenía una púa de plástico y algunas cuerdas de guitarra. Y no solo eso, sino también un recibo que analicé y que resultó estar fechado el día de su desaparición. Así que ahora vuelvo a preguntarme sobre ese día y la voz que escuchó Sara Aalto, y realmente me gustaría tener la oportunidad de realizar una búsqueda exhaustiva de su propiedad y el jardín”. Miró fijamente a Annie y añadió: “Una búsqueda completa”.

Annie retrocedió. "¿Qué demonios estás sugiriendo?"

“Señora Black, le sugiero que Claire Connolly de alguna manera entró en su propiedad ese día y que, de alguna manera, nunca volvió a entrar.”

“¿Y crees que tuvimos algo que ver con eso?”

“Bueno, tal vez no tú, pero sí alguien que vivía aquí en aquel entonces. Tu exmarido...”

“Él no es mi exmarido. Seguimos casados. Simplemente separados.”

“Bien. Tu marido. Tu hijo...” Volvió a consultar su cuaderno. “¿Jasper? ¿Que ya no vive aquí, es correcto?”

“Se fue de casa hace catorce años.”

“¿Y dónde lo encontraría ahora?”

“Me temo que no tengo ni idea. Se marchó de repente y no he vuelto a saber nada de él.”

El inspector Brooks asintió. "¿Y su marido? ¿Cómo podríamos ponernos en contacto con él?"

“Otra vez. No tengo ni idea. Se fue un día y ahí quedó la cosa.”

La inspectora Brooks hizo una pausa, con la pluma suspendida sobre su cuaderno, como si intentara armar un rompecabezas en su mente.

“¿Eso también fue hace catorce años?”

—Sí —respondió Annie—. Luego, —No. Menos que eso. Diez años, aproximadamente.

La inspectora asintió y tomó nota. —Bueno —dijo—, tendremos que investigar eso. Pero mientras tanto, con o sin su esposo y su hijo, necesitaremos acceder a su propiedad. Podemos obtener una orden judicial si es necesario. O simplemente puede permitirnos el acceso. Tengo colegas esperando a la vuelta de la esquina.

Annie chasqueó la lengua. «¡Dios mío!», dijo. «Pensé que tendrías cosas más importantes de las que preocuparte en medio de una pandemia que de este extraño juego del gato y el ratón».

"¿Puedo permitirles el paso o va a exigir una orden judicial?"

"Por supuesto que exigiré una orden judicial."

La inspectora Brooks apretó la mandíbula. —De acuerdo —dijo—. Volveremos mañana. Pero mientras tanto, le pido muy amablemente que no toque ni retire nada de la propiedad. Un agente de policía estará apostado frente a su casa y le informará de cualquier actividad sospechosa. ¿Entendido?

—¡Ah, sí! —dijo Annie—. Esto es ridículo. Por supuesto, consultaré con un abogado para asegurarme de que todo sea legal, porque no entiendo cómo una bolsa llena de cuerdas de guitarra puede darte algún motivo para entrar en mi propiedad y tocar nada. Es completamente absurdo.

—Bueno —dijo la inspectora Brooks, recogiendo sus cosas y poniéndose de pie—. Eso está por verse. Tenemos mucho más que una bolsa de cuerdas de guitarra, señora Black. Mucho más que una bolsa de cuerdas de guitarra. La veré mañana. Gracias por su tiempo y que tenga un buen día.

Tras la marcha del inspector, el ambiente era tenso. Annie llamó inmediatamente a su abogado y concertó una cita por Zoom para hablar con él ese mismo día. Después, se encerró en su estudio durante una hora, y oí el tecleo frenético de sus dedos mientras buscaba en internet información sobre su situación legal.

Me mantuve alejado de ella, acechando en las sombras. Desde la ventana delantera pude ver al único policía de pie junto a su patrulla, con el rostro vuelto hacia el sol. Salí y le pregunté si quería un vaso de agua. Dijo que estaba bien y me ofreció una botella de plástico.

Cuando regresé unos minutos después, Annie estaba de rodillas en el estudio, sacando papeles de los cajones. "¿Qué quiso decir?", me espetó, "'más que un

montón de tonterías'. ¿Qué quiso decir con eso?".

¿Qué buscas, Annie?

Me miró con desesperación. —Nada —dijo—. No lo sé. Simplemente... ¿qué quiso decir con eso?

“Supongo que lo sabremos cuando venga mañana con la orden judicial.”

“Pero es imposible. O sea, esto es una locura. ¿Qué demonios están buscando?”

Suspiré y sonreí. "Supongo que es lo mismo que buscas".

“¿Cuál es cuál?”

—No tengo ni idea. ¿Me lo dices tú, Annie? Siempre he sabido que había algo sospechoso en esta casa. En tu forma de vivir. Y ahora —dije con calma—, tal vez esté a punto de descubrir exactamente qué es.



capítulo sesenta y uno

Entonces —dice Jane, mirando ahora a Stuart con los ojos muy abiertos—, ¿qué pasó?

Stuart coloca su vaso de cerveza en el posavasos frente a él y se recuesta. —Bueno —dice—. La inspectora Brooks consiguió la orden judicial y volvieron al día siguiente. Cuatro coches aparcados frente a nuestra casa, los vecinos con los ojos desorbitados. Todo el espectáculo. Estuvieron allí cuatro horas. El abogado de Annie estaba presente. No encontraron nada. Literalmente nada. La cara de la inspectora era un poema. Estaba destrozada, se notaba; estaba cien por cien convencida de que lo había resuelto. Pensaba que estarían desenterrando cadáveres del jardín. Pero no: policías de vuelta en sus coches, los papeles de la inspectora en un cajón, y ahí quedó todo. Pero aun así, yo lo sabía. Sabía que se les había escapado algo. Después de eso, me propuse, con todas las de la ley, encontrar lo que fuera que se les hubiera pasado por alto a la policía.

"¿Y? ¿Lo hiciste?"

Stuart rodea su vaso de cerveza con la mano y lo acaricia pensativo. —Escuchen —dice—. Le prometí a Daisy que la protegería siempre, y no los conozco de nada. Me dan buena espina, de verdad; estoy seguro de que sus intenciones son buenas, pero la verdad es que no estoy seguro de querer hablar mucho más de todo esto.

"Estoy aquí por las mismas razones que tú, Stuart. Estoy aquí para proteger a Daisy. Queremos lo mismo."

"Te entiendo. Lo sé. Pero al proteger a Daisy, podríamos estar lanzando una granada en medio de todo."

Con todo respeto, Stuart, no sé qué podría ser peor que Daisy sea abusada por un pervertido disfrazado de payaso. Annie y Jessamine son mujeres adultas. Sean cuales sean los secretos que ocultan, los han estado ocultando durante

mucho tiempo. ¿Quizás sea hora de que esto salga a la luz? ¿Por el bien de la familia de Claire?

—Pero no sé nada de Claire Connolly —protesta Stuart—. Que yo sepa, nunca entró en la propiedad.

Jane le lanza a Stuart una mirada significativa. "¿Pero crees que lo hizo?"

Suspira profundamente. "Realmente no lo sé".

Janes hace una pausa por un momento y luego dice: “He estado en tu casa. Thornwood. He estado allí”.

Stuart la mira con expresión interrogante.

Hace unos veinticinco años, un hombre que ahora sé que se llama Allen Black me recogió en Soho. Era encantador, muy atento y muy guapo. Tomamos unas copas y luego me llevó a su casa para hablar de un posible trabajo. Hace comillas con los dedos y suspira. En fin. Llegamos a Thornwood e inmediatamente supe que había cometido un error, que algo andaba muy mal. Su esposa estaba allí, y me di cuenta de que no me quería en su casa. Allen me preparó una copa y, al pasármela, se oyó un golpe y un grito arriba que me sobresaltó y, sin querer, le tiré la copa de la mano. El ambiente se volvió muy extraño entonces, y cuando lo miré, en ese momento supe, sin lugar a dudas, que esa copa iba dirigida a dejarme inconsciente. Puse excusas y me fui, y desde entonces siento que esa fue una de mis nueve vidas, ¿sabes? Todos las tenemos. Sobre todo cuando somos jóvenes. Siempre he sentido que me salvé de algo esa noche. Algo terrible. Así que puedes imaginarte cómo me siento al saber que una joven, no mucho menor que yo entonces, desapareció frente a esa casa solo cinco años después.

Se produce un tenso silencio cuando Jane termina de hablar; entonces Stuart la mira con dolor en los ojos y dice: «Mierda». Y luego añade: «Lo único que sé es que después de que la inspectora y su equipo se marcharan, me sentí muy inquieto. Sabía que se les había escapado algo. Así que empecé a investigar. Todas las noches, cuando Jessamine, Annie y Daisy dormían, bajaba. Lo revisé todo. Sabía que Annie debía de haber escondido algo aquel día antes de que llegara la policía. Me quedé despierto hasta altas horas de la noche. Y entonces, sí, por fin, encontré algo».

“¿Qué era?”

“Era una foto. De una chica.”



capítulo sesenta y dos

STUART, SEIS AÑOS ANTES

Al tercer día de registrar la casa, encontré un paquete de fotos vacío. Estaba a punto de devolverlo al cajón del lavadero donde lo había encontrado, pero entonces me di cuenta de que había tres tiras de negativos metidas en el bolsillo delantero. Las acerqué a la luz, pero apenas podía distinguir lo que veía, así que las llevé a Snappy Snaps en el pueblo, la misma tienda contra la que George Michael estrelló su coche cuando estaba completamente drogado, y pagué por el servicio de una hora.

Revisé las fotos frenéticamente al regresar a recogerlas, pero la mayoría estaban borrosas o dañadas; parecían tomadas con una cámara desechable barata. Estaba a punto de tirarlas todas cuando me detuve. No reconocí a la chica, pero sí el lugar. Era la habitación donde Jessamine me había mantenido encerrada durante cuatro días después de intentar cortarme la oreja.

La habitación de la au pair.

La chica tenía el pelo corto y oscuro, peinado hacia un lado, y vestía una camiseta negra y vaqueros. Estaba sentada en el borde de la cama y, a su lado, un joven Jasper, también con vaqueros y una camiseta blanca con la portada de un libro de Stephen King estampada. Tenía el pelo revuelto y parecía desgarbado y nervioso, con un brazo delgado alrededor de los hombros de la chica. La chica misma parecía aturdida, con la mirada perdida. Había algunos objetos esparcidos por la habitación que eran difíciles de identificar, pero parecían ropa, un cepillo para el pelo, algunos libros. Pero había algo más en el suelo, justo entre las piernas de la chica. Al principio pensé que podrían ser unas sandalias elegantes,

con tiras anchas en el tobillo, pero cuando les saqué una foto con mi teléfono y la amplié con los dedos, lo vi.

No eran unos zapatos de tiras.

Se trataba de un par de sujeciones metálicas para las piernas.

La furia y la rabia me invadieron.

Subí corriendo a la habitación de Jessamine y la desperté sacudiéndola. Tenía el pelo pegado a la boca por la baba, y se lo apartó con el dorso de la mano. «Vete», dijo. «Es temprano».

—No es temprano —le dije—. Son las diez y media. Abre los ojos, Jess. Ábrelos. La sacudí bruscamente.

"Vete a la mierda, Stuart."

"No, no me voy a largar. Quiero que mires algo, míralo ahora mismo."

"Jesús." Se incorporó y se bajó la camiseta hasta dejar al descubierto su vientre. "¿Qué?"

Le mostré la foto. "¿Quién es este?", siseé. "¿Quién diablos es?"

Hizo una mueca y me arrebató la foto. "Es Jasper".

—No. —Lo arrebaté y le clavé el dedo a la chica—. Ella. La chica. ¿Quién es ella?

Gimió y se recostó contra las almohadas. «¡Dios mío, no tengo ni idea! Supongo que fue una de las niñeras. ¿Cómo se supone que voy a recordarlo?»

—Jess —dije, ayudándola a recuperar la consciencia—, mira. Solo mira, joder.

Volvió a gemir ruidosamente y se encabritó hacia adelante.

"Mira sus tobillos, Jess. Lleva grilletes. De metal. ¡Mira!" Mi corazón latía con fuerza bajo mis costillas; la adrenalina me recorría las venas. "¡Qué carajo, Jessamine! ¡Qué carajo! Jessamine, escúchame. Sé que lo sabes. Sé que lo sabes y sé que probablemente no quieres pensar en ello, pero tienes que decirme qué pasó. En aquel entonces. Cuando eras joven. ¿Qué hizo tu padre, Jessamine? ¿Qué carajo hizo?"

Entonces vi cómo cambiaba su semblante, como si se hubiera abierto una grieta en su coraza. Se apartó el pelo desaliñado de la cara y suspiró temblorosamente.

—Vale —dijo—. Vale. Pero por favor, no le digas a mi madre que te he contado esto. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

“Mi padre... cuando éramos pequeños... traía trabajadoras sexuales a casa. Para tener sexo con ellas. Las llamaba ‘au pairs’, pero Jasper y yo sabíamos que no lo eran. Podíamos oír cosas.”

—Los grilletes —dije—. ¿Para qué eran los grilletes?

“Supongo que para evitar que se escapen.”

“¿Así que estas trabajadoras sexuales eran prisioneras aquí? ¿Atrapadas?”

Se encogió de hombros. «No lo sé, ¿de acuerdo? Solo sé que las llamaban las niñeras, que vivían allí arriba y que mi padre tuvo relaciones sexuales con ellas. Eso es todo lo que sé, ¿de acuerdo?»

“¿Y qué hay de la chica por la que preguntaba la policía? ¿Claire Connolly? ¿Ella también era niñera?”

Sacudió la cabeza enérgicamente. “Nunca estuvo aquí. Se lo están inventando”.

“En realidad no lo parece, Jess. En realidad suena como...”

Jessamine se echó hacia atrás de nuevo y gruñó: "¿Podemos parar ya, por favor? Me duele la cabeza. Me estás haciendo sentir mal."

“No creo que sea yo quien te haga sentir mal, Jessamine. Creo que te darás cuenta de que es por las dos botellas de vino y el litro de ron que te tomaste anoche.”

“Vete a la mierda, Stuart. Déjame dormir.”

Debí haberme ido, debí haberla dejado. Ya la había presionado demasiado. Pero me sentía con mucha energía y valiente, y le planteé la pregunta que me había atormentado durante años.

“¿Quién es el padre de Daisy, Jessamine?”

Estaba completamente despierta de nuevo. “¡Por el amor de Dios, Stuart! ¡Déjame en paz!”

“No. Hablo en serio. El padre de Daisy. ¿Quién es? Y no me digas que tu ex casado falsificó los resultados de ADN. Sé que no lo hizo, y tú sabes que no lo hizo, y sabes que alguien tiene que ser el verdadero padre de tu hija, así que dime, ¿quién es? Porque, francamente, con lo que siento ahora mismo, con todo lo que me has contado, ¿tu padre violando a esas mujeres bajo este techo? Empiezo a pensar cosas muy raras y retorcidas, Jessamine. O sea, tu padre, ¿alguna vez... contigo...?”

“Disculpe, ¿está sugiriendo...?”

“No sé qué estoy sugiriendo, ¿de acuerdo? Es solo... cuéntame cosas, Jessamine. ¿Qué le pasó a tu padre? ¿Dónde está tu hermano? ¿Quién es el padre

de Daisy? ¿Qué les pasó a esas malditas chicas, Jessamine? Háblame. No puedo quedarme aquí y ayudarte si no me hablas. ¿De acuerdo? No puedo estar aquí."

—Ahí está —gruñó—. Ahí está. De eso se trata todo esto, ¿no? De encontrar una excusa para irte. De encontrar una excusa para largarte de vuelta a tu triste y patética vida y a tus tristes y feas mujeres. Anda, lárgate. A ver si me importa.

"Pero sí te importo. Me necesitas. No puedes vivir sin mí."

"Pruébame."

Respiré hondo por la nariz y apreté la mandíbula. Los mismos círculos, los mismos bucles interminables. Ya no podía más, de verdad que no.

—En serio, Jessamine —dije—. Podría ir directamente a ver a esa policía, enseñarle esta foto, enseñarle lo que me hiciste en la oreja. Podría contarle sobre la negligencia, el abuso. Podría contárselo todo. Los servicios sociales se llevarían a Daisy y la policía volvería a remover el césped. Todo esto podría pasar, Jessamine. Pero no tiene por qué. Solo dime, dime qué pasó aquí. Por favor.

"¡No lo sé! ¡No lo sé, ¿vale? Pasaron cosas, ¡pero no sé qué fueron! Solo era una niña. Solo era una niña." Y entonces se echó a llorar, a llorar tan desconsoladamente que me dolía verla. Le di pañuelos; la abracé. Esperé a que pasara la tormenta. Y cuando pasó, la dejé dormir.



capítulo sesenta y tres

Jane contiene la respiración con dificultad y la exhala lentamente. ¿Grilletes en las piernas? ¿Esclavas sexuales?

—¿Le preguntaste a Annie? —le pregunta a Stuart con urgencia—. ¿Sobre la chica de la foto?

Sí, claro que sí. Un muro de ladrillos. Stuart gesticula con las manos para describir un muro que cae rápidamente del cielo. Dijo que no recordaba quién era la chica. Insistió en que solo era una niñera. Al parecer, las esposas eran una pequeña broma de Jasper; había estado practicando con ella. Y luego, fuera quien fuese la chica, metió la mochila y desapareció de vuelta a dondequiera que hubiera venido.

"¿Pero Jessamine te dijo que su padre había estado teniendo relaciones sexuales con ella?"

Annie lo negó rotundamente. Me dijo que Jessamine era una fantasiosa, lo cual no es del todo falso. Jessamine es una mujer muy difícil, una mujer muy traumatizada, adicta y mentirosa. Pero yo sabía —cuando me contó lo que me contó sobre su padre— que no mentía. Y sabía que Annie sí. ¿Pero cómo demonios iba a demostrarlo? La palabra de una alcohólica contra la de una sociópata de verbo fácil. Era imposible. Así que seguí buscando.

"¿Y qué encontraste?"

"Bueno, nada sobre la chica de la foto. Ni sobre Claire."

Jane se inclina sobre la mesa e interrumpe: "La letrina, Stuart. ¿Qué pasa con la letrina?"

Se estremece. "¿Qué?" Sale como un susurro.

"La letrina, detrás de tu cocina..."

Él la mira sin mirarla.

"Estuve curioseando un poco la semana pasada. Tienes que arreglar la valla trasera."

“¿La semana pasada?”, repite.

"Sí."

Parece relajarse cuando ella dice esto. —Claro —dice—, sí. Ahí es donde el padre de Jessamine solía guardar su cortacésped.

—Sabes que eso es una tontería —dice Jane—. O sea, hay un par de anillos de metal ahí dentro, Stuart. Atornillados a las paredes. Claramente se han usado para sujetar a alguien. Es...

Stuart ahora parece ansioso y tiene la mano alrededor de la correa de Hugo, como si se estuviera preparando para marcharse.

Jane lo mira fijamente y lo ve en sus ojos. Puro miedo.

Toma dos grandes tragos del vaso de cerveza y lo deja sobre la mesa. «De verdad tengo que volver ya». Su mirada va de Jane a Dexter y dice, con voz desesperada: «Por favor. Por favor, no vayas a la policía, te lo ruego. Al menos, no todavía. Déjame hablar con ellos otra vez, con Annie y Jessamine. Dame un poco de tiempo».

“¿Y Daisy? ¿Qué pasa con Daisy? ¿Dónde está mi...?”

—Déjame encargarme de esto —interrumpe—. ¿De acuerdo?

Se bebe de un trago los últimos cinco centímetros de su cerveza y golpea el vaso vacío contra la mesa. Luego tira de la correa de Hugo, recoge su bolsa de la compra y se marcha.

capítulo sesenta y cuatro

Dexter y Jane regresan a Covent Garden una hora después. Jane siente una profunda tristeza por Stuart, por su situación, por la chica encadenada de la fotografía y por la desaparecida Claire Connolly. Ha comenzado a llover ligeramente afuera, y el mundo parece repentinamente opresivo.

—¿Cómo demonios vamos a encontrar a Daisy? —le pregunta a Dexter—. ¿Sin acudir a la policía?

Dexter infla las mejillas. —No podemos —dice—. O sea, lo siento y todo eso, parece un tipo encantador, y sí, me da mucha pena por él, pero francamente, que se jodan, que se jodan Jessamine y Annie. Su hija, su nieta, está desaparecida, tal vez incluso muerta, y tendrán que asumir las consecuencias de que la encuentren. O sea, sean cuales sean los secretos que intenten ocultar, ya es demasiado tarde; es el final. —Recorre con la mirada las pruebas que Jane ha reunido: la taza de café, la máscara de payaso, las fotos de la sudadera del colegio, de la familia Black—. Tienes que entregárselo todo a la policía ahora, Jane. Lo siento, pero de verdad creo que tienes que hacerlo.

Jane también mira los objetos, luego a Dexter. Asiente. —Sí —dice—. Tienes razón. Mañana —añade—. Lo prometo. Te lo entregaré todo mañana.

Dexter la mira con los ojos entrecerrados. "¿Lo juras?"

"Lo juro de verdad. De verdad, de verdad lo juro."

Una hora después, el portátil de Jane emite un sonido de notificación. Es un correo electrónico de Tobias:

> He tenido algo de suerte con la pobre chica de Winchester que fue agredida por el tipo disfrazado de payaso. Se llama Avril Christmas. Un nombre fácil de encontrar. Trabaja como

dependienta en unos grandes almacenes de Guildford, en la sección de ropa de mujer. Adjunto una foto suya. Si la localizas, ve con cuidado. Sé que no hace falta que te lo diga porque eres una persona muy empática, pero de todas formas, te lo recuerdo. ¡Buena suerte!

Jane mira a Dexter y luego gira su portátil para que él pueda leer el correo electrónico en la pantalla.

Exhala tras leerlo. —Entonces —dice—, supongo que vamos a Guildford.

Es fácil reconocer a Avril Christmas al otro lado de la alfombra azul celeste de la sección de ropa de mujer. Lleva el pelo rubio platino recogido en una larga trenza y un llamativo pintalabios rojo intenso. Viste completamente de negro, con el blanco impoluto del cuello de la camisa asomando por debajo del cuello redondo del jersey. Está colocando vestidos de fiesta en un perchero con una actitud algo autoritaria que a Jane le resultaría desagradable si estuviera allí buscando comprar algo.

"¿Avril?"

La mujer levanta la vista de entre los vestidos y le dedica a Jane la mirada de arriba abajo que ella ya esperaba. "¿Sí?"

Lamento mucho interrumpirlos en el trabajo. Me llamo Jane Trevally; este es mi asistente, Dexter Lombardi. Soy investigadora privada. Por primera vez, Jane no duda en presentarse así. Ahora le resulta más natural. Estamos investigando la desaparición de una joven llamada Daisy Black. Sospechamos que fue secuestrada por un hombre llamado Jasper Black, supuestamente su tío, pero ahora no estamos tan seguros. Y este hombre, al parecer, podría ser... Jane hace una pausa, asegurándose de que las siguientes palabras que salen de su boca sean las correctas. ... el mismo hombre que la agredió en un parque hace dieciocho años.

Jane contiene la respiración, terriblemente consciente del horrible nido de traumas que está removiendo con un palo. Observa el rostro de la mujer en busca de señales de que haya cruzado la línea y se queda perpleja cuando Avril inclina ligeramente la cabeza y dice: «¡Ja! Ese pequeño bicho raro. Todavía sigue en pie, ¿eh?».

Jane no ve nada en el rostro de Avril. Ni miedo. Ni dolor. Ni trauma.

"Ehm, bueno. No lo sé. Simplemente... y por favor, siéntase libre de decir que no, lo entenderé perfectamente, pero me preguntaba si podría mostrarle un par de cosas. ¿Quizás podrían ayudarle a identificarlo?"

—Adelante —dice—. Siempre me pregunté qué fue de él. Tomemos asiento.

Ella conduce a Jane y a Dexter hasta un pequeño sofá que hay fuera de los probadores, donde todos se sientan.

—Esto es lo primero, y espero que no te resulte demasiado perturbador —Jane se humedece los labios y mete lentamente la mano en su bolso grande—. Encontré esto en un tráiler abandonado de un circo llamado Patch el Payaso. ¿Te suena de algo? —Saca la máscara de plástico con cuidado y se la muestra a Avril, conteniendo la respiración.

"¡Qué asco!", dice Avril, retrocediendo. "¡Eso es horrible!"

"Sí. Lo siento. De verdad. No quería asustarte."

Avril se lleva una mano al pecho y toca la máscara con una uña perfectamente cuidada.

—Y aquí —dice Jane, sacando lo siguiente de su bolso—: la foto de la familia Black con Jasper sosteniendo la máscara en su regazo. —Este es Jasper de niño, con una máscara parecida. Y aquí... —Saca la foto de Jasper disfrazado de Patch el Payaso—. Este es Jasper ahora, trabajando. ¿Te suena algo? ¿Lo reconoces? ¿O la máscara?

Avril toma las dos fotografías de Jane y las observa fijamente por un momento. «Ese es el pequeño asqueroso», dice. «Lo reconozco. Y sí, si mal no recuerdo, esa es la máscara que llevaba puesta». Se estremece. «Qué asco», dice.

"Obviamente, Avril, no tienes que responder a esta pregunta, pero ¿qué hizo exactamente? El informe policial habla de acoso sexual. ¿Te hizo daño?"

"¿Hacerme daño? ¡No! ¡Dios mío, no me hizo daño! Solo me asustó muchísimo. Me siguió por todo el parque con esa estúpida máscara, haciendo mímica."

"¿Mímica?"

"Sí. Como, bizarro. Totalmente bizarro. Haciendo trucos. Y luego se me acercó mucho... así de cerca." Mide una pulgada entre sus dedos. "Podía oír su respiración a través de la máscara. Me di cuenta de que se divertía muchísimo viéndome asustada. Pensé que iba a manosearme, tocarme; pensé que iba a violarme. Pero no, él..." Avril hace una pausa, luego parpadea lentamente y niega con la cabeza. "Me tapó la boca con una mano, y con la otra... me sacó una

bufanda de seda de la oreja. Luego se metió la mano en los pantalones y empezó... a masturbarse. Todo terminó en unos diez segundos. Y luego salió corriendo. Así, sin más. Estaba temblando, aterrorizada. Fue horrible. Incluso ahora les tengo miedo a los payasos. Pero sabes, con el paso del tiempo, puedo recordarlo y reírme. O sea, ¿una bufanda de seda? ¿Qué demonios?", dice. "Se ha convertido en mi número estrella. Ya sabes, como, ja, ja, déjame contarte la vez que me abordó un payaso diminuto masturbándose en un parque."

"¿Diminuto?"

"Sí. Es bajito. Muy bajito. Como de menos de un metro sesenta y ocho. Quizás más cerca de un metro sesenta."

"Ah, claro, no tenía ni idea."

"Sí, al principio pensé que era un niño." Vuelve a estremecerse.

"¿Y no te hizo daño?"

"No, no me hizo daño. Solo era un tipo raro, pervertido y espeluznante."



capítulo sesenta y cinco

STUART, AHORA

Me alejo del pub a grandes zancadas, arrastrando a Hugo conmigo. Estoy temblando. Siento cómo el mundo se me viene encima, este mundo extraño en el que me encuentro con estas mujeres extrañas en esta casa extraña, aquí, en los confines más remotos de todo.

La mujer, Jane: mientras yo estaba sentada en Thornwood tomando té, ella ha estado ahí fuera preguntándole a todo el mundo todo, y en cualquier momento lo llevará a la policía, ¿y luego qué? ¿Qué pasará después?

Busco a tientas la llave de la puerta principal mientras intento introducirla en la cerradura. Consigo abrirla y entonces dejo caer la compra sobre la mesa de la cocina y grito: "¿Hay alguien aquí?".

Necesito otra copa, pero aún no es momento. Me acabo de terminar esa pinta hace unos minutos y tengo que dejar pasar al menos media hora entre cada trago. Pero, Dios, quiero una ahora mismo. Miro fijamente el vino de Jessamine en la nevera, sus dos botellas, enfriándose, listas para que empiece la fiesta de la tarde. Me mataría con sus propias manos si lo tocara. Pero podría coger un trago de su ron y rellenarlo con agua. Lo acerco y desenrosco la tapa, sirvo una medida doble en una taza de té, añado el agua a la botella, vuelvo a enroscar la tapa; para cuando llegue al ron, estará demasiado borracha para darse cuenta. El ron baja como una medicina e inmediatamente siento que la ansiedad empieza a disiparse. Quiero otra, pero ya está. No puedo. Probablemente sea lo mejor, porque tal como me siento ahora mismo, podría emborracharme hasta tener una pesadilla de la que nunca despertaría. Le puse un poco de agua fresca a Hugo y luego subí las escaleras, despacio, muy despacio, posponiéndolo, posponiéndolo.

Jessamine está profundamente dormida, como siempre. Últimamente parece mayor, al menos diez años mayor que sus treinta y nueve. La despierto con cuidado. A veces, cuando la veo aquí, pienso que puede estar muerta; siento una opresión en el pecho, el corazón se me acelera y no puedo respirar hasta que veo cómo su pecho sube y baja.

Ella refunfuña y gime, y se da la vuelta dándome la espalda.

—Jess —le susurro con urgencia al oído—. Jessamine. Despierta. Algo ha pasado.

"¿Qué?" murmura ella.

"Hablé con ella. ¿Sabes? ¿La mujer que trajo de vuelta a Hugo? Nos ha estado vigilando, acosándonos. Sabe muchísimo de nosotros, Jess. De todo. Tienes que espabilar y hablar conmigo."

Ella se remueve. "¿Qué hora es?"

"Son las 1:45."

"Dios mío." Se frota la cara con las manos y luego se incorpora lentamente hasta sentarse.

—Va a ir a la policía, Jess. Sabe lo de Claire Connolly. Sabe lo tuyo. Sabe lo de Jasper. Lo sabe todo. Tenemos que hacer algo. Tenemos que arreglar esto. Habla conmigo, Jess. Dime qué tengo que hacer.

Mientras digo estas palabras, oigo el crujido de la vieja puerta. Me giro y veo un rostro en la rendija, con dedos pálidos aferrados al borde.

—¿Eres tú? —pregunto.

Veo que asiente con la cabeza.

—Pasa, pues —digo—. Pasa.

capítulo sesenta y seis

Al caer la tarde en Covent Garden, Dexter desenrosca una botella de vino y le sirve una copa grande a Jane, y luego una pequeña para él. «Tengo clase de baile mañana», dice, pasándole la copa. «Necesito mantenerme fresco».

Bueno, tengo que ir a la policía mañana por la mañana, así que supongo que debería mantenerme fresca también, pero qué más da, francamente. Cualquier cosa que pueda aliviar la idea de ese pequeño payaso enmascarado sacándole una bufanda de la oreja a una jovencita en un parque con una erección. ¡Dios mío! Levanta su copa hacia la de Dexter. ¡Salud!, dice. Y gracias por estar aquí conmigo hoy. Gracias por ser un chico tan perfecto y hacer que todo esto parezca mucho menos terrible. Te quiero.

Siente una oleada de emoción recorrer su cuerpo. Las lágrimas le llenan los ojos; se le cierra la garganta. ¿Qué es lo que la lleva a tal estado de conmoción? Pero en el momento en que se lo pregunta, ya tiene la respuesta. Cada paso que da en el camino de la vida de los Black es un paso más en el suyo propio, acercándose cada vez más al meollo del asunto, y no está segura de poder soportarlo. El abandono; el terror de ser una niña que vive en una casa con adictos; la difusa línea entre la incertidumbre y el miedo; los límites débiles y sangrantes entre el adulto y el niño; la impotencia y la desesperación. Lo siente porque lo sabe, porque lo vivió.

Cara valiente, pintalabios rojo, gran sonrisa, gran risa, grandes pendientes, la gran y brillante Jane Trevally; siente que es un personaje bidimensional añadido a la fuerza, al igual que el horrible Patch el Payaso de Jasper.

—¿Estás bien? —pregunta Dexter.

Ella asiente y esboza una sonrisa. —Estoy bien —dice—. Es que... es demasiado, ¿verdad? Todo esto. Y pronto se me escapará de las manos. Volveré a ese viejo y destartalado pozo sin fondo, ya sabes, hasta que alguien tenga que llevarme en la parte trasera de una camioneta a la morgue.

“¿Qué pasó con tu trabajo de detective privado?”

Jane suspira. "¿Cómo voy a ser detective privada? Vivo en medio de la nada con cuatro perros."

“Bueno, tráiganse a los perros a Londres. Vendan ese pozo sin fondo. Por Dios, Jane. No es tan profundo.”

Jane suspira y luego suelta una risa ahogada, medio llena de lágrimas contenidas. "¿Tú crees?"

Dexter la rodea con sus brazos y la abraza. —No lo creo —le susurra al oído —. Lo sé.

capítulo sesenta y siete

A la mañana siguiente, Jane se despierta a las seis. Bebe el agua estancada de su mesita de noche, se ajusta el antifaz, se da la vuelta y trata de volver a dormirse, pero no lo consigue. Claro que no lo consigue. Su mente da vueltas con todo, un oscuro caleidoscopio de preocupaciones, secretos y misterios, la profunda presión de la promesa que le hizo a Dexter de ir hoy a la policía y contarle todo lo que sabe. No está preparada, pero sabe que debe hacerlo. Y luego, debajo de todo eso, las cuestiones existenciales. Piensa en sus perros, acurrucados ahora mismo en su gran cama con Shannon. Piensa en todas las vidas que empezó pero no terminó, en los finales de los que huyó en busca de algo que ya no puede comprender. Piensa en la perdida Daisy Black, en la perdida Claire Connolly y en el destrozado Stuart Tucker. Y entonces, cuando siente la cabeza tan llena de todo que cree que va a explotar sobre las caras fundas de almohada de Tony, se quita el antifaz para dormir y se levanta de la cama.

Es otro día gris en Londres, lo que no ayuda a mejorar su estado de ánimo. Las gotas de lluvia en los cristales de la ventana difuminan las escenas matutinas. Se prepara un café y dos rebanadas gruesas de pan tostado. Cuando pasan las 6:30 y se convierten en 6:31, siente vibrar su teléfono y lo coge. Es un mensaje de texto de un número que no reconoce. Lo abre: Jane, soy Stuart. He hablado con Jessamine. Creemos que sería muy bueno que vinieras a hablar con nosotros antes de ir a la policía. Hay mucho que explicar y será mejor cara a cara. Ven cuando quieras. Prepararé el desayuno.

El corazón de Jane se acelera repentinamente, con bastante violencia, lo suficiente como para que se apoye en la encimera de la cocina. Esto es exactamente lo que quería. Es lo que ha deseado desde el primer momento en que llegó a Thornwood con Hugo hace dos semanas. Y ahora se lo ofrecen y

siente miedo. ¿Y si es una trampa? ¿Y si Jasper aparece de repente entre bastidores con su máscara, sus bufandas y su aterrador rostro pintado con grasa? ¿Y si la drogan y la llevan a la letrina y se despierta seis horas después con las muñecas esposadas a la pared?

Pero no, piensa ella. Les dirá a todos adónde va, incluido Tobias, y le dirá a Stuart que mucha gente, incluido un ex subcomisario de la Policía Metropolitana, sabe dónde está, y entonces seguramente estará a salvo.

Ella formula su respuesta a Stuart: Ya voy en camino. Dame una hora más o menos. Les he dicho a todos adónde voy, y mi hijastro tiene instrucciones de llamar a la policía si no tiene noticias mías antes de las 9 de la mañana. Así que nada de tonterías.

No se da tiempo a cuestionar demasiado sus acciones. Se bebe el café de un trago, tira la tostada que sobró, se da una ducha rápida, se pone la ropa del día anterior y se dirige a la estación de metro en medio de la humedad de la madrugada.

Dexter recoge su mensaje media hora después y responde con una serie de emojis de caras de sorpresa. Dice: Coge un maldito cuchillo.

Ya lo tiene. Uno de los carísimos cuchillos de chef japoneses de Tony está guardado en su bolso de hombro, y lleva un pequeño cuchillo de pelar dentro del calcetín, por si acaso se separa del bolso. Se siente un poco más tranquila gracias a sus preparativos al salir del metro en Hampstead a las 8 de la mañana, pero no del todo. Y, por alguna razón, al acercarse a la parte trasera del Valle de la Salud y ver el desvío hacia la casa de los Black frente a ella, la curva de la vieja valla, el bulto del jeep aparcado en la entrada, se encuentra llamando a la puerta del apuesto hombre llamado Spencer. Quiere ver una cara amiga, sentir un momento de normalidad, de plenitud.

Spencer abre la puerta. La mira desde las manos hasta el rostro y luego nota una expresión de sorpresa. —Oh —dice—, pensé que eras de Amazon.

"Bueno, no, aunque soy bastante alto."

Ella ve cómo su tonta broma le cala hondo y termina en una risa irónica. Le gusta por eso. —Siento mucho molestarte tan temprano. Solo quería... —Da un paso al costado, buscando las palabras para que esto suene menos raro—. Los Black —dice, señalando hacia el final del callejón—. Me han invitado a desayunar. Y sé que suena ridículo, pero estoy un poco nerviosa y solo quería

avisarle a alguien que iba a ir. Me doy cuenta de que estoy exagerando un poco, pero necesitaba que alguien lo supiera.

Mira un abrigo que cuelga de un gancho justo a su izquierda. "¿Quieres que, eh, entre contigo?"

—Oh —dice Jane—. No. Dios mío. No, para nada. Pero solo... ¿si estás por aquí hoy...?

Él asiente.

"¿Volveré a llamar a la puerta cuando regrese? Así que, si no lo hago, ya lo sabrás..."

"Te han matado."

—Bueno, sí, supongo. —Le sonríe, deseando haberse puesto pintalabios rojo y un poco de corrector—. Pero bueno, no tardaré más de una o dos horas. Y te lo agradezco.

El hombre sonríe. —De nada. Y buena suerte. —Está a punto de cerrar la puerta, pero la abre un poco y dice—: Por cierto, me llamo Spencer.

—Sí —dice—. Lo sé. Me llamo Jane.

—Sí —dice con una leve sonrisa—. Lo sé.

Stuart le abre la puerta un momento después, con Hugo dando saltitos a sus pies. Stuart luce serio, con una camiseta color blanco roto y vaqueros. Mira detrás de ella y luego hacia ella. —¿Solo tú? —pregunta.

—Solo yo —responde Jane, agachándose para saludar a Hugo antes de incorporarse—. Pensé que iba a morir aquí esa noche, ¿sabes? Hace veintiséis años. Pensé que era mi fin.

Deja esa sombría declaración suspendida entre ellos por un instante antes de dirigir su mirada a los detalles de la casa que durante tantos años solo recordaba como una imagen borrosa, producto de la embriaguez y el pánico. Es como la recuerda, pero a la vez no. Era una casa elegante pero anticuada cuando estuvo allí en el año 2000, pero ahora está al borde del abandono, su elegancia desvanecida impregnada del olor a humedad, perro, muebles viejos, polvo y tristeza. Piensa en su propia casa: ¿su casa también tiene ese olor?, se pregunta. ¿Lo notan las visitas, cuando ella no?

—Pasa —dice Stuart, conduciéndola a una cocina sombría con suelo de terracota y muebles de cocina antiguos revestidos de Formica—. Disculpa el desorden —añade—. Intenté ordenar un poco, pero la verdad es que

últimamente hemos dejado la casa hecha un desastre. Bueno, desde hace un tiempo.

—No pasa nada —dice Jane, mirando a su alrededor las pilas de reciclaje, el fregadero lleno de platos sucios y la secadora de ropa colgada junto a la puerta trasera—. Ya estoy acostumbrada.

—¿Un sándwich de tocino? —pregunta, mostrándole un paquete de tocino sin abrir. En circunstancias normales, no hay nada que Jane disfrute más que un sándwich de tocino, pero en ese momento su estómago no lo toleraba.

—Estoy bien, gracias. Desayuné en casa. —Se aclara la garganta y saca una silla para sentarse—. Pero no dejes que te detenga.

Pronto la cocina se llena del aroma a tocino frito y de una charla trivial sobre la situación de Jane en Covent Garden. Stuart le cuenta que vivió allí, en una casa okupa justo detrás de Strand, cuando era peluquero. Ella se sorprende al saber de su antigua profesión mientras mira a través de la puerta de la cocina hacia el jardín húmedo, hacia la pared del cobertizo que sobresale amenazadoramente. Finalmente, él regresa a la mesa con dos tazas de té, una para ella y otra para él, y su bocadillo de tocino cortado por la mitad, del que rezuma kétchup por los bordes. Ella ve un segundo bocadillo de tocino sobre la encimera, pero no dice nada.

—Te agradezco mucho que hayas venido —dice, llevándose el sándwich a la boca. Al hacerlo, Jane nota unos rasguños recientes en la parte interior de su muñeca.

—No hay problema —dice ella—. ¿De qué querías hablar?

Deja el sándwich y suspira. —Escucha —dice—. No quiero que te asustes. Pero hay algo que debes saber. Y creo —bueno, todos pensamos— que sería mejor que lo supieras de primera mano. Se gira y se dirige al pasillo que está fuera de la cocina. —¿Estás ahí?

Una voz de mujer joven responde: "Estoy aquí".

“Venga, entra y siéntate con nosotros.”

Jane recupera el aliento y espera. Un momento después entra una chica. Tiene el pelo muy decolorado, los ojos muy separados y una expresión de terror en el rostro.

—Hola —le dice a Jane—. Soy Daisy.



capítulo sesenta y ocho

Daisy picotea los bordes del sándwich de tocino que Stuart le ha puesto delante. «Gracias por todo», le dice a Jane, «por intentar encontrarme. Y por traer a Hugo a casa».

Jane observa con asombro a la joven, a quien ahora reconoce como la misma niña pequeña y peculiar de cabello oscuro de la fotografía del hijo de Spencer y también como la chica rubia, sencilla y regordeta descrita por Helen Yaxley. Ha engordado y ahora es mayor, menos etérea, pero sin duda es ella: los mismos ojos oscuros, las mismas orejas ligeramente prominentes y la misma nariz de huesos finos.

—De nada —dice Jane.

"Fue una tontería llevarme a Hugo. No sé en qué estaba pensando; nunca había estado sola en ningún sitio y tenía miedo de estar sola. Pero me alegro de que lo encontraras. Me alegro de que estuviera bien. Estaba muy preocupada por él."

Se produce un breve silencio y entonces Jane dice: "¿Cuánto tiempo llevas en casa?".

Daisy se encoge de hombros y saca una loncha de beicon del borde de su sándwich. "Un par de semanas".

"¡Maldita sea!", dice Jane, pensando, claro, claro que sí. "Bien. ¿Y qué pasó con el Airbnb de Helen? ¿Por qué lo abandonaste así?"

Daisy se remueve ligeramente en su silla y suspira. Mira a Jane con esos ojos castaños penetrantes y le dice: «Escucha. Si quieres saberlo todo, tendré que empezar desde el principio».

"¿Cuál es?"

"Ese fue el día en que la policía vino aquí y me enseñó esa foto."

capítulo sesenta y nueve

MARGARITA

Ese día no pude volver a estudiar, no después de ver la foto de Claire Connolly que me enseñó la policía. Se me había quedado grabada en la retina, como cuando miras algo tan brillante que aún lo ves al cerrar los ojos. Sus ojos. Eran principalmente sus ojos. Pero también había otras cosas, como la forma de su línea del cabello, la manera en que sobresalían sus orejas. Simplemente lo supe. Simplemente lo supe. Y tuvo sentido, de inmediato, porque siempre había sabido que Jessamine no podía ser mi madre. De ninguna manera. No tenía instinto maternal. Veía cómo las madres de mis amigas trataban a sus hijos, cómo los cuidaban, cómo los molestaban, cómo les acariciaban la cabeza, cómo doblaban su ropa limpia con tanto cuidado. Jessamine nunca me tocó; nunca me dijo que me quería. Nadie me dijo que me quería hasta que llegó Stuart.

Ese día quise correr tras la detective, perseguirla por el camino y rogarle que me dejara la foto. Cuando volvieron al día siguiente, el gran equipo de búsqueda con la orden judicial, quise apartar a uno de ellos y decirle: «La mujer que buscan es mi madre. ¡Lo sé!». Pero no lo hice. Me quedé allí parada, mirando, esperando, deseando, rezando para que encontraran a la chica guapa de la fotografía. Me sentí devastada cuando se fueron, cuando dijeron que ya no había nada más que hacer.

¡No te vayas! Quería gritar. ¡Quédate! ¡Encuéntrala!

Pero se fueron; vi cómo el último coche doblaba la esquina y me fui a mi habitación a llorar.

Después de eso, perdí el interés en mis estudios. En lugar de conectarme a las clases virtuales, pasaba los días en mi habitación buscando en internet todo lo

que pudiera encontrar sobre Claire Connolly. En vez de estudiar, escribía historias largas y elaboradas sobre Claire y yo, sobre cómo se había quedado embarazada de mí, cómo había estado atrapada en esta casa con mi madre, que estaba loca y borracha, mi abuela, que era extraña y malvada, y Allen, el abuelo al que nunca había conocido.

Publiqué los relatos en foros de microrrelatos y conseguí bastantes seguidores. También creé arte: fotos y dibujos de Claire y yo, yo de bebé en sus brazos, yo mamando, la mano de Claire sobre mi cabeza. No le conté a nadie lo que me pasaba, solo a desconocidos en internet que me conocían por un seudónimo y un avatar.

Cuando reabrieron las escuelas al final del primer confinamiento, le dije a Stuart que no iba a volver. Discutió conmigo, pero yo estaba firme. No podía estar sentada en un aula aprendiendo cosas que nunca necesitaría saber en el mundo real. Necesitaba estar en casa, en mi habitación, con mi ordenador portátil. Le prometí a Stuart que seguiría estudiando. Al final cedió, le dijo a la administración local que me daría clases en casa y ahí quedó la cosa.

A veces pensaba que me estaba volviendo loca. Mi obsesión con Claire Connolly parecía eclipsar todo lo demás. También me hizo odiar aún más a Jessamine. Su olor, su aspecto, su borrachera, su violencia. Cada vez que miraba la oreja de Stuart, esa masa informe, la odiaba. La odiaba por su crueldad, su mezquindad, su tristeza, su mirada vacía. La odiaba por fingir ser mi madre durante toda mi vida.

Le pedí que me enseñara fotos mías de cuando era bebé. Me dijo que el abuelo Allen se las había llevado todas cuando se fue. En las primeras fotos de cuando era bebé, tengo unos nueve meses y estoy sentada torpemente en el regazo de Jessamine, con un vestido feo.

Le pedí que me contara más sobre el abuelo Allen. "¿Adónde fue?"

"Nadie lo sabe. Seguramente conoció a otra mujer y decidió que sería más feliz viviendo con ella."

"¿Así que me hizo fotos cuando era bebé, pero luego no quiso volver a verme nunca más?"

"¿Qué puedo decir? Era un hombre muy egoísta."

Dos años después, cuando terminó la pandemia y todo empezó a volver a la normalidad (ver amigos, conocer chicos, ir a festivales, aprender a conducir), me quedé en casa. Me sentía más cerca de Claire Connolly allí, y Stuart estaba conmigo, y me sentía segura a su lado. Me convertí en una persona diferente

durante esos años. Me volví retraída. Melancólica. Obsesiva. Comía demasiado y dejé de cuidarme.

Un día, mientras paseaba a Hugo por el parque, me crucé con un chico de mi colegio. Nos habíamos besado una vez en octavo curso y me había dicho que pensaba en mí por las noches en la cama cuando se tocaba.

Ese día pasó a mi lado como si yo fuera invisible.

Y tal vez, en cierto modo, lo era.

Hace aproximadamente un año encontré una fotografía escondida en un libro. Me dejó sin aliento; casi vomité espontáneamente. Era el abuelo Allen sentado en nuestro viejo sofá con Jessamine a un lado y, al otro, un niño pequeño que no reconocí. Tenía el pelo castaño y lacio y algo en el regazo. Una máscara de plástico, pensé, mirándola con atención. Una máscara de payaso. Dejé caer la foto con asco, pero la volví a coger. Le di la vuelta y vi las palabras "El último de nosotros" garabateadas con bolígrafo en el reverso.

Me di cuenta de que debía ser Jasper. El misterioso hermano desaparecido. El que se escapó para unirse al circo. Nunca antes había visto una foto suya. Lo observé fijamente, intentando absorberlo: su figura, su tacto, la peculiar curva de sus cejas, el tamaño de sus manos, cada detalle. ¿Podría ser, me pregunté, el eslabón perdido? La pieza del rompecabezas que me llevaría a la verdad sobre Claire Connolly. Estaba allí, pensé. Estaba allí cuando Claire Connolly entró por casualidad en nuestra casa. Sabe lo que pasó. Quizás me lo cuente.

Quizás me diga que Claire Connolly era mi madre.

capítulo setenta

Encontré un pequeño estudio en alquiler a las afueras del pueblo. La dueña era muy amable y me dijo que podía dejarle un depósito en efectivo al llegar y pagar el resto después. Me explicó que, como era tan de última hora, no hacía falta que lo registrara en el sistema. «Ya lo resolveremos sobre la marcha», me dijo cuando le comenté que no sabía exactamente cuánto tiempo me quedaría. «Y también admitimos perros, por si quieres traer a un amigo». Hugo estaba a mis pies en ese momento, y me invadió una agradable sensación. Unos días en el campo, pensé, le gustarían, y yo no me sentiría tan sola. Le dije que sí, que traería a mi perro, y me aseguró que tendría cuencos y una cama preparados para él.

El día que me fui, no le dije nada a nadie. Esperé a que Stuart saliera a hacer las compras y entonces preparé la maleta a toda prisa. Sin pensarlo mucho, simplemente metí cosas de la pila de ropa sucia de Stuart; terminé con una vieja camiseta del colegio, unos leggings de Jessamine y unas bragas de la abuela. Luego le puse la correa a Hugo y caminamos hasta la estación. Me sentí mal por Stuart, pero sabía que intentaría detenerme si le contaba lo que estaba haciendo.

Esa noche me arreglé para ir al circo. No sé por qué, pero sentí que era importante. Me maquillé y me peiné. Incluso me puse perfume. Dejé a Hugo en el estudio y le dije que volvería pronto. Crucé el pueblo y me dirigí hacia los campos donde se encontraba el circo.

Los payasos aparecieron por primera vez unos quince minutos después de que comenzara el espectáculo y contuve la respiración con expectación. Había dos hombres altos y uno bajito, empujándose, haciendo ruidos, fingiendo caerse, y me quedó claro que el bajito era Jasper, y que él era el chivo expiatorio, que los hombres más altos lo usaban para provocar risas. En un momento dado, uno de ellos cargó a Jasper sobre sus hombros como si fuera un niño pequeño y galopó

por la pista con él mientras Jasper se movía de un lado a otro, exagerando el movimiento de su cabeza contra su cuello, dejando caer y atrapando su sombrero numerosas veces, y el público enloqueció de alegría. Pero yo no me reí. Ese era el trabajo de Jasper, pensé, todas las noches de su vida.

Al final de la noche, regresé al estudio, donde me esperaba Hugo, quien se alegró mucho de verme. Me sentía conmocionada, insegura y extrañamente triste.

Al día siguiente llevé a Hugo a dar un paseo por el parque del pueblo. Después de casi no salir de casa durante seis años, fue increíble ver cosas nuevas, paisajes nuevos, edificios nuevos. Compré un café en el pueblo y luego me dirigí hacia el recinto del circo, donde me senté en un banco un rato, fingiendo estar absorta en el móvil. Había mensajes de Stuart de la noche anterior y de esta mañana. Suspiré y respondí al último. Solo estoy tomando un descanso, escribí. Por favor, no te preocupes por mí ni por Hugo. Estamos bien. Vi que inmediatamente estaba escribiendo una respuesta, así que cambié a otra aplicación. No podía soportar su preocupación.

Delante de mí podía ver lo que ocurría tras bambalinas: gente merodeando, entrando y saliendo de caravanas con tazas de té, bebés, perros, el eco de videos de TikTok en los teléfonos, un ligero aroma a tocino friéndose en el aire, alguien riendo, alguien gritando. Detrás de una de esas puertas de caravana, pensé, estaba Jasper, o Patch, o como se llamara últimamente. Detrás de una de esas puertas había una persona que podía contarme sobre Claire Connolly. Tardé casi una hora, pero finalmente lo vi, saliendo de una pequeña caravana amarilla, con una camiseta blanca, pantalones cortos verdes y una chaqueta vaquera. Hice zoom con la cámara de mi teléfono.

Ya no se parecía al chico de la fotografía; supongo que no me había fijado en eso. Era más bajo que yo y parecía más cercano a los cuarenta que a los treinta; su rostro era a la vez juvenil y viejo, una combinación que me inquietaba. Tenía el pelo corto por detrás y a los lados, lacio por arriba, con una pequeña calva que apenas se asomaba en la nuca. Tomé algunas fotos y luego dejé el teléfono antes de llamar la atención. Noté que nadie parecía prestarle atención mientras caminaba y me invadió la misma tristeza que sentí anoche al verlo ser maltratado por los payasos más grandes. ¿Qué le había pasado, me preguntaba, para que estuviera así?

Lo seguí durante los dos días siguientes, intentando comprender cómo era. Lo acompañé hasta el pueblo, donde lo vi comprar rollitos de salchicha y un paquete de cuatro Coca-Cola Zero en la tienda de la esquina. Lo vi cortarse el pelo y salir de la peluquería frotándose la nuca con incomodidad. Lo vi desayunar en un café donde nadie lo miró, nadie le habló, ni siquiera el camarero que le sirvió la comida. Con el paso del tiempo, empecé a sentir una punzada de compasión por él, una lástima exquisita. Vi su fragilidad, su soledad, y me sentí preparado.

Esa noche, la última de la temporada del circo en la ciudad, dejé a Hugo en el estudio y esperé en el recinto del circo hasta que no vi a nadie. Luego, me escabullí entre los sinuosos pasillos de remolques y caravanas hasta el pequeño remolque de Jasper, en el rincón más alejado. La cortina del fondo estaba ligeramente abierta y me puse de puntillas para mirar a través de ella.

Vi una olla con tapa sobre una pequeña estufa y una cuchara de madera boca abajo sobre la encimera, que se había usado para remover lo que había dentro. Me agaché cuando pasó por la ventana, y cuando volví a levantar la vista, Jasper estaba sentado en un pequeño taburete frente a un espejo, buscando con las manos cajas de maquillaje y pintura facial en un cajón de abajo, apretando algo blanco en las yemas de los dedos y frotándolas.

Lo vi pintarse círculos rojos en las mejillas, con la mirada perdida fija en su reflejo en el espejo por un instante, antes de dirigirse hacia mí con la rapidez y la nitidez de la cola de una serpiente de cascabel. Y en ese instante, lo vi. Oscuridad.

Me agaché, con la respiración entrecortada y áspera, y las palabras «él estaba allí» volvieron a resonar en mi mente. Había visto a ese niño en la fotografía, con sus ojos grandes e inocentes, su melena despeinada, la colorida máscara en su regazo, y había asumido que él también era una víctima en todo esto. Pero en el momento en que Claire Connolly estaba atrapada en su casa, él no era un niño, era un adolescente, casi un hombre, y de repente sentí que el sándwich de pollo que había comprado en la tienda del pueblo a la hora del almuerzo empezaba a subir por mi garganta. Oí que se abría la puerta del remolque, una voz masculina que decía: «¿Hola? ¿Hay alguien ahí?», y lentamente, me dirigí hacia la parte delantera del remolque.

—Hola —dije—. Me llamo Daisy Black. Creo que soy tu sobrina.

Su rostro se contrajo de miedo cuando me presenté. Intentó cerrar la puerta, pero la empujé hacia atrás.

—Por favor —dije—. Necesito hablar contigo.

"No tengo nada que decirte. Simplemente vete."

Su voz era juvenil y aguda para un hombre adulto.

"Por favor. Eres la única persona que puede ayudarme."

—Vete —dijo, empujando la puerta de nuevo—. No quiero hablar contigo. Déjame en paz.

Suspiré y dejé que la puerta se cerrara entre nosotros.

—Puedo decirle a la policía dónde estás —dije, sin aliento, a través de la puerta cerrada—. Seguro que les interesa hablar contigo. El caso sigue abierto; la policía registró la casa hace un rato. Preguntaron por ti. Podría decirles dónde encontrarte.

Se hizo el silencio dentro de la caravana y, un instante después, la puerta se entreabrió. —Hablaré contigo —dijo Jasper. —De acuerdo. Pero no aquí. Quedemos mañana.

"De acuerdo. ¿Dónde?"

"Dame tu número de teléfono. Te enviaré la ubicación."

No tuve tiempo de detenerme, pensar o averiguar si esto era realmente lo que quería hacer, y grité los dígitos de mi número a través de la puerta de plástico.

—Prométeme que me escribirás —dije.

"Te prometo que."

Esa noche tuve muchas pesadillas, y al despertar a la mañana siguiente me sentía fatal y sin fuerzas. Le di de comer a Hugo y miré el móvil mientras comía. Más mensajes de Stuart. Me sentí mal, pero iba a conseguir lo que necesitaba allí y luego podría volver a casa. Estuve revisando el móvil constantemente durante la siguiente hora y media, esperando noticias de Jasper. Y entonces, justo cuando empezaba a perder la esperanza, el móvil vibró y aparecieron unas coordenadas. Las introduje en la aplicación y vi que se trataba de una zona boscosa justo detrás del Parque de Aves Acuáticas.

Sentí un vuelco en el estómago, una mezcla de ansiedad, miedo y emoción. Sabía que me estaba poniendo en peligro, pero también sabía que esta era mi última oportunidad para descubrir la verdad sobre mi madre. Entré al subreddit

privado donde había estado publicando sobre mi búsqueda de Jasper Black y escribí:

Lo encontré. Publicaré algo después.

Una hora después, le puse la correa a Hugo y nos pusimos en marcha. Hacía calor y el cielo estaba azul. La combinación de nervios y el calor del sol me hacía sudar, así que me detuve, me quité la sudadera y me la até a la cintura. Seguí el sendero que salía del parque y se adentraba en el campo. Mientras caminaba, recibí varias notificaciones, sobre todo de usuarios de Reddit que me decían que no fuera y que estaba loco. Les respondí mientras caminaba.

Estoy bien.

Por favor, no te preocupes.

Estoy a salvo.

Unos minutos después, el mapa me desvió del sendero y me llevó a la fresca sombra de un bosque. Allí estaba Jasper, sentado en un árbol caído. Al verlo, se me aceleró el corazón; parecía a la vez indefenso y aterrador.

Se puso de pie al verme acercarme. —Trajiste un perro.

"Sí. Este es Hugo."

Parecía desconcertado ante la sola idea de un perro. "¿Muerde?"

"No, claro que no muerde. ¿Tienes miedo a los perros?"

—No. —Me miró fijamente durante unos largos segundos antes de volver bruscamente la mirada hacia la distancia—. Te pareces a ella —dijo.

Se me cortó la respiración. "¿Claire?"

"Sí."

"¿Entonces Claire...?" Hago una pausa. "¿Era mi madre?"

Jasper asintió.

Mi voz abandonó mi cuerpo en una oleada de desesperación. "¿Dónde está? ¿Qué le pasó?"

Se encogió de hombros. "No lo sé".

"¿Qué quieres decir con que no lo sabes?"

"Eso es todo. Yo..."

Se sentó de nuevo en el árbol caído, y yo me senté a su lado.

"Nuestra familia. Nuestro hogar. Todo estaba mal. Todo. Y un día simplemente no pude soportarlo más. Me fui."

"Te escapaste para unirte al circo."

"Sí."

“Y cuando te fuiste, Claire Connolly... ¿estaba ella... en la casa?”

Inclinó ligeramente la barbilla y dijo: "Creo que sí".

“¿Y ella...?” Apenas podía respirar. “¿Estaba a salvo?”

"¿Qué quieres decir?"

—¿Estaba a salvo? —repetí, más alto—. ¿Es decir, que no corría peligro?

Se sobresaltó un poco al oír mi voz alzada. "Por favor, no me grites".

“No estoy gritando. Solo... Por favor. Solo dime lo que sabes. No me hagas sacarlo todo a la fuerza. ¡Estuviste allí! ¡Estuviste allí!”

Se movió ligeramente, reacomodó sus extremidades, miró al cielo y luego volvió a bajar la vista al suelo.

“Tienes que preguntarle a mamá.”

"¿Momia?"

“Annie. Pregúntale a Annie. Ella sabe lo que pasó. Yo no sé qué pasó. Pregúntale a ella.”

“Le he preguntado. Le he preguntado a todo el mundo. Nadie me dice nada. Eres la única a la que puedo preguntar.”

Su lenguaje corporal se volvía cada vez más tenso, sus extremidades se retorcían. Volví a sentir ansiedad. Necesitaba que confiara en mí. Necesitaba que se calmara.

—Lo siento —dije—. Sé que esto es difícil. Lo entiendo. Pero mi infancia también fue difícil.

Giró la cabeza bruscamente hacia mí. "¿De qué manera?"

Suspiré. No sabía por dónde empezar. «Jessamine es alcohólica. Tiene un novio encantador al que maltrata: le pega, le escupe, intenta matarlo, le impide ver a sus propios hijos, lo encierra en habitaciones. Annie lo trata como a un esclavo. Jessamine ahora vive en la cama. Obliga a Stuart a traerle alcohol y se sienta en la cama a beber hasta caer en coma. Nuestra casa está sucia. Dejé la escuela y nadie me enseñó; no hice ningún examen. Y hace seis años vi una fotografía de Claire Connolly y supe que era mi madre, y tú eres la única persona que puede decirme qué le pasó. Así que, por favor, te lo ruego, solo dímelo».

Lo miré fijamente. Vi cómo apretaba y aflojaba la mandíbula, cómo se contraía un músculo de su mejilla.

—Hubo una pelea —dijo—. Una pelea muy fuerte. Y la verdad es que no sé qué pasó, pero al final —se agarró el pelo con los puños y tiró un poco mientras hablaba— algo malo pasó... Por eso tienes que preguntarle a mamá. Porque ella es la única que lo sabe. Y yo... hice la maleta y me fui porque tenía miedo. Tenía

muchísimo miedo. Pensé que vendría la policía. Pensé que habría cárcel y periódicos y que de repente todo se haría añicos y que debería haberme quedado, para protegerlos, para proteger a mi madre y a Jessamine, pero fui un cobarde y huí. Huí y los dejé a todos solos. Para que se las arreglaran solos.

"¿Lidiar con qué?"

"Con todo. Con todo." Volvía a angustiarse, su voz se volvió aguda y se le quebró el sonido de lágrimas desesperadas. "Con todo." Empezó a golpearse las sienes con las palmas de las manos.

—¿Qué? —pregunté con urgencia—. ¿Todo qué?

"¡Pregúntale a mamá! ¡Pregúntale a mamá!"

"¿Preguntarle qué?"

"¡Prácticamente todo!"

Y entonces se puso de pie y trató de correr y no pude dejarlo correr, no pude, y lo perseguí y lo agarré de la chaqueta por detrás, la agarré y lo jalé hacia atrás, y cayó, y yo también caí, y por un momento estuvimos rodando en la maleza, las hojas muertas y las ramitas del suelo del bosque arañando y rozando la piel desnuda de mis brazos, y de repente estaba encima de mí, con las manos apretadas alrededor de mi garganta, y estaba tratando de estrangularme.

Hugo corría frenéticamente en círculos a nuestro alrededor, sin saber qué hacer, y vi a Jasper extender su pierna izquierda y apartarlo de una patada. Oí un chillido agudo y luego el correteo de sus patas por el suelo del bosque, y traté de llamarlo por su nombre, pero no salió ningún sonido. Volví a mirar a Jasper y lo vi de nuevo, esa hoja de oscuridad en sus ojos, y supe que tenía que contraatacar con más fuerza que nunca en mi vida. Mi rodilla impactó contra su ingle y sentí cómo la poca fuerza que le quedaba en su débil cuerpo se desvanecía; el agarre en mi garganta se aflojó de repente lo suficiente como para que pudiera respirar, y en ese instante logré quitármelo de encima.

Me puse de pie y corrí.



capítulo setenta y uno

Jane se recuesta en su silla y observa a Daisy al otro lado de la mesa de la cocina. "¿Intentó matarte?"

Daisy asiente.

"Entonces tú... ¿qué, volviste a casa?"

Daisy vuelve a asentir. Dice: «Intenté encontrar a Hugo, de verdad que sí, pero ya no podía estar en ese bosque, no con Jasper cerca, así que caminé y caminé y caminé, durante kilómetros, o eso me pareció. Y entonces llamé a Stuart».

Stuart mira brevemente a Jane. —Fui a buscarla. Estuvimos dando vueltas un buen rato buscando a Hugo, pero cuando empezó a oscurecer, volvimos a Londres. Fue... —Jugaba con el borde del plato—. Fue una decisión difícil. Solo esperaba, de verdad esperaba, que alguien lo encontrara. Y lo trajera a casa.

"¿Pero por qué no me lo dijiste el primer día? ¿Cuando traje a Hugo de vuelta? ¿Por qué no dijiste que Daisy estaba en casa?"

"Porque no tenía ni idea de quién eras. Podrías tener algo que ver con Jasper. No lo sé. Solo quería que te fueras y nos dejaras solos."

Jane vuelve a mirar a Daisy. —¿Qué pasó? ¿Dónde está Annie? ¿Te contó algo? ¿Dónde está Allen? ¿Lo encontraste? O sea... ¿qué está pasando? ¿Y por qué no llamamos a la policía?

Ella ve a Daisy y a Stuart intercambiar una mirada. Los ve asentir con la cabeza. Y luego, sin decir palabra, la conducen desde la cocina hacia la letrina.

Jane agarra con fuerza el mango del cuchillo que guarda en su bolso mientras sigue a la pareja al jardín. Se mantiene alejada de la caseta y observa, conteniendo la respiración, cómo Stuart abre el candado. Su corazón late con tanta fuerza que puede oírlo retumbando en sus oídos. Cada músculo de su cuerpo está tenso,

preparado para el impacto del ataque, de la violencia, y en lo más profundo de su ser, oye una vocecita que dice: «Bueno, lo pasaste bien. Fue divertido mientras duró».

Pero entonces piensa en sus perros, en sus hijastros, y acalla a gritos esa vocecita. Se queda mirando fijamente cuando se abre la puerta, y luego jadea, con un sonido agudo y audible, al ver, desplomados en el suelo de la terrible habitación, los diminutos restos, semejantes a los de un pájaro, de Annie Black.

capítulo setenta y dos

Jane se lleva las manos a la boca. "¡Oh, Dios mío!"

—Y esta, Jane —dice Stuart—, es la razón por la que no quería que interviniera la policía. ¿Lo entiendes ahora?

—¡Oh, Dios mío! —dice Jane de nuevo, mientras el pánico se apodera de todo su sistema nervioso—. ¿Qué... quiero decir... cómo?

—Fui yo —dice Daisy, interrumpiendo a Stuart, que estaba a punto de decir algo más—. Lo hice. La semana pasada. La empujé por las escaleras. No me lo decía, no me lo decía, y yo le gritaba que había visto a Jasper y Jasper me dijo que lo sabía todo, que Claire era mi madre, y me enfurecí porque se estaba portando como una maldita perra, una maldita perra, y la empujé y se cayó por las escaleras y ahora no sabemos qué hacer. Pero por favor, por favor, no vayas a la policía. No quiero ir a la cárcel. De verdad que no.

Daisy empieza a llorar y Jane siente un fuerte impulso de consolarla, de abrazarla y decirle que todo estará bien, pero una parte de ella todavía piensa que Stuart y Daisy podrían estar a punto de encerrarla en la letrina con el cadáver de Annie. Su mano aún agarra el cuchillo que guarda en su bolso, así que se queda allí, impotente, sin saber qué hacer. —¿Y Jessamine? —pregunta—. ¿Sabe lo que le pasó a su madre?

Daisy niega levemente con la cabeza. Stuart suspira.

—Tienes que decírselo —dice Jane—. No quiero sonar dura, pero tal vez, si sabe que su madre ha muerto, sienta que puede hablar, que puede ser sincera contigo, sobre Claire, sobre todo.

"No es tan sencillo", dice Stuart.

"¿En qué sentido no es así de simple?"

"Jessamine... está perdida, ¿sabes? Perdida en su enfermedad. Ya no está ahí. Creo que ya es demasiado tarde, no recordará nada, e incluso si lo hace, no podrá ordenar los recuerdos de forma coherente."

—¿Lo has intentado? —pregunta Jane.
Ambos niegan con la cabeza.
"¿Dónde está ella?"
"En la cama, por supuesto."
—Vamos —dice Jane—. Al menos intentémoslo.

El olor en la habitación de Jessamine es rancio: alcohol rancio, ropa sucia, aire viciado. Jane pregunta si pueden abrir una ventana y Stuart dice que lo hará.

Jane se vuelve hacia la cama y trata de no retroceder físicamente al ver a Jessamine, profundamente dormida, con la cabeza ladeada sobre las almohadas, la piel grisácea, los dientes descuidados, el cabello fino y desaliñado, salpicado de canas. La mira fijamente un rato, pensando en la chica guapa con el peinado y el maquillaje de Marianne Faithfull en la película de bajo presupuesto que hizo hace veinte años. Piensa en la foto de la dulce adolescente con una mirada traviesa sentada junto a su padre y su hermano en el sofá. Piensa en la chica que Oliver Bloom, su ex quesero, había descrito como sexualmente voraz, insaciable; la chica que su vieja amiga Natasha de Large había descrito como loca y salvaje. Piensa en la breve estancia de Jessamine en un austero estudio con vistas al Alexandra Palace y piensa en la "señora de la limonada" que le describió el dueño del pub local, con el temporizador de su teléfono programado para recordarle que tenía que recoger a su hija del colegio.

Entonces piensa en Stuart, en su oreja mutilada, en su espíritu quebrantado, en su absoluta y desinteresada devoción a esta casa, a estas mujeres, a guardar sus secretos. Todo esto pasa por su mente en el tiempo que tarda Stuart en despertar suavemente a Jessamine de su profundo sueño. Y entonces, cuando Jessamine abre los ojos, Jane se inquieta al ver el tenue destello de vida que aún brilla tras el verde apagado de sus iris.

"¿Qué demonios...?" dice Jessamine adormilada, mirando a Jane con los ojos entrecerrados. Se vuelve hacia Stuart. "¿Qué está pasando?"

No te preocupes, cariño, todo está bien. Ella es Jane. Ha estado buscando a Daisy. ¿Te acuerdas de que perdimos a Daisy durante unos días? Y mientras la buscaba, se enteró de otras cosas, ¿sabes?, como la búsqueda policial, ¿de la época del Covid? Y bueno, lo de Jasper. Ha estado hablando con gente y atando cabos, y hay cosas que no sabes, Jess...

Pero mientras Stuart habla, las manos de Jessamine buscan en su mesita de noche, en el suelo junto a su cama, cada vez con más nerviosismo, y entonces lo interrumpe diciendo: "Stuart, necesito un trago. Por favor".

Stuart suspira. “Enseguida te traemos la bebida, pero ahora mismo lo que necesitamos es que escuches con atención, ¿de acuerdo? Escucha lo que te digo sobre lo que ha estado pasando.”

Jessamine gime y se deja caer pesadamente sobre las almohadas, con el rostro contraído por la rabia y el dolor. «Por favor, Stuart, no me hagas perder el tiempo. Solo tráeme algo de beber. O Daisy, por favor. Necesito algo de beber».

—Daisy —dice Stuart, volviéndose hacia ella—, ¿puedes traerle las medicinas a la abuela? Las de la cajita azul. Y un vaso de agua.

Daisy asiente y desaparece, y Stuart se sienta junto a Jessamine en la cama e intenta tranquilizarla. «Daisy te está dando medicina, ¿de acuerdo? Pronto te sentirás mejor. Pero escucha, necesitas saber lo que ha pasado. Hubo un accidente hace unos días, y no te lo dijimos porque no queríamos que te preocuparas, pero te lo contamos ahora porque si no te lo decimos, Jane irá a la policía y todo se pondrá muy feo. Así que, por favor, escucha. Hubo una pelea entre Daisy y tu madre. Y durante la pelea, Annie se cayó. ¿De acuerdo? Se cayó y, bueno, creemos que se rompió el cuello».

Jessamine se incorpora de nuevo. "¿Entonces ella... qué? ¿Está muerta?"

“Sí. Lo siento mucho. Pero sí. Está muerta. Y aún no se lo hemos dicho a nadie. No sabíamos qué hacer.”

Jane ve cómo a Stuart se le llenan los ojos de lágrimas y oye cómo se le quiebra la voz. Entonces, con asombro, observa cómo vuelve a brillar la mirada de Jessamine, de un verde apagado, y su rostro recupera algo de lo que debió haber sido alguna vez. —¿Estás segura? —pregunta.

“Sí. Me temo que sí. Sin duda alguna, está muerta.”

“¿Dónde está ella?”

“Bueno, al principio estaba en su estudio, pero ayer la metimos en la letrina. Mientras decidíamos qué hacer.”

Jessamine mira con los ojos muy abiertos de Stuart a Jane y viceversa.

—Llama a la policía —dice con un tono suave pero urgente.

"¿Qué?"

“¡Llama a la policía, Stuart! ¡Diles que fui yo! ¡Diles que la empujé! Y luego déjame explicarles por qué.”

capítulo setenta y tres

La policía llega una hora después. Jane se sienta nerviosa en el sofá de la sala, insegura de su papel allí. Siente que Stuart y Daisy aprecian su presencia, así que se queda, enviando mensajes a todas las personas a las que les había dicho que vendría para avisarles que está a salvo. Jessamine se ha duchado y lleva un vestido azul desaliñado, con el pelo húmedo recogido en una coleta pulcra. Está tan delgada que Jane puede verle las venas bajo la piel, el blanco marmolado de sus huesos que se marcan en su rostro. Tiene las cuencas de los ojos amarillas; los labios secos y agrietados. Jane rebusca en su bolso, pasando la mano por el metal del cuchillo de cocina que guarda dentro, y saca un pequeño bote metálico de bálsamo labial Vaseline. Se lo da a Jessamine, quien lo toma en silencio, lo usa y se lo devuelve.

Una agente de policía femenina le quita un vaso de agua a Stuart, y un agente masculino abre una libreta que tiene en el regazo y se aclara la garganta.

—Entonces —dice la agente de policía—, ¿quiere denunciar una muerte accidental?

Jessamine asiente. "Sí. Por favor."

"¿Y podría decirnos quién ha fallecido?"

"Mi madre, Annie Black."

"¿Y dónde está el fallecido?"

"Está en la letrina."

"Muy bien, gracias. ¿Y hace cuánto tiempo ocurrió este accidente?"

"La semana pasada... Lo siento, pero he estado muy mal, como puedes ver, y no pude... No sabía qué hacer. Sucedió y entré en pánico, la dejé en la letrina. Pero Stuart la acaba de encontrar y ahora, bueno, necesito explicarlo. Necesito explicarlo todo."

Le tiemblan las manos y está muy delgada, pero aun así, hay algo convincente en la forma en que recita esta terrible mentira, algo creíble y real.

Jessamine suspira. —Mi madre —dice— era malvada. Mi madre mató a mi padre. Mi madre y mi padre mataron a otras personas. Esta casa —dice, recorriendo con la mirada las cuatro paredes de la habitación con ojos amarillentos— es una casa de malditos horrores.

Naomi de Santo

Jody Pinkerton

Susana Perez

Elena Iannou

Jade Paris-Smith

Charaya Kim

Claire Connolly



capítulo setenta y cuatro

Bajo las plantas de los suaves y mimados pies de Annie Black, bajo las tablas del suelo de su estudio, bajo un antiguo kilim turco, desgastado en algunos lugares, se esconde una trampilla, y bajo la trampilla se esconde un pequeño laberinto de habitaciones subterráneas.

Estas habitaciones contienen muebles rudimentarios: camas para niños pequeños, sillones, una o dos mesas. El equipo de homicidios encuentra mantas, ropa interior, botellas de agua de plástico, dos cárdigans viejos medio devorados por las polillas. Los restos de las niñas están incrustados aquí abajo en cavidades y agujeros hechos con un martillo neumático. Algunos de los cuerpos han sido descuartizados para facilitar su colocación en rincones incómodos. Y allí, extendidos a plena vista, medio sobre una de las camas para niños pequeños, están los restos de papel de Allen Black, todavía con la ropa manchada de sangre con la que murió después de que Annie Black lo apuñalara en la garganta y los ojos con un pequeño cuchillo de cocina, su cuerpo largo y delgado desecado hasta convertirse en un montón de huesos y carne de pergamino. Ella lo mató en un ataque de celos, según Jessamine, cuando se dio cuenta de que estaba enamorado de Claire Connolly, y luego también mató a Claire Connolly y se llevó a su bebé, dándoselo a Jessamine.

"Ni siquiera tenía veinte años. No quería un bebé. ¿Pero qué más podía hacer? No podíamos dejar que el bebé muriera. En ese momento tenía una relación intermitente con un hombre casado y mi madre me dijo que le dijera que era su bebé, y que así tal vez dejara a su esposa. Tal vez, ya sabes, cuidara de mí. Pero no funcionó así. Así que fue una pérdida de tiempo total."

Y así, les cuenta Jessamine, su vida cayó en un declive cada vez más pronunciado, por supuesto. ¿Qué otra vida podría haber sido?, les pregunta. ¿Con tanto trauma? ¿Cómo podría haber terminado de otra manera?

“Stuart intentó salvarme de mí mismo, pero no pudo. Nadie podía salvarme, no mientras viviera con esa mujer, con esas pobres chicas bajo las tablas del suelo.”

—¿Así que lo sabías? —pregunta una de las policías—. ¿Lo de las chicas?

Un breve asentimiento. Sí. Claro que sí. Los dos lo hicimos. Mi hermano y yo. Pero éramos niños. Nuestros padres, tienes que entenderlo, eran fuerzas de la naturaleza, de diferentes maneras, pero igual de poderosos, igual de aterradores. Les teníamos miedo. Y después de que mi madre matara a mi padre y Jasper desapareciera, entré en un estado de inercia. Mi vida se detuvo. Se detuvo por completo. Pensé que ese sería mi final. Que bebería hasta morir, llevándome conmigo los secretos, esos malditos secretos que me han estado carcomiendo durante veinte años, incluso más, carcomiendo mi cordura, mi salud, mi felicidad. Estaba listo para morir. Pero entonces Daisy fue a buscar a mi hermano y regresó con solo la mitad de la historia, y le gritaba a mi madre que le dijera la verdad, gritando y llorando, y vi a mi madre acercarse a Daisy para abofetearla, para lastimarla, y así empujé a mi madre. La empujé. Y se fue escaleras abajo. Hasta el final. Oí cómo se le rompía el cuello al caer.

“¿Y no se lo dijiste al señor Tucker?”

“No le dije nada al señor Tucker. No.”

“¿Y dónde creía el señor Tucker que estaba su madre?”

“Le dije que se había ido a quedarse con una amiga. Pero hoy temprano...” Hace una pausa y mira a un policía tras otro. “Bueno, notó un olor que venía de la letrina”.

El equipo tarda tres semanas en recuperar todos los restos de las chicas. El proceso de identificación dura otros meses. Pero en las primeras horas tras la llegada de la policía a Thornwood, cuando Jessamine empieza a contar su historia, Jane siente que el mundo está vacío y desolado. Podría haber sido ella, se repite una y otra vez... podría haber sido ella.

Las "au pairs" que llegaron a Thornwood eran todas trabajadoras sexuales, amigas de Allen Black en diversos lugares de Londres, nunca en el mismo sitio dos veces. Según Jessamine, llegaban de noche y, al principio, las alojaban en una habitación en el ático de la casa, cuya puerta, según mostró a la policía, tenía una cerradura por fuera. Al principio, Jessamine declaró a la policía que a ella y a Jasper se les permitía entablar amistad con las au pairs, pero luego Annie lo

impidió y las au pairs tuvieron que moverse por la casa haciendo sus tareas en silencio, los únicos sonidos que provenían de ellas eran los de Allen Black abusando de ellas noche tras noche, la vieja casa desgarrada por crujidos y gemidos y golpes cada vez más fuertes hasta que llegaba un bendito y hermoso silencio y el sonido de Allen cerrando la cerradura y volviendo de puntillas a la habitación que compartía con Annie.

—¿Por qué? —le preguntó el policía a Jessamine—. ¿Por qué estaba pasando esto?

—¡Dios mío! —replicó Jessamine con valentía—. ¿Cómo iba a saberlo? Era una niña. ¿Qué poder tenía para hacer preguntas, para cambiar algo? Los niños no lo hacen. Los niños simplemente se adaptan. Sobreviven.

"¿Se lo contaste a alguien? ¿En la escuela? ¿En el barrio?"

Claro que no. Simplemente mantuve la cabeza baja y me aseguré de que mis padres me siguieran queriendo. Eso era lo único que me importaba. Fingí que nada de eso pasaba. Vivía una vida de fantasía, dentro de mi propia cabeza. Las cosas... estaban pasando, pero las bloqueé. Lo bloqueé todo. Me concentré en mis dramas. Me concentré en los chicos. En mi apariencia. Simplemente fingí que vivía en una casa normal con gente normal, y ignoré lo malo. Lo ignoré todo.

Dos días después, Jane regresa a Rosebery. El Valle de la Salud aparece en cada pantalla de televisión que ve, en cada teléfono: imágenes de filas de vehículos policiales, cintas de plástico ondeando al viento, gente con rostros sombríos entrando y saliendo de la casa, curiosos apenas visibles en las colinas y laderas que rodean Thornwood. Sus hijastros la llaman para ver cómo está, conscientes de que acaba de sufrir un trauma. Shannon la abraza de una manera extraña, un abrazo que Jane no siente que necesite, pero al que intenta corresponder con gratitud.

Una vez que Shannon se marcha, Jane reconoce el silencio, el silencio dichoso y astringente de Rosebery Hall que la ha mantenido cuerda y la ha vuelto loca a partes iguales durante toda su vida. Se resigna a su soledad y a su estado de inutilidad. Daisy está a salvo. Annie ha muerto; han encontrado a Allen. Jessamine está liberada de su carga. Stuart es libre. Los secretos de aquella extraña casa han sido arrojados al sol como páginas de un libro y se han esparcido a su alrededor como oscuras cenizas de depravación humana.

Pero Jane sigue atormentada por algo: la chispa que se encendió en los ojos de Jessamine al enterarse de la muerte de su madre. La madre de Jane no era una buena madre; hizo que su infancia fuera muy oscura y difícil. Su madre sufría ataques de ira y episodios violentos; había crueldad en su hogar —no tan brutal como en el de Jessamine—, pero crueldad al fin y al cabo. Sin embargo, cuando, siendo una joven de diecinueve años, su hermano la llamó al restaurante del pueblo donde trabajaba a tiempo parcial para decirle que su madre había muerto —un infarto, muerta en menos de un minuto y medio—, no hubo ninguna chispa en los ojos de Jane, ninguna sensación de renacimiento ni iluminación, solo tristeza, conmoción y un dolor amargo, muy amargo. El renacimiento y la iluminación llegaron finalmente, muchos años después, cuando se sintió libre de las ataduras de las adicciones de sus padres, pero no entonces, no en ese preciso instante de saberlo.

¿Por qué?, se pregunta Jane. ¿Por qué reaccionó Jessamine de esa manera?

Y es terrible pensar, reflexiona, en una mujer que ha sufrido el trauma más inimaginable y espantoso durante prácticamente toda su vida adulta. Pero por alguna razón, Jane no confía en Jessamine.

No confía en ella en lo más mínimo.

capítulo setenta y cinco

STUART, AHORA

Me muevo por las habitaciones de Thornwood en un estado de horror paralizante, esta casa donde he vivido casi diez años, esta casa que me ha atrapado, me ha asfixiado, me ha lastimado y ahora, lo sé, me ha engañado. Recojo mis pertenencias, doblándolas cuidadosamente en mochilas y bolsas de lona. Mi hermano y su familia me esperan en su sólida casa en un tranquilo y apartado suburbano.

La policía ha terminado de interrogarme por ahora, mientras que Jessamine y Daisy siguen en la comisaría. Un agente me sigue mientras recojo mis cosas; se llama Asif y puedo notar que me considera sospechoso, que piensa, de alguna manera, que esto es culpa mía, y no puedo culparlo, porque he vivido aquí con este horror bajo mis pies, le he traído a Annie su té, su café y su galleta en el platillo cuatro veces al día, todos los días, a la habitación donde esas chicas yacían en sus terribles contorsiones. He compartido cama con una mujer por la noche cuyo ser entero está formado por el trauma y la agonía de lo que presenció, y cada día permití que se hundiera más en la adicción y la desesperanza. Dejé que su hija, una niña a la que digo querer como si fuera mía, huyera y se cruzara en el camino de un hombre demente que intentó matarla, y no denuncié su desaparición a la policía. Encontré una fotografía de una joven con grilletes en las piernas y no dije nada.

Yo tampoco confiaría en mí.

Puedo oír la maquinaria abajo, el inquietante sonido de martillos neumáticos y taladros, hombres llamándose entre sí, mientras guardo cinco pares de calcetines en mi bolso. Llamo a Hugo, y cuando el perro y yo salimos unos

minutos después, seguidos por Asif hacia el valle, mientras me abro paso entre las furgonetas, los coches y los grupos de curiosos, contengo las lágrimas.

Sé que nunca volveré a esta casa tan oscura.

capítulo setenta y seis

Dexter se aventura en los parajes salvajes de Little Belmont para ver a Jane unos días después. El clima de finales de mayo ha vuelto a ser apacible y pueden sentarse afuera en el huerto, acompañados por un abejorro solitario que revolotea con determinación alrededor de la lavanda, y los cuatro perros en distintos estados de reposo.

"Todavía están buscando a Jasper", dice Dexter.

—Sí —responde Jane, con un tono de incertidumbre en la voz—. Tengo la firme convicción de que no lo encontrarán.

"¿Qué te hace decir eso?"

Jane suspira. "Creo que habrá sido demasiado para él. Creo que, como dicen ustedes, los jóvenes, se habrá vuelto loco."

Dexter hace una mueca. "¿Tú crees?"

"Sí. Y de hecho, si no lo hubiera hecho justo después de intentar matar a Daisy en el bosque aquel día, lo habría hecho cuando todos los secretos salieran a la luz."

"¿Y tal vez nunca lo encuentren?"

"En efecto. Quizás no."

Vuelve a suspirar, atormentada por una profunda insatisfacción. Algo no está bien. Algo falta. Pero, piensa para sí misma, eso es algo que la policía debe averiguar ahora. Su papel aquí ha terminado; se acabó. Es hora de que se aleje y se centre en su propia vida, así que se vuelve hacia su hijastro y le dice: «Lo vendo».

"¿Vendes qué?"

—Esto —dice, señalando la masa desordenada que tiene detrás y delante—. Todo. Hablé con Sturrets en el pueblo esta mañana. Chloe dijo que podría venderse por dos millones, si estoy dispuesta a esperar a un comprador adinerado que no busque una ganga, o por un millón y medio si simplemente quiero deshacerme de él.

“Dios mío, ¿eso es todo?”

“¿Qué? ¡Dios mío, qué gansito tan malcriado!”

“Bueno, no es tanto, ¿verdad? ¿No por todo esto? Mi apartamento no vale mucho menos que eso.”

Sí, y eso es porque vives en una de las calles más bonitas de Londres. Pero esta casa... su valor es realmente arbitrario. Vale lo que alguien crea que puede sacarle, porque nadie la querrá así. Querrán arreglarla, cambiarla y ampliarla, y eso costará muchísimo dinero y llevará muchísimo tiempo, y no puedes esperar que un comprador sea a la vez valiente y estúpido. Así que aceptaré lo que alguien esté dispuesto a darme, y entonces podré... Dios mío... —exhala en la segunda sílaba—... escapar.

"¿Escapar?"

Sí. Esa mujer. Jessamine. Se quedó. ¿Y por qué se quedó? ¿Por qué no escapó a la primera oportunidad que tuvo? Sé que eso es lo que pensaría la mayoría, pero lo entiendo, de verdad que lo entiendo. El trauma puede atarte, mantenerte en una posición. Crees que te has movido, crees que estás en otro lugar, pero no es así; sigues ahí, atrapado en cada instante, y es más fácil, de alguna manera, permanecer cerca de las escenas de esos momentos, no tirar demasiado de las ataduras, rendirse, no luchar, y no puedo explicarlo mejor. Jasper adoptó el enfoque opuesto: se quitó todas esas ataduras, soportó el dolor abrasador y luego salió al mundo sangrando y agonizando y... ugh. Deja caer la cabeza. “Pero hay un término medio. Irse poco a poco. Y la verdad es que me he estado yendo poco a poco durante los últimos treinta y cinco años. Quitándome los pasadores, uno a uno. Y ahora estoy listo. Se siente bien.”

“¿Pero adónde irás?”

“Un lugar tranquilo y aburrido en Londres. Con un parque cerca, un jardín grande para los perros, vecinos agradables, tal vez una cafetería moderna al final de la calle, un sitio donde comprar pan y leche, y una estación de metro. Sí, algo aburrido. Algo agradable. Algo de lo que estar orgulloso. ¿Sabes?”

Dexter pone su mano sobre la de ella y la aprieta. "¿En la línea Northern?", pregunta esperanzado.

—Sí —dice—. ¡En la línea Northern!

“¿Y entonces podríamos fundar la agencia?”

“¡Sí! ¿Trevally y el hijastro?”

—O mejor aún —dice Dexter, dedicándole una leve sonrisa—, ¿qué tal Trevally y su hijo?

Jane suspira y le aprieta la mano; una lágrima solitaria y tonta se desliza por su mejilla. —Gracias —dice—. Gracias.

Más tarde, sacan a pasear a los perros. En el lugar del bosque donde Jane vio a Hugo por primera vez, se detiene y señala. «Aquí empezó todo», dice. «Justo ahí. Apareció ese perrito. Dios mío. Un perrito blanco y luego...» Hace un gesto de exclamación con las manos y se estremece levemente. Sobran las palabras.

—¿Qué le pasó a Hugo? —pregunta.

"Stuart lo tiene. Pero le he dicho que si me necesita, lo aceptaré."

—Yo también —dice Dexter—. Me lo quedo.

"Podemos compartirlo."

—Sí, podemos compartirlo —dice Dexter sonriendo—. ¿Y qué pasará con Daisy?

Jane sonríe ahora. "Se está quedando con ese hombre encantador".

"¿El hombre guapo y encantador? ¿El que vive en la línea Northern?"

Él le da un golpe juguetón a Jane, que ella ignora. Los hombres, piensa, incluso los guapos y encantadores, no le interesan ahora mismo y no le interesarán durante bastante tiempo. «Sí», dice. «Spencer y George la están hospedando».

—Qué bien —dice. Luego hace una mueca y añade—: Pero aun así, ¿está completamente sola?

"Está completamente sola. Sí. Diecinueve años y completamente sola."

Dexter le dirige una mirada cómplice. "¿Igual que tú?", dice.

—Sí —dice Jane—. Como yo. Solo que —añade— ella tiene a Stuart. Y Stuart, para ser completamente sincera, vale diez veces más de lo que yo jamás tuve.

Los perros los rodean entonces, esperando a que encuentren palos para lanzarlos, y durante unos minutos Jane y Dexter se pierden en la alegría pura e inmaculada de ver a los perros correr de un lado a otro, el correteo de sus patas, el calor de su aliento, el brillo de sus ojos.

seis meses después

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA DE LA BBC El cuerpo de Jasper Allen Black, de 37 años, hermano de Jessamine Black e hijo de Allen y Annie Black, los llamados Asesinos de Vale of Health, fue encontrado en un bosque cerca del pueblo de Little Belmont en Dorset. El Sr. Black había sido visto con vida por última vez dos semanas antes del descubrimiento de ocho conjuntos de restos humanos en el sótano de la casa de su infancia en el exclusivo enclave de Vale of Health en Hampstead, al norte de Londres. Daisy Black, de 20 años, quien se creía hija de Jessamine Black pero que ahora se ha demostrado que es hija de Claire Connolly, la última víctima de los Black, localizó a Black a través del foro en línea Reddit. Cuando ella lo confrontó con su creencia de que él no era su tío y que la joven que había sido vista por última vez fuera de la propiedad de los Black veinte años antes era su verdadera madre, Jasper Black intentó matar a Daisy estrangulándola antes de escapar. Se cree que el Sr. Black se suicidó poco después. El Sr. Black, artista de circo conocido profesionalmente como Patch el Payaso, también ha sido señalado como responsable de una serie de interacciones antisociales con mujeres jóvenes por la noche, abusando de ellas vestido de payaso y pareciendo excitarse al infundir terror en sus víctimas. El circo que empleó al Sr. Black durante los últimos dieciocho años está preparando un comunicado, pero un colega de Martello's declaró hoy a un periodista que el Sr. Black era conocido por ser un solitario y un "bicho raro". Se desconoce qué implicación, si la hubo, tuvo el Sr. Black en las

atrocidades que tuvieron lugar en la "casa de los horrores" de su infancia, y su hermana, Jessamine Black, se encuentra hospitalizada en un centro de rehabilitación de adicciones en Surrey, a la espera de juicio por cargos de homicidio involuntario en el caso de la muerte de su madre, y no ha podido hacer declaraciones.

capítulo setenta y siete

STUART, UN MES DESPUÉS

Han pasado diez años desde la última vez que celebré la Navidad con mi hermano. Por supuesto, no tenía ni idea, cuando me marché de su casa aquel día de 2016, saludando y haciendo muecas a mis sobrinos desde el asiento del copiloto, de que no volvería a su casa en toda una década, de que pondría excusas, año tras año, contando medias verdades y mentiras sobre mis ausencias, porque ¿cómo iba a decirle a mi hermano, Stuart Tucker, autoproclamado espíritu libre, que una mujer manipuladora y abusiva me había cortado las alas?

En Nochebuena, recojo a Daisy de la casa donde se aloja con su viejo amigo de la infancia, George, y el padre de este, Spencer, un hombre afable pero algo soso. Siete meses después de los sucesos de mayo, se ve tan diferente. En algún momento, mientras yo estaba en las afueras con mi hermano, Daisy se ha hecho un arreglo en el pelo y, de repente, luce mucho más adulta y femenina. También se ha comprado ropa nueva, algo que no hacía desde hacía años, pues vivía con ropa de segunda mano y cosas que encontraba por casa. El soso Spencer le desea una feliz Navidad y, al marcharnos, nos giramos para contemplar la casa amarilla al final del valle. Está tapiada para protegerse de las miradas indiscretas, y su jardín delantero sigue revuelto y destrozado por la excavación policial del sótano. Le toco el hombro a Daisy para tranquilizarla. «¿No es raro —le pregunto— vivir aquí, tan cerca?».

Sacude la cabeza con un movimiento mínimo, casi imperceptible. —No —dice—. Es bueno. Me ayuda a no pensar demasiado en ello cuando lo veo todos los días. Si no pudiera verlo, soñaría con ello, tendría pesadillas. Se haría

demasiado grande y me abrumaría. Y además —dice, volviéndose para sonreír con tristeza a Stuart—, me mantiene más cerca de mi madre.

Se había cambiado el nombre legalmente hacía un par de semanas. Ahora se llama Daisy Connolly. No le interesa en absoluto la mujer que la crió, quien ahora se recupera día a día en un extenso centro de rehabilitación cubierto de hiedra mientras espera el juicio. No le interesa para nada. «No siento lástima por ella», le había dicho a Stuart justo después de que todo estallara. «Dice que es una víctima, pero no siento la menor lástima por ella».

Apartan la mirada de la casa al final del camino y regresan hacia los callejones empedrados, las ventanas adornadas con luces navideñas, los árboles resplandecientes, la sensación de asombro inocente y alegría con la llegada de la Navidad al Valle de Health.

epílogo

DIECIOCHO AÑOS ANTES

—Hola —le digo a la mujer que está detrás del gran escritorio de nogal—. Vengo a una cita con el Dr. Twist. Me llamo Jasper Black.

La señora teclea en su ordenador, luego me mira y sonríe. «Por favor», dice, «tome asiento».

Me acomodo en el elegante sofá y miro a mi alrededor, a la sala de espera vacía. Agua de una máquina expendedora con vasos de plástico transparente. Fruta en un frutero. Algunas revistas. Siento que me ruge el estómago. No he comido nada hoy. Estaba demasiado nerviosa esta mañana. Miro la fruta y considero una manzana, pero aparto la mirada al imaginarme cogiéndola, mordiéndola, el repentino y terrible ruido, la mirada de la mujer sobre mí, la humillación de que me pillaran comiendo una manzana sin permiso. Pero no puedo preguntar, sería demasiado vergonzoso. En su lugar, me sirvo un vaso de agua, ligeramente alarmada por el fuerte gorgoteo que hace al bajar por el dispensador, y lo bebo lo más silenciosamente que puedo.

Finalmente, la señora me llama por mi nombre y me indica una puerta donde un hombre de aspecto agradable me espera para saludarme con la mano extendida.

"Señor Black, doctor Twist, es un placer tenerlos aquí, pasen."

Me cae bien; me hace sentir cómoda al instante. Me indica una silla cómoda, se sienta en la suya y me mira amablemente a través de sus modernas gafas. «Entonces, Jasper, ¿puedo llamarte Jasper?»

Quiero que me llame Patch, pero sé que no puedo pedírselo, así que asiento y sonrío. "Está bien", digo, y luego me aclaro la garganta.

Me explica detalladamente su método. Es terapeuta de EMDR. Alguien de mi curso de clown me habló de ello cuando le comenté que me había escapado de casa porque me había ocurrido algo malo. Le conté que tenía pesadillas, que no dormía nada, y me explicó cómo la EMDR había curado a su novia de terrores nocturnos y otros problemas de comportamiento relacionados con su trastorno de estrés postraumático tras sobrevivir a un accidente múltiple en la autopista.

No había sobrevivido a un choque múltiple en una autopista, no me habían sacado de entre los restos del coche unas manos fuertes y seguras, ni me habían llevado a un lugar luminoso para que me repararan personas brillantes; había experimentado un trauma cegador, ensordecedor y desestabilizador en los rincones más silenciosos y oscuros de la casa de mi infancia, y vivía conmigo cada día.

Mi amigo me dijo que un hombre como el Dr. Twist tenía la capacidad de reprogramar la esencia misma de mí desensibilizándome a mi trauma sin que yo tuviera que pronunciar una palabra, lo cual era ideal, porque no podía contarlo, no podía hablar de las cosas que veía, de cómo me sentía. Sé que nunca podré encontrar las palabras, nunca, así que esto, esto, puedo hacerlo: una terapia silenciosa, como una cirugía, las técnicas del doctor como cuchillos y agujas invisibles, haciendo su trabajo mientras permanezco en silencio. Estoy listo para entregarme por completo a este hombre. Porque no solo vivo con esto cada minuto de cada día de mi vida, sino que ahora, como un hombre adulto roto, me estoy convirtiendo en un monstruo no muy diferente de aquellos que me rompieron. Asusto a las mujeres. Deliberadamente. Y luego, cuando las he asustado, me toco y soy repugnante, más repugnante de lo que puedo contener dentro de mi cabeza. No soy yo y no es Patch cuando encuentro a esas mujeres y les hago eso; Es alguien completamente distinto, un payaso sin nombre que emerge de mí y me posee, y lo odio. Quiero que sea purgado y aniquilado.

Vuelvo a centrar toda mi atención en el Dr. Twist, que me pide que haga algo difícil, tan difícil que me siento sin aliento y con náuseas solo de pensarlo, pero debo pensarlo antes de hacer algo de lo que realmente me arrepienta.

El Dr. Twist me dice que debo transportarme mentalmente al momento de mi trauma, al lugar donde ocurrió. Debo verlo con la mayor claridad posible, cada detalle, cada segundo, cada rayo de luz y cada mancha de oscuridad.

Hago lo que me dicen —siempre hago lo que me dicen— y me meto allí, en ese extraño y oscuro lugar debajo del estudio de mi padre, ese extraño lugar

donde él hacía vivir a chicas, chicas con sus propias madres y padres, chicas con historias, defectos, vidas y amigos. Las chicas au pair. Mi padre seguía llamándolas chicas au pair incluso cuando las encadenaba a las camas, las encerraba en la letrina, las violaba noche tras noche. Todos las llamábamos chicas au pair, pero todos sabíamos que no lo eran.

En mi mente sigo el sonido de ruidos, de gritos ahogados. Levanto la trampilla bajo la alfombra de mi padre y subo a esos escalones de piedra irregulares. Mis ojos se acostumbran a la tenue luz de las luces nocturnas de las paredes. Empiezo a distinguir los contornos: las camas, el sillón, la silueta de una joven sentada contra la pared. Cuando mi visión se aclara, veo que es Claire.

Claire era mi favorita. No era como las demás au pairs. Era dulce y tierna, casi ingenua, como yo en algunos aspectos. Y no le tenía miedo a Patch el Payaso; disfrutaba de mis trucos y mis mímicas. Sabía tocar la guitarra y, al principio, cuando aún estaba en la habitación secreta de arriba, le llevaba la pequeña guitarra que mis padres me habían comprado de pequeña, y ella tocaba para mí, inventando canciones sobre la marcha. Sí la deseaba, sexualmente. Sí pensaba y sentía cosas cuando estaba cerca de ella. Sí me tocaba y pensaba en ella mientras lo hacía. Pero jamás la habría lastimado, jamás la habría asustado.

Pero Jessamine odiaba a Claire. La odiaba porque, en mi opinión, Claire era mejor que ella. Era más guapa que Jessamine, más lista que Jessamine, tocaba mejor la guitarra que Jessamine, era más especial que Jessamine, y, mientras pienso en el odio de mi hermana hacia Claire, doy otro paso hacia el sótano en mi mente, consciente en algún lugar de fondo de la voz tranquilizadora y alentadora del Dr. Twist, y la veo allí, en la penumbra, a mi hermana, sosteniendo un pequeño cuchillo en la mano. Es, lo sé de inmediato, el cuchillo que introduje a escondidas para Claire la semana pasada, oculto en mi manga. Veo a mi padre desplomado en la cama y hay sangre que aún gotea de un agujero en su garganta aunque está claramente muerto, y mi hermana tiene al bebé en sus brazos empapados de sangre, y veo que Claire también está muerta, que la pared detrás de ella es una pantalla escarlata de su propia sangre infinita.

—¡Mató a papá! —gritó Jessamine—. ¡Claire lo mató! Oí ruidos, bajé y la encontré con el cuchillo en la mano, apuñalándolo. ¡Estaba a punto de escapar con el bebé!

Miro los ojos vidriosos y sin vida de Claire, puestos en blanco hacia el techo, y me oigo susurrar: "¿Por qué no la dejaste escapar, Jess? ¿Por qué no la dejaste?"

Escucho la voz de mi madre desde el estudio de arriba, llamándonos por nuestros nombres, con un dejo de fastidio en su tono: "¿Dónde están todos? ¿Qué hacen todos ahí abajo?"

Mi hermana, con una mancha de sangre en la mejilla izquierda, se vuelve hacia mí con esos ojos salvajes y desorbitados y dice: "¡No tenía otra opción! Iba a escapar. Tenía que hacerlo. ¡Tenía que hacerlo!".

Digo: "¡No, no, no tenías por qué! ¡Papá estaba muerto! ¡Podrías haberla dejado ir! ¡Podríamos haber llamado a la policía y Claire y el bebé podrían haber sido libres! ¡Todos podríamos haber sido libres! ¡Y ahora la has matado y estamos atrapados otra vez! ¿Por qué la mataste, Jessamine? ¿Por qué?"

La expresión de su rostro pasa entonces de la indignación a la furia, y su voz es gélida cuando dice: «¡Ella mató a papá! ¡Se lo merecía!».

El llanto del bebé, mis manos sobre mis oídos, mis ojos fuertemente cerrados; en ese instante, llegó la certeza, cegadora, penetrante, que lo consumía todo: que mi hermana era tan malvada como mi padre, que nosotros, esta familia, estábamos hechos de cosas malas, cosas repugnantes, que nos recorría a todos como un virus, y que yo también lo tenía. Y aunque todo había terminado, y mi padre estaba muerto, nunca terminaría, no mientras esas niñas yacieran aquí, en este foso de animales, no mientras mi rencorosa hermana viviera y respirara, no mientras mi madre gastara fortunas en su cabello y sus uñas y fingiera que nada de esto sucedía. Nunca, jamás terminaría.

En mi mente, vuelvo una vez más y miro a Claire: la bella e inocente Claire.

"¡Lo siento!", me oigo susurrarle. "Lo siento muchísimo".

—¿Estás ahí? —pregunta el Dr. Twist—. ¿Has encontrado el lugar?

Trago saliva y asiento. "Sí", digo, "sí, estoy aquí".



expresiones de gratitud

¡Apenas puedo creer que esté escribiendo mi vigésimo cuarto artículo de agradecimientos! Me hace sentir increíblemente viejo al darme cuenta de que algunas de las personas que trabajan en mis libros hoy en día ni siquiera habían nacido en 1999, cuando escribí el primero.

No investigo, así que no tengo a quién agradecerle a un montón de gente fascinante por su tiempo y sus conocimientos. No tengo lectores iniciales ni personas a las que recurrir durante el proceso de escritura. Me esfuerzo sola hasta terminar el libro y, de repente, ya no está en mis manos, sino en las de mis editores, y ahí es cuando ocurre la verdadera magia.

Muchas gracias a mis increíbles equipos editoriales en todo el mundo y a mis fantásticos agentes aquí en Londres. Un agradecimiento especial a Selina Walker, Kaitlin Olson y Jonny Geller por sus aportaciones únicas e invaluables durante el proceso de edición. Me siento afortunada de contar con tres personas tan sabias y brillantes a mi lado.

Gracias a todos los demás miembros de mis equipos editoriales en el Reino Unido y Estados Unidos. Sé que publicar mis libros no es una misión puntual, que trabajan duro todo el año, ideando formas frescas, emocionantes y sencillamente brillantes de impulsar mis ventas y mi carrera. No sé qué he hecho para merecerlos a todos. Un agradecimiento especial a Liv Thomas de PRH por organizar todos mis increíbles eventos literarios en el Reino Unido, a Ali Hinchcliffe de S&S por organizar todos mis increíbles eventos literarios en Estados Unidos, a Ania Gordon por su asombrosa imaginación en cuanto a ideas de marketing para mis libros, y a Dayna Johnson en Estados Unidos por ser una experta en marketing igualmente brillante. Gracias a Dana, Karlyn, Libby, Ife, Katherine y Jessica en Estados Unidos, y a Mary, Joanna, Venetia, Helen, Lizzy y Viki en el Reino Unido.

¡Gracias a Viola, Natalie y Sophie de Curtis Brown por encargarse de todo; a Emma y a todos los demás en el departamento de traducciones de Curtis Brown; y a Mark y a todos en el departamento de finanzas por asegurarse de que me paguen!

Gracias a Nick y al resto del equipo de cine y televisión de Curtis Brown, y a Jason y Addison de UTA en Estados Unidos.

Muchísimas gracias a la brillante Richenda Todd del Reino Unido por su excepcional labor de corrección de textos, y a Stephanie Evans de Estados Unidos por su perspicacia. ¡Disculpen por haber cambiado todas las patatas fritas por patatas fritas de nuevo!

(PD: Una nota sobre las erratas. Todos los libros que has leído y leerás contienen al menos una errata. Es imposible detectarlas todas. Si encuentras alguna, considérate un ojo de águila y disfrútalas como parte de la experiencia de leer algo escrito y editado por seres humanos  Emoji: Smiling face..)

Por último, muchísimas gracias a todos. Cuanto mayor me hago y más avanza mi carrera, más me convenzo de que los lectores son las mejores personas del mundo. Gracias por su amabilidad, entusiasmo, calidez y cariño incondicionales; gracias por venir a verme a los eventos, a veces recorriendo distancias tan largas que me siento culpable por no ser lo suficientemente buena para ustedes. Gracias por suscribirse a mis boletines, por seguirme en las redes sociales, por comprar mis libros y por enviarme tantos mensajes bonitos. Y, por supuesto, no habría lectores sin libreros y bibliotecarios, así que muchísimas gracias también a ustedes.

¿Y cómo podría olvidarlo? Gracias a mi increíble familia (aunque a veces tengo que esconderme de ellos en mi cama para poder trabajar sin interrupciones) y, por supuesto, a todos mis brillantes amigos.

¡Nos vemos aquí en 2027 para otra entrega de agradecimientos! Hasta entonces, espero que hayan disfrutado de «Podría haber sido ella». Y disculpen las bromas.